

\$ 5,00

---

# ecuador DEBATE

R224/PEV 13315

QUITO - ECUADOR

# ecuador DEBATE

## NOTAS

1. *La Colección ECUADOR DEBATE es una publicación auspiciada por el Centro de Arte y Acción Popular, bajo cuya responsabilidad se edita.*
2. *ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:*

	Suscripción	Ejemplar Suelto
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 10</i>	<i>US\$ 3,50</i>
<i>Otros Países</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Sucres 300</i>	<i>Sucres 120</i>

*(En todos los casos incluye el porte aéreo)*

3. *La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B, Quito, Ecuador. Oficina ubicada en Av. Las Casas 1302 y Arias de Ugarte. A esta dirección deberán enviarse las solicitudes de suscripción, compra de ejemplares sueltos y solicitudes de canje de similares.*
4. *El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité de Redacción.*
5. *Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.*
6. *El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.*
7. *El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular*

# índice

	Pág.
<b>EDITORIAL</b> .....	<b>5</b>
<b>COYUNTURA</b>	
<b>LA DERECHIZACION DEL CENTRO Y LA CENTRALIZACION DE LA DERECHA: LA COYUNTURA ACTUAL, LAS PERSPECTIVAS Y LAS TAREAS</b> .....	<b>7</b>
Luis Verdesoto	
<b>ESTUDIOS</b>	
<b>REGION Y PARTICIPACION POLITICA</b> .....	<b>31</b>
Manuel Chiriboga	
<b>TRANSFORMACION DEL ESTADO Y MOVIMIENTOS SOCIALES</b> .....	<b>42</b>
Julio Echeverría	
<b>LA CUESTION REGIONAL EN EL ECUADOR</b> .....	<b>53</b>
Jorge Trujillo	
<b>ESTADO, NACION Y REGION EN EL ECUADOR</b> .....	<b>61</b>
Rafael Quintero y Erika Silva	
<b>CONFORMACION INSTITUCIONAL REGIONAL DEL APARATO ESTATAL ECUATORIANO</b> .....	<b>70</b>
Iván Fernández	
<b>DE LA NACION Y DEL INDIO: NOTAS PARA UNA TEORIA</b> .....	<b>88</b>
José Sánchez-Parga	

**ANALISIS Y EXPERIENCIAS**

<b>CLIENTELISMO Y MICROOLIGARQUIA EN LA CUENCA DEL GUAYAS</b> .....	<b>106</b>
Lautaro Ojeda	
<b>QUEVEDO: ESPACIO COMERCIAL Y ALTERNATIVA CAMPESINA</b> .....	<b>115</b>
Carlos Pérez y Jorge Mogrovejo	
<b>IMBABURA: CONFLICTO NACIONAL Y LADOS REGIONALES</b> ....	<b>125</b>
Vícto H. Torres	
<b>TRANSFORMACION DEL ESPACIO REGIONAL: COTOPAXI Y TUNGURAHUA</b> .....	<b>140</b>
J. de Olano	
<b>LOS CAMPESINOS Y EL CAPITAL COMERCIAL: EL PODER LOCAL EN VINCES Y BABA</b> .....	<b>149</b>
Rafael Guerrero	
<b>LA AMAZONIA: REGION IMAGINARIA</b> .....	<b>154</b>
Jorge Trujillo	
<b>CAYAMBE: EL PROBLEMA REGIONAL Y LA PARTICIPACION POLITICA</b> .....	<b>161</b>
Galo Ramón	
<b>TALLER: CONCLUSIONES DEL TALLER: NACION, REGION Y PARTICIPACION POLITICA</b> .....	<b>176</b>

# editorial

FLACSO - Biblioteca

*La posibilidad de ceñirse a un territorio más concreto ha llevado al DEBATE de este número a plantearse el tema de Nación, Región y Participación política. Aun a sabiendas de que no lograríamos agotar un problema, en el que las prácticas sociales y políticas de los diferentes sectores sociales y el alcance de los movimientos populares parecen haber ido más allá que los tanteos de estudios y análisis vertidos en estas páginas, hemos querido, sin embargo, no quedar al margen de una historia, que no los programas de los partidos sino algunas conciencias lúcidas más por políticas que por intelectuales han comenzado ya a escribir.*

*De sus averiguaciones y llamadas de atención hemos tratado de rescatar ese original diseño de lo regional, que vienen esbozando los sectores campesinos y sus organizaciones, y que constituyen una nueva versión del espacio de sus luchas y estrategias de supervivencia.*

*Nuestra intención hubiera sido reunir en una panorámica nacional el análisis de las experiencias de todas las regiones. A falta de ello ofrecemos una muestra lo suficiente variada para que se puedan cotejar diferentes modelos de regionalización, y también las diferentes respuestas que los sectores populares ofrecen a una configuración del espacio, en el que*

*tienden a participar como actores no tan secundarios, y a desempeñar un papel distinto del que épocas pasadas les habían asignado.*

*Como no hay debate social en el que esté ausente, también aparece la presencia del Estado en los intersticios de la temática propuesta ligado al mismo concepto de nación; operando la mediación no consciente de los conflictos entre ella y las políticas regionales, el Estado emerge como realidad ineludible siempre que se plantea el problema del poder. Pero contradictoriamente, aunque el Estado aparece como el espacio posible o privilegiado de la participación política, los movimientos populares y organizaciones campesinas se presentan descubriendo e incluso inventando ámbitos no convencionales de lo político, desplazando con ello las tradicionales coordenadas de los conflictos y de sus luchas.*

*Este tercer número de la publicación constituye así un preámbulo de nuestro próximo DEBATE, en el que pretendemos hacer una lectura de ese ritual de la democracia que son las elecciones.*

---

# LA DERECHIZACION DEL CENTRO Y LA CENTRIZACION DE LA DERECHA: LA COYUNTURA ACTUAL, LAS PERSPECTIVAS Y LAS TAREAS

---

LUIS VERDESOTO

## 1. ¿Qué define a la actual situación política del país?

El escenario político se define por un desplazamiento del centro de sus actividades. En la superficie política se ha pasado del conflicto por la aplicación del plan de estabilización y la protesta social que durante varios meses fue la cresta de la ola política hacia la lucha electoral.

La lucha electoral es una ola que empieza a crecer y que se articula al mar de fondo de modo distinto al de la protesta popular, que en octubre pasado desparramó poder en las calles pese a que no pudo organizar una alternativa, ya que era un estallido y no un movimiento social orgánico.

Que se haya desplazado una forma de expresión de la contradicción principal o su expresión por un aspecto, no quiere decir que cambió la contradicción principal que ordena la coyuntura en el mediano plazo.

La crisis económica emitió sus primeros signos en 1981. De allí al momento actual se principalizó como conflicto en la sociedad ecuatoriana, amenaza con llenar todos sus poros y comienza a estar en todas partes. Al principalizarse también se presente a través de varios aspectos, en diversos niveles de la sociedad y cambia la modalidad de articulación con la contradicción fundamental de la formación social capitalista ecuatoriana.

Un análisis de la situación actual no se aproxima a la realidad si se reduce a buscar las características estructurales de la crisis. Un análisis de esta índole solamente nos proporciona luces y contexto para reconocer la peculiaridad de la situación actual. Hay que descubrir el contenido y la forma del aspecto de la contradicción que se resuelve en la superficie política. Únicamente de este análisis podemos derivar en con-

signas que asuman las tareas del momento, para lograr una táctica de entrada política a la coyuntura y desenvolverse en la práctica —y no sólo en el discurso— un camino hacia el horizonte estratégico.

## 2. ¿Cuál es la naturaleza de la crisis?

La crisis en su nivel más aparente se presenta por la imposibilidad estatal para continuar la transferencia de excedente hacia el sector privado y, a la par, mantener los niveles del déficit fiscal. En su base, la crisis compromete las modalidades mismas de la acumulación en el Ecuador.

El crecimiento económico global sólo fue posible por la renta petrolera cuya circulación permitió un crecimiento, sin precedentes y dependientes del Estado, de los sectores externo e interno de la economía, así como del aparato estatal.

La transferencia del excedente estatal configuró un tipo de relación entre Estado y empresa privada. El Estado, sin recurrir a la ganancia privada, podía crear las economías externas necesarias para una rápida y segura acumulación en el sector productivo (industrial y agrario) y manejar varios instrumentos de política económica —dependientes de la existencia de suficientes divisas— para desarrollar a otras fracciones del capital (financiera y comercial). Esta actitud estatal supuso, en contrapartida, un acuerdo empresarial sobre la forma de distribución del excedente.

Mientras el sector externo de la economía creció, la situación antes descrita se reprodujo. Sin embargo, el crecimiento económico —en general dependiente del exterior— suponía también una ampliación de la demanda de divisas al sector externo. Hacia 1977 se suple la falta de excedente, no con una racionalización de la transferencia estatal, sino con un proceso de endeudamiento externo creciente. El detonador de la situación de crisis interna fue la crisis económica internacional y las exigencias de los acreedores, que combinados con la fuerza del Fondo Monetario Internacional impusieron un plan de estabilización económica. Las medidas en ejecución pretenden, inicialmente, afectar el gasto estatal, al tiempo que por una política de precios reales de los productos y la moneda proveer de nuevos ingresos al Estado y a la Empresa privada.

En estas condiciones, en la esfera de lo económico, se producen varias tendencias divergentes.

De un lado, las políticas económicas del Estado se ejecutan bajo un escasísimo margen de negociación con la imposición del capital extranjero y con la decisión estatal entregada a una fracción de capital financiero. Estas medidas —muchas de ellas de corte neoliberal— intentan, sin lograrlo, evitar el decrecimiento económico, readecuar la estructura productiva y orientar los capitales hacia la exportación, con el menor costo posible para la empresa privada. Para ello fue necesario una activa presencia estatal asumiendo costos en la renegociación de la deuda externa privada, a la que finalmente, en una actitud de sumisión a la imposición externa, tuvo que sujetarse la renegociación de la deuda pública.

De otro lado, la percepción de la crisis que tiene la empresa privada les ha llevado a replantearse el modelo de acumulación al que fueron conducidos, aceptaron y participaron activamente. Este replanteamiento no está exento de contradicciones. Sin embargo, las contradicciones no tienen un claro origen sectorial como fueron algunos conflictos pasados por ejemplo entre agricultores e industriales y entre estos y comerciantes.

Actualmente el capital en el Ecuador ha transitado a “formas superiores” sin necesidad de pasar exactamente por todas las formas sectoriales clásicas. De un lado, el capital financiero—especulativo se ha constituido tanto con su lógica propia de “capital de capitales” como en interdependencia con las fracciones comercial y productiva. De otro lado, la lógica de funcionamiento de acumulación comienza a ser manejada por “grupos económicos” que resumen diversos orígenes de capital —y por tanto pisan sobre distintos sectores económicos— y que deben ser reconocidos por sus actitudes frente a la presencia del Estado en la economía.

Este largo rodeo nos permite ubicar a la actitud de los empresarios —personificación concreta y contingente del capital— frente a la crisis. Su primer paso fue la reactivación de sus economías a través del refloje del estrangulamiento financiero al que les condujo su deuda externa. En este aspecto, requieren de un estado que participe activamente en la consecución de divisas y en el traslado de partes de sus costos hacia los sectores medios y populares. La reactivación también supone la presencia de “capitales frescos” con los que puedan volver a crecer, para lo cual también requiere de un Estado que rediseñe la economía.

Su segundo paso, al salir de la situación antes descrita, es buscar

la racionalización de las relaciones entre Estado y empresa privada que, como antes hemos sustentado, se basa en una transferencia de excedente sin mayor discrimen.

La búsqueda de "racionalidad económica" no pretenden lograrla con un "acuerdo interempresarial" sobre qué sectores deben ser privilegiados y qué sectores no deben ser incentivados. Más aún, cuando la lógica de la acumulación ya no es la competencia intersectorial, sino la monopolización u oligopolización.

La racionalización económica —según pretenden— provendrá del mercado. Las expresiones ideológicas más depuradas de esta proposición de mercantilización de la economía, de las relaciones sociales y de la política demandan una utilización más ortodoxa de ciertos instrumentos de la política económica neoliberal, así como una criollización de otros.

Ahora bien, cabe preguntar ¿efectivamente pretenden la construcción de un mercado competitivo de productos y del trabajo? Claramente no. A través de la imputación al Estado de todas deformaciones económicas crearían una situación en la que se dismantelen ciertas actividades estatales, tales como la política social y cierta transferencia directa e intervención normativa en la economía. Esto les permitiría, de un lado, contar con excedentes para los gastos ordinarios del Estado y no desviar recursos de la creación de economías externas del capital; y, de otro lado, al aparentar el juego circunstancial de fuerzas del mercado, permitir a los monopolios el desarrollo de su fuerza y el desplazamiento de la llamada empresa privada no competitiva, ni eficiente.

En la base de esta estrategia está la necesidad de reconstruir una engrasada relación con el capital financiero internacional y permitir el ingreso de capitales frescos para la empresa privada que sobreviva a experimento y pueda reinsertarse en el mercado internacional, cuya situación de crisis es de duración impredecible.

Lo dicho nos lleva a dos conclusiones:

a) La salida que avizoran las cápsulas empresariales de ciertos grupos es una acelerada transnacionalización de la economía ecuatoriana, no por la presencia de la inversión extranjera directa en labores productivas sino por la reconstitución de la dependencia en la esfera financiera. Para el conjunto de capitalistas, el haber reconstituido la dependencia desde la esfera financiera supuso rearticular una fracción de su ganancia —actual o potencial— para el pago de la deuda pública, además de sus obligaciones privadas. En otros términos, el conjunto de los

trabajadores ecuatorianos crean plusvalor que en parte es directa o indirectamente transferido al capital financiero internacional sin mediar una apropiación en las esferas de reproducción de los capitalistas ecuatorianos. En este aspecto no se revela una contradicción.

Sin embargo en la base del sistema de contradicciones de la clase dominante existen signos de dos conflictos, actualmente de carácter secundario. ¿En qué consisten? Por un lado, en que a nivel individual y privado varios empresarios atribuyen la crisis no sólo a la intervención estatal, sino a la irracionalidad de la conducción financiera empresarial. Se preguntan ¿por qué deben todos los empresarios asumir los costos del mal manejo económico de unos cuantos? Por otro lado, los capitalistas inmersos en la esfera de la producción plantean tenuemente su disconformidad con el capital financiero internacional y sus intermediarios locales, ya que manejan su microeconomía desde actividades especulativas.

b) La percepción empresarial de la crisis les lleva a plantearse la reformulación del modelo económico de modo relativamente uniforme. Se plantean que su salida política es el ejercicio del gobierno sin mediación de partidos pluriclasistas (centristas) y la instrumentación de las políticas económicas de modo corporativo y directo, fuertemente teñidas de neoliberalismo.

En suma, hasta ahora hemos examinado un lado de la crisis económica: sus alcances en el espacio del capital. Hemos detectado que la crisis reconstituye la dependencia desde la esfera financiera, sin que se desarrolle una contradicción con el capital financiero internacional, aunque existan conflictos secundarios por el manejo de la crisis en las economías particulares y entre capitales productivo y financiero. También hemos expuesto que la lógica económica dominante es la relación entre grupos, por lo cual es previsible que de aplicarse medidas económicas neoliberales desaparecerán sectores de la mediana y pequeña empresa.

### 3. La significación de la lucha electoral.

Idealmente, en un sistema político capitalista moderno, las elecciones son momentos de periódico registro de la correlación de fuerzas al interior del bloque en el poder, bajo la comparecencia de las masas. Se trataría de convidar al pueblo —en tanto ciudadanos— a que legitime globalmente el orden social vigente y participen en la definición (o com-

petencia) de quien ejerce el poder, dentro de una oferta limitada de partidos políticos.

En este sentido, en el ideal sistema político del cual estamos hablando, los partidos políticos presentan una oferta limitada a la cual debe adecuarse la demanda política popular, entendiéndose que la lucha electoral no cuestiona el ordenamiento capitalista, dada la reproducción enajenada de las masas y la fetichización de la igualdad formal ciudadana.

Esta argumentación tiene por objeto recordarnos una perspectiva para entender el problema electoral y poder plantear otras alternativas. Sin desconocer que el esquema ideal antes planteado tiene variables significativas para comprender las elecciones en un país como el nuestro, es preciso que las pensemos desde las necesidades de la lucha política y el carácter de la democracia en una sociedad dependiente.

Las elecciones en estricto sentido no provocan la correlación política de fuerzas de la sociedad. La lucha de clases comprende pero no se reduce a los acontecimientos electorales. Los acontecimientos electorales son instancias en las que se produce una competencia por legitimar una organización concreta de los aparatos del Estado y, en este sentido, las elecciones son una instancia de lucha política, tanto a nivel de la orientación ideológica de las masas, cuanto a nivel de la conformación de las fuerzas políticas capaces de condicionar la gestión estatal y social. Así, las elecciones, si bien no producen la correlación política de fuerzas, pueden reorientarla.

El voto no reproduce del modo simple y llano la voluntad de la masa votante. La voluntad política está condicionada de modo previo e independiente. Sin embargo, en el voto cristaliza de algún modo y generalmente distorsionado, el grado de constitución política de las masas, su madurez en la construcción de una representación política autónoma y sus demandas actuales económicas y políticas, sustantivas y formales.

La democracia ni remotamente se reduce a las elecciones. Es una forma de organización de la producción, de la sociedad y del Estado que transita de formas inferiores a modalidades sustantivas. La idea de la organización política democrática en sus orígenes históricos estuvo asociado al ascenso político de la burguesía. El desarrollo de formas superiores de capitalismo como el imperialismo, llevó a la burguesía a desapropiarse de la idea de la democracia y utilizarla sólo como membrete ante las masas de sus países y a negarla en las sociedades periféricas. Esta es la situa-

ción general, que tiene casos particulares que se orientan en otra dirección.

Las masas ecuatorianas se han apropiado de la idea democrática y la demandan como redistribución de la riqueza y del poder. Es una obligación histórica asumir esta demanda y desarrollarla, ya que actualmente se encuentra articulada a discursos ajenos. Debemos exigir una democracia consecuente en todos los niveles —económico, social y político— para permitir que la demanda democrática se convierta en el más radical contenido político esgrimido contra el poder. Las elecciones son un acto que lo debe permitir, no por concesión de la burguesía, sino por la presencia de las masas.

#### 4.- La izquierda y la democracia: balance crítico acerca de ideas erradas.

El cambio de táctica —del boicot a la participación— era una salida necesaria para la coyuntura de la redemocratización. No obstante, su contenido no fue debatido con la justeza que el momento político requería. Para los "principios ideológicos" de la acción política de la izquierda, la democracia fue entendida de varias formas. La comprendieron como un engaño y alienación a las masas, o como un instrumento para intervenir en un Estado de naturaleza dual. También se interpretó elecciones—democracia, reduciendo su contenido; democracia—institución consustancial a la burguesía, cuya naturaleza de clase la convierte en la enemiga principal.

Sin intención de plantear con profundidad la temática es, a estas instancias, necesario cuestionar esos parámetros. Es preciso entender que el Estado no es un mero instrumento de clase, cuya naturaleza variaría al alojar otro contenido. También debemos cuestionar que el Estado sea exclusiva y reducidamente coerción y dictadura de clase.

El Estado se transformará sólo bajo su ruptura radical, en la que se superarán mecanismos y contenidos previos, cuya inserción en una estructura distinta les dará nuevo significado. Igualmente, en el recorrer ininterrumpido por tareas democráticas hacia el socialismo (o en la transformación de la demanda democrática en demanda socialista), los elementos y contenidos de una democratización inalcanzable por la burguesía, tienen una suprema virtualidad revolucionaria. En este sentido la democracia puede ser un instrumento de alienación de las masas, pero puede ser también desarrollada como la forma más crítica contra la acumulación capitalista.

El poder no se reduce a la materialidad es... Las instancias de

competencia por el poder son todas las células de la vida social. La ruptura de las relaciones de producción vigentes debe partir del cuestionamiento al poder que nace en ellas. La democracia entendida en su vertiente nacional y popular e incluso como forma de administración de los recursos del poder, se está convirtiendo en contradictoria con la acumulación y sus modalidades de concentración para salir de las crisis. La democratización es una necesidad para la construcción de hegemonía social. Si el poder nace en la "fábrica", la democratización de la sociedad es una tarea prioritaria de las clases subordinadas.

Pero el Estado también es una realidad contradictoria, en tanto síntesis de la sociedad. Para las masas es una tarea tan vital construir su institucionalidad de clase, como la intervención dentro de las contradicciones del bloque en el poder y generar espacios para la oposición interior al aparato del estado. Esta única virtud es también el límite de su eficacia. Construir la oposición a través de la construcción de una institucionalidad democrática.

Las reflexiones previas son parte del debate sobre los espacios y estilos del trabajo político y el cuerpo programático mínimo con el cual afrontarlo. Más aún, cuando las contradicciones fundamentales ocupan el fondo del escenario y se hace necesario que se desbloquee un movimiento popular. El movimiento popular se encuentra atrapado entre las viejas formas políticas y un proceso de consolidación del reformista confiado al Estado y a los nuevos partidos del nuevo centro, en el que está ausente el sello propio de la acción de las masas. \*

En suma, es evidente que queda una gran tarea en la intelectualidad orgánica de la izquierda: comprender exactamente el significado de ¿cómo hacer política en la democracia? entendiendo el proceso de constitución política de las masas, la modernización del conjunto del sistema político y revelando con precisión la naturaleza de los amigos y enemigos. Es preciso una alta dosis de creatividad para abordar la tarea y desprenderse de la rigidez de los principios de la política formal para plantearse ¿qué significa hacer política en el Ecuador actual?

## 5.- ¿Qué se dilucida en la lucha electoral de 1984?

Dos alternativas burguesas de organización del sistema político.

Una que nace de la vieja tradición oligárquica, que supone la exclusión radical de las masas de la política, salvo en el hecho electoral.

\* Por mayor fuerza en papel autoritarismo  
su presencia militarmente superior a las prácticas de  
realidad, o si no quiere los estudiantes.

Ahora se presenta modernizante tratando de asumir los nuevos temas del sistema político como vía para lograr el asentimiento de las masas y, de este modo, crear las condiciones iniciales para la aplicación de su programa neoliberal.

La otra alternativa es de corte moderno. Apela al pueblo y a sus organizaciones para lograr un consenso y, a partir de esta base, plantear a la empresa privada y al conjunto de la sociedad varias reformas. Estas consisten básicamente en normar las relaciones entre capital y trabajo reconociendo la existencia de un conflicto y negociar las relaciones entre capital —nacional y extranjero— y Estado.

Es evidente que en el nivel electoral no se refleja otra opción viable de organización del sistema político, por ejemplo de los trabajadores organizados autónomamente presentes con una fuerza única, ya que no corresponde a la actual correlación de fuerzas y organización gremial y política.

Las dos opciones analizadas pretenden ser una respuesta a la crisis. Es probable que ninguna lo sea, ya que la naturaleza de la crisis compromete al modelo mismo de desarrollo y es preciso una organización económica y política realmente alternativa, para permitir la articulación de la sociedad ecuatoriana a la crisis internacional de modo cualitativamente distinto.

Sin embargo, al interior de esas dos opciones existen diferencias concretas en los modos de afrontar la crisis. Estas diferencias hacen relación al movimiento popular en dos niveles. De un lado, es un objetivo estratégico la estructuración del sistema político con mayores grados de modernidad, ya que permitirá "avanzar al conjunto de la sociedad" De otro lado, cada opción crea distintas condiciones para el desarrollo de los temas actuales del movimiento popular ecuatoriano.

También cabe alertar sobre la orientación de nuestro análisis. El reconocimiento de las dos opciones viables para organizar el sistema político en la actual coyuntura supone, que no se debe optar por una táctica de no participación en la lucha electoral, ni que en la búsqueda que una posición propia del movimiento popular se deban excluir las alianzas. De un lado, la no participación electoral solamente tiene una táctica para la intervención política: el boicot, posición, que como más adelante mostraremos, no tiene sentido en la actual coyuntura. De otro lado, las alianzas pueden y deben realizarse manteniendo la identidad y las demandas de los aliados. No se puede ni se debe reducir la posición de los aliados, sino debe haber un condicionamiento mutuo para la ejecución

de las reivindicaciones. Esto tanto a nivel popular como en las alianzas con los sectores medios y políticamente centristas.

Por la orientación de nuestro análisis también se entiende que no compartimos las opiniones de que las opciones electorales significan exactamente lo mismo y que un programa neoliberal es inaplicable en el Ecuador, aduciendo la fuerza de los grupos industriales dependientes del fomento estatal.

#### 6.- ¿Qué relación existe entre crisis y lucha electoral en el Ecuador actual?

Pinochet fue impuesto a las masas chilenas, las más adelantadas de la región en su momento. ¿Pretenden ahora que Febres Cordero sea elegido por las masas ecuatorianas? El juego verbal a que hemos recurrido para ejemplificar la situación actual no pretende identificar Pinochet y Febres Cordero. No son lo mismo, pero caminan de la mano.

Es conocido que las políticas neoliberales requieren de un Estado despótico contra la sociedad y particularmente contra las masas. El neoliberalismo se ejerce a través de un gobierno fuerte y concentrando poder en el ejecutivo. Las políticas de shock económico a que podría ser sometida la sociedad ecuatoriana requieren de una reorganización del Estado que centralice las instancias de decisión política respecto a la crisis. Por ello no es extraño que el Frente de Reconstrucción Nacional, en la seguridad de su triunfo abrumador, plantee desde ya una radical revisión de toda la Constitución Política del Estado.

¿Qué plantea el Frente de Reconstrucción Nacional? Orden y moralidad son sus voces de mando. Con ellas tratan de recoger las demandas de la derecha económica y de la derecha política y desplazar los temas que los partidos de centro comandaron ante los electores en 1978, tales como el cambio estructural, la dependencia externa, los servicios sociales. Indagemos más sobre la propuesta de la derecha.

Las raíces de la ideología del orden son por demás conocidas. En el Ecuador actual están refiriendo a tres aspectos concretos que demandan los empresarios y que de algún modo los unifican.

a) En la ideología empresarial, las relaciones laborales son un punto para su aglutinamiento. Se plantea que el actual orden jurídico es desfavorable al capital y permite a las autoridades laborales circunstanciales distanciamientos de los empresarios, que los perjudican. Por ello creen que es necesario desde el Estado imponer orden para controlar las "desmedidas" demandas laborales, que deberían corresponder a los incrementos

en la productividad y en la ganancia de las empresas.

b) La redemocratización aglomeró a las demandas populares, por ejemplo salarios, precios, condiciones de trabajo y habitabilidad, reforma agraria, nuevas formas de organización social y económica, etc. Estas no fueron mayormente respondidas por el sistema político pero, a su criterio, la forma como se tomaron algunas medidas fue producto de la falta de autoridad para detener esas demandas. En este sentido, el orden es sinónimo de un estilo autoritario para redefinir los vínculos entre demanda social y Estado, que permita ejecutar su programa económico.

c) Durante los dos gobiernos (Roldós y Hurtado) la derecha criticó su conducción "incoherente". Esta sería la razón principal de que exista "inseguridad para invertir". El orden, en este tercer sentido sin mencionar el contenido, plantea que habrá un conjunto de medidas cuya ejecución será "coherente" y separada de las demandas sociales.

El tema de la moralidad tiene antecedentes en nuestra política. Basados en hechos objetivos de inmoralidad en la gestión pública, la oligarquía "golpeó las puertas de los cuarteles" pidiendo la mediación militar para la reconstrucción moral del país. A su turno, utilizaba el mismo argumento para pedir el recambio militar.

El problema de la inmoralidad —sin desconocer que objetivamente existe y que tiene diferentes grados y situaciones— es un tema de la parte más retrasada del electorado. La inmoralidad es un hecho que necesariamente debe combatirse, independientemente de cual fuere la orientación gubernamental. Existe en la empresa privada como en el Estado. Mas aún si a la empresa privada se le aplicare un código de conducta moral llegaríamos a la conclusión de que la raíz y el mayor volumen de la inmoralidad está en ellos.

¿Por qué el Frente de Reconstrucción Nacional esgrime el tema de la inmoralidad de la gestión gubernamental? Porque al privilegiarlo enajena a otros temas fundamentales de la agenda política. A la inmoralidad que como hemos sostenido es un hecho tangible, se le atribuyen los problemas de la nación y de este modo se desplazan las cuestiones fundamentales a una resolución de cúpula política, extraelectoral, además de anteponer en la conciencia popular el tema de la corrupción al del cambio.

Lateralmente la derecha plantea cuidadosamente otros temas con los que hace una oferta política "no extremista—centrista". Un examen detallado sería muy extenso, pero tomemos como ejemplo. La derecha argumenta que reconoce la "injusticia social" como un factor presente

a lo largo de la historia ecuatoriana, pero que dicho reconocimiento no podría llevarnos a pensar que corregirla y acabarla es cuestión de un gobierno. Más aún, que es preciso primero acumular riqueza y luego redistribuirla. En este razonamiento la premisa mayor es de izquierda (injusticia social), la premisa menor es de centro (como solucionarla) y la conclusión es de derecha (acumulación, no redistribución). Este es un ejemplo de como construyen una imagen centrista cuyo contenido es derechista.

Del inicio de la campaña de los partidos de la derecha a la actualidad se han recortado varias aristas "extremistas" de sus principales candidatos. El objetivo pareciera ser no sólo la creación publicitaria de una imagen centrista, tendencia por la cual se pronunció el electorado ecuatoriano en las pasadas elecciones, sino reflejaría también la negociación interna con algunos sectores de empresarios que apoyan la candidatura de la derecha. Esta negociación sería alrededor de la forma de "solucionar la crisis", con puntos de acuerdo como la política laboral y de desacuerdo como la política arancelaria. Pero es preciso reconocer la escasez de información pública al respecto. Sin embargo existen algunos signos de desarticulación. Pegada a la candidatura de derecha existe un Frente de Restauración Nacional de Independientes, que encabezado por un empresario serrano compite por lograr la presencia política, representa más firmemente una agrupación corporativa y emite signos de desconfianza a la dirección partidista de la derecha.

En suma, la centrización de la derecha en la actual coyuntura tiene por objeto lograr legitimidad popular para un programa antipopular.

Examinemos ahora la derechización del centro. Dos antecedentes condicionan su actual posición. De un lado, la concentración de electorado en el centro en las elecciones pasadas llegó a su punto de saturación (no puede recibir más electorado que fluya desde la derecha). Esta sobrerrepresentación electoral llevó a que la oferta partidaria centrista se subdivida por problemas de liderazgo, de reconstitución del populismo y posiciones frente al gobierno. Junto a la subdivisión se produce un desborde del electorado centrista hacia los extremos y fundamentalmente hacia la derecha.

De otro lado, el centro —desde dos posiciones— ejerció el gobierno sin logros para exhibir ante las masas. Tampoco los partidos que no se comprometieron con la gestión estatal pudieron constituirse en "tercera opción" frente a la derecha y al gobierno. Ahora bien, el código electoral que está imprimiendo a la derecha es "cómo reconstruir a la nación, destruída por el centro", personificando al centro en el gobierno.

Este código pretende simplificarse en la posición "gobierno—antigobierno".

Frente a esta situación los partidos del centro tienen dos opciones para salir del encajonamiento. O recuperan su personalidad política acentuando los aspectos progresistas de sus programas y profundizando la temática del cambio; o asumen la influencia de la derecha en el electorado y derechizan su programa y su liderazgo. Hasta ahora, en todos ellos, prima la segunda opción.

Admitamos desde ya un peligro. En la actual coyuntura electoral no está en juego —hasta ahora— un arrepentimiento masivo del voto que las masas entregaron al centro. Se juega el problema de una "salida" a la crisis como es obvio, el modo de afrontar la crisis no es neutro. La derecha usa mecanismos "subliminales" tales como reconstrucción frente a inundaciones, decisión frente a la incoherencia, líder frente a estudios de la política, riqueza frente a inmoralidad de las clases medias burocráticas, pragmatismo empresarial frente a tecnoburocratismo, etc. El centro no presenta sus propios temas, sino ha asumido que temática político—electoral será la que la derecha imponga. Pero además asume esos temas con todas las limitaciones de su ubicación en el espectro político. Así, plantea que el país debe ser reconstruido, circunscribiéndose a la restitución de las condiciones de crecimiento anteriores a la crisis y sin hacer relación a la naturaleza de la crisis y a la necesidad de cambio; se anuncia como un correcto y coherente administrador de la crisis, cuando la demanda popular electoral es la satisfacción de sus básicas necesidades económicas y de expresión política.

En este punto se encuentra la debilidad básica del centro en su comunicación con las masas. Se anuncia a sí mismo como administrador estatal manejando un "lenguaje de Estado", antes que utilizando un "lenguaje que represente la demanda social". Ejemplifiquemos. La derecha dice que va a rebajar el déficit fiscal. El centro plantea lo mismo. La derecha por otra parte, denuncia que el Estado desperdicia sus ingresos en gastos ordinarios burocráticos (la referencia implícita es a la política social). El centro polemiza —como cualquier administrador público— que la derecha debe especificar en que rubros va a reducir el gasto público. La derecha replica que hay que bajar el gasto público para corregir los defectos de la balanza de pagos . . . .

Como podemos observar, la derecha demanda desde fuera del Estado y el centro responde como tecnoburócrata. El lenguaje social debe plantear las reivindicaciones del campo popular. En el ejemplo, la derecha

pretende enviar a la desocupación a miles de burócratas para que sean oferentes de trabajo a la empresa privada, así desmontar la política social y bajar el gasto público, sin descuidar la inversión que crea economías al capital.

En la actual coyuntura estamos entrando a la crisis. La crisis en sus expresiones políticas condensa la pauperización del pueblo y de ciertos sectores medios, destinada a la polarización. La aproximación en el espectro político entre derecha y centro deja sin expresión a estos sectores y plantea una disyuntiva: o se crea una opción para su expresión o se crean las condiciones para su enajenación. La derechización del centro y la centrización de la derecha están caminando por el mismo sendero, que conduce a la enajenación de la demanda popular.

Pero la demanda popular existe más allá de las opciones actualmente vigentes. En esta situación, el movimiento popular no debe sujetar sus acciones a la derechización del centro, sino, dado que el centro apela a las organizaciones populares y reconoce la existencia de un conflicto, debe condicionarle su participación electoral y política.

## **7.- ¿Cómo puede evolucionar la coyuntura electoral?**

No haremos previsiones exactas sino examinaremos tendencias.

a) En el momento actual los temas de la derecha aún no han conformado una decisión electoral en las masas. Sin embargo, en los sectores medios, existen signos de una "crisis de credibilidad" hacia el centro. Hacia allá ha apuntado el discurso de la derecha. El riesgo consiste en el rol que desempeñan los sectores medios en el país como reproductores (correas de transmisión) de una ideología y decisión política hacia el pueblo. También los sectores medios en una coyuntura de crisis se polarizan fácilmente. Este puede ser un eslabón débil de la gestión electoral del centro.

Cabe especificar la situación de los sectores populares urbanos de Guayaquil y de las mayores ciudades intermedias de la costa. Su comportamiento en las anteriores elecciones fue polarizadamente centrista. Su comportamiento electoral tradicional es polarizado. Son conjuntos de masas que no se disgregan fácilmente entre diversas opciones electorales. Al votar polarizadamente, pueden definir una elección por cualquiera de sus bandas. Este es un segundo eslabón débil del centro y potencialmente fuerte de la derecha.

Las masas rurales siguen con algún retraso la opción electoral urba-

na, pero cabe recordar que la derecha estuvo sobrerrepresentada en este sector, lo que le da más opciones de recuperación.

b) La mecánica electoral (siete elecciones en un mismo acto) es negativa para el centro, dada su disgregación para la primera vuelta electoral. En resumen, juegan en una sola apuesta todas sus posibilidades.

c) En las elecciones se presentará una gran diferencia respecto a 1979. Roldós al ser electo con el 68 o/o de la votación válida recibió una alta dosis de legitimidad y apoyo. El presidente que sea electo en 1984, en ningún caso podrá reeditar ese apoyo. Consiguientemente, su gestión estará teñida de un desequilibrio permanente —dada la magnitud de la oposición— y el Parlamento será un frente de oposición de cualquier signo. Esta instancia se privilegiará. Es un punto que debe ser meditado por el movimiento popular.

#### 8.- ¿Qué evaluación podemos hacer de los dos “gobiernos democráticos” para recoger enseñanzas válidas para la coyuntura actual?

El gobierno electo en 1978 se identificó con la consigna “desarrollo económico y justicia social” que imprimió de tensión a la gestión pública. Esta tensión no podía ser resuelta solamente en el manejo de instrumentos de la política estatal. Su debilidad fundamental consistía en la inorgánica relación del régimen con los sectores sociales (dominantes y dominados) comprometidos en el proceso.

El escenario oficial fusionaba las “debilidades” del centro político y del sistema que debía representarlo. Debemos resaltar la contradicción que se produjo entre funciones del Estado, que derivó en un conflicto por el poder. El partido de gobierno —CFP— se dividió. La fracción disidente se agrupó alrededor del presidente Roldós, quien trató intermitentemente de constituirla en partido. En tanto, la CFP, se convirtió en pibote de la oposición parlamentaria alidado con la derecha tradicional. El escenario político se “hiperparlamentarizó” y se dificultaba cuotidianamente la gestión del aparato gubernamental.

El Parlamento no era funcional para reflejar la correlación de fuerzas que se había manifestado electoralmente. Más aún, la revertía, en el sentido que la iniciativa era de la alianza CFP—derecha y el poder era el boicot. En ese contexto un punto central fue la propuesta del Ejecutivo para crear un frente de partidos de centro(bajo el supuesto de su afinidad ideológica) cuya función fuese concretar el “cambio ofrecido” y sustentarlo políticamente.

Los partidos de centro convocados esgrimieron criterios sin visión estratégica y redujeron su actividad política a la perspectiva electoral. Fracasó la propuesta. Bajo esta definición de posiciones, la factibilidad de un programa de reformas sólo podía sustentarse apelando a las masas. El ejecutivo propuso la realización de un plebiscito que reformase la Constitución Política y la composición parlamentaria. Nuevamente, en la práctica, la afinidad de los partidos de centro se diluyó y primó la heterogeneidad y se opusieron a su realización. El plebiscito suscitó oposición también en los gremios empresariales y en las Fuerzas Armadas. Al no realizarlo, el hecho político se redujo a la negociación de cúpula. De este modo, también se redujo el cambio a la expectativa de una legislación progresista.

Paralelamente a estos acontecimientos, se había diseñado una política internacional consecuente con la defensa de los derechos humanos y la autodeterminación de los pueblos. Estos planteamientos alcanzaron relevancia en los puntos más conflictivos de la región y se agudizaron las diferencias con la política internacional de la administración Reagan.

La segunda fase del gobierno de Roldós transcurre a la defensiva de la presión internacional. En el campo interno pierde la iniciativa y se internacionaliza el escenario político. Inicialmente el conflicto con el Perú, cuando este aún no había culminado ocurren incidentes en la Embajada del Ecuador en la Habana y, finalmente, se produce una polémica entrega de guerrilleros del Movimiento 19 de Abril a las Fuerzas Armadas colombianas.

El enfrentamiento bélico de enero y febrero de 1981 con el Perú impondrá su lógica a la coyuntura. La seguridad territorial se privilegia como objetivo de gobierno. La consecuencia fue un tutelaje significativo de las Fuerzas Armadas a la gestión política y presiones internas por un "acuerdo nacional" que abandone la expectativa de las reformas por la superación del problema fronterizo. También se adoptaron medidas económicas para financiar el gasto público producto de la emergencia.

Independientemente de los motivos del conflicto fueron evidentes las presiones por un cambio en la estrategia internacional. Una actitud determinante en la correlación de fuerzas del período fue la imposibilidad de establecer un *modus vivendi* con Estados Unidos.

La muerte del presidente Roldós en mayo de 1981 cierra un ciclo de expectativas de reformas sin concreción. La demanda popular por

redistribución económica y del poder que se había acumulado en la transición hacia la democracia alcanzó muy pequeños logros y se perdió un espacio objetivo para viabilizarla.

El ascenso del partido Demócrata—Cristiano a la Presidencia de la República cambió la correlación de fuerzas en la escena oficial. Se reflejó en la transformación del discurso político y en la problemática que el gobierno abordó.

Un conjunto de situaciones precríticas existían en la economía. Obedecían, básicamente, a dificultades del sector externo que hicieron visibles las distorsiones económicas internas. El gobierno manejó estos síntomas recesivos como una amenaza al pueblo, a las corporaciones y a las fuerzas políticas. Este manejo del hecho económico acarreó dos consecuencias.

De un lado, la utilización del discurso económico para congelar el tema de la reforma y la respuesta a las fuerzas políticas y sindicales. La problemática económica copó el escenario y se impuso un criterio para estabilizar la democracia. A saber, que el equilibrio económico determina la estabilidad democrática y que debe eliminarse cualquier forma ideológica de inseguridad para el capital.

De otro lado, el mecanismo utilizado fue la corporativización de varias instancias estatales, no sólo en la convocatoria al conjunto empresarial a constituirse en bases orgánicas de la gestión de gobierno, sino cediendo parcelas cada vez mayores del aparato estatal a la directa gestión de los organismos empresariales.

Cabe recordar que en el inciso de la redemocratización se desplazó a algunas formas tradicionales de representación política y a varios grupos de poder económico. El Estado apareció como un importante agente de transformación y el movimiento popular fusionó demandas que intentaba viabilizarlas.

La gestión gubernamental de derechización progresiva a partir de 1981 pretendió dirigir una alianza político—corporativa, relegar a segundo plano las manifestaciones populares espontáneas o dirigidas y mantener en una posición inocua a las fuerzas políticas potencialmente críticas.

El régimen sistemáticamente ha pretendido cumplir varios objetivos. Su problema central es constituirse en representación orgánica del frente empresarial, aunque no afirmamos que lo hayan conseguido. Persigue su consenso y legitimar ante ellos la gestión pública. El programa y el manejo de la política económica y social son el instrumen-

to que permite la prueba de confianza. Articulado a este problema intentó varias alianzas con partidos políticos alrededor del gobierno. A través de ellas deseaba lograr una cuota de negociación en el Parlamento y una apariencia de asentimiento de las fuerzas políticas, que le permita evadir la falta de consenso entre los sectores populares, evitando que se transforme en una oposición activa.

Las fuerzas políticas durante el inicio del gobierno de Hurtado no definieron sus posiciones tácticas. La derecha tradicional se retiró del escenario circunstancialmente sin delinear una posición. Esta, en cualquier caso, sin abandonar el plano de opositores y eventuales agentes dictatoriales, graduó la intensidad de sus acciones en función de las relaciones que el gobierno entablaba directamente con las corporaciones de los sectores productivos. Por tanto fue evidente que la derecha tradicional tampoco representa plenamente, en el plano de lo político a esos sectores productivos.

Los partidos de centro no comprometidos con la gestión pública tampoco fijaron un comportamiento claro frente al gobierno y al movimiento popular. Desarrollaron acciones sectoriales sin condicionar significativamente la gestión del gobierno. En este sentido, su práctica política partió de una definición negativa —no colaboración— sin mostrarse en la lucha cotidiana como alternativas de gestión pública. Frente al movimiento popular no tuvieron capacidad de dirección, ya que no desarrollaron mecanismos de inserción en el pueblo, ni su discurso coyuntural lo convocó.

Respecto al movimiento popular, en el primer momento, la iniciativa corrió a cargo del gobierno. En el contexto de progresiva derechización, las huelgas generales eran un indicador de la capacidad de presión sindical y, consiguientemente, forzaban a la disyuntiva estatal de acelerar o detener su aproximación a los gremios de los sectores productivos. Más allá de la conducción concreta de las huelgas, el resultado objetivo ha sido que las Centrales Sindicales jueguen más el rol de altavoces de la explosividad popular, antes que de instancias para concretar un bloque social alternativo.

En suma, la actuación del régimen ha desacelerado la capacidad de los movimientos sociales y políticos de condicionar la gestión estatal. Esta situación obedece a la falta de proyectos tácticos y estratégicos y a la ausencia de un trabajo político que fortalezca los organismos sociales de presión, gestión y opinión.

¿Cuál fue el conflicto más complejo que debió resolver el régimen

al interior de las fuerzas políticas?

Analizada la perspectiva del gobierno, es evidente el carácter prematuro con que la Democracia Cristiana llega a la gestión pública y dentro de un sistema de partidos aún germinal. Esto obligó al partido de gobierno a reconocer que el gobierno no es partidario, ni siquiera que tuvo sus bases fundamentales en una alianza. En este sentido la Democracia Cristiana, en tanto aparato, no fue el instrumento fundamental de relación del gobierno con la sociedad. No aportó organizativa ni programáticamente, de modo cotidiano, a la gestión pública y la función ejecutiva soportó bajo sus espaldas el peso del conflicto político. Un rol fundamental jugó el Parlamento.

La función legislativa se redujo a la tarea fiscalizadora. Al hacerlo, y modo poco coherente, fue un congestionador de segundo rango de las tareas administrativas del Estado y no fue una orientación política que enlace las demandas del movimiento social con el Estado. El acontecer legislativo diariamente se deslegitimó frente al pueblo. De un lado, el Parlamento al cerrar sus puertas al movimiento popular, como en octubre del año pasado funcionó como un detonador para la explosión que se produjo en ese mes. De otro lado, frente a momentos límites del conflicto político del centro con la derecha tradicional, esta hizo prevalecer su capacidad de boicot.

## 9. Las perspectivas y las tareas.

### 9.1. ¿Cuáles son algunos aspectos negativos de los partidos políticos del centro frente al momento popular?

La heterogeneidad social e ideológica de la base partidaria de los partidos de centro se expresa en los programas y proyectos. Estos, muchas veces son contradictorios pues tratan de expresar intereses sociales en enfrentamiento o, en su defecto, optan por la indefinición. Planteamientos ideológicos así estructurados hacen perder representatividad a los partidos y, a la vez, sus convocatorias no encuentran interlocutores. La débil cimentación social e ideológica conduce a que las alianzas que entablan sean poco representativas y, en todo caso, inestables.

A nivel programático-político, los partidos del centro son inconsistentes ante los conflictos fundamentales, evaden su tratamiento o, en su caso, disminuyen la "calidad" de sus programas. El objetivo que muchas veces se plantean es mantener estable una representación elec-

toral, antes que proceder con justeza histórica. También los programas tratan temas contradictorios, lo que genera desdoblamientos en el mensaje.

Con aparatos, estos partidos, no procuran la consolidación de las organizaciones sociales, ni plantean la estructuración de su base social. Se reducen a la existencia de un Estado mayor y de un número reducido de cuadros medios. Puede afirmarse que no tienen una militancia estable. Tampoco convocan a las masas adherentes a su práctica cotidiana.

En cuanto se refiere al liderazgo, reproducen las formas de los partidos de la derecha tradicional, transformando al líder en "figura política" y encarnación de una autoridad anti-democrática al interno.

Se revisten de una imagen técnica de autoridad. Se proyectan así mismos como eficientes administradores del Estado y a través de este discurso, tratan de cooptar la demanda de las masas. Cabe señalar, finalmente, el problema de la denominada "democracia posible". A saber, frente a los intentos de profundización de la democracia se argumenta que para lograr la estabilidad es necesario mantener una democracia tutelada, que debe combatirse a los extremos del espectro político pues serían anti-institucionales y que debe equilibrarse la velocidad con que corre la politización real del movimiento popular en determinadas coyunturas. En suma, se plantean ¿cómo limitar la participación?

La pregunta y sus antecedentes nos muestran que no se han reconocido las tareas del movimiento popular en la actualidad, que se plantean limitaciones a una participación popular que aún no se ha producido, que relegan al Estado a un rol de obstructor del histórico crecimiento y politización del movimiento popular, que se autoconfiguran como centro de un espectro político cuyo contenido es la derechización progresiva y que asumen una vía reaccionaria de estabilización democrática, democracia que en todo caso se limita a ciertos derechos políticos liberales.

9.2. Si no varían las coordenadas de la correlación de fuerzas, la redemocratización será el instrumento legitimador de una modernización sin reforma. Obviamente, de este modo se crean condiciones para el reflujo de la lucha social.

La constitución de los nuevos partidos en el centro del espectro

hasta ahora conlleva la exclusión del movimiento popular, la corporatividad de la política y la instrumentación de la democracia en función de objetivos particulares.

La democracia es una aspiración consecuente de las masas. Por ello, es una tarea imperiosa constituir aparatos de gestión y opinión política que permitan llenar el espacio producido entre las organizaciones políticas y las masas. Es precisa una firme posición nacional y popular que recogiendo los principios de la democracia representativa nos aproxime hacia una participación directa y real del pueblo, para profundizar la democracia en todos los niveles de la sociedad.

Es preciso reivindicar la organización popular frente a la exclusión a la que le someten actualmente y proveer de real contenido a la democracia. Sólo será posible a través de una profunda reforma económica política que permita al movimiento popular crecer históricamente, proponer su propia alternativa de desarrollo, autogestionarla y respetar su propia lógica para demandar a la sociedad su democratización.

9.3. ¿Participación o boicot? Participación que demande un sistema político con condiciones para desarrollar las tareas prioritarias del movimiento popular. El boicot significaría una forma de lucha de un contenido que no corresponde la correlación de fuerzas y que contradice la constitución política de las masas, quienes además han interiorizado la democracia como contenido sustantivo y a sus instrumentos.

9.4. ¿Alrededor de que puntos se debería condicionar la participación de las masas en la coyuntura electoral?

a) La creación de condiciones económicas y políticas para la fortificación de las orientaciones sociales. Es una tarea urgente, para la que el movimiento popular ha perdido tiempo. Mientras más sólida sea la sociedad civil, mejor se pueden resistir las situaciones de reflujo político y sindical. E, inversamente, a mayor fortaleza organizativa en la sociedad civil se puede estructurar mejor la dirección de las clases subalternas, entendido que la construcción de un orden alternativo es un proceso.

b) Desarrollar trincheras al interior del sistema que constituya al pueblo como sujeto social y político. Para ello deben configurarse demandas y desarrollar acciones para influenciar en el Estado y en la organización de la producción.

c) A partir de las cuestiones políticas que el pueblo se problematiza —como es su demanda por la reforma— desarrollar los elementos que conduzcan hacia la socialización del poder y de la economía.

d) Investigar creativamente los nuevos temas del acontecer político en el país. La coyuntura de crisis abre opciones sin precedentes para el crecimiento de la organización política y para el desarrollo de la conciencia popular. Se debe “aprovechar” la crisis para crecer en tanto movimiento popular y para hacer avanzar políticamente al conjunto de la sociedad. Para ello es imprescindible superar —en las mejores condiciones— el escollo electoral que significa la opción más retardataria frente a las tareas de los trabajadores del pueblo.

**estudios**

---

---

# REGION Y PARTICIPACION POLITICA

Manuel Chiriboga

---

## LA REGION EN EL ECUADOR REPUBLICANO.

El Ecuador como gran parte de los países de América Latina surge a la vida republicana como un país compartimentado, profundamente marcado por la existencia de regiones donde se reproducen particulares formas de explotación económica y de dominación social. La hacienda tradicional precapitalista implicaba, no solamente, una forma permanente de extracción del excedente de múltiples economías campesinas que requieren de los recursos que monopoliza para su reproducción, sino el establecimiento de un ámbito de dominación social y política que permite el funcionamiento del sistema.

La hacienda está indudablemente en la base de una sociedad localista en que las comunidades campesinas se relacionan fundamentalmente con ámbitos locales de poder. En estos, el Estado precapitalista delega un conjunto de mecanismos de represión y consenso que aseguran la reproducción de una sociedad compartimentalizada, de tipo gamonal.

Los niveles más bajos del Estado pre-capitalista y de la iglesia: el teniente político, el cura, la policía rural se articulan estrechamente al espacio económico y político de la hacienda, confundiéndose con ella. De esta manera, las comunidades campesino-indígenas se relacionan no a un poder Estatal centralizado y a sus instituciones sino a ámbitos económicos y de poder específicos, signados por la presencia de las clases dominantes locales y predominantemente por el hacendado. (Orlando Plaza y Marfil Francke: 1981).

La producción de la hacienda, la renta y el excedente campesino, circulan a inicios de la vida republicana hacia mercados específicos de significación regional. Por un lado, los mercados locales, ligados a las ciudades provinciales permiten la realización de la renta proveniente

de múltiples haciendas del área geográfica vecina. Por otro lado, ciertas regiones se vinculan con mercados externos específicos. Así, la región austral comercia su producción textil y agrícola fundamentalmente con el norte peruano y en menor medida con la costa; el norte comercia con Colombia y obviamente la costa se relaciona con el mercado internacional, particularmente con el norte europeo. (Chiriboga: 1980 b).

De esta manera, la economía republicana del siglo XIX está lejos de representar un conjunto continuo y de reproducción coherente; por el contrario, se caracteriza más bien por la compartimentalización y la segmentación. Está lejos todavía el funcionamiento de un mercado interno y unificado. La circulación de la renta monetarizada se desenvuelve igualmente en estos espacios geográficos determinados; es ahí, donde se realiza su consumo improductivo y aún en ciertos casos su inversión productiva. En otras palabras, el Ecuador nace a la vida republicana segmentado en economías regionales que articulan diversos ámbitos económicos y de poder ligados a la hacienda precapitalista, en torno a la cual giran las comunidades campesinas.

Estas economías regionales son en consecuencia también espacios caracterizados por relaciones sociales específicas y por lo tanto de una estructura de clases sociales "asentadas geográficamente y organizadas en torno a cierta estructura productiva y de poder" (González de Olarte: 1982, pág. 59). Clases Sociales regionales que se enfrentan y luchan en sus espacios geográficos regionales. Recordemos, que tanto la lucha por la independencia como los alzamientos campesinos durante el siglo XIX tuvieron una expresión eminentemente regional. (Chiriboga: 1980 a)

El Estado decimonónico se organizaba en consecuencia de manera regional. La primera constitución no solamente que establecía una representación legislativa paritaria para Cuenca, Guayaquil y Quito, sino que reconocía a los gobiernos seccionales un conjunto de prerrogativas significativas en cuanto al control local de los ingresos regionales; en algunos casos el establecimiento de aduanas regionales y fundamentalmente el control sobre la fuerza de trabajo campesino, impedida de circular libremente, de región a región. El Estado Central se lo concebía tanto como el lugar de negociación entre los diversos grupos regionales de poder; como depositario de un poder represivo centralizado y autocrático que podía actuar como protector de los requerimientos regionales.

Finalmente, el Estado ecuatoriano del siglo XIX se organizó de manera estrictamente jerárquica, de manera que los indios, negros, castas, clases auxiliares, jornaleros, conciertos, etc. fueron excluidos de los

derechos ciudadanos. La nueva legislación republicana aseguraba jurídicamente la inferioridad de la mayoría de la población y restringía la ciudadanía al sector de los grandes hacendados y comerciantes, a los curas; a los militares de alta graduación y al reducido séquito de sus familiares masculinos. Los indígenas "raza abyecta y miserable" era confiada constitucionalmente a los curas párrocos, como tutores y protectores, al tiempo que como hemos señalado, se entregaba a los gobiernos seccionales el poder de control de la fuerza de trabajo. A la clase terrateniente se le concedía dentro de estos reglamentos capacidad represiva sobre sus trabajadores, como lo estipulaban rigurosamente los reglamentos de policía.

La exclusión de la masa indígena de los derechos ciudadanos, la legislación sobre la fuerza de trabajo, la delegación como tutores de los indios a los curas párrocos, etc., fueron en conjunto obligando a las comunidades indígenas a vincularse a las haciendas. La relación colonial con la masa indígena se vinculaba así, de manera estrecha a una sociedad compartimentalizada económica, social y políticamente. Dominación Nacional sobre la masa indígena y región se encuentran así estrechamente vinculada en los orígenes del Ecuador republicano.

Si bien, hacia inicios del siglo XX la rígida organización regional se había debilitado; y las formas más brutales de control de la fuerza de trabajo: tributo, concertaje, trabajo subsidiario, papel de los curas párrocos, etc. se había abolido; la hacienda, la opresión nacional y la cuestión regional no habían desaparecido. Por el contrario, las mismas características del desarrollo socio-económico del país marcaron una evolución diferenciada de las regiones. Las relaciones sociales que caracterizan cada región se modificaron, en mucho por la relación con el incipiente mercado, tanto interno como externo, pero estas no tendieron a su homogenización; muy por el contrario evolucionaron en función de su matriz particular.

En efecto, la dinamización económica que sobrevino como efecto del auge cacaotero (1880-1915) y aún del bananero (1950-1960) acentuaron un desarrollo fundamentalmente desequilibrado, centrado en la costa y las principales ciudades y con efectos restringidos en la sierra, tanto austral como norte y central, y en las áreas rurales.

En efecto la costa se convirtió en la región productora de materias primas y bienes de consumo para el mercado internacional, evolucionando sus relaciones sociales en términos capitalistas. La sierra, tanto norte, como central y austral se convirtieron fundamentalmente en product-

ras de artículos de consumo que la costa requería. La transformación de las relaciones sociales fue en este caso mucho más lenta. Sin embargo, la dinamización agro-exportadora, impulsó un desarrollo de las ciudades y de actividades económicas urbanas, los que redefinieron la cuestión regional en términos de una unidad ciudad-campo especializada al interior de una cierta división nacional del trabajo.

La preservación de la hacienda como unidad fundamental de organización del sector rural en las diversas regiones significó que su papel como nucleadora de la masa campesina se mantuviera. Aún más, el papel de la hacienda en el control de la fuerza de trabajo a través del conjunto de relaciones pre-capitalistas que practicaba: huasipungo, yanapa, aparcería, etc. le permitiría seguir cumpliendo un papel clave en el funcionamiento de la sociedad local. La relación del hacendado con los niveles más bajos del Estado siguieron, por lo que las comunidades y economías campesinas seguirían vinculadas a estos ámbitos de poder. En ellos comenzaría sin embargo a cumplir un papel importante el capital comercial, como canalizador de la renta y del excedente campesino.

El auge agro-exportador implicaría un creciente desarrollo de la actividad económica urbana. La industria, la construcción, las finanzas y el comercio conocerían un importante crecimiento en parte como efecto de la transferencia de los excedentes rurales. De esta manera el desarrollo regional fue crecientemente expresándose también como una relación ciudad-campo; crecimiento de la economía urbana que igualmente se dio de manera jerarquizada, desigual. El efecto particular de esta evolución parece haber sido la constitución de un conjunto de regiones de desigual importancia, constituidas por una unidad eje "donde se toman las decisiones económicas" a nivel regional y un sector rural articulado a él (González de Olarte: 1982 pág. 227), en que además existe un conjunto de ciudades menores, pueblos, caseríos, etc. Este conjunto de regiones tienen pocas relaciones horizontales entre sí, estableciendo vínculos más bien con las regiones más dinámicas. Esta segmentación regional constituye una suerte de compartimientos estancos, que reproduce a su interior una organización jerarquizada y compartimentalizada.

En resumen el Ecuador hasta los años 60 era un país profundamente marcado por la existencia de regiones, caracterizadas por dinámicas específicas de acumulación a nivel regional. En ellas se reproducen, se definen estructuras de clase regionales y bloques de clase específicas. Las clases dominantes del país hasta entonces son clases regio-

nales; no existe propiamente una clase dominante nacional, ella está en proceso de constitución. El tipo de estructura productiva regional se define por una especie de división social—regional del trabajo: regiones exportadoras, regiones de producción para el mercado interno, regiones poco integradas, etc. Esto implica en cada caso diversos ritmos de desarrollo de las fuerzas productivas, etc. (cfr. Plaza, Francke: 1981, pág. 47-49).

Las clases dominantes regionales, las particulares combinaciones de relaciones sociales que presuponen, las formas de dominio regional, generan en estos años un sentimiento de pertenencia regional. Son numerosos los movimientos de defensa regional que hacen referencia a procesos de identidad y aún de cultura marcada por la especificidad de cada situación.

Sin embargo la misma evolución desigual de las regiones, aquella división del trabajo que suponía, los procesos de diversificación de la economía regional fue generando formas de relación inter—regional que apuntan a la constitución de un incipiente mercado interno y por lo tanto a la constitución de ciertas clases de proyección nacional: burguesía y proletariado.

## **DESARROLLO CAPITALISTA Y CUESTION REGIONAL**

Desde los 60 se asiste al surgimiento de una economía mucho más urbana; al desarrollo de la industria; se consolida una estructura de clases urbanas; el Estado se moderniza y hay un desarrollo mayor del mercado interno. Las regiones sienten fuertemente estos cambios. Las oligarquías regionales comienzan a ocupar un papel subordinado dentro del bloque de clases dominantes, particularmente aquellos de las zonas más atrasadas. Comienza a desarrollarse una economía más urbana y se consolidan centros de producción en las ciudades regionales, articulada a la economía nacional, etc. Se profundiza en consecuencia la brecha entre la ciudad y el campo. Ello va acompañado de una profundización del desarrollo desigual entre las regiones, que básicamente diferencia aquellos de fuerte penetración de la acumulación capitalista en la producción, de regiones en que la penetración se da a través de lo mercantil y la circulación. El avance de las fuerzas productivas es desigual en función de las modalidades de penetración.

Este desarrollo desigual de lo regional que se profundiza desde los años 60 y la modalidad de desarrollo capitalista dependiente de la eco-

nomía internacional implicará un conjunto de cambios a nivel micro regional.

La transformación de la hacienda como efecto de la aplicación de la legislación sobre Reforma Agraria y la presión modernizadora del Estado, en los últimos años, rompió en muchos casos la articulación hacienda-campesinado. Este recibió en propiedad sus antiguas parcelas de usufructo; en otros casos adquirió pequeños lotes de tierra y en muchos fue simplemente expulsado de la hacienda. A partir de entonces, la reproducción de la economía campesina dejó de pasar principalmente por el acceso a los recursos de la hacienda y se basó en complejas estrategias basadas en la producción agrícola, la venta ocasional de fuerza de trabajo, las diversas formas de reciprocidad entre economías campesinas, etc. El acceso limitado del campesino a la tierra, la imposibilidad de acceder a recursos monetarios, la continua cesión de excedente llevó a los núcleos familiares a involucrarse con la economía monetaria en la medida que no disponían de suficientes medios propios para garantizar su reproducción autónomamente. La necesidad de adquirir los componentes no producidos internamente les obliga a relacionarse crecientemente con el mercado de productos o de trabajo. Deben vender sus productos o su fuerza de trabajo para acceder al dinero que requieren para adquirir bienes de subsistencia o de producción. Para ello generalmente establecen relaciones con las fracciones locales del capital, particularmente: con los comerciantes, intermediarios, usureros o contratistas locales. Es a través de estos grupos económicos locales que las comunidades y los campesinos establecen relaciones con la sociedad nacional.

La disolución del sistema de hacienda tradicional parece haber implicado una transformación importante de los pueblos locales y su papel respecto al campesinado. Del funcionamiento del pueblo como residencia de un poder articulado a la clase terrateniente se pasa crecientemente al pueblo como residencia de un conjunto de agentes de intermediación entre el campesinado y la sociedad mayor. Estos agentes cumplen un papel clave en la reproducción de las economías campesinas, instituyen nuevas formas de poder y explotación económica, que las reproducen constantemente de manera pauperizada y subordinada. (Orlando Plaza, Marfil Francke: 1981, pág. 42-43).

La transformación del sistema de hacienda no dio paso a una articulación más nacional de las economías campesinas. Por el contrario implicó una redefinición de las funciones de los pueblos respecto a la

economía campesina, en tanto que intermediarios en relación con la sociedad ecuatoriana. Las micro-regiones de fuerte presencia campesina (se denominaron como tales, a la conjunción de un pueblo o de un grupo jerarquizado de ellos y una área rural marcada por una fuerte presencia de economías campesinas) se transformaron; transformación, de los pueblos que implicó igualmente cambios importantes en las formas que, asume la dominación nacional. En efecto en ciertos casos el pueblo tiene claras características mestizas y dominantes, respecto a áreas rurales indígenas.

En otros casos, en que las haciendas disponían de combinaciones óptimas de recursos, estas se transformaron paulatinamente en unidades empresariales. Para ello contaron con el impulso de las políticas de fomento agropecuarios, particularmente luego del inicio de la explotación petrolera. En estas situaciones los antiguos trabajadores fueron relocalizados en las tierras marginales, en las veredas de los caminos, etc. Ello implicó el surgimiento de microregiones caracterizadas por la predominancia de relaciones sociales capitalistas, de un fuerte desarrollo de las fuerzas productivas y aún por la presencia de fracciones modernas del capital: capital industrial, financiero y comercial.

En estos casos, los pueblos vinculados a estas zonas sufrieron igualmente fuertes cambios, a partir del surgimiento de una serie de actividades productivas y de distribución de diversa envergadura: talleres, piladoras, agroindustrias, centros de venta de insumos tecnológicos, etc. Así mismo, la manera como se constituye la fuerza de trabajo en estas zonas implicó que los pueblos adquiriesen importancia como lugares residenciales. Fracciones de capital moderno que conviven con fracciones más tradicionales de capital, especialmente cuando en el mismo entorno existían comunidades campesinas. En ciertos casos esta evolución de los pueblos a la actividad productiva se basó en una fuerte transformación de las economías campesinas, la transformación de su proceso productivo, etc.

Finalmente, en otros casos ciertas áreas al desvincularse de la hacienda conformaron comunidades no sujetas a centros locales de poder. Ello se dio sea porque la organización campesina asumió las funciones propias de las fracciones locales del capital: comercialización, crédito, etc., sea porque establecieron directamente relaciones con fracciones nacionales de capital. Estas zonas más bien establecen relaciones conflictuales con grupos de poder situados en los límites externos del territorio que ocupan o con las fracciones nacionales.

Las diversas regiones del país han congregado variadas combinaciones de relaciones sociales de tipo capitalista o no, las mismas que se reproducen en el ámbito regional. Varias microregiones de diversa característica, relacionadas con un pueblo o recinto se articulan en conjunto a una ciudad eje que les estructura (González de Olarte: 1982, pág. 228). Así por ejemplo en la región de Cotopaxí diversas microregiones se articulan a la ciudad eje de Latacunga: la de empresas ganaderas de Guaytacama; de campesinos capitalizados de la zona sur—oriental, de comunidades indígenas de la zona occidental, la zona de fuerte migración de Salcedo Central, etc. A su vez este conjunto de microregiones se relacionan con otras regiones a través de la ciudad de Latacunga.

Esta particular estructuración regional, que admite a su interior diversas microregiones implica una lógica particular de acumulación que combina diversas formas productivas capitalistas o no, organizadas en torno a un proceso de acumulación de tipo regional. Esta lógica regional de lo económico impulsa un particular funcionamiento del Estado. En efecto los diversos centros y aparatos de poder estatales parecen adaptarse a esta configuración regional. A nivel de las microregiones los aparatos estatales albergan y se relacionan estrechamente con las clases dominantes subalternas de tipo local. El teniente político se recluta entre los comerciantes y usureros locales, como normalmente lo hacen otros funcionarios públicos. Los partidos políticos se imbrican a nivel local con estos centros de poder local y a partir de ello controlan los aparatos estatales seccionales, que elige la población local. Las funciones de comerciante, de usurero, de compadre asegura un funcionamiento clientelar de lo político partidario a nivel local.

A nivel regional esta constelación de estructuras de clase microregionales, de aparatos y centros de poder de tipo local tienen un nivel de continuidad que permite la representación de las clases regionales en los aparatos y centros de poder de tipo regional, así como la relación con el Estado a nivel nacional. Los organismos seccionales: municipios, consejos provinciales, expresan principalmente los intereses de las clases dominantes regionales y de las necesidades de la acumulación regional.

Los organismos seccionales tienen grandes diferencias en cuanto a su capacidad fiscal y establecen muy variadas prioridades de inversión, en función del tipo de intereses que representan. La inversión del gobierno central es igualmente variado por regiones y así mismo sus prioridades varían de zona a zona. El Estado profundiza un desarrollo socio—económico desigual de las regiones: la red de carreteras penetra muy diferen-

temente en las zonas, como lo hace red eléctrica, los servicios de agua potable, los servicios de salud, etc. Obviamente que esta inversión diferenciada por regiones a su vez tiene un efecto multiplicador en la inversión privada, lo que a su vez se concentrará geográficamente en las zonas más servidas.

## REGION Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Este desarrollo desigual de las regiones y en consecuencia de las microregiones genera un conjunto de movimientos sociales de protesta; Movimientos pluriclasistas que incorporan generalmente a las "fuerzas vivas" de las provincias y de los cantones. Los paros cantonales y provinciales son una expresión de estos movimientos, en los que se demanda mayor atención y servicios a sus zonas, oponiéndose a un centralismo que continuamente denuncian. (1) La iniciativa en estos movimientos normalmente la tienen los grupos dominantes regionales, pero logran levantar una fuerte convocatoria entre los grupos populares regionales.

Igualmente, es importante destacar un conjunto de conflictos intraregionales que oponen tanto a diversas microregiones, como a diversas clases y grupos sociales. Lo primero tiene que ver principalmente con la distribución de la inversión fiscal regional, entre las diversas comarcas y zonas. El segundo tipo de conflicto, mucho más intraregional se centra en la lucha por la distribución del excedente a nivel regional. En todo caso este tipo de conflictos tienen un peso significativo a nivel regional, constituyendo importantes canales de participación política.

En el caso de las microregiones campesinas, como hemos señalado, las comunidades y las economías campesinas se vinculan a la sociedad nacional a través de los intermediarios locales. Estos cumplen un papel importante no solamente porque son intermediarios comerciales, sino porque cumplen funciones vitales en la reproducción de las unidades campesinas a través del crédito, la venta de insumos, etc. Ello les confiere asimismo un poder que se expresa tanto en el ámbito de las relaciones personales, como en el control de los niveles bajos del Estado a nivel rural. Formas de explotación económica y de ejercicio del poder a nivel local que no están exentas de conflictos permanentes.

---

(1) *En los últimos 4 años han habido paros o movimientos de protesta regionales en Ambato, Santa Rosa, Chone, Jipijapa, Baños, Zamora, Lago Agrio, Riobamba, Esmeraldas, Cayambe, Machachi, etc.*

Este ámbito de los movimientos sociales de las clases subalternas implica modalidades de participación política específicas. Estas no han merecido la suficiente atención política y académica, (2), por lo que normalmente no se han convertido en una línea de trabajo político transformador. Las organizaciones populares insertas en estas lógicas regionales, en buena parte de casos, han sido desligados de ellas y previstos de una perspectiva nacional sin la necesaria mediación regional. El tipo de participación política de las clases y grupos subalternos a nivel regional ofrece una multiplicidad de posibilidades, que pueden apuntalar una perspectiva transformadora importante, a nivel nacional. Obviamente que el tipo de participación dependerá de la región o micro-región, de sus características económico sociales, etc.

Este tipo de participación política transformadora debe basarse en un profundo conocimiento de las economías regionales y micro-regionales, de las estructuras de clase, de la cultura regional. El tipo de programa para los sectores populares, las alianzas que se debe privilegiar deben partir de ello, como los ejes de lucha a privilegiar. En todo caso, luchas importantes pueden darse por el control de los niveles regionales y locales del Estado, por los organismos seccionales y las modalidades de desarrollo regional, por las transformaciones económicas y sociales regionales, etc.

El programa regional no es sin embargo un listado de reivindicaciones económicas y de servicios: tierra, servicio médico, infraestructura, etc. que exigen los sectores. Son una reivindicación de desarrollo regional, con contenidos populares y bajo control de dichas fuerzas populares y de las fuerzas sociales y políticas acordes con el programa. Es igualmente un programa y una alianza contra las fuerzas que sustentan formas de opresión nacional, contra las fracciones atrasadas del capital. Es una reivindicación igualmente contra un desarrollo centralizador desequilibrado y desigual, base de la problemática regional. En este sentido es una reivindicación de esas fuerzas populares y progresistas de las zonas atrasadas contra el modelo de desarrollo, de conformación del estado, centrado alrededor de los ejes más dinámicos del capital.

El desafío que contiene es la construcción de una alternativa amplia, democrática, popular y nacional asentada en sólidas bases regionales.

---

(2) *Una importante excepción constituyen los trabajos de Rafael Quintero y Erika Silva.*

## BIBLIOGRAFIA

- Manuel Chiriboga.- 1980 a.- Las Fuerzas del Poder en 1830, en Revista Cultura No. 6, Revista del Banco Central del Ecuador, 1 Aulto, pág. 171 - 200.
- 1980 b.- Jornaleros y buenos Propietarios en 135 años de Exportación Cacaotero (17980 - 1925), CIESE, QUITO.
- Efraín González de Olarte 1982.- Economías Regionales del Perú, IEV, Lima.
- Orlando Plaza.- Marfil Francke 1981.- Formas de Dominio y Comunidades Campesinas, DESCO, Lima.

---

# TRANSFORMACION DEL ESTADO Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Julio Echeverría

---

La discusión en torno al Estado y a las formas regionales o locales de articulación de los movimientos sociales apunta al esclarecimiento de una siere de problemas que tienen que ver tanto con los mecanismos de legitimación del Estado, así como con las formas de organización, de producción de identidad y de comportamiento político del movimiento popular.

La problemática central alude al hecho de que existe una crisis latente o manifiesta del Estado como instancia capaz de articular el conjunto de necesidades e intereses, diversificados y heterogéneos que están componiendo el conjunto de la formación social. El tema ha sido ya suficientemente discutido; a la "heterogeneidad social" que caracterizaría a las formaciones sociales latinoamericanas se correspondería una "crisis del Estado" en dos sentidos, o como incapacidad de representar esta heterogeneidad, o como imposibilidad de promover procesos de homogenización que se asienten sobre una "praxis social común" de orden emancipativo. (1) En ambos casos la crisis se presenta como una "crisis" de ingobernabilidad", porque la heterogeneidad estructural expresa una composición social atravesada por intereses contrapuestos e incluso antagónicos, imposibilitados de ser re-compuestos en una estrategia, un plan, un pacto o acuerdo social. (2)

El carácter de la heterogeneidad estructural presenta serios problemas, tanto desde el punto de vista de la conducción estatal, así como de la articulación de movimientos sociales con perspectiva hegemónica de poder. Sin embargo, es esta la base constitutiva del Estado moderno, el aumento de la capacidad legitimatoria del Estado está en relación directa con la posibilidad de reducción de la "heterogeneidad social".

¿Cómo se presenta esta problemática en formaciones sociales dependientes como la ecuatoriana, y en el marco de una crisis económi-

ca general del sistema capitalista caracterizada por el estancamiento del crecimiento económico?

En primer lugar, se agudiza la brecha existente entre la heterogeneidad de la formación social y la capacidad legitimatoria del Estado; el desarrollo capitalista anterior a la crisis presente se caracterizó por desplegar una doble estrategia complementaria; una estrategia capaz de manejar articuladamente la transición desde formas productivas precapitalistas a formas productivas y de acumulación plenamente capitalistas. Marx expresó bien este proceso en las funciones que cumple a nivel de los procesos de socialización, las categorías del capital dinero y del capital productivo; el capital dinero, desintegra, desarticula y en forma corrosiva hace tabla rasa de toda forma precapitalista de producción y consumo, mientras el capital productivo, forma "metamorfoseada" del capital dinero, se encarga de integrar o de construir, sobre la base de la destrucción de los procesos tradicionales de producción y consumo, formas productivas y de socialización plenamente capitalistas, que giran en torno a una constitución bipolar—hegemónica en el conjunto de la sociedad, constituída por la clase obrera o asalariada, y la clase capitalista.

Esta descripción de la forma "clásica" de la transición al capitalismo se demuestra hoy como "utópica" desde la misma perspectiva de la acumulación de capital. La doble estrategia complementaria de la acumulación de capital perdió su vigencia histórica, desde cuando el capital financiero logró subordinar a su lógica al capital productivo; una situación crítica o una crisis general del capitalismo que se remota a algunas décadas atrás, a la crisis del '29, a la época pre—keynesiana. Desde la perspectiva de los procesos de socialización las consecuencias son altamente significativas; la dinámica del desarrollo capitalista ha perdido su dimensión integradora; el desarrollo económico capitalista es incapaz de promover procesos de socialización capaces de formar clases hegemónicas, como sujetos políticos en posibilidad de conducir alianzas que puedan a su vez legitimar la conducción estatal. Desde la perspectiva del proceso político se presenta como dato relevante la crisis del modelo de estado liberal; en ausencia de la capacidad y de la dinámica integradora del mercado económico, el Estado tiende a convertirse en el eje de los procesos de acumulación, de producción y reproducción de los sujetos sociales. Desde Keynes en adelante presenciamos una estrategia de acumulación capitalista asentada sobre la función interventora del Estado en los procesos de producción y en los procesos

de socialización. Una estrategia sumamente precaria porque hace del Estado una instancia que permite esconder, paliar o posponer las consecuencias de una crisis asentada sobre el estancamiento productivo. A ello se debe las características contemporáneas de la crisis fiscal del Estado. (3)

Pero, regresemos a la argumentación anterior, en América Latina las imposibilidades de una estrategia integradora de la acumulación capitalista, se ha expresado como tendencia a la constitución de movimientos sociales con connotaciones "populistas", esto es, de movimientos sociales en los que está ausente una dimensión organizativa, que presente características claras de una identidad colectiva, capaz de promover proyectos políticos de un amplio respiro histórico. En ausencia de ello, los movimientos sociales populistas tienden a presentarse en una lógica de contratación política corporativa o clientelar, en el que está presente una dimensión subalterna de adscripción al líder carismático; se trata de movimientos que expresan una desarticulación orgánica a procesos de integración claramente definidos. Igual sentido habría que atribuir a los llamados movimientos "marginales"; se trata de movimientos en los cuales se ha producido una ruptura con las formas tradicionales de producción de identidad, desarticulados de cualquier proceso de producción y consumo concretos y, al mismo tiempo excluidos de cualquier dinámica integradora en el proceso de acumulación capitalista. No acaso la historia de los populismos latinoamericanos se desata a partir de la crisis de los años treinta, y tiene una continuidad no resuelta a pesar de las políticas modernizadoras e interventistas de la última década.

La dimensión real de la "heterogeneidad estructural" no podía dejar de presentarse, en la ambigüedad de ciertas formulaciones políticas, o en la cerrazón y rigidez doctrinaria de otras, que han querido ver en la formación de los movimientos sociales, algo que no aparece por ningún lado; esto es evidente fundamentalmente en lo que toca a la caracterización del Estado; desenvueltamente se usan categorías como "Estado burgués o capitalista", que no ayudan a una precisión en la captación del proceso, y que se reducen a resaltar una supuesta transformación en el "sujeto" de clase que ejerce el poder. Igual cosa acontece en el análisis de la ideología y de los sujetos sociales, así como en sus formas organizativas; desenvueltamente se habla de una "ideología burguesa" que debería calcar en el nivel de la "conciencia social", lo que acontece en las estructuras económico-productivas. Todo esto —en muchos casos— ma-

tizado con una profesión de fe escondida en el sentido del progreso histórico que representa el "avance de las fuerzas productivas", la progresiva "proletarización", como antesala de la "revolución socialista", etc.

Tal vez el punto "doliente" de estas concepciones está en su imagen del progreso histórico. De un elemental acercamiento a los elementos constitutivos de la acumulación capitalista posterior a los años '30, se deduce una desarticulación estructural de su doble estrategia; a la capacidad desarticuladora de las formas tradicionales no se corresponde una tendencia articuladora e integradora, y por lo tanto se presenta problemática la conformación del sujeto antagónico a ese desarrollo. Esto se hace aún más evidente cuando se pretende ocupar el análisis de la ideología y de la política; no se explica cómo el desarrollo capitalista, no genere altos niveles de conflictualidad industrial capaces de definir "reglas del juego" favorables a la clase obrera y a los sectores populares, cómo no aparezca una "conciencia de clase" entendida según los cánones de la tradición obrera histórica; por qué la ausencia o la reducida existencia de organizaciones políticas guiadas por objetivos socialistas radicales, y en su lugar una presencia pasiva de masas, alineadas bajo las banderas de partidos populistas, o bajo los fumosos y ambiguos programas de los partidos de centro—izquierda, o también cuando se ve con alarmante preocupación la adscripción de sectores populares o políticas tradicionalmente reaccionarias. No se entiende cómo la transición desde sujetos no—asalariados a asalariados se realice no solamente a través de las reglas económicas del mercado, sino fundamentalmente a través de las políticas sociales institucionalizadas por el Estado. De igual manera comienza a aparecer la sensación de que en ausencia de las formas tradicionales de la lucha de clases, intencionadas a la transformación de las estructuras sociales y económicas, comiencen a cobrar vigencia situaciones de conflictualidad difusas, manifiestas o latentes, incapaces de encontrar formas organizativas, con perspectivas de hegemonía en el conflicto político y en la conducción estatal.

Es en ausencia de la capacidad integradora del mercado económico, que las políticas estatales se convierten en el eje de la constitución y reproducción de los sujetos sociales. (4) La constitución del Estado Social o interventista aparece como sostén o soporte de la insuficiente capacidad integradora del mercado económico. En este sentido las transformaciones de la forma estatal presentan una línea de continuidad y una de ruptura respecto a las características estructurales del Estado liberal. En cuanto a su continuidad la función central del Estado sigue siendo

la de asegurar que las condiciones de acumulación, reproducción y valorización del capital se mantengan; y en cuanto a la ruptura, la intervención estatal aparece en ausencia de la capacidad auto—reguladora del mercado económico. El mercado deja de ser el medio de control dominante y por lo tanto el eje de los procesos de socialización. El Estado no se limita a presidir las reglas del intercambio y a garantizar su cumplimiento, sino que se vuelve contraparte en esas reglas del intercambio, no sólo en sus relaciones con los sindicatos, con las cámaras patronales, sino en relaciones de tipo bilaterales a través de la gestión de importantes sectores públicos o semi—públicos, o como contraparte de importantes sectores sociales que se han constituido justamente en una relación directa con el Estado, a partir de las políticas sociales que han emanado de él.

Lo que ha acontecido entonces es una suerte de contaminación recíproca entre la lógica de funcionamiento del mercado económico, y la lógica de la autoridad centrada sobre la función garantista típica del Estado Liberal. La clásica separación sobre la cual se asentaba la estructura del Estado Liberal, por la cual el Estado al no intervenir reconocía la existencia de una esfera social regulada autónomamente por el funcionamiento del mercado, limitándose a garantizar externamente su funcionamiento, se ha modificado. La lógica de la autoridad en presencia de una insuficiente capacidad autoreguladora del mercado ha ido penetrando progresivamente en la economía, a través del manejo de la demanda global que se produce en el mercado; las políticas estatales de intervención en la economía, no aparecen para obstaculizar el libre juego del mercado, sino para garantizar su funcionamiento. No se trata entonces de que la intervención estatal haya alterado las reglas del mercado haciéndole perder a éste su carácter espontáneo y autoregulador. Sino que la capacidad de autoregulación del mercado se ha demostrado insuficiente en su función integradora del sujeto social.(5)

De igual manera, la lógica del mercado ha penetrado la estructura del Estado, provocando dinámicas prevaricatorias por parte de la empresa privada en la estructura de gobierno del Estado. Si en el proceso del primer tipo asistimos a una subordinación de la lógica del mercado por parte de la lógica de autoridad, por cuanto el Estado se asumía la capacidad de la planificación del mercado, en el segundo caso asistimos al proceso opuesto, a una subordinación de la lógica de autoridad, por parte de la lógica del mercado.

Las consecuencias de ésta compenetración recíproca en el nivel de

constitución de los movimientos sociales y en la capacidad de conducción del Estado son altamente significativas. Por parte del Estado como dinámica estructural tenemos la tendencia a su crisis fiscal; en lo político una tendencia hacia una multiplicación de sus contrapartes; el Estado se verá involucrado en el conflicto social, del cual antes se presentaba en la apariencia del mero arbitraje. La definición de sus políticas estará determinada por la intensidad de la amenaza que puedan provocar los intereses corporativos de los distintos componentes sociales.(6)

El corporativismo de los conflictos sociales rebasa la capacidad de integración de los canales institucionales tradicionales, como el parlamento y los partidos. Los conflictos decisivos no se resuelven en base a la mediación que estos puedan producir, sino en una contratación directa entre la función ejecutiva del gobierno, y los representantes de los organismos corporativos; esto restringe los espacios decisionales del Estado, y obliga a una respuesta en la cual el Estado reconoce a los movimientos sociales, no como portadores de reivindicaciones con posibilidades de hegemonía colectiva, sino como portadores de demandas parciales, justamente corporativas. Se ingresa entonces en una forma de intercambio político, de mercado político, que no anula los canales tradicionales —partidos, parlamento— sino que se superpone a ellos con una función subordinante.(7) Expresión de esto es la misma conformación del presupuesto estatal —y también su desfinanciamiento crónico—; éste resulta no de un proyecto programador que intervenga por fuera de los conflictos y de las reivindicaciones de los sujetos sociales. Su conformación expresa la confluencia de demandas diversificadas, que casi siempre modifican las intenciones decisionales de las instituciones gubernativas. Una de las formas de alteración proviene de las modificaciones a la estructura del presupuesto que éste sufre cuando pasa a través de la discusión parlamentaria; allí se expresan en parte el conjunto de reivindicaciones parciales, locales o regionales que desarticulan cualquier dimensión planificadora. Otra forma de alteración está dada por el nivel de la amenaza corporativa, a la cual debe responder el Estado, para evitar desequilibrios o rupturas del sistema; este nivel de contratación es talvez una de las formas constitutivas más importantes del presupuesto y de las políticas estatales.

Estos elementos obligan a replantear y redimensionar otra de las clásicas contraposiciones, aquella entre "mercado" y "plan". Se tiende a suponer que allí donde está presente el Estado interventor, está presente también una instancia planificadora que altera las reglas espontáneas

del mercado, porque introduce elementos de "racionalidad" capaces de modificar las tendencias corporativistas. En realidad la planificación interviene a posteriori de las reglas de la contratación, o cuando pretende modificarlas, ésta es políticamente depotenciada a la tarea de una simple consultoría técnica.(8)

Pero si esto es verdad a nivel del macrodesarrollo, no lo es tanto en ciertos sectores, en los cuales la intervención del mercado es mínima, y en donde por lo tanto la intervención del Estado es imprescindible, (obras sanitarias, atención médica, infraestructura vial, etc.). Aquí encontramos una complicada combinación entre formas de control y de acceso a la autoridad que están desarticulando asimétricamente el comportamiento de los movimientos sociales. Si en la lógica del mercado la reivindicación hace parte de un proyecto en el cual está en juego el destino de una autoreproducción del sujeto más o menos controlada por él mismo, en la lógica de la planificación es solo el Estado el que sabe lo que quiere a nombre o en beneficio del sujeto social. Esto que podría representar una mayor capacidad de decisión por parte del Estado, ya que allí se centra la intervención racionalizadora, a la postre puede revertirse en su opuesto, dado que esa racionalidad está ausente en los sujetos que reivindican su intervención. Puede producirse un exceso de demandas, que pueden alterar la dimensión racionalizadora, e incluso paralizarla.

Pero, ya lo dijimos antes, la dimensión corporativa no anula los canales institucionales tradicionales, sino que se superpone a ellos en sentido subordinante. Estos se mantienen y constituyen los mecanismos de legitimación que el Estado necesita, y que se expresan en los procedimientos democráticos representativos, a través del sistema de partidos. Se trata de los recursos de autoridad necesarios para la reproducción y mantenimiento del sistema en su conjunto. Las formas del conflicto político, atraviesan entonces estas dos dimensiones: la dimensión operativa, en la cual el Estado se presenta frente a los movimientos sociales como contraparte; y la dimensión de autoridad en la cual el Estado se presenta como garante de las reglas de la participación y de la contratación política.

De igual manera, la subordinación de las instituciones estatales tradicionales a la dinámica corporativa, las obliga a un cambio de función, de garantes del cumplimiento de las reglas económicas del mercado, a garantes del libre acceso al intercambio político y al fiel cumplimiento de las reglas del mercado político.

¿Cómo inciden estas transformaciones en la constitución de los movimientos sociales? ¿En su comportamiento político?

La constitución de movimientos sociales solamente se da a través de procesos de lucha y de interacción, solo allí se conforma el sentido de la identidad colectiva. No existen identidades preconstituídas o anteriores a la realidad del conflicto y de la lucha; esta define el carácter de la dialéctica integración—resistencia—autonomía, tanto en el nivel de la integración al mercado, como en el nivel de la integración al Estado.

La separación entre mercado y Estado suponía procesos formativos que seguían una doble secuencia de luchas; las luchas económicas centradas sobre la contratación de la compra—venta de fuerza de trabajo. Estas luchas sufrían una suerte de neutralización política en cuanto no se las permitía rebasar el ámbito de funcionamiento del mercado como eje de integración; la imposibilidad del control—integrador de esas luchas por parte del mercado, devenía en procesos de crisis económicas, que sólo entonces podían ascender al nivel de la lucha por el poder político. Por su parte el Estado no intervenía alterando el eje económico de integración, lo hacía solo garantizando el cumplimiento de las reglas del intercambio. Pero esta lógica animará solamente el decurso de las crisis cíclicas coyunturales, propias de todo proceso de integración; distinto será cuando la crisis deviene estructural, cuando la dinámica de integración al mercado presenta signos permanentes de estancamiento; sólo entonces la intervención estatal alterará en profundidad la dinámica constitutiva de los movimientos sociales. La intervención del Estado asumiendo tareas sustitutivas o compensatorias del mercado, tenderá a repolitizar el sentido de la lucha de los movimientos sociales. La intervención del Estado asumiendo tareas sustitutivas o compensatorias del mercado, tenderá a repolitizar el sentido de la lucha de los movimientos sociales, porque superará la imagen del nivel puramente económico del conflicto en el mercado, para trasladarlo a un nivel en el que están ausentes las mediaciones entre movimientos sociales y Estado. Pero este proceso de politización en cuanto relación directa entre movimientos sociales y Estado, presupone a su vez, un complejo proceso de desarticulación del impacto político que esos movimientos sociales podían producir al bloquear al mercado como mecanismo central de integración social.

Al transformarse la crisis de coyuntural y cíclica a estructural, el impacto político de los movimientos sociales podía convertir la crisis económica en crisis de integración social, en crisis de sistema. La intervención estatal cumple entonces esta doble función, repolitiza los movi-

mientos sociales, pero al mismo tiempo desarticula su impacto político, al introducirse como mecanismo compensatorio de integración social.

La intervención estatal no substituye por completo al mercado, la detención de la dinámica integradora debido a la crisis de crecimiento del capital productivo, no anula la función desintegradora de formas tradicionales o precapitalistas de producción y consumo que cumple el capital monetario. Al perder su dimensión integradora, el mercado se convierte en elemento generador de procesos de heterogeneidad social, que el Estado difícilmente puede compensar con su dinámica integradora. Es más, la intervención estatal re—convierte los procesos de desintegración del mercado en formas asimétricas de integración; la intervención del Estado crea como contrapartes sujetos que no intervienen de la misma manera que en la lógica negocial del mercado de fuerza de trabajo. Se produce entonces un proceso de acentuada heterogeneidad en la composición de clases; sujetos que se articulan a través de la lógica del mercado y sujetos que lo hacen a través de la lógica de autoridad; sujetos que combinan estas dos estrategias de reproducción, formas salariales de reproducción que solo intervienen en términos marginales a la reproducción de conjunto del sujeto.

Las consecuencias que es necesario traer de la transformación que ha sufrido la estrategia clásica del capitalismo, y que la hemos localizado como compenetración estructural entre mercado y Estado, puede ser vista desde la óptica de los movimientos sociales, como tendencia hacia una creciente e incontrolada estratificación social. Este resultado, sin embargo, de ninguna manera invalida la teoría de la estructura de clases, como teoría que explica la formación de movimientos sociales, con distintos intereses y estrategia de reproducción, de acuerdo a la ubicación que éstos tengan en los procesos de producción y trabajo. Lo que si hace es replantear las posibilidades de su constitución política, en los términos de una dificultad, que tiene raíces estructurales, por determinar un sujeto histórico con capacidad de sumar en sí y de dar coherencia racional—universal a un proyecto político de transformación.(9) El corporativismo de las demandas sociales expresa la inexistencia de un único eje de integración, en torno al cual el conflicto político, pueda ser elemento central en la formación de identidades colectivas. En lugar de ello, nos encontramos frente a una situación en la cual priman, una pugna entre diversas identidades, y estrategias de reproducción del sujeto, una situación de circularidad entre esta formas que más se acercan a una descripción del fenómeno político en los términos de un mercado generalizado

de intercambio y transacciones; en él ya no se intercambian solamente bienes materiales, sino bienes de autoridad, formas de acceso privilegiado o menos a las estructurales estatales de decisión.

La constitución de movimientos sociales unitarios, deberá entonces pasar por una reactivación política de la capacidad múltiple de impacto que estos deberán expresar frente a la diversidad de ejes de articulación. La reactivación política presupone también, el desarrollo de una visión realista del conflicto, como instancia en la cual entran en juego las distintas identidades y estrategias de reproducción. Instancia en la cual se hace posible una redefinición de la expresión corporativa, a favor de procesos de identidad colectivos que puedan legitimar la necesidad de la transformación.

#### CITAS

- (1) *Ha sido Norbert Lechner, quien ha introducido la temática de la heterogeneidad estructural: "Hasta hoy día, la mayoría de sociedades de la región se caracterizan por una heterogeneidad estructural: diferencias étnicas, corte entre ciudad y campo, entre sierra y costa, distancia entre economía exportadora y economía de subsistencia, divorcio entre el circuito financiero y el proceso de producción. La sociedad civil consiste en un archipiélago de unidades sociales relativamente aisladas. El espacio estatal, recortado por los límites fronterizos no se funda en una comunidad social. No hay una base común a todos los habitantes, que entrelace los trabajos individuales y estructure integralmente las relaciones de producción, haciendo conmensurables las distintas actividades. La heterogeneidad estructural no es solamente un fenómeno económico. La dispersión de la esfera económica se reproduce al nivel social, político y cultural (. . .). En lugar de una razón social, que interiorizada por todos funda el orden común, se da una pugna de distintas racionalidades, que se decide por transacciones y, dada la inestabilidad del compromiso, en definitiva, por la fuerza bruta. En resumen, la heterogeneidad estructural se refiere a la ausencia de una praxis social común". Cfr. Norbert Lechner. La Crisis del Estado en América Latina, en Revista Mexicana de Sociología (Abril-Junio de 1977, p. 407).*
- (2) *A ello se debe la inflación de la terminología que alude al "centro" político, "centro izquierda", "centro derecha"; por detrás de ello existe el temor implícito por enfrentar intereses y de esa manera provocar la inestabilidad del juego político; si la estrategia se articula en términos radicales corre el peligro de ser marginalizada o de auyentar el consenso de amplios sectores. La política que insiste por ocupar una posición de "centro", puede ser eficaz en el mercado político, porque su generalidad inocua puede "representar" intereses diversificados, pero se demuestra "ya en el poder" totalmente ineficaz para producir dirección o gobernabilidad alguna.*
- (3) *James O'Connor. The Fiscal Crisis of the State, New York, 1973.*

- (4) *Como se podrá notar, estamos utilizando una caracterización del mercado económico, que no se reduce a una lectura "economicista", en la que primaría el intercambio de "bienes materiales", "cosas", o "mercancías", sino acentuando la dimensión socio-organizativa del mismo. "El intercambio, no es simplemente un método para redistribuir la posesión de las cosas, sino un método para controlar el comportamiento y organizar la cooperación entre los hombres". Cfr. Charles Lindblom, Politics and Markets, The World's Political-Economic Systems, New York, 1977, p. 37.*
- (5) *J. O'Connor, ha puesto muy bien en claro la disociación que se presenta en las corrientes actuales neoliberales, entre su reivindicación ideológica de la no-intervención del Estado, y la exigencia "operativa", política de que éste intervenga como sostén del sector privado; en realidad, "el crecimiento del sector estatal, es indispensable para la expansión de la industria privada", op. cit., p. 13.*
- (6) *La clásica distinción entre expresión "corporativa" y "conciencia de clase" como "conciencia política", tiende a caer, en ausencia de instancias estructurales formativas de movimientos sociales con una clara identidad colectiva. El corporativismo de las demandas sociales se convierte directamente en reivindicación política; y deja de ser expresión de necesidades puramente economicistas, justamente porque la estructura del mercado se ha compenetrado con la estructura de autoridad. La concepción economicista del fenómeno corporativo, se corresponde con la presencia de estos fenómenos al interior de la estructura liberal del Estado, cambia de sentido cuando mercado y Estado han sufrido una compenetración estructural.*
- (7) *"El intercambio político si bien no es innovativo en la forma y en la definición formal de la autoridad del Estado, introduce elementos materiales de tipo "contractualista" que alteran su fisonomía liberal-democrática". Cfr. G. E. Rusconi, Intercambio Político y Lucha de Clases, Revista "Mondoperario", Enero, 1982.*
- (8) *La planificación presupone como elemento de su diagnóstico, una captación realista de las condiciones que harán posible la implementación técnica de sus programas; y entre ellas están los intereses que expresan la estructura "heterogénea" y "compleja" de la formación social, intereses cuya alteración supone conflictos posibles que deberán ser evitados para el buen éxito de la misma planificación, la planificación ejerce entonces una peculiar forma de auto-censura, si quiere ser viable políticamente.*
- (9) *Determinadas corrientes de orientación socialdemócrata, han creído encontrar la posibilidad de ese proyecto en la intervención racionalizadora del Estado. La intervención estatal, ha demostrado que es posible construir nuevos mecanismos de integración capaces de contribuir a la formación de nuevas identidades colectivas, pero al mismo tiempo, la ubicación de un nuevo eje de integración, ha permitido desarticular asimétricamente, la formación de movimientos sociales unitarios. Al hacerlo, se ha corroído la base de legitimación necesaria para cualquier proceso de transformación.*

---

# LA CUESTION REGIONAL EN EL ECUADOR \*

FLACSO - Biblioteca

Jorge Trujillo

---

Si hay una certeza a nivel de la denominada "conciencia nacional" ésta se refiere a la afirmación de que el espacio del estado nacional se encuentra constituido por tres regiones "naturales": costa, sierra y oriente. Una aparentemente --o quizás realmente-- ingenua concepción del relieve o de la ecología que funda identidades, lealtades y, en el extremo, desigualdades, todas llamadas a constituirse en elementos claves de la nacionalidad ecuatoriana.

A la peculiaridad del paisaje, distinto para cada una de las tres regiones, corresponde una particular forma de ser del hombre, y por ende, una modalidad social específica. Es como si el hombre derrotado por las fuerzas de la naturaleza e incapaz de someterlas apareciera subsumido a éstas como un aditamento más del paisaje. Es como si las "sociedades regionales" fueran la expresión más acabada de la generosidad y bondad de su propio entorno natural, destinadas a permanecer incambiables, en tanto éste no sufra una transformación telúrica y, entonces, constituyendo una referencia permanente para la sociedad nacional sujeta a los cambios de la modernidad.

Esta visión de la constitución del espacio nacional ha pesado tan fuertemente sobre la conciencia de los ecuatorianos que sustenta no sólo movimientos de contestación del centralismo "absorbente" del estado sino además las mismas interpretaciones de la realidad nacional. Es así como en las ciencias sociales se asiste en parte a aquel fenómeno de la atomización y especialización regional que aparte de todas sus evidentes ventajas no deja de estar atravesado por el propósito legitimador que lo vincula irremisiblemente a los designios ideológicos.

Es innegable que el movimiento contrario se encuentra también presente en las ciencias sociales: es decir aquel que desde la perspectiva nacional ha desarrollado una visión distinta del espacio, suponién-

---

\* *Este artículo es parte de una investigación más amplia realizada dentro de las actividades del CIESE.*

dolo integrado, quizás homogéneo. La economía, la sociología y la historia se han encargado, en una gran parte de su producción de entregar y consagrar una visión unificadora del país que, sin negar explícitamente las especificaciones regionales ha incidido profundamente en la actual percepción del espacio del estado nacional ecuatoriano.

Sin embargo, aún en la producción de esta tendencia es posible constatar el peso de la conciencia cotidiana de la división "natural" de los espacios regionales. Pues, el diagnóstico o la interpretación integradora muestran que la polarización regional no es posible desecharla cuando se trata de organizar el análisis de la dinámica o del movimiento global de la economía y la sociedad ecuatoriana. A esta tendencia no suelen escapar aquellos diagnósticos para el desarrollo como tampoco aquel debate no resuelto de la cuestión agraria.

Quizás la ruptura de la percepción regional trinitaria "natural" hay que buscarla en un eje distinto al de la conciencia cotidiana o de aquel interpretativo que corresponde al desarrollo de al menos un importante sector de la producción de las llamadas ciencias sociales. Este eje es el moderno estado burocrático (a partir de mitad de siglo), que aparece como un movimiento de concentración del poder, como resultado de la reorganización de la sociedad en su conjunto, a partir de la vigencia del modelo agroexportador industrial del desarrollo.

Tal reorganización si bien se funda sobre la ideología de la estructuración integrada y homogénea del espacio nacional también legitima una nueva visión tecnocrática que postula nuevas bases regionales como ejes descentralizados del desarrollo. Se asiste entonces al movimiento de redefinición de los espacios regionales sustentados, es cierto, sobre el movimiento real de la economía y la sociedad, pero legitimada en el texto ideológico de las denominadas "estrategias" de desarrollo.

Es evidente que este último modelo tiende a prevalecer: la racionalización de la organización productiva y social del estado nacional es el supuesto básico del cual parte el proceso de integración y homogeneización y a partir del cual se superan aquellas condiciones de desigualdad constatables en la sociedad tradicional y que se encontraban profundamente ancladas en la visión "natural" de los espacios regionales, cuando no en la visión dicotómica de la sociedad: sociedad moderna blanco—mestiza/sociedad tradicional, indígena.

La cuestión regional en el caso ecuatoriano aparece entonces planteada en dos momentos distintos: uno, aquel en el cual predomina el eje "natural" y otro en el que el eje de la "modernidad" prevalece y

estimula la visión y la conciencia del espacio nacional. Un eje en el cual el agro precapitalista funda los poderes locales y regionales, y otro en el que, sobre el debilitamiento del primero, se organiza la producción capitalista en un juego dialéctico integrador. Entre uno y otro eje hay una gran distancia, marcada precisamente por el conjunto de procesos que entraña el desarrollo capitalista.

En el trabajo que voy a presentar se recoge, más que propuestas acabadas, un conjunto de reflexiones teórico—metodológicas que van acompañadas con la presentación breve de dos líneas analíticas desarrolladas en el CIESE, una orientada al análisis de las regiones y otra que se refiere al proceso de definición regional de la amazonía en el período que denominamos de la modernidad.

## **1. Los términos del debate: región e integración nacional.**

El problema regional bien puede discutirse en otra perspectiva: la exactamente opuesta que da cuenta del proceso de integración de los estados nacionales, a través del fenómeno de generalización de las relaciones mercantiles; es decir de la expansión del mercado interno capitalista. Este fenómeno expresa el movimiento del desarrollo del capitalismo y permite entender que éste no es homogéneo sino, por el contrario, radicalmente desigual en su intensidad pero profundamente único en su sentido sustancial.

Pero no se entiende el movimiento integrador del mercado interno si no se postula como su punto de partida la situación previa —precapitalista— o su articulación bajo la vigencia de una lógica o racionalidad no capitalista para convertirse en una traba u obstáculo para la instauración y generalización del capitalismo.

Los hechos muestran que el proceso no es irremediamente progresivo, unilineal y acumulativo; y esto es lo que funda la discusión acerca de la aparente debilidad del capitalismo, en el supuesto de la dependencia; o en un marco más amplio, comparativo, que determina la lentitud, del proceso integrativo, cuyo inacabamiento hace pensar a otros autores en la fortaleza de las formas no capitalistas. Sin embargo, detrás de este movimiento aparente que entraña una visión dicotomizada de la sociedad, es necesario encontrar, más bien, las expresiones desiguales y heterogéneas de un único movimiento. El dar cuenta de éste, en términos analíticos nos enfrenta a la tarea historiográfica de reconstruir el movimiento expansivo del mercado interno.

La categoría "mercado interno" se ubica, entonces en un nivel de análisis que implica dos supuestos fundamentales: la delimitación de una unidad analítica, formación económica social, que posibilita el marco interpretativo totalizador; y dos, la determinación de un período para la conducción del análisis. Desde luego, queda entonces por establecerse un punto neurálgico para lo que se refiere a la temática a tratar: éste se remite al problema del estatuto de la cuestión regional.

El proceso de integración nacional a través de la ampliación del mercado interno entraña efectivamente la destrucción de los espacios regionales tradicionales pero quizás no la distribución espacial regional como principio organizador de la economía y la sociedad. El análisis da cuenta entonces en una de sus líneas, de la liquidación de la sociedad tradicional y su distribución en espacios regionales, determinados en general por las condiciones del precapitalismo; pero también de aquellas modalidades de organización regional que surgen como resultado del desarrollo capitalista.

Hay por lo tanto dos momentos en los cuales se plantea la cuestión regional: uno, en el cual las unidades regionales aparecen como oposiciones irreductibles al movimiento integrador que entraña el capital, y otro, en el que las unidades regionales, siendo el resultado del desarrollo capitalista, no constituyen una oposición irreductible; por el contrario, en tanto forman parte de ese movimiento pasan a constituirse en un elemento clave del proceso que apunta a la construcción del espacio nacional integrado. Esto que es evidente a nivel de economía y sociedad, en donde el proceso de organización de la producción y el surgimiento de clases se encuentra atravesado por esta especialización regional, no lo es tanto a nivel político en el que la oposición al estado como poder político centralizado se encuentra aparentemente encarnado en los poderes regionales, y en el extremo en los poderes locales.

La oposición debe entenderse como una de las expresiones del proceso de homogeneización, del control del poder político. La correlación de fuerzas que sustenta la apariencia de la oposición corresponde al movimiento de la lucha de clases cuyo tratamiento analítico entraña una reflexión paralela sobre el problema de los modelos de acumulación y del modelo político que éstos requieren para su generalización al conjunto de la sociedad.

Pues, la vigencia de un determinado modelo de acumulación y de gestión política permite entender que la organización del aparato pro-

ductivo no es un proceso acumulativo sino que marca una trayectoria diversa en cuanto a la definición de su eje dominante y los dos ejes secundarios a éste articulados. Esto ciertamente se expresa en la redefinición de los espacios regionales en sí mismos y en el conjunto de sus interrelaciones. Concomitantemente se redefinen las clases y las condiciones de su antagonismo u oposición; lo que es más importante, se redefinen sus relaciones con las fracciones nacionales que hegemonizan el proceso. Pero también —y esto es lo que interesa— se redefinen las condiciones en las cuales los sectores no dominantes se enfrentan al capital, y que se refieren a los problemas del mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero las condiciones de enfrentamiento al capital no son homogéneas puesto que corresponden precisamente al desigual movimiento de su desarrollo. En esta medida, las expresiones políticas de los sectores populares suelen asumir modalidades locales y/o regionales que tienden a predominar en determinados momentos históricos por sobre el carácter nacional de los movimientos políticos de clase. Entonces, más que una alternativa política, la insistencia en las instancias locales/regionales se plantea como la necesidad de comprender las condiciones diferentes en las cuales se sitúan determinados sectores de clase, articulando discursos y lealtades que generalmente no corresponden a aquellos de las plataformas nacionales.

Y la importancia política de este debate no radica, entonces, en la construcción de una estrategia alternativa que sustentada en el potencial movilizador regional se convierta en un eje cuestionador del poder político del estado, y en el extremo, de un eje orientador a su liquidación. Más que una estrategia alternativa, la cuestión regional constituye un elemento que atraviesa la comprensión de la lucha de clases en el ámbito, donde la legitimidad del gobierno central juega con la legitimación de los poderes locales/regionales. Es decir, en el campo en el cual los intereses de las fracciones dominantes nacionales (cuya hegemonía corresponde a los modelos económico y político vigentes) pueden cuestionarse o afianzarse poniendo por delante los intereses de las fracciones regionales cuyo liderazgo y legitimación articula a otros sectores en movimientos organizados por sobre las lealtades clasistas.

El proceso de la legitimidad que funda —o no— las lealtades regionales señala la importancia de este elemento. Su tratamiento en el debate amerita la explicitación de otros elementos que entrañan el proceso general en el que se enmarca.

## 2. El conflicto de las lealtades, de la identidad y la cultura.

El movimiento integrador de constitución del mercado interno no implica únicamente una visión economicista de los fenómenos sociales, culturales y políticos. Quizás del mercado interno no es reduccionista en el sentido de atenerse al proceso de mercantilización de la sociedad, desatendiendo el tratamiento de un conjunto de elementos cuya significación económica y mercantil no sea evidente. Por último, tampoco es el caso identificar el análisis del mercado interno con aquel que postula el determinismo económico bajo una esquemática concepción, en la cual es necesario la defensa de la ortodoxia, en nombre de ella misma.

La investigación sobre el mercado interno apunta a un universo más complejo que aquél insinuado por la terminología. Es decir no se refiere únicamente a los componentes mercancía, tales como los productos agropecuarios y manufacturados, la fuerza de trabajo y la tierra. Se refiere al conjunto de condiciones requeridas para el proceso de mercantilización y por lo tanto a su acción tanto en lo que se refiere a la destrucción de aquellos elementos no capitalistas que se oponen u obstaculizan, como en lo que se refiere a los resultados del proceso. Y éste no es precisamente una adscripción a un ingenuo planteamiento mecanicista, según el cual la constitución de determinadas relaciones en el plano económico conllevan la necesaria y automática instauración de sus elementos correspondientes en los otros niveles de la sociedad. Por el contrario, es posiblemente en estos aspectos que se revela el proceso más complejo y rico en la medida en que la gestación de la conciencia nacional debe sustentarse y a la vez convertirse en la negación de las conciencias regionales organizadas como identidad, cultura y lealtades.

Para el problema que nos ocupa, resulta apasionante trazar la trayectoria de la reorganización productiva regional. Pero, seguramente mucho más, trazar la trayectoria de las transformaciones sociales desde la atomización local y personalización de las relaciones hacia las relaciones despersonalizadas —anónimas— y de las clases nacionales. Es un problema que se encuentra presente en el movimiento obrero pero que probablemente muestra mayor amplitud en el campesinado cuya lucha se ubica aún en los ámbitos locales o regionales: Y es aquí donde radica, con seguridad, el interés político del debate. Pues, es evidente que en el proceso de constitución de las clases nacionales el problema de las alianzas necesariamente se remite a la cuestión regional y hasta local donde la articulación de distintos sectores populares en la perspectiva de su man-

tenimiento y reproducción es tan importante como de su ubicación en el proceso productivo.

Y es aquí donde seguramente resulta factible fundar una reflexión adicional sobre el problema de la identidad regional/nacional en términos de clases, y el tipo de prácticas políticas que de allí surgen. Si se parte del problema de las lealtades, la constitución de clases nacionales, que posibilita la generalización de las relaciones capitalistas puede ser sustituida momentáneamente por aquellas lealtades que primordializan la relación personal clientelística. Es en este espacio que los poderes locales y regionales encuentran sus formas más generalizadas de acción política. De la misma manera, si se parte del problema de las identidades se encuentra que la llamada identidad nacional que se adscribe a los proyectos de las clases nacionales (que se encuentra en nuestros países como una tarea aún no concluida) puede ser sustituida momentáneamente por el tipo de identidad localizada que sustenta elementos como el estatuto del lugar de origen y el parentesco.

Pero no se entendería el real peso de estos elementos en las identidades locales/regionales, si no se los vincula con la dinámica patrimonial y productiva. Es decir las lealtades que fundan los poderes locales se encuentran atravesadas por las identidades que son un argumento reiterativo, que crea fácilmente el consenso en torno a los movimientos. Así, lealtad e identidad son elementos claves que dan cuenta de la difícil ruptura del mundo tradicional con el mundo moderno; o quizás de la riqueza de este proceso en el que la necesaria destrucción o redefinición de lo tradicional es aún una tarea no abordada. En todo caso, el adecuado dimensionamiento de estos elementos nacional—regional localmente, antes que marcar una trayectoria de lo proporcionalmente inverso hace pensar en una profunda imbricación y mutua retroalimentación.

El problema de la identidad, como bien puede suponerse, apunta hacia el de la cultura. Pero si resulta relativamente comprensible el juego de la identidad nacional\*—regional—local, no lo es tanto el problema de la oposición cultura nacional—regional. Pues ninguna de las dos aparece con una consistencia lo suficientemente lograda como para arrojar luces sobre el problema. La ausencia de una cultura nacional es constatable en la di-

---

\* *La identidad nacional es, en cierto sentido, un proyecto destinado a crear una conciencia —valorativa— que pretende ubicarse en un nivel que rebasa las propias clases sociales. Bien cabe señalar entonces que el inacabamiento se refiere a la ausencia de proyectos coherentes más que el hecho de su terminación.*

versidad de culturas y, por lo tanto en pueblos que marcan una ruptura de un probable "continuum" cultural. Pero esta misma constatación es válida también para el caso de las regiones: la inconsistencia del postulado de "su" cultura radica en la consistencia de las culturas "indígenas" que no siempre son coincidentes.

Ocurre entonces que tales culturas, lejos de caminar hacia su destrucción frente a la expansión del mercado capitalista, marchando a contrapelo tienden a recuperar su propio espacio político en el enfrentamiento a la sociedad "blanco—mestiza" y al estado. Las alternativas que se presentan en todo sentido son un radical cuestionamiento a lo regional y su estatuto en el movimiento del mercado interno; y como ya no es posible hacer tabla rasa de esta discusión, por lo menos es válida repensarla bajo esta óptica de las otras dimensiones del capitalismo nacional.

---

# ESTADO, NACION Y REGION EN EL ECUADOR: Algunos Elementos Teóricos para su Análisis\*

Rafael Quintero y Erika Silva

---

## I. LA CUESTION REGIONAL Y LA POLITICA

### A.- Introducción.-

El conflicto entre sectores sociales localizados en diversas regiones del territorio del Ecuador; el aparecimiento de movimientos políticos y partidos de un marcado sello regionalista; las propuestas vigorosas de los años 1939 y 1959 por un "Guayaquil independiente" y en contra de esa "mano que aprieta", que es el centralismo, al decir de un prestan-te banquero e historiador guayaquileño; la creación del Partido Federalista, y la existencia de un exacerbado sentimiento regionalista en diversas provincias del país revelan la existencia de una práctica política basada en "lo regional". Práctica que ha ido extendiendo sus manifestaciones más recientes a cuestiones tan multifacéticas como los conflictos habidos en torno al control y centralización de la Federación Deportiva, la localización de industrias financiadas por la Comisión de Valores, la descentralización del Ministerio de Industrias y Comercio, la política de becas y préstamos educativos del Instituto Ecuatoriano de Crédito Educativo (IECE), el control sobre las entidades autónomas de diversas regiones, y las pugnas entre movimientos culturales de base regional.

Podríamos abundar en ejemplos que revelan la existencia cierta de un tipo de discurso elaborado insistentemente por sectores subalternos y dominantes de la sociedad ecuatoriana, y que hace hincapié en cier-

---

\* *Este escrito hace parte de un estudio extenso sobre la Cuestión Regional y el Estado en el Ecuador preparado en FLACSO - Quito, 1982.*

tas contradicciones, conflictos y desavenencias que tienen, a lo interno del discurso, un referente "regional". Ese discurso a veces toma visos racistas; ora aparece como referido a un universo lingüístico, ora renace como cuestión religiosa e intelectual y en sus casos límites se ha planteado como un nacionalismo regional acendrado. En todos los casos, sin embargo, se constata la presencia de una iniciativa "privada" contra el avasallamiento "público", como un impulso proveniente de la sociedad civil y dirigido a detener alguna acción estatal. Lo "regional" ha aparecido entonces siempre en un contexto político.

Ahora bien, para quienes deseamos abordar el estudio de "Política y Región" en un contexto histórico específico y referido a problemáticas muy concretas (v.g. "Fuerzas Armadas y Región", "Representación Política y Región", "Ideología y Región", etc., etc.), se vuelve indispensable plantearse el problema del estatuto teórico específico de "lo regional" para no repetir en la práctica investigativa, aquello que un aventurado caminante había hecho su lema cuando decía: "Yo no sé adonde voy, pero sé que estoy en mi camino", llevando sin duda la investigación al mero terreno de lo descriptivo y a las constataciones de sentido común. Por ventura, especialistas del análisis espacial han desarrollado ya una serie de críticas pertinentes que nos evitan transitar por caminos poco o nada prometedores. Un especialista de la cuestión regional, por ejemplo, ha caracterizado en estos términos los contenidos de mayor difusión y circulación en el área que hoy nos ocupa:

"Contribuciones tan variadas como las de la economía espacial de vertiente neoclásica, la llamada teoría de los polos de desarrollo, la sociología urbana, la denominada geografía teórica, y otros cuerpos doctrinarios—teóricos representan con variado éxito en este campo específico, la ideología dominante de los sistemas capitalistas". (1).

Y esta no es una caracterización gratuita de dicho autor, sino que está avalada fuertemente en una larga y coherente revisión crítica de la literatura existente y que, por lo tanto, merece ser destacada por la pertinencia de los problemas que plantea. (2)

- (1) José Coraggio, *"Posibilidades y dificultades de un Análisis Espacial Contestatario"*, *Demografía y Economía, Colegio de México, Vol. XI. No. 2, p. 135.*
- (2) Véase por ejemplo *"Hacia una revisión de la teoría de los polos de desarrollo"* de J.L. Coraggio, publicado en *Desarrollo Urbano y Regional en América Latina, selección de Luis Unikel y Andrés Nicochea (México: Fondo de Cultura Económica, 1975), pp. 278, ss.*

Tener presente esto es necesario, pues no queremos por cierto realizar una investigación que, partiendo de falsas premisas, tienda a ser funcional al proceso de dominación existente, o a hacer más viable la implementación de políticas regionales de quienes ostentan hoy el poder en nuestro contexto. El método a emplear y el marco teórico son, en esta preocupación, consideraciones de enorme relevancia en nuestra propia determinación investigativa, que tiene la orientación de verse alejada de aquellos esquemas harto apologéticos del sistema capitalista vigente. Pues, como advierte el mismo autor antes citado:

“Un planteamiento adecuado de la cuestión regional, y por lo tanto, de las investigaciones destinadas a producir conocimiento particularizado y fundamentar vías de acción, no sólo no es independiente del marco teórico subyacente sino que . . . tampoco es independiente de los objetivos del analista o, si se quiere más claramente, de cual es su ‘clientela’, puesto que no es lo mismo investigar una situación regional para paliar conflictos sociales por encargo del Estado Capitalista que hacerlo para contribuir a la organización de movimientos sociales de base regional”. (3)

Y esta advertencia viene al caso en tratándose del Ecuador donde no han faltado algunos discursos elaborados por investigadores nacionales y extranjeros en los que se lidia con “la región” (aparezca esta como una ciudad, provincia, o localidad) como si se tratase de verdaderos sujetos en los procesos económicos, sociales y políticos que se estudian, sujetos que se identifican a partir de la constatación de ciertas diferencias étnicas, lingüísticas, culturales, demográficas, “históricas” y “económicas”. El caso más típico lo constituyen las referencias a “Quito y Guayaquil”, la “Sierra y la Costa”, tratados como duplas actuantes que se levantan en un quehacer específico reconociéndose diferentes.

“. . . en tanto las regiones son prácticamente consideradas como ‘sujetos’ entre los cuales debe constatarse una desigualdad, lo usual es sacrificar el análisis de la distribución espacial de cada variable, centrándose en cambio en lograr una caracterización de la posición relativa de cada ente—región para las distintas variables”. (4)

---

(3) “*Sobre la Problemática de la Planificación Regional en América Latina*”, mimeo de J.L. Coraggio, p. 28.

(4) *Ibid.*

Este tipo de enfoques lleva al tratamiento indiscriminado de información sobre los conflictos regionales, a la par que se exhibe una verdadera falta de conceptualización en torno a la cuestión "regional". Por lo general, quienes hablan de los "conflictos regionales" no ignoran la existencia de otros conflictos, tales como los de clases, los "generacionales", etc., pero adentrados en el terreno del empirismo no dejan visualizar como ellos relacionan los "conflictos regionales" con los de diversos tipos (cuyas existencias admiten). La realidad es, por lo tanto, deformada y lo que se revela es una imagen falsa de los procesos que se intentan analizar. (5)

Esa ausencia de conceptualización por parte de autores que tratan de lo "regional" conlleva el peligro de un manejo arbitrario de los datos: es decir, sin un marco teórico que se considere necesario para las referencias objetivas de la realidad. La confusión es la hija de estos enfoques, y el eclecticismo su comadrona.

Evidentemente se nos plantea entonces el problema: ¿Cómo abordar el estudio de "lo regional" sin caer en estas ambigüedades? Y por otro, se hace necesario tomar distancia crítica frente a la literatura existente. ¿Qué camino seguir?

Para abordar esta tarea J.L. Coraggio ha propuesto la existencia de tres posibles caminos, a saber: 1) Abandonar "el sistema de teorías, métodos y técnicas por entender que son puramente 'ideológicas' o más claramente 'contrarrevolucionarias'". Se trataría, entonces, de plantear nuevas respuestas a las viejas preguntas "a partir de un proceso de deducción o especificaciones desde teorías generales contestarias del sistema social"; 2) Abandonar no solo las respuestas sino también las preguntas, es decir, echar por la borda todo el problema por creer que "lo regional" carece de especificidad como campo de investigación científica; y 3) Analizar críticamente las contribuciones existentes a la vez que se realizan investigaciones empíricas, "en la situación . . . de tener que usar algunos de los mismos conceptos y técnicas que están bajo examen crítico". (6)

Esta última alternativa, que puede con el tiempo agotarse en las anteriores, es la más eficaz y puede efectivamente llevar a la delimitación de un objeto de investigación científica. Ello siempre y cuando se esta-

---

(5) *Tal el caso del libro Regionalismo y Migración de Julio Estrada Y. (Guayaquil: AHG, 1977).*

(6) *J.L. Coraggio, 1977.*

blezca una correcta comprensión de la relación entre la investigación empírica puesta en marcha y la teoría. Es decir, que no habiendo previamente una referencia teórica que defina científicamente 'lo regional' que se relacione con la totalidad social, los diversos problemas específicos a investigarse deben partir de la premisa que ellos pueden ser aprehendidos —como procesos sociales— sin substancializar 'lo regional' como determinante para su conocimiento. De este modo las relaciones nuevas que aparezcan ligadas a un universo "regional" (en definición) serán ubicadas en un contexto teórico—metodológico existente y dinámico que vaya dando cuenta del surgimiento de ciertas categorías que reclamen una legalidad propia al "análisis espacial", o de elementos más o menos importantes que nos ayuden a entender más cabalmente los procesos políticos investigados.

En otras palabras, el investigador debe situarse en calidad de detector de un terreno que se vislumbra como posibilidad y que esté referido a un mínimo determinado debajo del cual no puede descender la cabal comprensión del proceso investigado. Lo regional entonces encontraría su legalidad y reclamaría su status como campo de investigación del Estado.

Para comprender esta estrategia secundaria de posible elaboración de categorías referidas a "lo regional", debemos recordar el juicio de Marx en el sentido de tener presente que "el sujeto —la moderna sociedad burguesa en este caso— es algo dado en la realidad como en la mente, y que las categorías expresan, por lo tanto, formas de ser, determinaciones de su existencia, a menudo simples aspectos de esta sociedad determinada, de este sujeto, y que por lo tanto, aún desde el punto de vista científico su existencia de ningún modo comienza a hablar de ella como tal". (7)

Esto nos lleva a una segunda advertencia sobre el carácter histórico de las posibles categorías de "lo regional" (o si se quiere de la espacial en el estudio de la sociedad). Y es la consideración de que la categoría de REGION solo puede plasmarse como tal —como una abstracción— cuando su carácter general sea articulado y diversificado en numerosas determinaciones sin desconocer que algunos elementos le pueden ser comunes a todas las épocas mientras que otros surgen en momentos históricos anteriores a la existencia misma de las condiciones sociales que per-

---

(7) *K. Marx. Introducción General a la Crítica de la Economía Política, 1857, p. 56.*

mitan ser pensadas científicamente, es decir, antes de que se desarrolle la categoría científica como una forma de pensamiento que define un proceso. Esto último es esencial por cuanto nos llevará a plantearnos LAS CAUSAS fundamentales del fenómeno expresado por la categoría en cuestión.

Señaladas estas advertencias, ¿cómo entender, entonces, el concepto de región y su relación con la tupida problemática política de una formación social? Este nos parece el interrogante metodológico fundamental para abordar un análisis sobre región y representación política en el Ecuador, que en este capítulo del volumen debemos abordar de manera detenida. He aquí como proponemos hacerlo.

## B.- Campo de la problemática.

### 1. LA CUESTION REGIONAL Y LA HEGEMONIA

La región, lo regional, el regionalismo, palabras desgastadas por el uso corriente y cotidiano, se erigen en conceptos en la medida en que logran aprehender, en un espacio delimitado de la sociedad nacional, una realidad peculiar, asentada sobre formas de producción específicas que a su vez arroja instituciones políticas y sociales típicas. En concreto, son las prácticas económicas y políticas de las clases dominantes regionales en articulación con las clases subalternas, prácticas que alcanzan una cierta autonomía en el contexto nacional, las que conforman la región y posibilitan el desarrollo de conceptos que dan cuenta de la particular constitución económica y estatal de una sociedad. (8)

Sin embargo, si bien es cierto que la región como tal tiene un asiento material, y que en la mayoría de sociedades existen "territorios" diferenciados por su desarrollo histórico, económico por su contexto

---

(8) *Recogemos el término ARTICULACION tal como lo emplea Amalia Mauro, "El sector industrial ecuatoriano. Un caso de oposición de intereses: industriales de la Costa - industriales de la Sierra" en IDIS, Segundo Encuentro de Historia (Cuenca: IDIS, 1978), tomo III, p. 62. Esta categoría que denominaremos nosotros articulación interclasista designa la relación que se establece entre una clase dominante y una clase subalterna "no en un plano de igualdad, sino en forma subordinada, dependiendo su fortuna del éxito o fracaso que sufra la fracción de clase dominante a la que se halla ligado" (la clase dominada). Paréntesis nuestro.*

geográfico e incluso étnico, no siempre, en esos casos, se puede decir que nos encontramos frente a una "cuestión regional".

En ese sentido, cabe preguntarse ¿qué es lo que determina que la variable región se constituya en una Cuestión Regional? Según José Luis Coraggio, lo que determina a lo regional como "cuestión" es la política, es decir, ". . . que se constituya como una cuestión de estado, como una cuestión que exige una resolución política, porque su reproducción socava la hegemonía del bloque en el poder" (9), o, añadimos nosotros, porque precisamente delata la ausencia de constitución hegemónica de la clase dominante.

Es decir que lo regional como "cuestión" directamente entrocada con el problema de la hegemonía nos referirá a la capacidad o incapacidad estatal de una clase, a su relación coherente o caótica con el resto de fracciones dominantes y con el conjunto de clases subalternas, factor que incidirá en la predominancia o no de cuestiones de Estado como la Cuestión Regional. Y en nuestro caso, este enfoque nos permitirá dar cuenta de por qué los bloques regionales de las clases dominantes ecuatorianas no podrían aún para fines de los años cincuenta, establecer una cohesión mayor a nivel nacional, y exhibían ese desarreglo regionalista atávico que heredan de épocas anteriores.

## 2.- LA CUESTION REGIONAL: FORMA DE EXPRESION DE LA CUESTION NACIONAL

Reconocemos con Coraggio la particularidad de la Cuestión Regional. No la reducimos, por lo tanto, al carácter de modelo determinado por un "modelo nacional" e "internacional" en la acepción referida por el citado autor (10) pero sí entendemos toda cuestión regional como una de las formas de manifestación de la Cuestión Nacional, comprendida ésta como el dilema teórico y político de las clases fundamentales para unificar económica, política y socialmente una comunidad cultural.

---

(9) José Luis Coraggio, "Los términos de la cuestión regional en América Latina", Ponencia presentada al Seminario sobre "Región y Política", Colegio de México, noviembre 1981, p. 20. El subrayado es nuestro.

(10) En su análisis Coraggio plantea que en las dos vertientes explicativas de la Cuestión Regional "existe latente la concepción de que el 'modelo regional' está determinado por el 'modelo nacional' (y este por el 'modelo internacional')... " Ver J.L. Coraggio, *op. cit.*, p. 18.

La presencia y persistencia de una cuestión regional en una formación social concreta como la ecuatoriana, delata pues, a nuestro entender, la ausencia de una clase hegemónica en la escena política capaz de imponer su proyecto político como el proyecto histórico del conjunto de las clases.

Pero, si bien la cuestión regional está íntimamente vinculada a la cuestión nacional, de ninguna manera se disuelve en esa problemática, pues eso sería desconocer primeramente la multiplicidad de formas que adopta la cuestión nacional, y en segundo lugar, partir para el análisis de lo regional de consideraciones que no aprehendan su especificidad. Y esto en la medida en que la cuestión regional presenta serias particularidades que deben ser tomadas en cuenta tanto desde el punto de vista teórico (comprensión del problema), como desde el punto de vista político (terreno de las soluciones alternativas).

Estas particularidades a nuestro juicio son:

- 1.- La cuestión regional no abarca todo el ámbito de la formación social, sino que está restringida a un área geográfica delimitada, áreas que naturalmente no permanecen estáticas y cuyas fronteras se van modificando y cambiando históricamente en el ejercicio del dominio y la hegemonía potencial de las clases.
- 2.- No provoca un fortalecimiento de la conciencia nacional, y es más, inclusive puede provocar un fraccionamiento y debilitamiento de la misma, cuando da lugar al nacimiento de una conciencia regional, a ideologías regionalistas, y a prácticas políticas regionales que no se constituyen en ningún nivel de apropiación de la cuestión nacional.
- 3.- Una característica fundamental es que la cuestión regional no incita necesariamente una agudización de las contradicciones entre las clases antagónicas regionales sino más bien da lugar a la articulación interclasista de un bloque de clases dominante—subalternas regionales que se enfrentan entre sí. Esta realidad abre procesos de formación de partidos y movimientos políticos que pueden simbólicamente representar a vastos sectores sociales ubicados en la estructura social regional típica (v.g. movimientos con base subproletaria, mal llamados "populistas").
- 4.- Como expresión de lucha política, como respuesta a la ausencia de resolución de los puntos modales en materia de unificación nacional, la cuestión regional, atañe básicamente a las contradicciones entre las clases dominantes, a su pugna por el poder y a la au-

sencia o debilidad de una clase capaz de unificar a las distintas tendencias económicas y políticas de las distintas fracciones de la clase dominante mediante un proyecto nacional.

- 5.- Todas estas particularidades están ancladas naturalmente en la particularidad determinante, cual es la forma de producción típica sustento de la regionalización (11).

Es precisamente a través del análisis del carácter político de los conflictos entre las clases dominantes regionales como podremos determinar la persistencia y especificidad de la regionalización del Ecuador en el siglo XX. Al efecto se presenta en este capítulo el análisis comparativo de dos coyunturas, cronológicamente ubicadas en los años 1939 y 1959, en las cuales con inusitada intensidad se concentró la manifestación de la cuestión regional en el Ecuador contemporáneo.

Nos interesa en tal sentido encontrar el punto de enlace de fenómenos que aparentemente no se tocan y se encuentran separados en tiempo y espacio y que, por lo tanto, no aparecen interrelacionados. A nuestro juicio lo que presenta brumoso el trasfondo de la relación es precisamente la debilidad de las mediaciones entre el Estado y la sociedad civil, particularmente los partidos políticos, en el Ecuador de 1939 y de 1959. De ahí que consideremos de vital importancia vincular la cuestión regional con el problema de la representación política, en la medida que esto nos plantea el nudo de vinculación entre la economía y la política en una formación social concreta.

---

(11) *Por regionalización entendemos un proceso económico y político de creación de espacios autónomos de expresión de las clases dominantes locales que manifiesta, a la par que reproduce la ausencia de unificación territorial, poblacional, cultural, y la fragmentación del poder estatal en una formación social.*

---

# CONFORMACION INSTITUCIONAL—REGIONAL DEL APARATO ESTATAL ECUATORIANO

Iván Fernández E.

---

## INTRODUCCION

Las presentes notas tratan de interpretar el proceso de conformación institucional—regional del aparato estatal ecuatoriano, como expresión de un fenómeno más amplio y complejo; que consiste en la transición de una etapa histórica caracterizada por la supervivencia de elementos desintegradores, que obstaculizaban el proceso de unidad nacional y la presencia de un Estado integrado, hacia una nueva fase histórica en la que se dan determinadas condiciones económico—sociales que determinaron un acelerado desarrollo capitalista de la sociedad ecuatoriana; el cual generó tendencias unificadoras en el conjunto de la formación social, y por ende, transformaciones cualitativas en el aparato estatal nacional y en sus expresiones regionales.

Lo anterior no quiere decir que los elementos desintegradores hayan desaparecido ni mucho menos. Los intereses y pugnas localistas, los caciquismos o caudillismos provincianos o regionales, la dispersión del aparato estatal, etc., son fenómenos de la realidad social que, aunque debilitados, subsisten, pero ahora subordinados al poder estatal que trata de ejercer su soberanía en función de lo nacional y de ganarles terreno a las sobrevivencias del precapitalismo, funcionalizándolas a la dinámica del capital.

En la exposición tratamos de diferenciar los dos períodos históricos antes mencionados, caracterizando en cada uno de ellos la conformación institucional—regional del aparato estatal. El primer período que va titulado como “antecedentes históricos”, cubre desde la hegemonía oligárquica hasta la década de los años sesenta, y en el tratamos de relacionar los factores estructurales que determinan la presencia de un Estado disperso, tradicional, desintegrado.

El segundo período, a partir de los años 70 hasta la actualidad, es aquella fase de transición en la cual el aparato estatal se readecúa a las determinaciones del desarrollo capitalista y en el cual los elementos característicos de la sociedad oligárquica entran en crisis, desarrollándose tendencias unificadoras, cohesionadoras de la formación social y el Estado.

## 1.- ANTECEDENTES HISTORICOS

Hay una coincidencia más o menos general entre los investigadores sociales en caracterizar a la sociedad ecuatoriana vigente hasta los años sesenta, como una sociedad típicamente oligárquica, en el sentido de que a partir de la Revolución Liberal de 1895 se estructuró en el país un sistema de dominación basado en el control directo del poder del Estado por parte de los grupos sociales hegemónicos o económicamente más poderosos, cuyas bases de poder real estaban asentadas en la gran propiedad terrateniente o en el control de las principales actividades financieras y comerciales.

El carácter oligárquico de la sociedad de este período histórico provendría fundamentalmente de dos procesos simultáneos y complementarios: una modalidad particular de desarrollo capitalista de la estructura productiva nacional, cuyos rasgos específicos vamos a anotar; y segundo, una forma o estilo de dominación basada no sólo en el control directo del Estado que era sometido a sus intereses económicos de clase, sino en el ejercicio de la "autoridad personal", por sobre el poder público, a nivel local, regional e incluso nacional.

El primer proceso hace referencia a la modalidad específica que asume el desarrollo del capitalismo en la sociedad ecuatoriana de comienzos de siglo, y que Agustín Cueva denomina acertadamente, "vía oligárquica de desarrollo capitalista". Esta modalidad, a grandes rasgos, se caracteriza por la conformación de una estructura productiva poco diversificada, con predominio del sector agrario en proceso de subordinación al capital, y la hegemonía del capital a nivel de la circulación.

El sector agrario se divide claramente en dos sub-sectores: uno que produce para la exportación, y otro para el mercado interno, con la particularidad que en el sector agrario para la exportación hay desarrollo de formas capitalistas preexistentes o creadas. En el sector agrario para el mercado interno hay predominio de las relaciones no capitalistas de producción, asentado sobre el llamado "sistema de hacienda" o

“hacienda tradicional”, unidad productiva matriz de un conjunto de relaciones no capitalistas a través de las cuales se obtenía básicamente una renta en trabajo y en especie.

A esto se acompaña, la presencia de una importante actividad artesanal mercantil, un débil sector industrial dedicado fundamentalmente a la agro-industria (ingenios azucareros, piladoras, etc.), y una significativa concentración de actividades comerciales y bancarias en la ciudad puerto Guayaquil.

La vigencia, hasta fines de la década del sesenta, de importantes áreas de relaciones no capitalistas de producción, no sólo que constituirán un freno al desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, sino que, constituyen un factor que obstaculiza el proceso de unificación nacional. Si a estos problemas internos agregamos la dependencia de nuestra sociedad del capitalismo central, el proceso de unificación nacional se ve impedido o retardado, y se asiste a un fenómeno de desintegración donde lo local y/o regional cobra fuerza sobre lo nacional.

Este tipo de estructura productiva, no “específicamente capitalista” será el sustento de un ordenamiento socio-político igualmente particular. El Estado nacional de comienzos de los años cincuenta acusa fuertes signos de desintegración, la presencia de poderes locales o regionales, las “fuerzas vivas” provinciales, los pequeños caciques, la existencia y proliferación de las conocidas “entidades autónomas” que absorben cerca del cincuenta por ciento del presupuesto nacional, etc., son la muestra de un Poder nacional no integrado, desunificado y, ante todo, de clases sociales no constituídas plenamente, y que articulan un confuso bloque en el poder estatal.

La sociedad gamonal-oligárquica, fundada en el sistema de hacienda y los centros del capital financiero y comercial-exportador-importador, se va a caracterizar justamente por la presencia de una abigarrada estructura de clases donde la hegemonía se asienta en la fracción comercial-financiera en alianza con el sector terrateniente.

La presencia predominante de un sector de campesinado-indígena, de artesanos mercantiles. Sub-proletariado urbano, núcleos de proletariado vinculado a algunas actividades productivas (agro-industrias) y fundamentalmente a actividades de los servicios van a constituir “el pueblo” o las “masas populares”, sustento social de la dominación oligárquica o caudillesca.

Las capas medias, vinculadas al aparato estatal en proceso de expan-

sión, todavía no alcanzan a hacer "sentir" su presencia social y políticamente se hallan subordinadas al poder personal o paternalista de los sectores oligárquicos.

El Estado oligárquico—liberal de este período acusa las características de un Estado tradicional desintegrado en centros de poder regional, con escasos niveles de intervencionismo, mero regulador de las actividades económicas básicas y sometido a los intereses más inmediato de los grupos hegemónicos.

Lo que queremos resaltar en esta rápida visión histórica es la conformación de fuertes estructuras de poder regionales, cada una de las cuales pugnaban por controlar cuotas de poder a través del aparato institucional estatal regional.

Las provincias de Pichincha en la Sierra y Guayas en la costa, son de alta concentración de organizaciones del sector público, mientras que el resto del país es baja la presencia de organismos públicos. Esto demuestra la hegemonía política de la estructura de poder bipolar que se formó en la República alrededor de la estructura productiva agro—exportadora en la costa y el sistema de hacienda en la sierra.

En las regiones costa—norte, sierra—centro y sierra—sur se conformaron estructuras de poder regionales subordinadas al eje central Quito—Guayaquil cuya influencia política es dominante.

En este lento proceso de constitución de un Estado burgués, es importante destacar el papel que jugó la Revolución Juliana de 1925. En efecto, este movimiento va a significar no sólo la presencia de las capas medias en el escenario política, sino también una reacción a la dominación oligárquica de la fracción burguesa agro—exportadora. El poder del Estado será utilizado para llevar adelante una reestructuración del aparato jurídico—administrativo en función de los intereses del conjunto de la sociedad y para tratar de administrar la crisis de las exportaciones en favor de un interés general y permitir así la reproducción social global.

A partir de estos años (1925—1932) se produce una reorganización de la estructura interna del Estado, ampliando su estructura institucional y asignándole al Estado nuevas tareas de regulación en el conjunto de la formación social.

Las nuevas funciones asignadas al Estado requerían de una estructura institucional creada para el efecto que, si bien iba a traer un incremento de la burocracia en términos nunca antes experimentados, en cambio funcionalizaba al Estado a las demandas y necesidades que la sociedad civil planteaba, en la medida que exigía racionalizar el proceso de acumu-

lación.

Entre las instituciones estatales que se crearon en el período a que nos estamos refiriendo, se tiene:

- Ministerio de Trabajo.
- Ministerio de Obras Públicas.
- Banco Central del Ecuador.
- Superintendencia General de Bancos.
- Dirección General de Aduanas.
- Contraloría General de la República.
- Dirección General de Ingresos.
- Dirección General de Presupuesto.
- Dirección General de Estancos.
- Banco Agrícola e Hipotecario (de Fomento)
- Caja de Pensiones y Jubilaciones.
- Procuraduría General de la Nación.
- Instituto Geográfico Militar.

Si observamos los organigramas No. 1 y No. 2 sobre la estructura del Estado ecuatoriano en 1906 y 1946 respectivamente, vemos que se llevó adelante una reorganización técnica del Estado, cuyo objetivo fundamental era centralizar y racionalizar los mecanismos monetarios, crediticios, fiscales y cambiarios, para ligar de mejor manera nuestra economía a las necesidades de acumulación, tanto internas, como de los centros metropolitanos; recordemos por otro lado el asesoramiento que al respecto brindó la misión "kemerer" de técnicos norteamericanos que venían de cumplir igual papel en Chile y Perú.

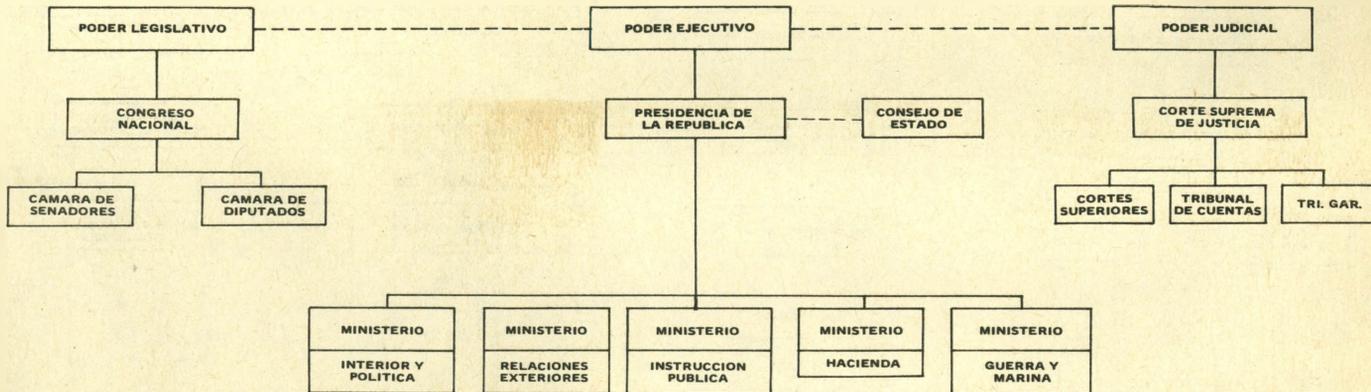
Estos cambios no variaron de ninguna manera la conformación regional del aparato estatal que mantuvo su concentración en Pichincha y Guayas, mientras en el ámbito nacional se mantenían los canales normales de control político a través de las Gobernaciones y Tenencias Políticas.

## **2.- INICIOS DE UN PROCESO DE RECOMPOSICION REGIONAL**

El período de estabilidad constitucional entre 1948 y 1960, que coincide con una coyuntura favorable del sector externo de la economía comunmente llamado de "auge bananero", y que muchos lo esgrimen como ejemplo de la "madurez política" de la democracia ecuatoriana, terminó abruptamente al comenzar la década iniciándose una nueva etapa de crisis política.

Las posibilidades de mantener un ritmo de acumulación de capital

**ORGANIGRAMA ESTRUCTURAL DEL ESTADO ECUATORIANO SEGUN CONSTITUCION DE 1906**

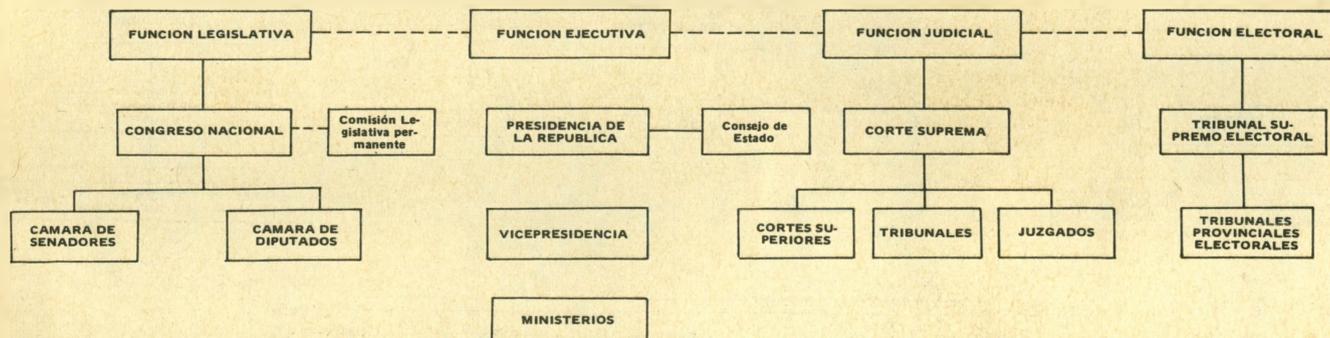


**REGIMEN ADMINISTRATIVO INTERIOR**

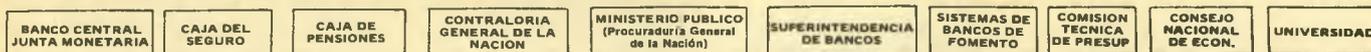


## ORGANIGRAMA ESTRUCTURAL DEL ESTADO ECUATORIANO

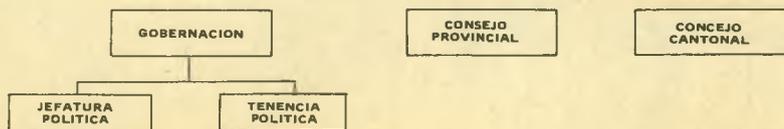
### CONSTITUCION DE 1946



### ORGANIZACIONES DE CARACTER NACIONAL



### REGIMEN ADMINISTRATIVO INTERIOR



vía sector externo se vieron limitadas por la crisis de las exportaciones de los productos tradicionales (banano, cacao y café), planteándose la alternativa de un cambio en el patrón de acumulación que debía estar sustentado, antes que en el mercado internacional, en el fortalecimiento del mercado interno vía industrialización sustitutiva de importaciones.

Por otro lado persistía una contradicción fundamental entre la necesidad de consolidar el desarrollo capitalista del país, dinamizado a partir de los años cincuenta, y la existencia de formas de organización económicas atrasadas que obstaculizaban su expansión. En otros términos, el proceso de modernización de la economía ecuatoriana se basó en el desarrollo de una fase capitalista fundamentalmente mercantil (crecimiento hacia afuera en términos cepalinos); esto exigía el paso a una siguiente etapa que se caracterice por la consolidación de los circuitos internos de acumulación y reproducción; planteábase la necesidad de expandir y consolidar una base o un sistema productivo local que permita la reproducción ampliada de los nuevos núcleos de burguesía en proceso de formación; y ello topaba con obstáculos estructurales, con fuerzas de conservación, que impedían el cumplimiento de determinadas tareas reformadoras que el capital demandaba como condición necesaria para cualquier proyecto que impulsara su desarrollo.

En este contexto la existencia de una estructura agraria compleja, con formas de tenencia y de producción precapitalistas (agricultura extensiva y renta en trabajo o especie básicamente), constituían un obstáculo para el desarrollo del capitalismo y, de una u otra forma exigía solución inmediata.

A la lógica de funcionamiento de las tendencias económicas debemos agregar la movilización social de los grupos subordinados que presionaban y demandaban una resolución democrática del problema agrario nacional; dichos sectores sociales (campesinado y clase obrera) exigían la Reforma Agraria como una medida que les permita su participación como clases subalternas, en las transformaciones que la sociedad demandaba. A no dudar, el movimiento campesino de los años sesenta dirigido por la Federación Ecuatoriana de Indios, constituyó un factor fundamental de presión social hacia el Estado en demanda de una reforma.

Por otro lado, las posibilidades de acumulación interna a través de la economía exportadora había generado una masa de capital que a más de dirigirse a la inversión en sectores especulativos, parte de ella se orientaba a la inversión productiva interna en la industria, lo cual suponía un cambio en el modelo de acumulación cuya reproducción sólo era posi-

ble si se dinamiza el mercado interno. Si bien las relaciones capitalistas de producción se habían ampliado relativamente; el proceso de urbanización se había acelerado, y se produjeron fuertes flujos migratorios sierra—costa, sin embargo el nivel de integración en una economía nacional de mercado era una tarea para realizarse y exigía un reordenamiento de la economía nacional.

Ahora bien, la economía de exportación es a la vez industrializante y anti—industrializante; primero porque en sociedades de capitalismo subdesarrollado y dependiente, como la nuestra, en ausencia del sector productor de medios de producción, la economía de exportación no sólo que permite la acumulación originaria de capital, sino que, parte de sus beneficios son utilizados en la importación de bienes de capital, por lo mismo favorece al desarrollo del sector industrial. Pero, en segundo lugar, la dinámica misma del capital exportador no asegura transferencias directas de beneficios al sector industrial; los beneficios de las exportaciones, su parte más significativa, dado el carácter de intermediaria de la burguesía agro—exportadora, son derrochados en importaciones de bienes suntuarios o sofisticados, transferidos a actividades especulativas (bienes raíces, seguros, sistema bancario, etc.) o expatriados.

¿Cómo lograr la transferencia de los beneficios del sector exportador al desarrollo industrial y fortalecer así el desarrollo de un capitalismo nacional? Es una contradicción que sólo se resolverá a través de la política económica del Estado. Si este persigue un proyecto industrializante, lo cual quiere decir también que la hegemonía de la burguesía industrial en el Estado (aunque no esté presente directamente), tenga cierto peso como para irles ganando terreno a las otras fracciones, como al parecer ha venido sucediendo en el Ecuador.

A este marco de contradicciones estructurales que comienzan a minar definitivamente las bases materiales del poder oligárquico, a resquebrajar las formas de dominación personal y a cuestionar el orden liberal—conservador y su ideología, debemos agregar otras de carácter socio—político. En primer lugar el proceso de diferenciación de las clases se vió acentuado aún más, no sólo en términos de su heterogeneidad, sino también políticamente. Los propios núcleos burgueses y fracciones de la clase dominante se hallaron en un proceso de franco desajuste y reorganización, los cambios en la correlación de fuerzas sacó a flote su escaso nivel de unificación como clase, proceso de por sí lento, y que está en función del dominio de las formas de producción capitalistas en el conjunto de la formación social. Recordemos que en este período se

desarticulan los dos partidos políticos tradicionales, conservador y liberal, de los cuales se desprenden sus "alas progresistas" que pasan a formar nuevas organizaciones políticas, que más tarde se disputan la posibilidad de constituirse en los partidos políticos "remozados" que expresen políticamente las nuevas tendencias del capital. Ya para las elecciones de 1968 terciaron trece partidos políticos en pleno proceso de formulación ideológica.

En segundo lugar, en este período la organización social de los sectores populares avanza considerablemente. Las organizaciones sindicales, las cooperativas, comités de empresa, comunas, comités barriales, y la conformación de centrales, federaciones y asociaciones de segundo orden de nivel regional o nacional crecen significativamente a partir de los años sesenta. Este proceso traerá como consecuencia una reorientación de los mecanismos tradicionales de dominación y de control personal de la fuerza de trabajo, un replanteamiento de las estructuras político-ideológicas que permitan incorporar a dichos sectores organizados en el nuevo esquema de acumulación en construcción y en la dinámica de la acción estatal, aspecto que posiblemente se esté tratando de implementar con mayor coherencia actualmente.

Todos estos antecedentes nos llevan a concluir que para mediados de la década del sesenta habían madurado una serie de contradicciones estructurales que determinaron el inicio de la crisis de la dominación oligárquica, y el desplazamiento de los grupos tradicionales del poder del Estado. La larga duración del "pacto oligárquico" (terraténientes y burguesía comercial-bancaria), llegaba a su fin, y las bases materiales de su sustento comenzaban a sufrir las transformaciones que el avance de un capitalismo lento y subdesarrollado les imponían. El viejo régimen comenzaba a retroceder y los gérmenes de la nueva dominación burguesa iniciaban su tortuoso desarrollo.

Las fracciones emergentes (burguesía industrial, burguesía agraria, burguesía de los servicios y capas medias, fundamentalmente) correspondientes a las nuevas tendencias de la acumulación capitalista, si bien habían iniciado un dificultoso proceso de constitución como clases, todavía no alcanzaban a convertirse en fuerzas sociales de poder con capacidad de hegemonía en el ámbito político; es más, sus mecanismos de representación (gremios y partidos políticos) recién iniciaban su proceso de desprendimiento del sector oligárquico y su desarrollo como organismos con mayor autonomía, efectos que sólo se verán plasmados en parte a fines de la década de los años setenta.

No quisierámos dejar de nombrar dos fenómenos muy particulares del sistema político ecuatoriano y que han tenido permanente vigencia en la vida nacional, antes de entrar al análisis de la década que nos interesa tratar. El primero es el revitalizamiento que experimentaron en los años setenta los poderes locales y regionales y, el segundo es la intervención directa en el poder del Estado del reformismo militar como mecanismo de resolución de la crisis.

El primer aspecto hace referencia a un proceso que si bien tiene un origen histórico anterior, ya mencionado en el primer punto de este artículo, es importante anotar que, a propósito del inicio de la crisis oligárquica, justamente entre los mecanismos de defensa de sus intereses más inmediatos fue el fortalecimiento y control local—regional de las denominadas “Entidades—Autónomas” y la constitución de los llamados “Comités de las Fuerzas Vivas Provinciales” encargados de efectuar paros de carácter provincial en demanda de atenciones gubernamentales o en protesta a políticas que consideraban atentatorias a sus intereses.

La proliferación de entidades autónomas (Velasco se quejaba en 1968 que dichas instituciones llegaban a cerca de 960 y le impedían gobernar), muestran de hecho un poder no—integrado y un Estado que, a pesar de sus importantes avances modernizadores, todavía no centraliza el poder y unifica su aparato jurídico—administrativo. En cuanto a las “fuerzas vivas”, de cuya “viveza” nunca se ha dudado no sólo por la capacidad de nuclear alrededor de sus intereses a grupos y asociaciones no necesariamente coincidentes, sino por la capacidad de manipulación ideológica de los sectores populares a quienes moviliza despertando iniciativas regionalistas, dichas “fuerzas” han demostrado que tienen absoluta vigencia y, recientemente en 1979 presenciamos una impresionante movilización en Guayaquil con claros fines desestabilizadores.

En lo que toca al “reformismo militar” debemos partir del por qué de la presencia de las Fuerzas Armadas en el poder del Estado. Al decir de uno de los Generales que participara directamente en la dictadura militar 63—66: “el origen de las intervenciones militares en los países americanos pudo estar, sobre todo en los primeros tiempos de vida independiente, en la ambición de determinados jefes militares, pero el fondo invariable que ha motivado la presencia militar en la política nacional, ha constituido en que el poder militar se ha visto obligado a sustituir aquello que faltaba: un Estado realmente tal; fuerzas polí-

ticas organizadas y capaces de eficaz desempeño; grupos sociales bien constituídos. Como se ha visto obligado a asumir en ocasiones el control de aquellos países, para eliminar enfrentamientos sociales o acciones terroristas generalizadas, susceptibles de conducir al caos o a tiranías irreversibles"\* . Afirmación parcialmente cierta si es que uno no se explica por qué "aquello faltaba" y el por qué de esos "enfrentamientos" sociales o acciones terroristas generalizadas".

A nuestro entender, tampoco los gobiernos militares han logrado constituir "fuerzas sociales y políticas bien organizadas y un Estado realmente tal", y es lógico que así sea, pues ello es producto de procesos sociales específicos que hacen relación a transformaciones profundas en la estructura económica de la sociedad.

En todo caso vale la pena resaltar que las intervenciones de las FF. AA. en el control político del Estado han estado caracterizadas por una acción reformista que, de alguna manera, ha tratado de consolidar un modelo industrializante, fortalecer el Estado, ampliar sus niveles de intervencionismo y apoyar el desarrollo de los nuevos sectores sociales en expansión; las experiencias de los tres últimos gobiernos militares así nos lo indican.

Pero, a su vez la acción reformista de las FF.AA. se ha visto limitada, y en no muchos casos se ha retrocedido, por contradicciones de orden interno (institucionales o sociales) y por innegables influencias ideológicas externas.

Pero los procesos estructurales que incidirán en el inicio de una recomposición regional, a más de los antes anotados, van a ser básicamente el inicio de un proyecto o modelo económico industrializador que requería necesariamente de una dinamización del mercado interior, para lo cual se inició un proceso de Reforma Agraria acompañado de programas de colonización y ampliación de la frontera agrícola. En segundo lugar, los procesos de urbanización que se destacan en la conformación de dos polos de atracción de población migrante (Quito y Guayaquil) y la conformación de una red nacional de centros urbanos con más de 40 mil habitantes.

Indudablemente el inicio de las exploraciones petroleras en la región oriental con alta inversión extranjera y su posterior exportación por la Provincia de Esmeraldas, será un factor de gran impacto en el proceso de recomposición regional que vive el país.

\* *Gándara Enríquez, Marcos, "Los Militares y la política en el Ecuador" 1830-1960. En, Política y Sociedad, Ecuador 1830-1980. Corporación Editora Nacional. Quito p. 175.*

La década de los años 70 van a constituir el espacio temporal en el que más rápidamente y con mayor profundidad se operan transformaciones cualitativas en la sociedad ecuatoriana, en todos los órdenes de la vida social: económicos, sociales, políticos, ideológicos y culturales.

En términos generales asistimos a un proceso de expansión de las formas de producción capitalistas, proceso que, desde luego, no es ni homogéneo ni acusará ritmos iguales en el período. Superando cualquier concepción "economicista", cuando hablamos de expansión de las formas de producción capitalistas, suponemos procesos de cambio que le son intrínsecos a nivel de las clases y grupos sociales, del rol del Estado en la acumulación, de la estructura de poder, de los mecanismos político-ideológicos de dominación, de la organización regional del espacio ecuatoriano y de la agudización de ciertos desequilibrios estructurales.

Siendo el Estado el centro negociador de las actividades petroleras y el receptor de la masa de capital—dinero proveniente de las exportaciones, el peso específico del Estado varía cualitativamente, no sólo por la importancia del poder estatal que se ve fortalecido y que legaliza la presencia del capital extranjero, sino también, porque sus ingresos ya no dependerán de la tributación a los productos tradicionales de exportación (babano, cacao y café) controlados por la antigua fracción oligárquica, sino de las divisas petroleras, y, del casi crónico déficit fiscal que venía arrastrando, de pronto se convierte en un Estado "rico", en un Estado cuyo poder económico crece en más del 900 o/o y que hará del presupuesto fiscal uno de los ejes del crecimiento de la acumulación de capital.

El Estado ecuatoriano va a redefinir tanto sus funciones generales en favor de la reproducción social, como el rol que venía desempeñando en el desarrollo capitalista de la formación. Las funciones generales de carácter jurídico—administrativo no solo que se fortalecieron por el crecimiento económico e institucional de sus mecanismos de aplicación, sino que se ampliaron y profundizaron en áreas antes considerables intocables para el sector público como lo es la esfera de la distribución y la inversión misma en la economía, la producción de una ideología estatal, la movilización social y el intento de implementar un proyecto desarrollista, en la primera fase del gobierno militar (1972—76).

En cuanto al papel que el Estado venía jugando en la acumulación capitalista, de una política meramente productivista en favor de las frac-

ciones oligárquicas—terratenientes, se pasa a una fase de mayor intervencionismo, acentuándose su papel de dispositivo regulador y reorientador de los distintos sectores de la economía en favor de la acumulación vía industrialización; pero, lo que es más importante, dada la coyuntura económica favorable, el Estado se va a convertir en el principal agente de financiamiento de la formación de capital, aspecto que va a favorecer la inversión y por tanto la acumulación de capital alcanzará tasas de crecimiento nunca antes experimentadas, proceso que desde luego estuvo acompañado por una compresión del salario real de los trabajadores, que será igualado recién a inicios de la década del 80.

Finalmente, un aspecto que ha venido no sólo a modificar, sino a imprimirle cierto dinamismo a la estructura productiva ecuatoriana, es la dotación de una importante infraestructura material, que a impulsado a su vez la expansión de las actividades productivas y un significativo desarrollo de las fuerzas productivas en general.

El Estado ha jugado aquí el papel fundamental, ya sea a través del presupuesto fiscal o de la implementación de proyectos básicos financiados con préstamos internacionales. La petroquímica, el plan vial nacional, la infraestructura hidroeléctrica (especialmente el proyecto Paute) y la red interconectada nacional, los proyectos de desarrollo regional, la construcción de caminos vecinales, la red de silos, el mejoramiento y ampliación del sistema portuario nacional, el equipamiento urbano (agua potable, alcantarillado, relleno, servicios básicos), a más de la infraestructura educativa, de salud y social; muestran indudablemente un país diferente al de las décadas anteriores, en el cual, la base material para la realización del proceso productivo y la reproducción o acumulación de capital se ha ampliado de manera importante.

Este proceso nos muestra a su vez cómo el Estado ha ampliado sus funciones y es el principal punto de apoyo de la acumulación de capital. Sin el apoyo del Estado el capitalismo ecuatoriano carecería de las endebles bases en que hoy descansa e, históricamente, su atraso sería más agudo que el que hay todavía presenta.

Las relaciones entre Estado y Sociedad se encuentran así modificadas; el Estado se ve obligado a modernizarse, a abandonar sus rasgos tradicionales y a transformar su aparato jurídico—administrativo en función de las nuevas necesidades del capital. El Estado oligárquico liberal, que correspondió a las determinaciones del modelo agro—exportador, se halla transitando hacia una forma de Estado intervencionista que crea y mantenga las condiciones, tanto materiales como sociales, para la acu-

mulación vía industrialización. Desde luego, en este punto también se reflejarán las pugnas políticas entre la burguesía y las fracciones oligárquicas, por el control de los distintos niveles del poder público, por imponer la política económica más ventajosa a sus intereses, y por darle al propio Estado el carácter intervencionista en apoyo a las actividades bajo su dominio, sin que rebase o expanda ciertos mecanismos de control que les pudiera afectar.

En todo caso, debemos resaltar que la ampliación de la autonomía relativa estatal, consustancial al desarrollo del modo de producción capitalista, será un aspecto característico de esta década, y le permitirá al Estado ampliar sus funciones en favor de la acumulación

La presencia de entidades estatales como la Corporación Financiera Nacional (C.F.N.), a la que se han transferido importantes recursos financieros para el crédito industrial, el Banco Ecuatoriano de Desarrollo (BEDE), el Banco Ecuatoriano de la Vivienda (BEV), Empresa Nacional de Almacenamiento y Comercialización (ENAC), Dirección de Industrias del Ejército (DINE), Empresa Pesquera Nacional, Transportes Navieros Ecuatorianos (TRANSNAVE), Astilleros Navales Ecuatorianos (ASTINAVE), Empresa Provedora de Productos Vitales (ENPROVIT), Flota Petrolera Ecuatoriana (FLOPEC), Flota Bananera Ecuatoriana, Empresa Ecuatoriana de Aviación, Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos (TAME), Azucarera Tropical Ecuatoriana (AZTRA), Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE), Instituto Ecuatoriano de Electrificación (INECEL), y una serie de empresas en las cuales el Estado es el principal accionista, nos demuestran como se han ampliado las funciones estatales y el rol que desempeña en la acumulación de capital del sector privado.

El cambio en la estructura de clases y los desplazamientos producidos en la correlación de fuerzas, implicó a su vez la transformación de las formas de control personal y el inicio de la dominación impersonal del capital. La lógica del desarrollo capitalista obliga a que desaparezcan las formas tradicionales de poder o formas precapitalistas de dominación; los mecanismos de control personal en la hacienda precapitalista, el compadrazgo, los cacicazgos locales, el caudillismo local o regional e, incluso, la dominación oligárquica nacional entra en crisis. Como contra partida el Estado capitalista asume la dominación burguesa del conjunto de la sociedad, la dominación con consenso inicia su proceso de consolidación y, las formas "democráticas" de representación política hacen su reaparición en el escenario político; todos estos hechos estarán cruza-

dos por la presencia fortalecida de las Fuerzas Armadas que se han convertido en permanente factor de poder.

Los centros regionales de poder (Pichincha y Guayas) ven relativizados sus mecanismos de control político por la emergencia y consolidación de regiones antes "deprimidas" o subordinadas al eje central de control, en las cuales el Estado se ve obligado a reestructurar el aparato jurídico administrativo de representación regional, de acuerdo a las nuevas tendencias del capitalismo.

Por otro lado, el fortalecimiento de los Consejos Provinciales y Municipios, por el incremento de sus rentas a través del fondo de participación de las exportaciones petroleras, ha posibilitado que los grupos medios locales puedan tener una significativa cuota de poder, mediante la cual y de acuerdo a sus intereses, presionan por reivindicaciones para las localidades y/o regiones en que se desenvuelven. A su vez, el poder ejecutivo del Estado, en un hábil juego de desconcentrar contradicciones, ha convertido justamente a los Consejos Provinciales y Municipios en los interlocutores de ciertas demandas provenientes de los sectores populares urbanos.

En el caso del aparato institucional—regional del Estado, indudablemente que se produjo una serie de transformaciones: en primer lugar se amplió la representación estatal—regional en función de las nuevas tendencias de la acumulación de capital tanto a nivel nacional, como regional. En segundo lugar se produjo una readecuación del aparato estatal en función de los cambios que se operaron en las estructuras de poder nacional—regional y las transformaciones en la estructura de clases. Finalmente, se experimenta una proliferación de instituciones estatales—regionales en función tanto de la ampliación de funciones del sector público, como de un complejo fraccionamiento estatal que responde más a intereses políticos o presiones localistas y provincianas, antes que a una organización planificada y racionalizada.

Para visualizar estas afirmaciones hemos tomado el caso de la región de Manabí, Provincia que representa una situación más típica a la nacional por su heterogeneidad estructural y que sale del caso de los "polos clásicos" de desarrollo.

Para tener una idea lo más objetiva posible, hemos clasificado la representación institucional—regional del aparato estatal en base a tres variables:

- a) Aparato estatal regional en función de la división político-administrativa.
- b) Aparato institucional—regional del Estado en función de los sectores productivos a los que sirve.
- c) Aparato institucional regional del Estado de acuerdo a las funciones que cumple.

**A. APARATO ADMINISTRATIVO DEL ESTADO A NIVEL REGIONAL:  
EL CASO DE MANABI**

DIVISION POLITICO ADMINISTRATIVO

- |                                      |   |
|--------------------------------------|---|
| 1) Aparato Estatal Nacional Regional | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) <b>Min. de Gobierno:</b> Gobernación. Jefe Político, Tenencia Política. Dirección General de Registro Civil. Dirección General de Prisiones. Intendencia de Policía. Consejo Provincial de Tránsito.</li> <li>b) <b>Min. de Finanzas:</b> Oficina Provincial de Rentas y Recaudaciones. Aduana Provincial. Jefatura de Alcoholes.</li> <li>c) <b>Min. de Industrias:</b> CENDES, CENAPIA, DITURIS.</li> <li>d) <b>Min. RR. NN.:</b> CEPE, INECEL</li> <li>e) <b>Min. OO. PP.:</b> Dirección General de Obras Públicas. Correos, IETEL.</li> <li>f) <b>Min. de Agricultura y Ganadería</b> Dirección Provincial. INERHI, IERAC. INIAP. ENPROVIT. ENAC. Programas de Café, Banano y Algodón.</li> <li>g) <b>Min. del Trabajo:</b> Dirección Provincial del Trabajo. Cuerpo de Bomberos. Junta de Defensa del Artesano.</li> <li>h) <b>Min. de Salud:</b> Dirección Provincial de Salud. IEOS.</li> <li>i) <b>Min. de Educación:</b> Dirección Provincial de Educación. DINACE.</li> <li>j) <b>Min. de Defensa:</b> Dirección de Aviación Civil. Dirección de Marina Mercante. Autoridad Portuaria. TAME.</li> <li>k) <b>Poder Judicial:</b> Corte Superior - Juzgados.</li> </ul> |
|--------------------------------------|---|

- |   |   |
|---|---|
| 2) Aparato Estatal Representativo Autonomía Regional. | a) Consejo Provincial<br>b) Consejos Cantonales (Municipios)  |
| 3) Entidades de Desarrollo Regional.                  | Centro de Rehabilitación de Manabí.   |
| 4) Entidades Descentralizadas o Autónomas             | Consejo Provincial. Consejos Municipales. IECE. Federación Deportiva Provincial. Universidad Técnica de Manabí. Casa de la Cultura. SOLCA. Contraloría General de la Nación. Banco Nacional de Fomento. Banco Ecuatoriano de la Vivienda. Corporación Financiera Nacional. IESS. Banco Central. Junta de RR. HH. de Jipijapa y Paján. |

## B. APARATO ADMINISTRATIVO DEL ESTADO A NIVEL REGIONAL: EL CASO DE MANABI

### DIVISION POR SECTORES PRODUCTIVOS

- |                    |  |
|--------------------|--|
| 1) Agropecuario.—  | Dirección Provincial Agropecuaria, ENAC, INIAP, ENPROVIT, INERHI, IERAC, DRM., Programas Nacionales, Café, Banano, Algodón, etc., Banco Nacional de Fomento Junta de RR. HH. |
| 2) Pesca.—         | Dirección Provincial de Pesca.   |
| 3) Industria.—     | Cendes, Oficina de Turismo.- Cenapia.  |
| 4) Minas y Energía | CEPE, INECEL   |
| 5) Servicios.—     | Empresa Eléctrica. Empresa de Agua Potable. IETEL. Correos. ENPROVIT. TAME.  |

## C. APARATO ADMINISTRATIVO DEL ESTADO A NIVEL REGIONAL: EL CASO DE MANABI

DIVISION POR FUNCIONES

1) Administrativa y de gestión económicas	<p><b>Min. de Finanzas.</b></p> <p><b>Min. de Industrias:</b></p> <p><b>Min. de Recursos Naturales:</b></p> <p><b>Min. Obras Públicas</b></p> <p><b>Min. Agricultura y Ganadería</b></p> <p><b>Consejo Provincial de Manabí</b></p> <p><b>Consejo Cantonal</b></p> <p><b>C. R. M.— Banco Central. Junta de RR.HH. de Jipijapa y Paján.</b></p>	<p>Oficina Provincial de Rentas y recaudaciones, Aduana Provincial, Jefatura de Alcoholes.</p> <p>CENDES, CENAPIA, DITURIS.</p> <p>CEPE — INECEL.</p> <p>Dirección General de Obras Públicas, Correos, IETEL.</p> <p>Dirección Provincial Agropecuaria, INERHI—IERAC—INIAP—ENPROVIT—ENAC, Programas de Café, Banano, Algodón, etc.</p>
2) Política — Administrativa	<p><b>Min. de Gobierno:</b></p> <p><b>Min. de Trabajo:</b></p> <p><b>Min. de Salud:</b></p> <p><b>Min. de Educación:</b></p> <p><b>Min. de Defensa:</b></p> <p><b>Poder Jurisdiccional:</b></p>	<p>Gobernación. Jefe Político. Tenencia Política. Dirección General de Registro Civil. Dirección General de Prisiones. Intendencia de Policía. Consejo Provincial de Tránsito.</p> <p>Dirección Provincial del Trabajo, Cuerpo de Bomberos, Junta de Defensa del Artesano.</p> <p>Dirección Provincial de Salud, IEOS.</p> <p>Dirección Provincial de Educación. DINACE</p> <p>Dirección de Aviación Civil. Dirección de Marina Mercante. Autoridad Portuaria.</p> <p>Corte Suprema — Juzgado.</p> <p>IECE - Federación Deportiva U.T.M., Casa de la cultura, SOLCA, Contraloría General de la Nación, IESS.</p>
3) Apoyo a la Producción	<p><b>Min. Industrias:</b></p> <p><b>Min. de OO. PP.:</b></p> <p><b>Min. de Agricultura</b></p>	<p>CENDES, CENAPIA, DITURIS.</p> <p>Dirección General de Obras Públicas.</p> <p>Dirección Provincial Agropecuaria, Programas Nacionales, INERHI, ENAC, INIAP, IERAC, IEOS, Banco Central, Banco Nacional de Fomento.</p>
4) Empresas Públicas		<p>CEPE, INECEL, Correos, IETEL, ENPROVIT, ENAC, TAME, Agua Potable, Empresa Eléctrica, Banco Nacional de Fomento, Banco Ecuatoriano de la Vivienda, Corporación Financiera Nacional.</p>

### 3. CONCLUSIONES

Recién a partir de la década de los años sesenta se inició un proceso de unificación del aparato estatal. Las transformaciones operadas en la última década han profundizado las tendencias unificadoras en el plano económico, de las clases y grupos sociales y en el proceso político.

De todas maneras, los intereses localistas o provincianos todavía están plenamente vigentes y constituyen un serio obstáculo a la planificación regional con sentido nacional. Por otro lado, el modelo de crecimiento vigente actualmente brinda pocas posibilidades para transferir recursos hacia las regiones menos beneficiadas del país y en especial al área rural.

Sólo una decisión política del gobierno, y de acuerdo a la coyuntura que se atravesase, podría lograr someter los intereses localistas o regionalistas a las directrices del desarrollo nacional.

El Estado como poder unificado debe ejercer soberanía en el ámbito nacional. Para el ejercicio de sus funciones políticas y técnico-administrativas, el Estado nacional se halla dividido en unidades político-administrativas que son las Provincias (2), Cantones (140) y Parroquias.

A cada unidad provincial le corresponde una representación del aparato estatal, en sus niveles ejecutivo, legislativo y judicial. Aparte de ello se organizan gobiernos seccionales representativos (Consejos Municipales y Concejos Provinciales). A más de estos se crean delegaciones provinciales de determinadas entidades autónomas con funciones específicas (por ejemplo: Banco Central, Contraloría, Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, Casa de la Cultura, etc.). Finalmente, en coyunturas históricas específicas se han creado organismos de desarrollo regional cuyo ámbito de acción puede ser una o varias provincias.

En términos generales se puede observar un complejo fraccionamiento del aparato estatal, falta de mecanismos de coordinación interinstitucional, duplicación de funciones, desperdicio de recursos y, en muchos casos, competencias institucionales.

Este problema se debe a la supervivencia de ciertos fenómenos políticos producto de la heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana, como son ciertos caudillismos regionalistas, caciquismos, o estructuras de poder regional con una visión provinciana o localista.

---

# DE LA NACION Y DEL INDIIO: NOTAS PARA UNA TEORIA

J. Sánchez — Parga

---

## PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Dos razones nos han tentado a abordar aquí el problema de la nación: una, la omisión muy generalizada de tratar este tema sin intentar una elaboración teórica de él; otra, la inflación ideológica que el mismo concepto de nación y nacionalismo sigue sufriendo a los más diversos niveles del discurso. Ambas razones nos parecen conjugar una cierta complicidad entre ellas.

En primer lugar, consideramos que la idea de nación no responde a una realidad concreta, que pueda ser definida en términos descriptivos, sino que es un concepto teórico, y en cuanto tal a de ser comprendido (y producido) teóricamente a través de las relaciones conceptuales que mantiene con otros conceptos que pertenecen a un mismo marco teórico o conceptual. En segundo lugar, y según esto, no es válida ni científica la posición adoptada de los diferentes "enfoques" culturalista, político o historicista de la idea de nación, que se limite a dar cuenta de los diferentes aspectos del problema; más bien es el planteamiento teórico del concepto de nación el que debe explicar todos los múltiples aspectos y de cómo se articulan entre ellos de manera coherente.

Es importante tener en cuenta la cuestión preliminar que distingue la historia del concepto de nación de su elaboración teórica; dicha distinción implica que la teoría habrá de integrar argumentativamente las condiciones socio políticas e ideológicas en las que el concepto y la realidad nacional entran en el curso de la historia; y en este sentido identificar la existencia de la nación no es mera tarea de la historia sino que implica una definición teórica del mismo concepto de nación. Si no es casual que la idea de nación aparezca en Europa (con el nuevo sentido que se le prestará desde entonces) a partir de las revoluciones burguesas del siglo XIX y en América Latina a raíz de las independencias nacionales, será preciso que una teoría de la nación abarque explicativamente y de manera coherente los procesos que están a la base de la constitución de las naciones y nacionalidades modernas (1).

En estos términos muy precisos recurrimos a la teoría marxista para dar cuenta de un concepto que los teóricos del marxismo (2) más bien han tendido a sesgar,

por haberle dado un enfoque práctico—político, que caracterizó los escritos de Marx y Engels sobre la “cuestión nacional” (3), y cuya misma línea fue después seguida por Lenin (4). Sin excluir la validez de este tratamiento de la cuestión nacional, nuestra intención aquí es plantear el concepto de nación a partir del núcleo de la teoría marxista: del concepto de modo de producción y de su concepción materialista de la historia.

## PARA UNA TEORÍA DEL CONCEPTO DE NACIÓN

Debemos a Borojov el haber encontrado en las mismas fuentes de Marx los fundamentos de una teoría de la nación en lo que este denomina “las condiciones de producción” como elementos que no se incorporan directamente al proceso de producción pero que lo condicionan y le sirven de soporte objetivos: “condiciones objetivas” (5). Estas “condiciones materiales de producción” pueden reducirse a tres géneros: **territoriales** o geográficas (base de las otras dos), las **históricas** que se van creando a lo largo de los diferentes modos y procesos de producción durante el desarrollo histórico de una sociedad particular, y que pueden tener un carácter interno y externo; las **ideológicas** y **culturales**, las cuales se encuentran estrechamente ligadas a las otras dos condiciones precedentes. Estas mismas condiciones materiales de la producción explican las diferencias nacionales, y el hecho que un mismo esquema de desarrollo de las fuerzas productivas, un mismo modo de producción, pueda adoptar formas diversas según la diversidad de las condiciones de producción (factores territoriales, históricos y culturales).

Es esencial observar que la nación no es definida aquí por los tres aspectos de territorio, historia y cultura, sino bajo la conceptualización de “condiciones de producción”. Esto significa que dichos aspectos no son simples datos sino objetos formalizados, y por eso mismo, para no caer en la descripción empiricista que criticábamos al inicio, el territorio—historia, espacio—tiempo, que atribuíamos a la nación como “condiciones objetivas de producción” no son en absoluto los mismos que en otro modo de producción; así la nación no aparece coincidiendo con un territorio, una historia y una cultura, más bien su constitución como tal es a su vez constitutiva de estas tres realidades y de acuerdo a procesos socio políticos y económicos muy particulares.

El tiempo—espacio inaugurados por la revolución burguesa, y que son los del capitalismo y de las nuevas nacionalidades implican transformaciones sustanciales en la realidad misma y sentido del territorio y de la historicidad, que son los que definen el concepto de nación. Las transformaciones de las matrices espacio—temporales conciernen a la materialidad de la división social del trabajo, del desarrollo de las fuerzas productivas, del aparato del Estado, de las prácticas y técnicas del poder económico, político e ideológico; es esta estructura social la que constituye el substrato real de una representación del espacio—tiempo; y son todos estos factores y sus diferentes dispositivos (lo urbano, las fronteras, las comunicaciones . . .) los que orga-

nizan un determinado espacio social. Y este espacio es así el resultado de un proceso complejo de producción material antes de ser histórica e ideológicamente apropiado en la forma de nación.

Dicho espacio se convierte en nación, es decir se hace esencialmente político en el momento en que un poder, no otro que el del Estado moderno (el estado nacional), monopoliza todos los procedimientos de la organización de dicho espacio. El territorio nacional no es más que la figura política del cercado a nivel del Estado: la distribución estatal del ejercicio del poder. Las fronteras y el territorio nacional no son realidades previas al principio político unificador que los encuadra y delimita; el Estado capitalista se constituye conformando esta unidad nacional (ya sea por una revolución interna o por una revolución de independencia); la formación del estado y de la unidad nacional coinciden en un mismo movimiento, que es lo que lleva a su identificación como Nación—Estado.

Respecto a la **“tradición histórica común”** el análisis es idéntico en la medida en que la tradición y la historia no tienen el mismo sentido y la misma función en las sociedades pre—capitalistas y pre—nacionales que la Nación—Estado. El MPC instaura una nueva matriz temporal, donde las nuevas fuerzas productivas, medios y tecnología de producción y las relaciones sociales de producción generan una nueva experiencia del tiempo, con ritmos, duraciones y mensurabilidad diferentes: un tiempo segmentado, irreversible y acumulativo, que a su vez será controlado y unificado políticamente por el Estado.

En esta perspectiva la tradición adquiere un sentido nuevo, ya que el **antes** y el **después** en la Nación—Estado capitalista responden a una matriz completamente nueva, donde nuevos conceptos, como el de progreso y desarrollo, introducen una nueva determinación de su valor y sentido. Y aunque no sea el Estado el sujeto de la historia real (ya que ésta es un proceso sin sujeto: el proceso de la lucha de clases), él es quien organiza el material de la historia confiriendo a la nación el papel de protagonizarla. Así la historia se vuelve siempre y necesariamente historia nacional, ya que ella reflejará la manera como el Estado controla y unifica la experiencia temporal eligiéndola en instrumento de poder: totalizando o reduciendo las historicidades particulares, eliminando las diferencias, serializando y segmentando los momentos para conferirles una orientación.

La identificación entre Nación y Estado se vuelve más nítida cuando se constata que es el Estado quien se sitúa como nexo articulador entre el territorio y la historia, haciendo que la Nación se manifieste como **“la historicidad de un territorio y la territorialización de una historia”** (Poulantzas).

A la luz de estas aclaraciones se comprende mejor que las **“condiciones objetivas de la producción”**, el espacio y tiempo nacionales, el territorio y la historia, no son realidades descriptivas sino categorías por las que se expresan las relaciones conceptuales entre determinados procesos políticos y económicos de una determinada forma de sociedad: la nación.

En la medida en que el Estado es inseparable tanto de las relaciones de producción como de las fuerzas productivas; elemento esencial de ambas, se hace también indisociable su realidad del espacio geopolítico de la nación; en cuanto fuerza productiva el Estado organiza la sociedad global y las varias instancias que garantizan su continuidad histórica y cultural en cuanto nación; y a través de su inserción en las relaciones de producción el Estado se presenta al mismo tiempo como el árbitro político que localiza dentro del marco de la nación los conflictos y transformaciones de la sociedad.

La nación aparece así como el resultado de un proceso económico-político particular, el de las revoluciones burguesas, en el que el Estado bajo la dominancia de las burguesías nacionales crea **económicamente** la nación en su necesidad de delimitar un mercado nacional unificado, eliminando los obstáculos semif feudales, corporativistas y regionalistas, con el fin de asegurar la libre circulación de mercancías a su interior; y crea también la nación **política y culturalmente**, al apoyarla en un principio de soberanía universal (popular) opuesta a la legitimidad de la monarquía, la aristocracia o la Iglesia; y en el que van a ser recuperados ideológica y políticamente aquellas condiciones territoriales, históricas y culturales que a la vez de poder ser reivindicadas como propias por toda la sociedad (por todas las clases) se opondrían a las que justificaban a los anteriores sectores dominantes.

Según esto, la nación moderna no es propiamente una creación de la burguesía, de acuerdo a una tópica de un análisis superficial y frecuente, sino el resultado de una relación de fuerzas entre las clases sociales emergentes en su constitución, y dentro de cuya relación la nación y la nacionalidad, las condiciones objetivas de la producción (la territorialidad y la historia), se presentan simultáneamente como el marco y el contenido de la lucha de clases.

El proceso revolucionario que da lugar a la existencia de la Nación-Estado moderno tipifica la naturaleza y destino de toda revolución, en la que la unión de las diferentes clases, como una condición necesaria para el éxito de ella, no puede subsistir durante mucho tiempo, y sólo la clase más fuerte tratará de monopolizar los beneficios de dicha revolución para su propio proyecto político, económico e ideológico. Pero esto no significa necesariamente, y se verá en el caso latinoamericano, que sola la burguesía sea la gestora de la nacionalidad, adjudicándose el título de clase nacional (burguesía nacional), y que su hegemonía en el control del Estado (Estado burgués) suponga que el Estado mismo es mero aparato y función de la clase dominante. El Estado expresa tanto la dominancia de la burguesía como la misma lucha de clases sin la cual aquella no puede ser comprendida.

Es esto lo que llevará a identificar la nación con el Estado, y no con aquella clase revolucionaria en su principio de la constitución nacional, y dominante después para el mantenimiento y control de las "condiciones objetivas de la produc-

ción". Aunque el Estado no deja de ser la expresión y garante de la hegemonía económico-política de la burguesía nacional, así como la de su relación con las otras clases, sin embargo, y como efecto de la misma lógica de la estructura social, el Estado aparece representando los intereses comunes. Este ejercicio y representación del poder no personalizados del Estado permite su identificación con la Nación.

Si bien el discurso político sobre nación y nacionalidad se ha centrado principalmente en la cuestión de las clases (6), el concepto de clases se encuentra estrechamente ligado al de nación e inscrito en el mismo esquema teórico que explica la relación conceptual entre ellos, como en parte quedó ya demostrado más arriba. Y esto no sólo porque la misma existencia del Estado pruebe la existencia de las clases y de la lucha de clases. Tal principio es más bien una consecuencia lógica de aquel que funda la relación entre la aparición de las clases y la existencia de la nación, al surgir ésta en un determinado momento del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

La relación entre nación y clases se entiende por referencia a un mismo enclave conceptual: mientras que las **condiciones de producción** describen el territorio de lo nacional, la **propiedad de los medios de producción** señalan el de las clases. La nación moderna como resultado de un determinado desarrollo de las fuerzas productivas surge así de la lucha de clases. Es pertinente por ello tratar aquí la distinción entre luchas nacionales y lucha de clases; y también la distinción que se puede establecer entre el nacionalismo de las diferentes clases.

La constitución de las naciones, ya sea por movimientos revolucionarios o de independencia, responde siempre a un determinado desarrollo de las fuerzas productivas, lo que a su vez exige una nueva forma de control y redefinición de las "condiciones de producción". En este proceso todas las fuerzas sociales se encuentran involucradas de manera que en él coinciden tanto las reivindicaciones nacionalistas como las sociales, las cuales se hallan real o potencialmente inscritas en aquellas. Y en tal sentido, se puede decir que la revolución burguesa ya incubaba en su seno la lucha de clases; así la lucha nacional y la lucha de clases coinciden y resultan complementarias sin llegar a confundirse e identificarse, en un momento en que el derecho a la autodeterminación y a la independencia se convierte en un objetivo inmediato para todas ellas.

La conformación de la nacionalidad opera un desplazamiento del centro de gravedad de la lucha de clases; pero una vez lograda la existencia de la nación se agudiza el conflicto social entre ellas. Borojov ilustra esta situación de manera plástica: cuando las condiciones de producción son anómalas, es decir hay una falta de territorio autónomo, de libertad política y cultural, el conflicto de clase tiende a ser postergado; en cambio cuando las condiciones de producción son normales la lucha de clases tienden a ocupar el primer plano. Es este análisis el que obliga a interpretar la idea de Marx, vertida en el **Manifiesto Comunista** de 1847 que "el proletariado no tiene patria", en el sentido de que la nación no es el objetivo de la

lucha de clases sino el espacio donde esta ha de tener lugar. Ya que, si bien las condiciones de producción son comunes a todas las clases, el conflicto entre ellas surge en la medida que el modo de participar a la producción es diferente, y de esta manera los intereses nacionales que en apariencia son los mismos resultan en el fondo muy diversos.

“En la vida de producción ocupan (las distintas clases) diferentes situaciones; su lugar en las relaciones de producción no es igual. Las condiciones tampoco pueden tener para ellos el mismo significado; la relación es diferente hacia el patrimonio nacional”. (8).

La burguesía al salir victoriosa de la lucha nacionalista comienza a desempeñar un papel dominante en la escena de la nación, tratando de hacer del nacionalismo la ideología dominante, bajo la cual pueda eludir el conflicto entre las clases. El nacionalismo se expresa así como ideología haciéndose manifiesto a través de un sistema de contenidos (ideas, símbolos, creencias, mitos . . .), a los que tratará de reducir la cultura nacional. “El nacionalismo es un producto de la sociedad burguesa; advino junto con ella; primó durante todo el tiempo de su hegemonía” (9). El nacionalismo (burgués) tendrá una función disolvente sobre la conciencia de clase y tratará de aniquilar toda conciencia adversa a la de la burguesía; la cultura nacional es dentro de esta ideología la consigna propuesta como única vía de emancipación de los sectores oprimidos, y como sustituto de su emancipación política.

Así mismo Borojov distingue entre **nacional** y **nacionalista**: “Toda propaganda, todo movimiento arraigado en el carácter de las condiciones de producción de una sociedad es llamado nacionalista cuando oscurece la conciencia de clase y civil de sus miembros, cuando éstos ignoran la estructura de clase y el antagonismo de los intereses”. El término nacional tiene exactamente un significado opuesto, es decir cuando la estructura, la conciencia y el conflicto de clase no permanecen “ocultos”.

Tomando en cuenta el desarrollo histórico del nacionalismo burgués, se puede afirmar que fue nacional en un principio y nacionalista después. La burguesía fue nacional cuando como clase oprimida liderizó un movimiento de liberación dentro de una alianza de clases; pero se convirtió en nacionalista cuando tuvo que ocultar su dominación de clase sobre las otras clases, y sólo pudo liderar o promover movimientos nacionalistas en provecho de sus propios intereses, manipulando el nacionalismo como un instrumento ideológico en el sentido de distorsión y falsa conciencia de la realidad.

A este nivel del análisis nos ha parecido oportuno tratar el problema de la cultura nacional. Aunque la cultura pertenece a las “condiciones objetivas de la producción”, y engloba todos esos elementos que Borojov denomina “antropológicos” y “espirituales”, como es la lengua, el arte, las tradiciones, etc., sin embargo, de la misma manera como ocurre con el territorio y la historia, tampoco la cultura puede ser considerada al margen del desarrollo de las fuerzas productivas y del modo de producción material de una sociedad. Es en relación a estas realidades que una cultura se genera, se desarrolla, y en un momento determinado también se nacionaliza. Al

mismo tiempo y por la misma dinámica que el Estado nacional unifica, define e integra el territorio y la historia de un pueblo hace también nacional su cultura: la define y la concretiza a sus propios límites espacio temporales. La cultura, a no ser de concebirla como un vaporoso idealismo sociológico, ha de ser pensada dentro de estos parámetros que le confieren tanto un contenido real u objetivo como un valor conceptual.

Ciertamente que la cultura, de manera análoga que el espacio y la historia de un pueblo, es anterior a la existencia de la nacionalidad, pero ésta la carga de un sentido y funciones diferentes dentro de la diferente estructura social que reviste la nación. El Estado—Nación unifica, homogeneiza la cultura y le atribuye una función ideológica superestructural nueva dentro de la sociedad dividida en clases, haciéndola monopolio de la clase dominante, la burguesía nacional.

La cultura nunca es neutral en sus funciones dentro de una determinada estructura social. En las sociedades primitivas o en las pre—capitalistas y pre—nacionales, como en las sociedades nacionales—capitalista la cultura regula siempre el funcionamiento del sistema social. Pero mientras que en aquellas no hay una solución de continuidad dentro de los diferentes niveles infra y super—estructurales, y la cultura no aparece en ellas segmentada de lo económico y de lo político, en la sociedad nacional—capitalista lo cultural representa un territorio aparte, diferenciado y especializado, y “como si” no tuviera que ver con la base de la producción, de las relaciones sociales y con los conflictos de clase.

No es por ello casual que la burguesía haya hecho de la cultura un sinónimo de la nacionalidad, ni tampoco que la haya convertido en un instrumento ideológico, que tras sus caracteres interpelativos y homogeneizadores le permitiera consolidar una dominación social también a nivel de la superestructura. Es en esta acepción precisa, oficial e institucionalizada, que la cultura opera como “engaño” en frase de Lenin; no aquella cultura que procede del acervo de la tradición de los pueblos. El contenido de ambas formas culturales puede ser el mismo, pero es distinta la función que desempeñan dentro de la estructura de una sociedad.

No son estas Notas ni su índole esquemática el lugar más adecuado para hacer una ampliación de los aportes gramscianos al papel que juega la cultura y la ideología dentro de la estructura social y como parte de las praxis política. Esa relativa autonomía de que goza la cultura nacional, relativa y no absoluta como pretenden las ideologías nacionalistas, hace que el terreno cultural, sin dejar de ser una instancia de dominación de la burguesía y del Estado, quede abierto también a la lucha de clases, y pueda convertirse en un espacio de disputa por una hegemonía entre las clases en lucha. No se trata de la utopía de crear una cultura nueva y diferente ni siquiera de desnacionalizar la que ha sido oficializada como cultura nacional; el objetivo y la tarea es devolver esta misma cultura a su matriz de origen, restituirla con sus componentes sociales tradicionales a la función que desempeñó antes de convertirse en aparato del Estado nacional y consigna del nacionalismo burgués. De lo que se trata en definitiva es de hacer de ella verdaderamente esa “condición objeti-

va de producción", que con el territorio y la historia de una sociedad constituye la estructura fundamental de una nación y de su nacionalidad.

En contra del proyecto burgués que ha buscado siempre en la cultura el contenido de los profundos problemas sociales, haciendo del idioma cultural y de todo lo que está relacionado con él el vínculo técnico—ideológico más importante entre el comerciante y el consumidor, la teoría y prácticas auténticamente culturales tienen la tarea nacional de sustraer la cultura de los circuitos de la mercancía, de reconvertir su valor de cambio en valor de uso, y, políticamente, de hacer de ella la expresión fidedigna de una sociedad y sus conflictos. Reconocer la politicidad propia de una cultura no significa una sobrepolitización de ella, lo que a su vez llevaría a vaciarla de su sustancia específica (10) De ahí que la cultura deba reflejar pero no resolver el inevitable antagonismo entre la conciencia de clase y la conciencia nacional; y que la cultura es (o debe ser) propiamente la conciencia de esta tensión. Los ideólogos clasistas ignoran que lo nacional de la cultura es también importante y expresión de las clases, "obscurecen por ello la conciencia nacional que, precisamente en ese caso, no debería ser obscurecida, puesto que tal cosa resulta perniciosa también para los intereses de su clase. El mismo alboroto provoca también la propaganda nacionalista allí donde . . . el nacionalismo obscurece la conciencia de clase. Y ésto, naturalmente resulta perjudicial para toda la nación, porque no pone de manifiesto correctamente las relaciones de los grupos" (11)

En conclusión, la cultura nacional no es propiamente, ni debe ser tampoco en su función, la expresión de la condición de una clase (sea la de la actual burguesía o la del proletariado revolucionario) Si sus raíces y su desarrollo han precedido a las formaciones nacionales y a sus clases en conflicto, dicha cultura deberá seguir siendo la conciencia de esa historia, también la de sus actuales procesos, y, por ello mismo, trascendiendo esa categoría también histórica que es la misma nación. La cultura como conciencia nunca corresponde a una conciencia nacional.

## **NACION Y NACIONALISMO EN AMERICA LATINA**

El problema de la nación y nacionalidad en América Latina incluye aspectos muy particulares y diferentes de los que se plantean en el caso europeo, ya que el fenómeno de la formación de las nacionalidades en las antiguas colonias de Hispanoamérica tuvo orígenes y un desarrollo histórico distinto. Los estrechos márgenes de este capítulo sólo permiten una rediscusión de planteamientos muy generales a partir de las definiciones de las páginas anteriores, para poder abordar en el capítulo siguiente un aspecto importante en la existencia y en la misma caracterización de muchas de las naciones latinoamericanas: la cuestión étnica.

Dos posiciones principales suele desenfocar la óptica del análisis del problema de la nación en Am. Lat.: su consideración a partir del modelo europeo, como si este fuera el único paradigma conceptual, o la excesiva particularización del caso latinoamericano, como si se sustrajera a aquellos mismos referentes teóricos, que

sin embargo no excluirían una teoría particular de la nación y nacionalidad en América Latina.

La guerra de independencia colonial latinoamericana significó tanto económica y política como ideológicamente la conflagración de verdaderas revoluciones nacionales que supusieron la constitución de verdaderas nacionalidades. Fue la perspectiva anticolonial, el desarrollo de las fuerzas productivas y la misma composición social en la formación de estas naciones, lo que les confirió entonces una fisonomía muy particular, y en la que tanto la identificación de las clases sociales, muy particularmente de la burguesía, como el grado de integración socio territorial, se realizaron de manera limitada e inestable.

En las naciones latinoamericanas las "condiciones objetivas de la producción" (la territorialidad, la historia y la cultura) no lograron una integración unitaria y homogénea que permitiera definir un proyecto nacional, claramente diferenciado de los otros países involucrados en el mismo proceso histórico, y global al interior de cada una de las sociedades nacionales; y de hecho, las diferentes formaciones nacionales variaron de acuerdo a la distinta modalidad de las situaciones coloniales sobre las cuales se constituyeron.

Si en una primera fase se lograron demarcar las fronteras exteriores del territorio nacional, el espacio interno quedó feudalizado política y económicamente, hasta que sólo a principios del siglo XX con las revoluciones liberales y más tarde con el desarrollo del capitalismo se iniciaron los procesos de una integración regional definitiva.

La reconstrucción de una historia nacional representó también un azaroso problema: si la conquista y colonización asentaron en el continente americano la prolongación de la historia española, las historias nacionales latinoamericanas se iniciaron con una brusca ruptura que sin saldar todas las cuentas con la historia colonial, tampoco lograron enraizarse con las historias precedentes de los pueblos indígenas. Nuestras historias se sucedieron así por una "acumulación de contradicciones" (como dice Octavio Paz): la colonia contradice el pasado de los pueblos indígenas, las independencias contradicen la época colonial sin dejar de contradecir lo que la misma colonia había a su vez contradicho. La independencia quiso representar el mito fundador, que sin embargo no condensaba la dinámica y la síntesis culturales de una sociedad, cuyos sectores se reclamarían de cultura muy diferentes; sobre todo en aquellas naciones que contaban con mayorías indígenas, o incluso de aquellas otras engrosadas por posteriores migraciones europeas o africanas.

Las culturas nacionales reflejaron la misma estratificación socio-económica y étnica de cada formación social, y al no haber logrado el desarrollo de las fuerzas productivas una intergración en un mismo modo de producción, la sociedad más que en clases quedó dividida en sectores cada uno con su propia subcultura. Dos subculturas principales que se prolongarán superpuestas hasta épocas recientes: aquella indígena relegada al folklore, donde un populismo abstracto creará descubrir la verdad del pueblo, y la que prolongando la cultura de la dominación colonial entrará

fácilmente en los cauces de la modernidad occidental cada vez más expuesta a los modelos norteamericanos que a los originariamente europeos (12).

Ahora bien, como indicábamos anteriormente, no es tanto ni tan sólo la falta de un territorio, una historia y una cultura y las contradicciones que estos tres componentes podían representar dentro de la realidad nacional lo que obstaculizaría de manera determinante la formación de una nacionalidad, sino la ausencia de ese principio organizador de tales "condiciones objetivas", y su capacidad de conferir a éstas un carácter nacional. El escaso desarrollo de las fuerzas productivas es la razón abstracta, pero correcta, que explica en su extensa generalidad, el fracaso de la organización nacional como resultado inmediato de la independencia. El juicio de Bernardo de Monteagudo sobre el Perú puede ser generalizable: "Las ideas democráticas son absolutamente inadaptables en el Perú . . . Las mutuas relaciones que existen entre las varias clases que forman la sociedad del Perú tocan al máximo de la contradicción de los principios democráticos . . . la proporción en que está distribuida la masa de su riqueza y las mutuas relaciones que existen entre las varias clases que forman aquella sociedad" (13)

Fue esta la razón por la cual las futuras naciones tuvieron que ser constituidas, organizadas y unificadas a partir del Estado. Papel que desempeñaron los caudillismos iniciales en el proceso nacionalizador, obligados a estructurar la nación asegurando la estabilidad de su política interna y ejerciendo un arbitraje social. Los populismos posteriores, ideología consanguínea a la del nacionalismo, cumplirá también este papel artificial de crear espacios ficticios de participación política en países donde faltaban todavía las condiciones estructurales para que esta participación se verificara realmente. Incluso aún en la actualidad el Estado sigue tomando a su cargo, a través de sus múltiples y diferentes políticas de integración la tarea de acelerar la homogeneización socio-cultural del país y la articulación de grandes sectores marginales a los ámbitos económicos y políticos de la sociedad nacional.

La ideología nacionalista latinoamericana viene a reflejar la peculiaridad de estos procesos, que definieron tanto el alcance de la independencia colonial como la constitución de las futuras nacionalidades. En un principio, y como consecuencia del movimiento de independencia, la idea de "nación americana", de "nuestra América", enunciaba un modelo socio-político, que si bien no coincidía con las distintas condiciones de los diversos territorios latinoamericanos, ni coincidiría tampoco con las futuras nacionalidades, sus contenidos interpelativos sintetizaban una misma realidad histórica y el carácter profundamente social de las reivindicaciones de la independencia. Y aunque esta ideología latinoamericana cedió el paso a los nacionalismos particulares, siguió vigente como expresión de una solidaridad que encontraba en la independencia y en la historia colonial precedente unas raíces comunes, y como una fórmula de confrontación táctica en la que se afirmaba una conciencia política ante las nuevas modalidades de dominación extranjera en su fase imperialista.

Pero es importante entender que la fragmentación de las distintas nacionalida-

des en América Latina, más allá del inicial proyecto unificador, no sólo tiene su matriz en las condiciones particulares de cada una de las distintas formaciones socioeconómicas; efecto también tuvo en la constitución de las diferentes nacionalidades latinoamericanas la relación económico política que las metrópolis impusieron y mantuvieron con cada una de ellas. Y en este mismo sentido, las nuevas naciones demasiado empeñadas y condicionadas en afirmar sus fronteras y en integrar socialmente su territorio, no estaban en la capacidad de privilegiar un proyecto nacional latinoamericano sobre la urgencia de consolidar los efectos más inmediatos de la independencia de cada uno de los territorios.

La nacionalidad sigue siendo un problema para naciones cuyo sistema capitalista dependiente de las metrópolis desarrolladas genera junto con una dependencia económico política respecto del imperialismo extranjero un desarrollo interno desigual, y la reproducción de las grandes diferencias sociales heredadas de la colonia, y agravadas en algunos países por la presencia de sectores indígenas que siguen cuestionando la identidad y unificación nacionales. Y son estas mismas cuestiones de fondo del fenómeno nacional las que llevarán a un insistente planteamiento ideológico la conciencia y cultura nacionalistas, en un intento de consolidar, por una especie de atajo, una definición y una identidad nacionales, no resueltas todavía en los niveles más estructurales de cada una de las formaciones sociales.

### **La cuestión nacional como cuestión indígena**

El enfoque más frecuente y hecho clásico consiste en plantear la cuestión indígena como una particularidad del problema nacional, lo que generalmente suele dar por supuesto un concepto de nación y también de etnia no claramente definidos, y que embarazan teórica y políticamente el tratamiento de la relación entre la nación con un pasado y base social indígenas y la etnia cuyo carácter de nacionalidad ha de ser especificado. La aclaración de ambos conceptos nos puede permitir invertir los términos de la cuestión en un planteamiento diferente: la cuestión nacional como cuestión étnica.

El significado etimológico de etnia (*ethnos*, en griego "pueblo") no ha facilitado a lo largo de la historia de su uso una definición conceptual, y ni siquiera la antropología o etnología han logrado una elaboración teórica de lo que en principio se identifica como su objeto específico. Esta indefinición del concepto de etnia ha provocado un deslizamiento de sentidos, que han oscilado entre la idea de raza y la de nación como sus acepciones más diferentes. Si la antropología, a lo largo de toda su práctica teórica ha descartado la primera de estas acepciones, todo el desarrollo precedente sobre el concepto de nación ha demostrado cómo sería inadecuada la segunda. No vamos aquí a eximir a la antropología de precisar teóricamente el concepto de etnia, superando las definiciones demasiados descriptivas que ha utilizado (14), sino tratar de aclarar el fenómeno étnico dentro del esquema conceptual del de nación; carac-

terizar la existencia de las minorías o mayorías étnicas dentro de las sociedades nacionales, refiriéndonos muy en particular al caso de los países andinos.

Los análisis de las páginas anteriores autorizan ya a señalar una diferencia entre etnia y nación. Ahora bien, descartada la idea de raza como pertinente para explicar esta diferencia, no queda más alternativa que recurrir a un concepto que dé cuenta del elemento común que definiría el proceso histórico particular, que estando a la base de la formación de una nacionalidad, podría al mismo tiempo definir el fenómeno social de la etnia, ya sea considerada en sí misma o integrada dentro de una nación determinada. El concepto de pueblo (sentido etimológico originario de etnia) indica precisamente una unidad social relativamente separada de otras sociedades, "que adivino en las mismas condiciones de producción" (Borojov), pero cuya forma de producción (no-capitalista) supone un tipo de estructura social y política (sociedad sin estado y sin clases) diferente de la nación (15). Para Borojov "la transformación de los pueblos en naciones es el resultado de la forma de producción capitalista".

Los indigenistas y los mismos movimientos indígenas no quedarán muy satisfechos de que, en virtud de un presupuesto teórico, se recuse a los grupos étnicos el carácter de nación. Desde Bolivia hasta el Ecuador las declaraciones y reivindicaciones sobre las "nacionalidades indígenas", la naturaleza "plurinacional" de las naciones andinas, sobre la "nación Quichua", plantean el problema étnico dentro de estos países, pero los términos de su caracterización presentan un equívoco conceptual, que contribuye a dejar sin resolver el contenido político del problema en cuestión, y que no se refiere únicamente a la existencia de los pueblos indígenas sino a la misma identidad nacional de dichos países con un nivel de integración muy limitado.

Históricamente los grupos sociales andinos nunca constituyeron una nación, y sólo bajo el régimen del Imperio incásico se encontraron integrados en una cierta unidad socio-económica y política. Pero el Cuzco estaba tan lejos de constituir una nación durante el imperio de los incas como lo estuvo Roma durante los tres primeros siglos de nuestra era. La colonia reprodujo una forma análoga de integración, pero su dominio político y explotación económica tuvo un efecto muy diferente: exterminar la organización social de los grupos andinos, su empobrecimiento, y el inicio de un largo proceso de aculturación. La formación de las nuevas nacionalidades sobre las ruinas de la colonia no hicieron más que continuar y prolongar la dominación sobre los mismos grupos indígenas. En los tres países andinos la nación como entidad representativa de la sociedad blanca mestiza, de las clases dominantes y del sistema del Capital sigue siendo una realidad superpuesta a las sociedades indígenas.

Estas, sin embargo, a lo largo de los diferentes procesos de dominación en ningún momento llegaron a constituir verdaderas nacionalidades. Y es importante constatar que los movimientos, "sublevaciones" indígenas, que se dieron a largo de todos los Andes durante la colonia y después de las independencias nacionales no tuvieron

en ningún caso ni en ninguno de sus aspectos un carácter nacional. La tipología que S. Moreno hace las sublevaciones indígenas del siglo XVIII en el Ecuador es válida para las que tuvieron lugar en Bolivia y en el Perú tanto en los siglos pasados como en el actual (16). No se puede, sin embargo, negar a las sublevaciones indígenas de todos los tiempos una potencialidad nacional, en cuanto que implicaban insurgen- cias anticoloniales. Pero la forma nacional de dichos movimientos difícilmente po- dría concretarse en la articulación de una nacionalidad—Estado; será necesario, co- mo veremos más adelante, la constitución misma del Estado nacional para que los movimientos indígenas adquieran dentro de él un proyecto cualitativamente nue- vo y diferente. Es la misma existencia de la nación la que confiere un carácter na- cional a la cuestión indígena.

Incluso el pensamiento de Mariátegui, a quien se le atribuye el mérito de ha- ber iniciado la reflexión más elaborada políticamente sobre el indigenismo en tér- minos nacionales, no ofrece en modo alguno una conceptualización de los grupos indígenas y del mundo quichua como nación: "la solución del problema indio tie- ne que ser una solución social . . . A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales" (17). Muy al contrario, y éste es una debi- liad de su comprensión de la realidad social andina, Mariátegui ve en el fenómeno indígena, en la comunidad andina, al residuo de un "comunismo" antiguo y las ba- ses del proyecto socialista (18).

Es hasta elocuente al respecto como el poderoso movimiento indígena boli- viano Tupac Katari, que en sus declaraciones y programa de lucha reivindica la na- cionalidad andina, de todo el país, proponiendo una "dictadura de la etnia" sobre la "dictadura de clase", a la hora de las elecciones nacionales participa como par- tido político en el proyecto democrático. Cuestión de estrategia o una tergiversa- ción del verdadero problema nacional?

No son pues los contenidos de las reivindicaciones indígenas a o las mismas declaraciones de los gobiernos indigenistas sobre "el Estado multiétnico" o la "plu- rinacionalidad" (sobre todo si atendemos a la contradicción de un "Estado plurina- cional"), lo que permitirá resolver teórica y políticamente la cuestión indígena; tan- to más en los países andinos donde, a diferencia del caso Mexicano (19), nunca se dio un "proceso autónomo de la nación quechua" (20). Incluso esta nueva formu- lación del problema indígena, en el que se dan cita indigenistas, indianistas, el mis- mo Estado que refuncionaliza a unos y a otros, y la intelectualidad de izquierda (a no confundir una izquierda intelectual, tal como la entendía Gramsci), revela un cambio de las reglas de juego y del conflicto. La represión ha cedido a la presión por procedimientos educativos, las concesiones culturales y las bonificaciones del desarrollo. El Taita Estado conduce con habilidad y hasta con cariño esta política de integración, de pacificación etnológica. Pero las tropas de indios no siguen ni marcan el paso. De manera militante o atávica continúan rechazando la asimilación nacional y adoptando cada vez más conscientemente el derecho a la diferencia. Su reivindicación por la tierra, entendida como terreno y territorio, aparece en esta fase

de lucha mediatizada por una defensa de la cultura en torno a la cual, y quizás como último reducto, parecen movilizarse todas las aspiraciones. Esta dominante socio-cultural que relativiza o posterga los aspectos socio-económicos y políticos, se ha inspirado en una antropología a la norteamericana, o de su pupulia mexicana, y que ha encontrado un doble eco en los indigenistas y en los indianistas, pero al que las masas campesinas ni prestan oído ni tienen respuesta.

El indigenismo es una solución del sistema nacional y de la sociedad blanca mestiza al problema indio, que en lugar de cuestionar la sociedad-nación y su modelo de desarrollo, trata de cargar a la cuenta del indio un problema propio. "El indigenismo latinoamericano es la trastienda donde son botados los problemas de las sociedades europeas herencia de la colonización" (21). El indianismo es una respuesta de las élites indígenas a sus propias cuestiones étnicas, de ahí que sus planteamientos se orienten hacia el mismo polo de atracción del indigenismo: la cultura; y su componente político más inmediato sea en muchos casos revanchista. Pero mientras que la primera posición, la de los indigenistas, se encuentra fuera de la escena de la historia, la segunda con todo el respeto que se merece, no logra arrastrar a las masas indígenas; aunque sus programas más lúcidos contienen ya una transcendencia de su propia posición: "Nosotros reafirmamos el indianismo como base ideológica de la acción política" (22). Y ello, no porque la hora de los movimientos indígenas no haya sonado con un nuevo acorde; muy al contrario, es precisamente dentro de las actuales formaciones sociales cuando los diversos movimientos nacionales del Tercer-mundo adquieren la clara conciencia que tanto el indigenismo como los indianismos son mediaciones de diversión, y que ahora el movimiento indígena ya no tiene por que ser una mera "sublevación", sino que entra en la historia de un proceso que tiene sus raíces económicas y políticas, y no sólo meramente culturales; y que por ello el problema de la identidad no se resuelve en su orientación hacia el pasado, a la búsqueda de un tiempo perdido o robado, sino que es un objeto de conquista sobre el que se proyecta la realidad nacional como un todo integral. Ya no se trata de una tarea de especialistas, de técnicos del desarrollo o de profesionales de la antropología, sino de un movimiento popular que en este siglo ha logrado sus éxitos particulares en todos los continentes.

Los indios rechazan con toda razón ser integrados al modelo de nación que emergió de los colonialismos y de las independencias nacionales; es otro modelo de nación y otro tipo de independencia el que ahora se reivindica; y es en esta nueva fase que "será necesario recuperar la lucha de los pueblos indios declarando que es el momento de plantear la cuestión nacional" (23).

Es esta nueva perspectiva de la historia la que permitirá desbloquear la cuestión indígena para comprenderla como problema nacional; es el trayecto histórico, quizás largo y tortuoso, que han emprendido los pueblos del Tercer mundo con la emergencia de los movimientos de liberación nacional, donde los sectores campesinos e indígenas tienen aquel proyecto propio del que carecían a la hora de las independencias nacionales, y que ya no se agota en una sublevación interna sino que ellos

mismos poseen un carácter nacional. A la luz de este compromiso histórico la "multietnia" de una nación o la "plurilacionalidad" de un Estado no pasan de ser componendas de transición, o meras traficciones del verdadero conflicto, ya que el problema de la etnia es un problema nacional; pero, reiteramos y concluimos, no el que la nación deba resolver, sino el que es de exclusiva competencia de los pueblos indígenas; son ellos los que pueden sobredeterminar y trascender la cuestión de las clases y sus luchas dentro de un movimiento de liberación nacional. El nuevo contenido de esta antigua lucha, su componente nacional, son precisamente aquellas "condiciones objetivas" del territorio, la historia y la cultura, que los pueblos indígenas reivindican en su participación de la realidad nacional.

## NOTAS

- (1) *Por lo que se refiere a la formación de las nacionalidades dentro de los términos precisos del concepto de nación que nos proponemos definir sostenemos la tesis que la nación es una categoría histórica, y que sería inadecuado identificar su existencia con "otras formas de Estado, formaciones étnicas, asociaciones de ciudades . . . ni el Imperio Romano ni las monarquías de los siglos XVII y XVIII constituyan naciones". E. MANDEL, Nationalisme et lutte de clases, Partisans, n. 59-60, 1971, p. 48. Lo mismo sostiene RICAURTE SOLER en Idea y cuestión nacional latinoamericana, Siglo XXI, 1980, p. 13: "Una abundante literatura y larga tradición ha vinculado la formación de los estados nacionales al surgimiento y desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, tan característicamente portadoras de la fragmentación económica y política".*
- (2) *Entre los principales, después de los clásicos de Kautsky, R. Luxemburg, K. Renner y O. Bauer, merecen citarse los estudios de Haupt, G., Les marxistes et la question nationale, 1974; Davis, H. B., Nationalism and Socialism, 1967; Bloomb, S., El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx, Siglo XXI, 1979; Nair, A.S. Scalabrino, C., La question nationale dans la théorie marxiste revolutionaire, Partisans n. 59-60; Hobsbawn, E.J., Some Reflections on Nationalism, 1979 (trad. alem. Wiener Tagebuch, 1972, n. 7-8); Conze,*

W. — Grob, D., Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung, 1966.

- (3) La cuestión nacional y la formación de los Estados, siglo XXI.
- (4) Notas críticas sobre la cuestión nacional (1913); Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación (1914).
- (5) *Los dos principales textos de Ber Borjov para una teoría de la nación son Los intereses de clase y la cuestión nacional (1905); y Nuestra plataforma (1907). Los textos de Marx que contienen las referencias a las "condiciones naturales del trabajo" (El Capital, Siglo XXI, 1/2, p. 621—622), "condiciones objetivas" (Ibid. p. 219); "condiciones generales del proceso social de producción" (Ibid. p. 467) han sido identificados por Najenson, J. L. en su introducción a Ber Borjov, Nacionalismo y lucha de clases, Siglo XXI, 1979.*
- (6) *Cfr. N. Poulantzas, Las clases sociales en el capitalismo actual, Siglo XXI, 1976.*
- (7) *Este aspecto más político de la cuestión nacional es el que en un principio preocupó a Marx y Engels, y se sigue reproduciendo en los análisis políticos más actuales de Samir, A., Clases y naciones en el nacionalismo histórico, Barcelona, 1979; y SOLER RICAURTE, Clase y nación en Hispanoamérica, EDUCA, Costa Rica, 1970.*
- (8) *B. Borjov, Nuestra plataforma, p. 76.*
- (9) *Hemos introducido una precisión deudora de Poulantzas sobre el análisis bastante generalizado, que atribuye a las burguesías el papel principal en la formación de la nacionalidad. Las revoluciones nacionales y de independencia convocaron a todas las clases oprimidas, aunque de ellas salió victorioso el proyecto económico político de la burguesía. Esto explicará más que contradecir que el nacionalismo sea una ideología burguesa.*
- (10) *Tal ha sido la consecuencia del empobrecimiento cultural o de las aberraciones del género en los nacionalismos totalitarios, donde la cultura ha degenerado en producto y mercancía del Estado. El stalinismo ha sido el ejemplo más típico.*
- (11) *Borjov, o. c., p. 71.*
- (12) *Una semblanza similar hace Darcy Ribeiro de la nacionalidad latinoamericana (Cfr. Suplemento de El Comercio, mayo—junio, 1983), y cuyas ideas cardinales sobre el tema ya había expuesto en El dilema de América Latina, siglo XXI.*
- (13) *Citado por Ricaurte Soler, pág. 71.*
- (14) *Baste citar como muestra Ethnologie Générale, Pleiade, 1968. La misma "escandalosa imprecisión del concepto" (Leach) que contagia tanto al de etnia como al de tribu denuncia la crisis de los fundamentos empíricos de la antropología, Cfr. M. Godelier, Horizon, trajets marxistes en entropologie, Maspero, Paris, 1973.*

- (15) *En esto habría que disentir de Borojov, para quien el pueblo es una sociedad—en—sí, que se convierte en nación “cuando constituye una sociedad para sí”. Descartado el ‘hecho de conciencia’ y la terminología hegeliana que aparece en el joven Marx, disentimos más profundamente si por pueblo se designa un estado de evolución de la sociedad humana.*
- (16) *“Elemento común en todos los movimientos es, por lo tanto, su aparición dentro de una estructura que responde a una situación colonial, en la que los estratos inferiores, ante la incapacidad de defender sus derechos por otras vías recurren a la violencia. Aunque los participantes . . . a primer vista, aparecen homogéneos y su situación análoga como pertenecientes a la capa inferior de la sociedad, es posible comprobar que provienen de distintos grupos étnicos, con grado de vinculación a la estructura colonial diferente”. Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, p. 359s.*
- (17) *Siete ensayos sobre la realidad peruana, Grijalbo, 1971, p. 40s.*
- (18) *En un pueblo de tradición comunista, disolver la ‘comunidad’ no serviría a crear la pequeña propiedad . . . El indio entonces habría pasado de un régimen mixto de comunismo y servidumbre a un régimen de salario libre. Este cambio lo habría desnaturalizado un poco; pero lo habría puesto en grado de organizarse y emanciparse, como clase, por la vía de los demás proletarios del mundo” (Mariátegui, o.c. p. 62-64).*
- (19) *En México el indio ha construido su propia historia sobre el pasado azteca ocupando un lugar de protagonista en la escena de la historia nacional: Hidalgo, Juárez, Zapata. “En México se han fundido las razas y la nueva capital fue erigida en el mismo lugar que la antigua . . . y todas sus grandes ciudades están emplazadas en el corazón del país . . . En el Perú no ocurrió eso. El Perú serrano e indígena, el verdadero Perú, quedó atrás de los Andes occidentales”. Haya de la Torre, Por la emancipación de la América Latina, p. 90.*
- (20) *En contra de lo que sostiene Mariátegui en su prólogo al libro de Valcarcel, Tempestad en los Andes, y contra las nuevas utopías de resucitar el nacionalismo inexistente del imperio incaico, como pronuncia Choquebuanca: “el problema es claro: es preciso recuperar la soberanía territorial y nacional del Tabuantinsuyo, y corregir las fronteras heredadas del colonialismo”. M.T. Choquebuanca, Le réveil occidental face au problème indien, Le Monde Diplomatique, oct. 1982.*
- (21) *M. T. Choquebuanca, art. cit.*
- (22) *Art. cit.*
- (23) *Art. cit.*

# **análisis y experiencias**

---

---

# CLIENTELISMO Y MICROOLIGARQUIA EN LA CUENCA DEL GUAYAS

Lautaro Ojeda Segovia

---

El tema exige una aclaración previa respecto del marco teórico y geográfico en el que se inscribe la Región Cuenca del Guayas.

Es obvio que para comprender esta región en su verdadera dimensión debe situársela al interior del todo al cual pertenece, y que le dá sentido: el estado ecuatoriano, y más ampliamente dentro del sistema capitalista mundial.

Es también evidente que numerosas relaciones e interacciones existentes entre los múltiples componentes de la Región no son explicables en sí mismos. Por ejemplo, la fijación de precios de productos exportables o, determinadas disposiciones legales de clara repercusión en la región, son descifrables solamente en el ámbito nacional o internacional, instancias en las que los intereses económicos y políticos se expresan y articulan originaria y finalmente.

## **Importancia de la Cuenca del Guayas.-**

La Cuenca del Guayas se constituye en un polo dinámico de desarrollo desde mediados del siglo XVIII, se consolida desde la segunda mitad del siglo XX, y conserva su rol hegemónico en los procesos sociales y políticos hasta mediados de la década del 60.

La importancia económica se evidencia históricamente al conocer que esta región contribuyó con alrededor de las dos terceras partes de las exportaciones del país, en base de la producción agropecuaria. Actualmente sabemos que cerca del 80 o/o de la producción agrícola se concentra en esta Región y que el 40 o/o de la producción nacional se genera en la Cuenca del Guayas.

La trascendencia social y política se trasluce en la numerosa población urbana y rural que habita en la Región, en el grado y tipo de organi-

zación de los sectores populares, medios y altos, en la formación de una enorme masa de marginados, numerosos de ellos alfabetos y por lo tanto con derecho a voto y de probada trascendencia populista demostrada en las elecciones.

El ámbito político—administrativo de la Región comprende tres provincias completas: Guayas, Los Ríos, y Bolívar y secciones de Manabí, Cotopaxí, Chimborazo y Cañar, en total 30 cabeceras cantonales y 121 parroquias.

### **Microoligarquia, Caciquismo y Populismo.-**

La pregunta central que esperamos responder respecto de las relaciones que se han dado y se darán entre las estructuras económicas y políticas en la Región, es aparentemente muy simple. ¿En manos de quienes está el poder político y cómo éste se relaciona y articula con la estructura económica y social de la cuenca del Guayas? La respuesta que adelantamos a esta pregunta es la siguiente:

Si bien a nivel nacional, en la década de los 60', la república oligárquica sufre una nueva crisis de poder, esta vez definitiva 1/, la Región mantiene todavía características microoligárquicas—caciquiles que se amalgaman con expresiones populistas. Característica ésta que si bien se encuentra en decadencia no ha sido superada definitivamente.

Esta hipótesis exige en primera instancia un esfuerzo de esclarecimiento conceptual y posteriormente la confrontación histórica y actual de sus afirmaciones.

A lo largo de la historia, el término de *oligarquía* ha sido utilizado en diversos sentidos, habiendo llegado a nosotros lleno de imprecisiones.

De manera general *oligarquía* se refiere al gobierno de pocos ejercido en su propio interés, más específicamente puede ser concebido como un grupo numéricamente reducido y dotado de una gran cohesión, que controla y disfruta de la riqueza sin participar en su producción 2/. Concepto que puede ser aplicado a nivel regional e incluso local. Es precisamente en su aplicación local que empleamos el término

---

1/ A. Moreano. *Visión General del desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador en el período 1960—1976*. ANCUIS—CONACYT 1983.

2/ F. Bourricaud. *Notas acerca de la oligarquía en el Perú*, en José Matos Mar. *La oligarquía en el Perú*. IEP, Lima, 1968.

microoligarquía.

El poder de la oligarquía reside en el control efectivo de "un grupo reducido" sobre los recursos esenciales con la intención de usarlos para obtener la movilización del poder político que sirva para defender sus intereses.

El control del poder de la microoligarquía es altamente complejo, ya que se basa en la utilización de "clientela" particularmente para la movilización. Fenómeno que por su carácter interclasista conlleva, obviamente, intereses de los más diversos; característica que dificulta seriamente el control oligárquico, de allí la necesidad de que "el grupo reducido" se funcionalice a los cambios y exigencias de sus clientelas.

La microoligarquía, como grupo, se asienta en un núcleo de familias cuyo origen está en la propiedad de medios de producción tan significativos como: la plantación y la hacienda, aunque el fundamento actual se haya diversificado o ampliado.

Los términos oligarca y cacique están íntimamente asociados, las diferencias resultan de acuerdo a los criterios que se aplique: cobertura local o regional, funciones, tipo de servicio que presta, formas de apoyo, aun cuando hay quienes afirman que: caudillismo, caciquismo y gamonalismo fueron y son manifestaciones de las oligarquías locales y regionales (léase microoligarquías).

El funcionamiento de la autoridad gubernamental, la incapacidad del gobierno para actuar con energía, la dispersión del poder son, entre otras, condiciones favorables para que las microoligarquías se expresen políticamente a través de caciques a pequeños oligarcas quienes, por cierto, reclamarán el título de líderes en sus localidades.

Los principales mecanismos de relación de los caciques y oligarcas con sus clientelas son principalmente sociales y culturales: compadrazgo, favores, gestiones, "amistad".

La literatura política que trata del **populismo** es coincidente en afirmar que este fenómeno surge en época en la que el estado oligárquico entra en su mayor crisis. Afirmación que en el ámbito nacional podría ser empleado al caso ecuatoriano pero en su aplicación local se vuelve si no inconveniente muy difícil.

Una de las características del populismo es su composición social policlasista, pero con apoyo mayoritario de las clases populares particularmente de los sectores subproletarios y de la clase media; grupos sociales a quienes abandera. De allí su significación extremadamente du-

dosa y perturbadora por su especial capacidad de conciliar aspectos esencialmente contradictorios.

El supuesto con el que se trabaja en este análisis es de que existe una gran coherencia y relación de este fenómeno político con las expresiones microoligárquicas y caciquiles; pero aún más, se considera que en la Región el populismo regional y local se ha funcionalizado a las expresiones políticas tradicionales.

Dicha coherencia explicaría, por ejemplo, el lenguaje común con el que se expresan los líderes de estos fenómenos políticos. Así frases como "paz social", "armonía de las clases", "intereses comunes", a la postre se convierten en slogans comunes.

En términos causales podríamos además señalar que la ausencia de una clase social suficientemente fuerte, políticamente organizada vuelve necesario "alianzas", "acuerdos" y "pactos" de diversas clases o grupos para imponer un programa alternativo al sustentado, a nivel nacional, por las oligarquías. Razonamiento de posible aplicación nacional pero que concretado a la Región se vuelve cuestionable o inaplicable pues la práctica demuestra una gran compatibilidad de intereses de los microoligarcas, caciques y populistas.

### **Relaciones entre estructuras agraria y política.-**

Recordemos que en el período de 1860—1920 el cacao representó entre el 60 o/o y 70 o/o de las exportaciones totales del país. Además, seguramente el 80 o/o de la producción cacaotera del país estaba manejada por lo que se consideró el núcleo más fuerte de la burguesía agroexportadora que controlaba igualmente más del 70 o/o de todas las tierras productivas. Núcleo constituido básicamente por quince familias, estrechamente ligadas entre sí, tanto por intereses económicos como familiares.

La vinculación de los intereses de los plantadores con intereses de otros sectores como el bancario y el comercial, era tal que prácticamente se concentraba en un sólo grupo de intereses. Los plantadores eran los principales accionistas de los más importantes bancos o mantenían casas de exportación. Las investigaciones realizadas de esta época 3/ demuestran

3/ *Manuel Chiriboga, Jornaleros y gran propietarios en 135 años de exportación cacaotera, Consejo Provincial de Pichincha, CIESE, Quito 1980, Rafael Guerrero. La industria Azucarera en el Ecuador. 1900 a 1954. CIESE 1979, Andrés Guerrero, Los oligarcas del cacao, Editorial El Conejo, 1981, entre otros trabajos.*

de una u otra forma que la estructura agraria antes y después del boom y luego de la crisis del cacao no sufre cambios significativos y menos aún estructurales en el sentido de que los medios de producción pasen de manos de los grandes propietarios a los jornaleros. Más aún, se ve cómo en esta época la mayor parte de la tierra continúa en manos de los herederos de antiguos terratenientes. Gran propietarios que a través de transacciones comerciales y financieras cerrarán el círculo de relación y dependencia productiva así como de comercialización con otros grupos sociales; círculo en el que serán incluidos miembros de sectores medios, quienes a su vez serán asimilados a través de múltiples mecanismos a los intereses de los grupos dominantes exportadores—banqueros.

Téngase además en cuenta que la pugna, que en el período anterior (1925—1947) se dió entre terratenientes y agroexportadores — financieros, se amortigua en esta época, disminuyen los conflictos y se define una alianza en torno a la distribución del excedente, a que daba lugar la rehabilitación del sector primario—exportador 4/.

Al deprimirse la producción y exportación de cacao, por baja de los precios internacionales, en la década de los veinte, la Región se replantea la producción lográndose una aparente diversificación de la producción agrícola especialmente en productos tales como el cacao, caucho, tagua, café, tabaco y paja toquilla, diversificación que se produce entre 1925—1950; período en el que la Región se especializó en la producción para el consumo interno tales como: arroz, algodón, y azúcar 5/.

A partir de 1948 se abre un nuevo ciclo económico en base del banano, cuya expansión culminó a mediados de la década de 1950. Durante el período 1950 -1960 la Región y alrededores ajustaron un nuevo molde al patrón de acumulación agroexportador a través de la producción y exportación de banano.

Una de las principales características de la producción bananera fue que ésta se realizaba en medianas y pequeñas propiedades; las haciendas aportaban con apenas el 20 o/o de la exportación nacional de banano. Sin embargo, estas operaciones fundamentales de las grandes haciendas, plantaciones y compañías extranjeras controlaban casi el 100 o/o de la producción de este producto.

4/ *José Moncada, Capitalismo y Subdesarrollo Ecuatoriano en el Siglo XV. Universidad Central, 1982, p. 37.*

5/ *CONADE. Ponencia. Aspectos Socio—económicos de la Provincia del Guayas. Seminario 1983 Guayas. Hacia una solución integral de sus problemas. Julio 1983.*

La estructura de producción del banano se asentaba en pequeñas y medianas propiedades. Fenómeno que resulta de la expansión inicial de la producción y que abrió amplias perspectivas a los grupos sociales emergentes.

Producción que se realizaba fundamentalmente en tierras de ampliación de la frontera agrícola y en las estribaciones de la cordillera occidental. Producción que ofreció una gran oportunidad para que colonos y agricultores medios capten una cuota de poder político en la Región. Captación del poder formal numéricamente significativo, pero absorbido o neutralizado en sus contenidos e intereses por la asimilación de buena parte de los sectores medios a los intereses de la microoligarquía.

Las alteraciones e innovaciones que se dan en el sistema productivo bananero no produce, como podría haberse esperado, cambios significativos en los contenidos de las estructuras de poder económico y político, manteniendo en lo esencial el poder en las mismas manos, en la de sus herederos o asimilados.

Como se ve durante esta época se produjo una expansión y relativa distribución económica hacia sectores medios; pero hasta allí no más, pues el resto, es decir los principales medios de producción, acumulación y circulación continuaron en manos de los mismos; por ello este proceso "expansivo" y "democratizante" de la producción bananera en la Cuenca del Guayas no llevará consigo alteraciones significativas en la estructura de poder.

Los cambios ocurridos en la década de los 70 en el agro tampoco afectan substancialmente las relaciones económicas y políticas de la región.

### **Cambio del eje de acumulación.-**

La estructura oligárquica a nivel nacional se resquebraja definitivamente con la explotación y exportación de petróleo, acontecimiento que en la perspectiva del presente análisis, logrará consolidar las tendencias nacionales de modernización del aparato estatal, fortalecer la capacidad de intervención del Estado al librarle de la dependencia casi absoluta de las exportaciones tradicionales y finalmente robustecer a los grupos de poder serranos que giran alrededor del Gobierno Central.

El fenómeno petrolero ocasiona un cambio de dirección del eje de acumulación y una participación más amplia de los grupos de poder serranos en las decisiones económicas nacionales, un aparente equilibrio de

las fuerzas de poder que controlan la exportación agrícola y minera.

Pero a nivel Regional, su estructura de poder antes del boom petrolero es increíblemente parecida a la actual; afirmación que se fundamenta en las conclusiones de la investigación sobre estructura de poder de la Cuenca del Guayas por un equipo de investigadores de la Junta Nacional de Planificación en los años 72--73 6/ y de las constataciones que a propósito de las recientes inundaciones se realizaron en la misma Región.

Se afirmaba en 1973 que la relación entre la estructura de poder real con la denominada estructura formal de poder era muy estrecha. Así, la propiedad de los medios de producción agrícola, especialmente de aquellos relacionados con la agroexportación explicaba de manera casi mecánica el comportamiento político local y regional.

La lógica de funcionamiento de lo político a nivel local es comprensible a partir de los intereses de la microoligarquía cuyos integrantes manejan gran parte de la producción, la casi totalidad del proceso de comercialización, emplean mecanismos ideológicos como el compadrazgo, el parentesco y la "amistad". Proceso que desde el punto de vista ideológico vuelve comprensible las contradicciones que se dan por ejemplo en la dirigencia sindical y popular quienes ubican claramente a los grupos dominantes como los causantes de la explotación; pero cuando se refieren a sus integrantes concretos suelen con alguna frecuencia confundir las relaciones de clase, con las individuales; así se referirán al compadre, al amigo, al protector. Situación que se refleja en la manera delicada e incluso afectiva con la que se refieren a varios de esos personajes. Confusión ideológica por la cual desaparece el carácter expoliador de ciertos integrantes del grupo dominante quienes paradójicamente se vuelven explotadores sólo cuando se los identifica con la clase dominante; de lo contrario se convierten o son buena gente.

Nos encontramos entonces frente a un mundo cuyos referentes siguen siendo: el ingenio tal, la hacienda tal, la familia o familias tales; es

6/ *La investigación realizada por la Junta de Planificación sobre Estructura de poder en la Cuenca del Guayas en los años 73-74 demostró la estrecha dependencia entre lo que se denominó estructura formal de poder (autoridades locales y regionales) y la estructura real de poder (propiedad de los medios de producción), existente en la Región.*

*Los resultados de esta investigación han sido recogidos y publicados en libros, artículos o tesis de los integrantes del equipo: Lautaro Ojeda, Patricio Moncayo, Iván Fernández.*

decir, un referente social, económico y político que no trasciende el nivel local sino de manera excepcional.

De esta manera Milagro, Yaguachi, Vinces, Babahoyo, etc., se constituyen cada una en un universo, en donde la política microoligárquica o caciquil se constituye en el centro explicativo de los demás componentes de la estructura social y política.

Fenómeno claramente detectable, por ejemplo, a través del análisis de los resultados de las últimas elecciones o del comportamiento de las autoridades seccionales en momentos críticos, como el de las inundaciones. Detrás de un verdadero "mosaico democrático" se encuentra: Prefecto de un partido, Alcalde de otro, Concejales, Presidentes de Consejo, Comisarios de otros; y así por el estilo. Esta realidad política que confunde en un primer acercamiento, pues da la impresión de la existencia de una gran representación democrática de los más diversos intereses; impresión que parecería confirmarse al constatar la presencia de autoridades cuyo origen social es popular, conformación que debería intensificar la confrontación de los intereses populares con los intereses de la microoligarquía. Pero, que en la práctica económica y política se confunden con los intereses microoligárquicos; demuestran si no la confabulación el amalgamamiento de las diferentes expresiones políticas alrededor de los intereses populares.

Por ello que la estructura política sea alimentada y agitada en los momentos de práctica "democrática", es decir electoral; momento privilegiado para aprovecharse de la confusión entre los intereses de los sectores: populares, medios y microoligárquicos. A la postre se incluirán ciertos intereses populares como pago a su contribución electoral, pero la estructura de poder no cambiará. Confusión funcional y en definitiva "estabilizadora", pues impedirá cambios significativos en la estructura económica y política de la región. Sin ponerse malicioso se podría pensar que todo este juego tiene una doble funcionalidad para los grupos de poder dominante; por un lado, el localismo se constituye en buen pretexto y justificación para impedir la efectivización de solidaridades económicas y políticas de los sectores populares, por lo tanto neutraliza o inmoviliza cualquier acción masiva; y por otro, permite acudir a representantes de sectores medios que son funcionales o se funcionalizan a los intereses de los dominantes. En síntesis volvemos a lo mismo; como dice el adagio todo queda en casa, claro que siempre es la casa ajena y no la de los explotados.

## Reflexiones Finales

La rápida e impresionante concentración de la riqueza unida a la práctica de una extensiva democratización del voto ha vuelto casi inevitable la búsqueda de mecanismos más eficientes a la vez que flexibles de los sectores dominantes para controlar tanto la riqueza como el voto.

El carácter contradictorio a la vez que conciliador de los grupos microoligárquicos explican en gran medida la "usurpación" de objetivos y tareas que normalmente pertenecen a los intereses de otras clases. Es algo así como vaciar de contenidos, apropiarse, de los planteamientos de lucha de las clases.

Si a lo anterior se agrega la ineficiencia de los gobiernos locales, su carácter, en ocasiones, casi tiránico, la voracidad, despilfarro y venalidad de numerosas autoridades locales y regionales, se vuelven más comprensibles ciertos razonamientos alternativos que encontramos en numerosos electores quienes utilizan criterios y expresiones en términos similares a los siguientes: "Es necesario acudir a personas que no tengan necesidad de robar porque tienen lo suficiente". "El fulano es un buen administrador, porque tiene propiedades o negocios que rinden". "Es importante que el candidato tenga "buenas costumbres", no sea un arribista vulgar". "Que los elegidos no sean acomplejados o amargados como lo son quienes nada han tenido y quieren tenerlo a cualquier costo". "Que sean preparados, estudiados, no ignorantes y peor aún analfabetos". "Que sepan hablar "bonito".

Razonamientos que fortalecen los argumentos desarrollados en este trabajo respecto del papel que la microoligarquía caciquil tiene en el campo electoral. Así, en no pocos casos esos grupos reducidos significan sino una garantía de continuidad, orden y estabilidad, un mal menor frente a la irresponsabilidad, ineficiencia, inmoralidad de ciertos representantes de grupos medios y populares.

Es pues, claro el contenido falacioso, y deformante de los razonamientos antes expuestos.

En definitiva el referente sigue siendo local, la estructura de poder microoligárquica y la expresión del voto contradictoria; esto es, se vota por quien lo explota y domina.

---

QUEVEDO:

## ESPACIO COMERCIAL Y ALTERNATIVA CAMPESINA

Carlos Pérez - Jorge Mogrovejo

---

Una región nunca constituye un dato ni en sus límites geográficos ni en su composición territorial; producto de la historia y de las transformaciones socio-económicas que tienen lugar en ella, lo regional es sujeto siempre de contínuas redefiniciones y objeto de las prácticas de las diferentes fuerzas sociales que se disputan su control económico y político. Y en muchos casos, como ha sido el particular de la región de Quevedo, influyen incluso en dicho espacio los procesos económicos de carácter nacional e internacional.

El análisis que nos proponemos del cantón Quevedo recoge la lectura que las organizaciones del sector campesino han ido elaborando, con el fin de obtener una precisa comprensión de sus condiciones y posibilidades, de sus estrategias de lucha y de supervivencia.

La actual situación regional de Quevedo es el resultado no tanto de la Reforma Agraria cuanto de los cambios productivos generados en la década de los años 60 - 70 con la crisis bananera. El "mal de Panamá" que afectó al cultivo y la baja de los precios en el mercado internacional del banano supuso en el país una reestructuración de la política exportadora de este producto y la definición de nuevos parámetros en la asignación de tierras destinadas a este cultivo. En razón de esto se "clasificaron" las zonas productoras de banano, de las que la región de Quevedo quedó descartada, y se procedió en función de esta medida a la asignación de "cupos de exportación", de los que quedarían automáticamente marginados los productores de las denominadas "zonas de exclusión".

Esta circunstancia contribuyó a amortiguar la importancia y efectos de la Reforma Agraria en la región; el nuevo proceso agrícola que se iba a imponer en ella redujo considerablemente el interés de los sectores campesinos por la tierra. Por otra parte, al quedar marginada la variedad

“gross Michel” de banano e imponerse la variedad “Cavendish”, al campesino le resultaba inaccesible el cultivo de este tipo de banano por el elevado costo de la tecnología requerida y por el desarrollo empresarial de su producción y comercialización. Más aún, el mismo cambio productivo exigía “tumar” rápidamente las antiguas plantaciones y reciclar las tierras, lo que significaría para el pequeño campesino quedarse sin años de producción y sin el principal si no único recurso de supervivencia.

El otro factor que ahorró la producción bananera del pequeño campesino fueron los “cupos de exportación”, prácticamente sólo concedidos a los grandes empresarios, que aseguraban un volumen y calificación del producto. Hubo organizaciones, como la Unión Regional de Cooperativas Bananeras (URECOBA), que lograron algunos embarques para la exportación, pero que tuvo que soportar un boicot empresarial cada vez más hostil. En la nueva situación la concurrencia de los productores campesinos se convertía casi en suicida, y sólo en la organización se buscaron algunas soluciones alternativas.

Las organizaciones campesinas en la región tienen su origen a raíz de estos cambios. Los sindicatos de trabajadores de las haciendas se transformaron en cooperativas agropecuarias, las cuales, al ser declarada la región “zona de exclusión” de cultivo de banano, dejan de reivindicar la propiedad de la tierra, tanto más que ella implicaba pagar su adquisición, y buscan negociar de manera ventajosa la liquidación salarial de los hacendados en la forma de entregas de hectáreas de tierra. Es este trámite el que provocará un inicial proceso de diferenciación campesina, ya que es de acuerdo a los años de trabajo y a la capacidad monetaria de las familias que éstas conseguirán una mayor o menor extensión de tierra. Así se llega a dar el caso de cooperativas de 120 has, de las que el 50 o/o se encuentra en manos de un solo socio.

Esto explica en la región la presencia de “los buenos empresarios agrícolas” (en palabras del Ministro de Agricultura), quienes son capaces de desarrollar una alta y sofisticada tecnología agrícola, un alto grado de capitalización y modernización empresarial de la producción, y por supuesto los principales destinatarios de las políticas del crédito oficial y bancario.

Estas condiciones productivas llevaron al campesino de la región a adoptar nuevas estrategias de cultivo, pasando del modelo bananero a una agricultura de productos de ciclo corto (soya, maíz, arroz); principalmente en la zona alta de la región. Ello acarreará nuevos problemas: uno, el manejo de cultivos no tradicionalmente arraigados en la racionalidad

agrícola de este campesinado; otro, su comercialización, cuya importancia y peripecias abordaremos más adelante.

En la zona baja de la región -parroquia de Mocache- las condiciones productivas y la misma forma de tenencia de la tierra es muy similar a la de la región de Vinces, donde predomina el cultivo de arroz, cacao, café, y la existencia de grandes haciendas. Aquí la presencia del hacendado tradicional y su estructura de producción ha impedido que se forme un movimiento campesino y agrupaciones organizativas, manteniéndose combinadas las relaciones capitalistas y pre-capitalistas con los pequeños propietarios o campesinos sin tierras. Se trata de haciendas no modernizadas, muchos de cuyos propietarios viven en Guayaquil.

Sólo en un período muy reciente, y de manera también muy esporádica o tímida, empieza a aparecer en esta zona un movimiento campesino y procesos organizativos informales y casi espontáneos. Sus objetivos son muy concretos e inmediatos: obtención de ayudas y créditos generalmente destinados a hacer posibles sus planes de producción en cultivos de ciclo corto. Las condiciones de estos sectores campesinos y de su misma organización se encuentran muy amenazados tanto por los gamonales como por los comerciantes, lo que hace que por el momento el alcance de sus iniciativas sean muy limitados y también tentativos.

Inicialmente no se han planteado todavía el modelo cooperativo, el más extendido en la región, sino que constituyen asociaciones o grupos más o menos informales, que se unen de manera regular para afrontar los problemas más coyunturales relativos a la producción y a la comercialización. Carentes todavía de un aparato de dirigencia y del corte organizativo de los antiguos sindicatos de la región, estas jóvenes organizaciones de campesinos se muestran en cambio mucho más dinámicas y sus prácticas y procedimientos aparecen directamente determinados por el tipo de necesidades y urgencias que se van presentando. No han partido del planteamiento del problema de la tierra como una reivindicación demasiado general y casi hecha ideología sino de una comprensión más completa y estructural de su supervivencia, y en la que están incluidos todos los aspectos que van desde aquellas condiciones de posibilidad de trabajar una tierra que ya poseen hasta la comercialización, tiendas comunales, caminos y otros servicios. Teniendo en cuenta que todos estos aspectos se encuentran estrechamente ligados entre sí: la estructura vial, por ejemplo, es determinante para la comercialización de los productos.

Estas dos zonas, con sus particularidades socio-políticas, han generado dos corrientes distintas de organización campesina; por una parte, la

anteriormente descrita, y por otra el sindicalismo transformado en cooperativismo, de corte más clásico, con un discurso político muy elaborado, pero más ideológico que eficaz en términos de sus prácticas organizativas y de programación de sus actividades. Se refleja esto en el carácter superestructural de la organización, que no ha llegado a neutralizar los proyectos individualistas de sus diferentes sectores y miembros, para quienes la organización no sintetiza un objetivo común sino que funciona como instrumento de sus proyectos particulares.

Frente a ésta, la nueva orientación surge de una dinámica individual que ha sido profundizada hasta irse plasmando en la forma organizativa como solución y respuesta muy concreta. Incluso para estas organizaciones el enemigo principal ha dejado de ser el hacendado para identificarse en el nuevo agente de la explotación personificado por el comerciante. La pelea mucho más realista, y que no se resuelve en el comercio más inmediato sino que se traslada a los diferentes niveles: el del lugar, del cantón, de Guayaquil.

Curiosamente ambas tendencias y comportamientos organizativos se dan a veces al interior de una misma organización campesina, lo que además del conflicto que esto suscita permite pensar que hay una búsqueda de líneas todavía no claramente diseñadas, sobre lo que en el futuro será el movimiento campesino de la región.

Además de estas corrientes de organización, se dan también con características muy diferentes, agrupaciones de colonos asentados en el espacio regional, cuyas estrategias todavía no aparecen muy precisadas, y cuya integración o articulación a los otros movimientos habrán de ser definidos. Otra modalidad muy sui generis de organización, pero que revela la fuerza que parece haber alcanzado el movimiento campesino, la constituyen algunas cooperativas supuestamente de producción pero que en realidad están formadas por comerciantes -es el caso de la cooperativa de Mocache-, cuyo objetivo es la obtención de cupos de exportación de productos como café. Su presencia es una seria amenaza para los campesinos productores, que sin posibilidad de obtener dichos cupos se ven obligados a vender a tales falsas cooperativas su producción.

Una evaluación crítica de la naturaleza y funcionamiento de muchas de las organizaciones cooperativas de la región nos ha llevado a comprender y conceptualizar un curioso fenómeno de "traslado del patrón", para identificar y denunciar la relación que el sector campesino mantiene con su organización: antes la patronal estaba representada por el hacendado y sus mayordomos, ahora ha sido sustituido por la directiva y el aparato de

la organización, hacia quienes el campesino dirige sus exigencias y a espensas de los cuales busca llevar a adelante sus proyectos individuales. Esto ha hecho que la cooperativa se convierta muchas veces en una figura artificiosa y no en la expresión de un movimiento en el que se participa en función de necesidades y objetivos comunes; en tal sentido la cooperativa aparece como una instancia a través de la cual se espera obtener la propiedad de la tierra a fin de que, una vez conseguida ésta, cada campesino se beneficie de su autonomía. Quizás más tarde el mismo campesino se dará cuenta que la tierra no era el único y principal problema, y entonces necesitará organizarse de nuevo para enfrentar una nueva fase de la lucha por su supervivencia.

Este nuevo enfrentamiento tendrá sin duda un nombre: la comercialización. Las transformaciones socio-económicas y políticas de la región ha modificado los ámbitos del poder: la renta de la tierra y el gamonal han cedido el paso al capital mercantil y a los comerciantes.

En la actualidad el problema más grave que afecta a la economía y supervivencia campesina de la región es la comercialización de los productos. Dicho problema tiene sus raíces en los mismos cambios productivos que se han operado en la región de Quevedo, y que están ligados también a la nueva estructura de tenencia de la tierra por los pequeños y medianos agricultores.

La articulación al mercado de éstos, al pasar de trabajadores agrícolas a campesinos productores, se encontró seriamente perturbada por las modificaciones impuestas en el tipo de cultivos, y la transición de una agricultura o colecta de frutos a una agricultura de cosecha: a la producción de cultivos como el cacao, soya, arroz y café. Sólo este factor planteó una nueva lógica a la economía campesina, introduciendo en ella nuevos ritmos y proporciones con los que el agricultor no estaba familiarizado: problemas en el reparto del producto destinado al autoconsumo y el destinado a la comercialización; problemas en la distribución y fases oportunas para la comercialización; problemas de almacenamiento . . . Se dió y se sigue dando el caso que el campesino tenga que comprar en una época el mismo producto que vendió en meses anteriores. Por otra parte, cada uno de sus productos entraba en un sistema de comercialización distinto, lo que le planteaba una estrategia compleja, frente a la cual se encontraba aislado y presa de la explotación más hábil o mejor racionalizada.

Un 60 o/o de la producción cacaotera de los campesinos se encuentra atrapada por los comerciantes intermediarios asentados en el centro cantonal o parroquiales, y que con su capital subvencionan la producción

de los pequeños propietarios, dejando así comprometida la venta de toda la cosecha de éstos. Este control es el mecanismo más extendido de la explotación campesina. Quienes pueden escapar a él no les queda más alternativa que vender a los mismos u otros intermediarios de la región, que practican una férrea política de precios, dado el tipo de mercado establecido en ella. Sólo una muy pequeña proporción de campesinos podrán ir a vender su producción directamente a los exportadores de Guayaquil.

La concentración de capital ha hecho que prácticamente sean los mismos comerciantes los que compran todos los diferentes productos del campesino, acaparando con el cacao también el maíz, arroz y café. Aunque la mayoría de estos comerciantes son grandes intermediarios algunos se convierten en pequeños "exportadores del contrabando", comerciando directamente con la frontera colombiana. Por lo que se refiere al maíz y al arroz, empiezan a aparecer en la región comerciantes serranos que introducen una cierta competitividad con el comercio local. Sin embargo, éste último se halla fuertemente amarrado por una serie de compromisos, sistema clientelar, de deudas y compadrazgos, entre los campesinos y comerciantes, muy difícil de romper tanto por la concurrencia externa como por la sujeción campesina.

Son estas reglas del mercado, basadas en parte por las precarias condiciones de la producción y de supervivencia del campesinado, los que han impulsado rápidamente el comercio de la región, y el enriquecimiento de gente que llegó "pelada" a Quevedo, "con una mano delante y otra atrás", y que en pocos años se convirtieron en los más poderosos comerciantes. Este boom del capital mercantil en Quevedo no tiene otra explicación ni consecuencia que la pobreza y explotación del sector campesino.

La venta del café por el agricultor campesino plantea un aspecto particular por la regulación impuesta por los "cupos de exportación". Las leyes, normas y trámites están de tal manera estipulados que hacen muy difícil y casi imposible que los pequeños productores y las mismas organizaciones puedan participar en el mercado exportador del café. Los trámites y capital requeridos (el "depósito previo") son trabas insuperables para el sector campesino que en cambio el gran exportador consigue fácilmente salvar gracias a sus ventajas en la concesión del crédito bancario. Las mismas organizaciones campesinas que disponen de "carta de crédito", o bien porque ésta "no parece tener el mismo valor" ante los Bancos o bien otras son las ocultas dificultades, no consiguen el financiamiento para sus exportadores.

Inconcluso quedaría el asunto de la comercialización sin una referencia al papel jugado por ENAC (Empresa Nacional de Comercialización), institución que está desempeñando una función reguladora de los precios y de la comercialización campesina muy importante: cuando caen los precios del mercado por una abundante cosecha ENAC mantiene la compra de la producción al precio oficial. Ahora bien, la venta de ENAC se realiza a través de la concesión de "cupos", que gracias a la fuerza adquirida por algunas organizaciones se logró no sólo captar una concesión suficiente de dichos "cupos de venta", sino también obtener una representación campesina en ENAC de manera a poder controlar que sólo los productores gozaran de esa licencia de venta y que no se beneficiaran de ella los comerciantes o intermediarios.

ENAC estaría llamada a desempeñar una mejor función y un mayor servicio al campesinado de la región si además de sanear sus procedimientos administrativos incrementara su planificación y capacidad de recepción y de almacenamiento de productos. De este modo podría ir más allá en su papel coyuntural de regular los precios asegurando un nivel de comercialización que no sólo beneficiará a los campesinos de Quevedo sino que además garantizaría un amplio y continuo abastecimiento nacional.

El ámbito del poder que originariamente ocupaban los hacendados aparece cada vez más compartido y dominado por el capital comercial. Indicábamos ya la fuerza económica adquirida por los comerciantes del centro cantonal y de las parroquias; fuerza económica que se ejerce a veces sobre las mismas relaciones de producción, y que están atravesadas de clientelismos y dependencias con los sectores campesinos más precarios.

Al margen de estos mecanismos económicos, el poder de los comerciantes se ejerce también en base al control de los aparatos políticos y administrativos, que paulatinamente han ido dejando de ser los servidores de los antiguos terratenientes para pasar a mano del capital mercantil de la región. Esto no excluye que en la zona donde persisten las grandes haciendas el gamonal no mantenga todavía sus influencias y dominación política; pero el carácter tradicional de estas haciendas, y el mismo hecho que sus propietarios sean ausentistas y vivan en Guayaquil hace que el dominio político que ellos pudieran ejercer adquiriera otro carácter.

Esto permite sostener que el influjo comerciante en la actualidad sea políticamente más fuerte que el de los terratenientes; pero aunque las

antiguas formas de explotación y dominación han quedado rotas, la sustitución de las nuevas ha heredado de aquellas el mismo carácter difuso, complejo e informal; el estilo cacique, de presión o intimación, se sigue practicando por los comerciantes con la misma eficacia y talento que mostraron en otros tiempos los terratenientes de a caballo y pistola en cinto.

Los aparatos del Estado en sus cuadros se encuentran captados por miembros promocionados de la burguesía agraria y comercial de la región. Lo cual deja sospechar que esta burguesía estatal no trabajará tanto por el proyecto político o las políticas del partido del gobierno cuanto por los de las clases a las que pertenecen y sirven.

Cabe preguntarse, en fin, ante esta panorámica regional, cuales son las perspectivas de los sectores campesinos y qué orientaciones están adoptándose por los diferentes tipos de organización; también ellas contribuyen a dar un contenido al espacio socio político de la región.

Ante todo el campesino de esta parte del país busca su seguridad muy frágil y muy amenazada. De ahí que la lucha del sector campesino no se haya cifrado tanto en la necesidad imperiosa de grandes transformaciones ni en un discurso ideológico político que los sustente. Por esa razón toda su política se orienta a cambios muy particulares y concretos; determinados por sus condiciones inmediatas de subsistencia y como una respuesta viable. Adoleciendo todavía de una conciencia clara de su situación más global, sólo intuye ciertas necesidades y ciertas posibilidades de cambios económicos políticos. Sin embargo, aún no se visualizan las alternativas ni la manera de iniciar el proceso de estos cambios.

Otro diferente es el comportamiento de las antiguas organizaciones sindicales, que con larga tradición han elaborado un discurso ideológico político, pero cuya lucha parece más bien agotarse en reivindicaciones muy generales sin efectuar un trabajo organizativo, que profundice los verdaderos problemas del sector campesino y haga una traducción práctica y eficaz de sus soluciones. Parece como si la educación política de sus bases se hubiera restringido al aprendizaje y manejo de un discurso ideológico. Estas son las organizaciones más abiertas a proyectar su participación en la escena política nacional por sus vinculaciones con las grandes federaciones y sindicatos campesinos, y por sus contactos con los partidos políticos.

Las otras organizaciones y movimientos campesinos no tienen definidos sus espacios de participación política y mucho menos se plantean la participación en el proceso electoral. En parte, porque se encuentran más bien acuciados por necesidades y problemas más inmediatos, y en

parte, porque, tratándose de organizaciones jóvenes, todavía no han profundizado el análisis y la definición de su situación y de sus prácticas socio-políticas, estos sectores del movimiento campesino se han impuesto más bien como tarea prioritaria el trabajo con las bases, el reforzamiento organizativo, la capacitación y la solución de los principales problemas. Sólo a un más largo plazo se podrán plantear nuevas perspectivas, que incluso trasciendan una coyuntura electoral, que en ningún caso es por el momento la coyuntura del campesino de la región.

A este trabajo organizativo, de capacitación y cohesión de las bases en torno a prácticas muy específicas ligadas a problemas comunes inmediatos, aparece asociado el interés de la organización de relacionarse con otros grupos campesinos del país para compartir e intercambiar el análisis de sus respectivas situaciones, y comparar las experiencias. De esta manera se intenta combinar la perspectiva más cercana del trabajo organizativo con otra más amplia del movimiento campesino nacional.

Dentro de este ritmo y dinámica se ha procesado la posibilidad de una participación política en ciertas instancias del poder regional. Concretamente se ha planteado una representación y hasta un control de los Centros Agrícolas (Cámaras de Agricultura); sin embargo, la toma de estos aparatos no sólo podría desgastar el movimiento, distrayéndolo de sus principales objetivos de lucha, y quemar a sus cuatro dirigentes; al negársele a estas instancias su representatividad de los intereses campesinos, más bien lo que el movimiento busca es una independencia de ellas, orientando la lucha hacia un plano superior.

Por estas mismas razones tampoco se ha planteado cooptar una representación campesina en el Consejo cantonal o en el municipal, a pesar de las ofertas de algunos partidos políticos. Este tipo de participación más simbólica que real en muchos casos, ya que no está apoyada por un control de estos aparatos por el sector campesino, no dejarían de refuncionalizar al movimiento organizativo o desclasas a sus dirigentes. Más bien se considera que la participación política del campesinado debe estar garantizada por la solidez y fuerza de la organización, la cual podrá conferirle un sentido y una envergadura muy diferente. Por el momento el proyecto y programa político del campesinado organizado no pasaría ni política ni tácticamente por la participación en estas instancias.

Esta misma visión y comportamiento parece también determinar el tipo de relación de estas organizaciones campesinas con los grandes sindicatos y federaciones a nivel nacional. Sólo cuando el movimiento posea una clara conciencia de sus condiciones y posibilidades, cuando se conside-

re sólida y orgánicamente constituido, con un proyecto y programa políticos suficientemente definidos, podrán trazarse líneas de acción e identificarse las alianzas en una correlación de fuerza que no los deje en desigualdad tanto en la participación con las intencias del poder público como con los grandes sindicatos. Idéntica conclusión parece perfilarse respecto a la relación con los partidos políticos.

---

## IMBABURA:

# CONFLICTO NACIONAL Y LADOS REGIONALES

Víctor Hugo Torres

---

Muchos siglos antes de la conquista habitaban la región complejos sistemas sociales con formas políticas propias (autoridad cacical) y una estrategia productiva de utilización complementaria de pisos ecológicos, dentro de una racionalización tecnológica que proveía variedad de productos y mantenía un adecuado equilibrio ecológico, completado por una red de comercio a distancia (mindalaes) que abastecía de productos "ecológicamente extraños" y exóticos por lo regular originarios de las zonas tropicales o yumbos. La estratificación social de esta organización tenía su base en la extracción tributaria, que presuponía una jerarquización social a la que se pertenecía por herencia respectivamente. Así, Lactacuna como las de Tontaque, Cotacaches, Mochos, Intas, Tullas, Otavalos e Imbas con una comunidad relativa de simbolismos y ritualidades; es decir, aspectos generales de una cultura común, poblaban articulados a los dos cacicazgos más poderosos del norte andino: el de Caranqui y el de Cayambi.

El desarrollo de las relaciones de dominación coloniales a la par que fueron definiendo el contenido de la subordinación entre los dominados respecto de los dominadores alrededor de la hacienda, tuvieron un efecto a lo interno del propio proceso de diferenciación de las comunidades indígenas a partir de la mayor o menor expropiación de tierras, el tipo de vinculación con los obrajes reales o particulares, el nivel de dependencia frente a la hacienda y el carácter de su acceso; proceso que afectó a la jerarquización y liderazgos políticos propios de las comunidades, al tiempo que definió el carácter de su contenido respecto de las relaciones entre las propias comunidades, con la hacienda y el Estado.

Constituido sobre la base de una cruenta explotación del sobretrabajo indígena, el resultado histórico del hecho colonial fué la con-

formación de una sociedad polarizadamente jerárquica, con relaciones excluyentes y corporativistas que se mantuvo en espacios sociales totalmente aislados encapsulados en dinámicas regionales y locales, sustentadas en la permanente represión a todo intento de protesta del pueblo indígena. El contenido de sus luchas fueron definiendo el carácter de la relación con los dominadores; en particular demarcaron los límites de aquella aristocracia criolla, que bloquearon toda posibilidad de participación de los pueblos indígenas en los procesos independentistas; así la formación de la república no fué un hecho que alteró la subordinación local, sino que lo contrario resguardó y mantuvo las relaciones coloniales dentro de las republicanas, en particular con el desplazamiento del control ideológico directo sobre los pueblos indios hacia la Iglesia.

Con la decadencia y desaparición de la actividad obrajera en la región fué definiendo la verdadera matriz de la dominación: la hacienda. Su diferenciación resultante fue también para las comunidades un proceso interno que refleja diverso tipo de relaciones y comportamientos, dependiendo de diversidad de factores que han posibilitado de una parte el mantenimiento de ciertas comunidades con autonomía económica del patrón a partir de su inserción directa en el mercado artesanal, (desligamiento que en términos políticos al estar articulado a la dinámica global se traduce en una no supeditación inmediata al hacendado pero tampoco una independencia total y completa del mismo), mientras por otra parte la mayoría de comunidades mantienen una íntima relación con la hacienda.

Este proceso histórico tiene su contraparte estructural, esto es que el carácter de continuidad de las relaciones hacienda—comunidades está articulado a las formas y mecanismos de la resistencia campesino—indígenas locales, así como al conocimiento de su propia estrategia de sobrevivencia; condición que deviene necesariamente en una suerte de convivencia por parte del "patrón" con las condiciones del mundo indígena, que propicia la vigencia de un espacio de sobrevivencia comunal ligado a los diversos cortes intrínsecos a la relación; y, que desde otro ángulo, intenta velar y ocultar en la práctica cotidiana la potencialidad que tiene el reconocimiento de que la realidad indígena y campesina tiene orígenes históricos comunes, que se internan en el pasado colonial, republicano, bajo la explotación que impuso la dominación cultural étnica.

## Desarrollo Nacional, Reducción Regional.-

Las tendencias que brevemente hemos reseñado se mantuvieron durante el último siglo hasta los inicios de la segunda mitad del presente sin ninguna transformación substancial en la región, recién a partir de la década de los años cincuenta con los inicios de las transformaciones agrarias y la modernización de la economía, es que se empiezan a sentir transformaciones importantes al calor de la consolidación de las relaciones capitalistas como sobredeterminantes de la formación social ecuatoriana. La serie de cambios a nivel económico, político y culturales desatadas en los años sesenta con la reforma agraria y el proceso de modernización del Estado tienden a dinamizarse en los años setenta con el auge del "boom" petrolero, y consecuentemente inciden directamente en las modificaciones agrarias andinas, en particular respecto de los procesos de diferenciación social entre las comunidades, la readecuación de las relaciones con la hacienda y en particular los cambios operados en las estructuras internas de las comunidades de la sierra norte. A este nivel se puede visualizar un profundizamiento de las relaciones ya constituídas históricamente en las que la reciprocidad desigual entre haciendas-comunidades fué adquiriendo relativa "importancia", dentro de un espectro diseminado temporalmente en los últimos treinta años, pero asentados en el carácter estructural de su diferenciación respecto de la distancia frente a la hacienda.

Los años setenta como la expresión de una coyuntura reformista en la que los cambios en la estrategia de las haciendas se consolidaron hacia su modernización, y la crisis de aquellas "ausentistas" posibilitaron un mínimo desfogo de la presión campesina por la toma de tierras, los ímpetus de la industrialización y su consecuente secuela de efectos para ampliar el "mercado interno" como los movimientos. La ampliación de los servicios, la expansión urbana, la apertura de caminos para la integración nacional; en fin todos aquellos procesos propios a la consolidación de un capitalismo retrasado e impulsado fuertemente desde el propio Estado en tanto agente del "desarrollo"; propiciado una apertura abrupta con el mundo "externo" de la comunidad andina del norte; a la vez, que evidenciaba con mayor precisión el sentido profundamente desigual y excluyente del "crecimiento" nacional y, consecuentemente el traspaso desde una dinámica encapsulada en las relaciones coloniales hacia una dinámica marcadamente regional.

Este desarrollo regional hace referencia a la articulación de las relaciones de producción ubicadas geográficamente y dentro del contexto histórico enunciado, en el que se sobreponen sin anularse necesariamente un conjunto de relaciones de producción, circulación y distribución de carácter capitalista y no capitalista, que ancladas en su proceso histórico particular, devienen en la vigencia de una tradición cultural expresada en una identidad regional de Imbabura con múltiples determinaciones: es decir, nos mantenemos bajo el criterio de que lo regional está determinado por el tipo de relaciones sociales especialmente ubicadas, en la medida en que su dimensionalidad posibilita abordar el problema de las clases y/o sus agentes locales y sus respectivas formas de articulación en torno a la esfera productiva y a los espacios de poder. En este sentido, el límite de lo regional es justamente cuando un conjunto de relaciones sociales ubicadas geográficamente entran en contradicción con otro conjunto de relaciones sociales igualmente ubicadas geográficamente.

El desarrollo centralizado del capitalismo hace referencia también a la manera como en la sierra norte se ha reorganizado el espacio, en particular por la presencia de formas precapitalistas de producción sustentadas en estrategias de producción comunales de autosubsistencia con un bajo desarrollo de las fuerzas productivas y densamente pobladas, es el caso del espectro de comunidades indígenas asentadas en las faldas del Imbabura y en las zonas altas de las cordilleras respecto de los pequeños valles norteños.

El hecho de que las relaciones salariales no cubran todos los rincones de la región no significa que el capital como tal se encuentre ausente, ya que se presenta a través de la esfera de la circulación, la cual se constituye en el espacio de articulación y subordinación de las formas no capitalistas de producción al desarrollo capitalista; así por ejemplo, los movimientos migratorios hacia las ciudades y centros industriales por parte de los "otavaleños de comunidad" para trabajar en la construcción o en fábricas textiles nos da la muestra de que son sectores que sirven para el capitalismo en la medida en que conforman un potencial proveedor de fuerza de trabajo; así como se incorporan al consumo de mercancías producidas en sectores capitalistas (por lo regular distantes), a pesar de que en muchos casos las posibilidades de acceso al consumo están mediadas por un espectro de relaciones de usura propio de los altos niveles de pauperización social en que vive la población indígena en Imbabura; o a su vez por el hecho de vender una mínima producción agropecuaria en las ferias locales, o por constituir un es-

pacio comercialmente importante por la producción y venta de productos artesanales y con ello un centro importante de turismo como el caso del mercado de Otavalo de los días sábados; o también, por ser sujetos de ciertas políticas crediticias; condiciones que en su conjunción imponen en estos sectores una modalidad marginal de inserción en el desarrollo capitalista, dentro del que sobreviven y coexisten diversas racionalidades en el mismo espacio geográfico, pero que tienden a delinarse aparentemente (en una relación de resistencia) en una lógica centrada en la realización del plusvalor creado en otras regiones, a pesar de que existan mínimos focos locales de extracción de plusvalía.

Desde esta perspectiva se puede intuir que la configuración del territorio se fué gestando desde el pasado colonial, pero que al presente muestra indicios de una funcionalidad a las tendencias de acumulación y reproducción del capital en detrimento total a la economía agrícola "tradicional" o de subsistencia, y a una artificial necesidad de urbanización que se interna en el seno de las dinámicas comunales; generando una creciente exacerbación de contradicciones y equilibrios entre lo urbano y rural, que se asienta en la ya existente discriminación étnica entre el indio y el mestizo vigente con más crudeza en los pueblos y ciudades de la provincia.

Conviene insistir en lo que significa el mercado dentro de la dinámica regional, no con la intención errada de definir el "tipo de desarrollo" a partir del tipo de mercado, sino porque las características del mercado asentado en la zona tienden a ser reguladas por el trabajo regionalmente necesario. En la medida en que el mercado se constituye en una visión globalizante de la circulación, en tanto fenómeno "económico" existe como espacio de realización del trabajo privado en trabajo social regulado por la ley del valor, así el mercado es simultáneamente "el espacio de representación del proceso de producción y del concomitante proceso de distribución asentado territorialmente en un escenario geográfico" (1)

Las características del mercado nos remiten a la comprensión de las tendencias y mecanismos de la circulación de mercancías, en tanto expresión de la circulación del capital bajo diferentes formas articuladas en una compleja estructura regional, que nos posibilita visualizar la particular oferta de mercancía en relación a su diverso origen espacial; en-

---

(1) *Efraín González de Olarte: Economías regionales del Perú, p. 83, Ediciones IEP, Perú, 1982.*

frentada a la capacidad de ésta oferta de satisfacer las necesidades (demanda) regionales; en las que simultáneamente se expresan las formas de diferenciación social comunal a través de su distinta capacidad de acceso determinada por el monto y tipo de ingresos. En esta perspectiva, podemos ver como las comunidades indígenas se encuentran atravesadas por la dinámica mercantil en una relación de subordinación a la demanda "mestiza" —concentrada en ciudades como Ibarra, Otavalo, Cotacachi, Atuntaqui, etc.— de bienes de consumo industrializados y servicios, que desatan una relación de comercialización profundamente usurera hacia la población indígena, que deviene en formas de diferenciación de corte individualistas, que tienden a descomponer las relaciones de reciprocidad andinas dentro de una relación parcial y desigual; y, que a manera de contraparte enfrenta la producción básicamente agraria de subsistencia indígena con el mercado, a través de la sustentación de su propia estrategia de retener sus productos fuera de la circulación mercantil y de tratar de reducir al mínimo la necesidad de "insumos externos" por lo general reducidos a artículos como sal, aceite, manteca, combustibles; que son satisfechos en las "tiendas" y comercios mestizos afirmados sobre una funcionalización usurera de la reciprocidad andina.

Como vemos, la presencia de una producción doméstica centrada en el autoconsumo comunal se enfrenta con una circulación mercantil—industrial externa, en la que incluso por las propias condiciones estructurales del "desarrollo" los precios de los productos se alteran por razones de transporte, distancia, que ligadas a la dinámica inflacionaria agudizan estas formas de especulación y comercialización usurera a niveles extremos de expoliación social. En esta relación capitalista regional coexisten componentes no capitalistas de relativa importancia que concentran altas tasas demográficas, pero que tienen un comportamiento que podría compararse con la producción mercantil simple y que se articula totalmente a la circulación del capital; básicamente a través de las relaciones en el mercado de bienes de consumo y fuerza de trabajo, generadores de un mínimo ingreso monetario que posibilita a las comunidades obtener mercancías por vías capitalistas usureras y de pasividad en la recepción de precios.

La penetración del capitalismo en las estructuras comunales se da también con la introducción de nuevos medios de producción en particular agrícolas como tractores, fertilizantes sintéticos, semillas, etc., que acompañan a los movimientos por la tierra (en los últimos años), que se topa con una dinámica más lenta subordinada parcial y margi-

nalmente a las condiciones de la ley del Valor al no contar con los recursos que aseguren una tasa media de ganancia productiva (como las haciendas modernas); por ello mantienen una oferta restringida, que ligada a la vigencia de formas de producción artesanales podrían conformar en algunos sitios y bajo ciertas condiciones particulares espacios mercantiles restringidos o "micro-regiones".

La centralización física del capital productivo está en la base de la existencia de dinámicas regionales en el país, su movimiento se traducen en expresiones a nivel espacial, productivo, de circulación y distribución y fundamentalmente sobre las clases y sectores sociales actuantes en el proceso, quienes a partir de su propia historicidad podrían conformar unidades económicas particulares con un espectro cultural propio y en vigencia; es el caso de las comunidades más cercanas al norte de Otavalo que se encuentran asentadas en un territorio extremadamente pequeño y con similares condiciones de posesión de la tierra, en las cuales se combina una estrategia agropecuaria y artesanal, conformada por unidades familiares de tipo nuclear que a partir de su relación histórica con la hacienda desarrollaron una actividad eje en su economía: artesanal o agrícola y otra complementaria. Aquellas comunidades en las que el componente artesanal es el prioritario para su "fondo de consumo" son las que lograron mayor autonomía del hacendado y mantienen una correspondencia directa entre la unidad de producción y la unidad doméstica de consumo, la cual posee (de diversa forma) los medios de producción para la artesanía y la agricultura; es la mayor proveedora de la fuerza de trabajo, controla, dirige, ejecuta el proceso productivo y se apropia del resultado de su trabajo colectivo así como define su destino.

Aquellas comunidades que mantienen un mayor peso en sus actividades agropecuarias, y su actividad artesanal se constituye en apoyo complementario, se sostiene igualmente como unidades domésticas temporalmente ampliadas (agrupación de generaciones) asentadas en parcelas minúsculas de tierra menores de 1 Ha. que por el crecimiento y concentración demográfica, así como por el cada vez más reducido acceso a recursos, viven una microprofundización agraria en la que se esfuerzan por mantenerse con eficiencias con el uso de su "tecnología andina".

Estos componentes de la estrategia de sobrevivencia mantienen una fuerte producción agrícola dedicada al autoconsumo, mientras que lo artesanal tiende a ser incorporado por el movimiento mercantil y con ello subordinado a través de la circulación al proceso de acumulación capitalista, incorporación que se da al momento de acceso al mercado

de Otavalo (suntuario y turístico), así como por los mecanismos usureños de comercialización de la materia prima para la artesanía (lana natural, hilos, colorantes, etc.). Muchas de las relaciones de producción que se dan en la zona no giran en torno a la relación salarial, ya que si bien unos talleres familiares racionalizan el tiempo de trabajo disponible de sus miembros con la migración temporal, otros desarrollan formas de trabajo dentro de las "grandes familias" que contratan numerosos tejedores; o se da la presencia de unidades estrictamente familiares que contratan "peones tejedores" (en ocasiones parientes); mantienen vigencia un conjunto de vínculos de parentesco y afinidad combinado con relaciones de reciprocidad y redistribución en tanto condición de la reproducción social doméstica y comunal.

Otro de los elementos que nos permite acercarnos a caracterizar como microregión a estas comunidades, es el referente al tipo de articulación subordinada de éstas al mercado local de Otavalo en tanto ciudad eje—mercantil y administrativa, así como al tipo de estructuración política, sea en el caso de las comunidades predominantemente artesanales, que se da alrededor de las relaciones clientelares de las "grandes y medias" familias, sea en el caso de aquellas más de corte agrario en la que la combinación de nuevos y viejos elementos se traduce en una jerarquización de poder, sustentado en sistemas de solidaridad familiar, que mantienen en vigencia al cabildo como espacio de cohesión y movilización; mantienen todos una relación conflictiva con las autoridades asentadas en el pueblo cabecera cantonal por lo regular mayoritariamente mestizo. La interrelación entre estas condiciones confluyen en una identificación étnica de carácter microregional importante entre las comunidades, en el sentido de que sus habitantes mantienen una primaria identificación (no exclusiva) con su pequeño e inmediato ámbito territorial antes que con un espacio regional más vasto; así la conciencia de pertenecerse a Illumán es más fuerte y precisa que la conciencia de ser de la provincia de Imbabura.

### **Etnia y Dominación Nacional.-**

Este conjunto de cambios vividos por las comunidades se traduce en un proceso de transformación—conservación de las diversas relaciones sociales, que coexisten articuladas en una dinámica compleja y multi-determinada, en donde sobresale el predominio de cambios externos e internos a las comunidades; al mismo tiempo que se produce la con-

servación de otros elementos igualmente externos e internos, en donde aquellas transformaciones tienden a articularse al "desarrollo" regional. Es decir, esto significa que si bien unos componentes del proceso son un medio de valorización del capital, otros constituyen el basamento de la reproducción de economías domésticas comunales mantenidas por el campesino indígena, en las que encuentra asidero la revitalización de la identidad étnico cultural.

FLACSO - Biblioteca

Este proceso presupone la tendencia al fortalecimiento de las relaciones comunales, una relativa pero importante ampliación de su frontera agrícola y pecuaria, la redefinición de las relaciones con los pueblos mestizos que concentran la autoridad formal, el reforzamiento de las relaciones de reciprocidad, la defensa del quichua así como la decisión de un mayor manejo del castellano en tanto forma de profundización de su identidad aborígen, que se manifiesta en la solidaridad hacia otros pueblos indios y grupos étnicos. Esta superposición de determinaciones que se articulan desde el oscuro pasado andino, se expresan en la vigencia de diversos niveles de prácticas ideológicas de simbolismos y ritualidades cotidianas, en las que su historicidad se plasma en una práctica "socialmente inconsistente" antes que en un discurso semántico conceptual formal, así como en otras formas en las que las relaciones de cambio se vierten en contornos complejos de conciencia de corte individual por parte de las personas que las viven.

Así, esta articulación de relaciones sociales viejas y nuevas coadyuvan a la conformación de las condiciones de subordinación a las clases dominantes, y a la construcción de la hegemonía política sobre las contradicciones y conflictos entre clases sociales y sus agentes, a la par que da origen tanto a la conciencia étnica y de clase del campesinado, como al desarrollo de su propia ideología de oposición. Esto nos permite afirmar que muchos de los contenidos ideológicos propios a la relación de producción pre-capitalista son incorporadas a las nuevas relaciones de producción dominantes.

La necesidad de la propiedad y acceso a la tierra ha sido el eje sobre el que ha girado la movilización campesina de los últimos tiempos, en la medida de que su reconocimiento ha constituido la condición básica para el mantenimiento de la reproducción social de su economía doméstica y la continuidad familiar. En fundamento a esta condición se dió un proceso histórico de relación con la tierra, que ha definido un aspecto de su identidad étnica, a partir de la formación de la hacienda y el control corporativo del poder estatal por parte de la aristocracia

criollas; grupo social que desencadenó un conjunto de relaciones sociales de corte profundamente servil hacia la población indígena, en la que la hacienda se constituyó en el centro legitimante de la vida campesina como ya lo anotaremos.

Esta actitud nos interesa destacarla en la perspectiva de ilustrar la capacidad del patrón de utilizar parte de los componentes de la identidad étnica para funcionalizarlos a sus necesidades de enfrentar "convenientemente" a sus intereses la lucha por la tierra, que se traducen en la manipulación de valores y mecanismos que desataron un enfrentamiento entre comuneros por el usufructo y propiedad de la tierra; y que incluso adoptó formas violentas como el caso de los comuneros de Angla a inicios de los años 70, o los del enfrentamiento en el conflicto Quinchuquí en los 80. El Estado a este nivel juega también un papel importante en el empleo de la etnicidad para su función legitimante, en particular por la acción mistificadora ideológica de los funcionarios de los aparatos burocráticos agrarios, que consideran "retrógrado e ineficiente" el manejo tecnológico, agropecuario y ecológico comunal, versión que a la vez se constituye en el basamento de la interpretación oficial de los conflictos a este nivel, así como el vehículo de justificación de una supuesta "superioridad" racial frente al campesino indígena; y consecuentemente expresan su identificación de clase reforzada por la política de aculturación oficial.

Las relaciones racistas sobre los indios considerados "naturales" y legitimadas desde la Colonia a partir de imponer su condición de inferioridad, fue sacramentalizada por las prácticas ideológicas de la Iglesia Católica, a manera de guardián legal y emblemático de aquella "abyecta y miserable raza indígena" (Constitución de 1830), en la que la simbología de la ritualidad secular se superpuso a su correspondiente andina en vistas de fortalecer su aducida inferioridad, así como su carácter socialmente "impuro" en el que la visión del mundo terrateniente católico se montó sobre la cosmovisión indígena. Por su parte, esta adaptación forzada de la reciprocidad andina a los nuevos esquemas, debido —por su vigencia a través del tiempo— en una codificación de tradiciones y costumbres en muchos casos legales, pero necesarias a la reproducción de las condiciones de subordinación y dominación.

Las transformaciones agrarias de las últimas décadas, acompañadas de los efectos de la modernidad, dislocaron el poder ideológico de la Iglesia ya sea por el propio movimiento progresista que se desató a su interior en oposición a los grupos más tradicionales, o por efecto

de la presión campesina en tierras de la Iglesia; desplazamiento que devino en crisis que posibilitó la apertura de una brecha de penetración de numerosas sectas protestantes evangélicas (Bahai, Pentecostales, Testigos de Jehová, Mormones, etc.) a la región, quienes se lanzaron en una campaña masiva de "conversión" de los indígenas a partir de desplazar la redistribución ceremonial que permitía el reforzamiento de lazos de parentesco hacia una experiencia religiosa marcadamente individual, donde se desalojaba en la mediación ante Dios a los ídolos católicos y concomitantemente, se desarrolló una nueva concernencia en la que los individuos son el medio directo de conexión con la divinidad; campaña que contó con el apoyo de cuantiosos recursos materiales y en especial por la difusión en quichua de la religión protestante a través de la creación y promoción de la radio Bahai asentada en Otavalo.

La cotidianidad en la práctica de estos ritos devino en una nueva actitud de apariencia menos agresiva y de autocontrol de parte de los comuneros protestantes, en los que se impuso prioritariamente la abstinencia total en el consumo de alcohol y tabaco, y con ello, una no participación en las dinámicas ceremoniales comunales, generadoras de una tendencia al ahorro de dinero, que a su vez les posibilita un mayor acceso al mercado; y con ello la imagen de que los indígenas evangélicos participan de mejores condiciones económicas de aquellos que no se han convertido. Al punto que por la necesidad de conseguir dinero en efectivo, ciertas familias campesinas tienden a limitar su propio consumo y a tratar de vender un mínimo excedente, o comercializar a pérdida productos artesanales, es decir; puede intuirse que la subjetivación del dinero se plasma en un nuevo contenido simbólico de mistificación del mismo, concentrando su atención y con ello desviando significativamente el interés inmediato por la tierra, la presión por transformar las expresiones étnicas en artículos folklóricos comercializables y consumidos por un turismo suntuario; circunstancias que frenan significativamente el avance de la lucha por sus propios intereses campesino indígenas.

Sin embargo, por su propia condición de creciente pauperización y pobreza, las familias indígenas necesitan de mantenimiento y reproducción de las relaciones de reciprocidad y afinidad para su sobrevivencia, debido en particular a los efectos de la acción disolvente del protestantismo que tiende a corroer al compadrazgo y su círculo de afinidad. Es así que los comuneros están dando un giro, en el sentido de mantener el contenido de su relación a pesar del cambio en su forma; esto es, que la necesidad de mano de obra extra familiar es satisfe-

cha desde el uso y funcionalidad de las nuevas relaciones de "hermandad" como mecanismo de reciprocidad, dentro de lo que podemos visualizar una dinámica de readecuación de la reciprocidad andina a la penetración protestante en la región.

Simultáneamente, el ingreso en una segunda fase posterior de algunas agencias extranjeras (en particular norteamericanas) como Visión Mundial, el Plan Padrino, que se asientan sobre las familias ya convertidas al protestantismo —por la acción de las primeras misiones locales) y que a través de la entrega gratuita de cuantiosos recursos a ciertas familias de la comunidad con la mediación de determinadas personas indígenas, así como de su accionar a través de la dinámica de reciprocidad familiar (la estructura del regalo, ayudas, etc.) generan un doble efecto en el que se combina una fuerte agudización de la diferenciación interna en cada comunidad y entre ellas, y un intento de controlar ideológica y políticamente a la organización campesina; a partir de que el ingreso de recursos a la comunidad se lo realiza por cualquier vía que desconozca a los cabildos o cualquier otro espacio organizativo. Resaltando por su propia lógica de penetración que la agencia tiende a canalizar su "política" hacia aquellas comunidades en que los conflictos son más explosivos, desarticulando importantes espacios organizativos y generando formas violentas de enfrentamiento entre comuneros.

Como vemos, las relaciones de explotación están íntimamente fundidas con la de dominación y subordinación, a cuyo interior lo étnico y religioso cumplen un papel determinante. El fenómeno de conversión de muchas comunidades (Agato, La Compañía, Arioso, Camuendo, etc.) al protestantismo se da en los últimos tiempos, y va ligado íntimamente a la dinámica política nacional, así como a las transformaciones de las clases sociales y la acción de las organizaciones políticas en la región. Dinámica que significa el desarrollo de efectos "neutralizantes" y divisionistas tanto de los nuevos misioneros protestantes, así como de los católicos actuantes en la región, y que se funcionalizan a las políticas similares de los organismos gubernamentales.

### **Participación Campesina, Desarrollo con Posesión Nacional.-**

En este complejo contexto regional perviven un conjunto de organizaciones en tanto expresión de fuerzas sociales aparentemente dispersas, pero que mantienen ciertos intereses comunes y una identidad étnica en proceso de resurgimiento, que a partir de la lucha por el logro de rei-

vindicaciones concretas (agua, luz, canalización, etc.) y por lo regular locales, han desarrollado formas organizativas que devienen en espacios propios de "negociación" de diversa naturaleza tanto con el Estado como con las agencias particulares de desarrollo, así como mantener posiciones en el debate de sus políticas en referencia a la trabazón regional.

Si bien existe un espacio legal de representación provincial que levanta una lucha reivindicativa indígena, centrada en el rescate cultural y la reivindicación étnica, por carecer de infraestructura y recursos que le imposibilitan adentrarse en las diversas zonas, así como por haber levantado una política ideologizante concentrada en el rechazo a las formas de aculturación (en su sentido más amplio) extraña y externa a los valores propios, en su accionar mantiene como contradicción y enemigo principal el "imperialismo gringo"; desplazando con ello a un nivel secundario el tratamiento de la realidad inmediata local y regional centrada en el acceso a la tierra, la lucha por la sobrevivencia económica, la necesidad de infraestructura, el bajo desarrollo de las fuerzas productivas, y lo que es más, la ruptura con los circuitos de poder local mestizos.

La necesidad de enfrentar salidas a sus propias necesidades ha conducido a un importante proceso de confluencia de debate participativo de las diversas organizaciones, en un espacio de coordinación político propio y autónomo, que se traduce ya en algunas acciones: el encuentro provincial de organizaciones y comunidades campesinas indígenas para rechazar unitariamente la penetración de Visión Mundial, o la necesidad de ir definiendo una participación específica de carácter unitario y provincial basada en un programa campesino indígena a negociarse en la próxima contienda electoral.

El surgimiento de este proceso organizativo regional permite intuir que si bien se mantiene como sustrato material la vigencia y desarrollo de una lucha propia y relativamente autónoma, portadora de un proyecto específico, tiende a recuperar la perspectiva global totalizadora, así como a articularse diferenciadamente en la dinámica nacional. Esto significa que las organizaciones van tomando conciencia propia e independiente de que las respuestas a su condición de explotación y marginalidad no pueden ser planteadas como una contingencia ideológica y tratada exclusivamente como una cuestión de unidad étnico cultural, sino que sin dejar de serlo, deben ser vistas también desde una perspectiva de clase, en la que lo étnico está vinculado con lo popular; condición que vuelca en el debate político de las organizaciones su participación específica en torno a la construcción del Estado—Nación ecua-

toriano.

El país en tanto formación social constituye un espectro de transformaciones en movimiento, en el que las clases están viviendo su configuración en una dinámica multilínea y de gran fluidez en todos los niveles, y en el que las clases a nivel de sus praxis así como de sus representaciones acusan un desigual grado de organicidad, que repercute diferenciadamente en la sociedad nacional acorde a la trama socio-económica en que se asientan regionalmente.

Estas transformaciones a nivel político se constatan en el crecimiento del aparato estatal, su centralización y el zanjamiento de la autonomía local que modifica a su vez el tipo de poder fundado en la hacienda; lo que simultáneamente amplía la "economía pueblerina", y el distanciamiento relativo de las autoridades del patrón; dinámica ésta que tradujo un movimiento contradictorio de desplazamiento de la dependencia de las comunidades desde la hacienda hasta el pueblo mestizo; fenómeno que se inscribe dentro de la transición del Estado Oligárquico al Estado Burgués que impuso el predominio de los sectores medios en la realización del poder local.

La relación entre el Estado y la cuestión Nacional tiene su base histórica en la necesidad artificial de la burguesía de crear un mercado interno, así como de concentrar y controlar recursos, necesidad que define étnicamente a los miembros de la sociedad nacional como "mestizos", cuyo basamento ideológico es el mantenimiento de un espejismo de homogeneidad social que niega las diferencias reales de clase y étnicas de parte del Estado, quien llega a desatar incluso prácticas altamente etnocidas.

Las organizaciones campesino indígenas de Imbabura en sus acciones de revitalización de la lucha étnica cultural desarrollan formas de articulación nacional, en tanto insertan su participación como problema de las clases populares nacionales a través de acciones de solidaridad, de apoyo y, en muchos casos de asumir y reproducir la lucha de otros sectores populares estaecialmente distantes en su ámbito regional; a la par que las relaciones de subordinación tienden a ser enfrentadas por las organizaciones campesinas con la nueva burguesía agraria local, los agentes del capital comercial y usurero operantes en la región, las autoridades mestizas, en cuanto clases sociales y agentes antinacionales.

La participación electoral campesina empieza a ser vista desde esta óptica, a manera de espacio de transferencia de recursos, infraestructura,

etc., a cambio de una supuesta simpatía por determinado candidato político, antes que un medio en sí mismo que posibilite expresar niveles organizativos propios, a no ser que el desarrollo del programa regional campesino elaborándose embrionariamente en la coordinadora provincial, defina la participación directa de indígenas representativos de su proceso, sea por el hecho político de entrar a disputarse espacios de poder dentro del Estado, sea por volcar la fuerte tradición de manipuleo y "confusión" electoral dentro de las comunidades que produce la sed de elecotres de los diversos partidos políticos, hacia una participación campesino indígena propia que rebaza lo regional para alinearse en un proyecto nacional de las diversas clases populares, pero que tiene su soporte en el acceso y control indígena de cuotas de poder locales.

---

# **TRANSFORMACION DEL ESPACIO REGIONAL: COTOPAXI Y TUNGURAHUA**

**J. de Olano**

---

Se ha ido comprendiendo mejor que las regiones más que espacios diferenciados por características geográficas y condiciones ecológicas son espacios definidos por las relaciones sociales que tienen lugar en ellas, y donde las dimensiones económicas, políticas y culturales son perceptibles tanto en su forma diferenciada como en la manera en que determinan los procesos históricos, los conflictos y movilizaciones sociales. Estos últimos factores, sin ser desligables de los otros, contribuyen a su vez a definir una región y a delimitar dentro de ella aquellas zonas donde los sectores populares tienen una influencia, o donde las luchas y los conflictos adoptan formas diferenciadas según los distintos modelos de confrontación. En las condiciones de vida, del empleo y del consumo de la población se ponen de manifiesto los enclaves territoriales de la región, su distribución del espacio y hasta el sentido de sus itinerarios. Según esto, el espacio regional nunca aparece definitivamente dado sino siempre sujeto a ulteriores redefiniciones, resultantes de los procesos que tienen lugar en su interior.

Nos proponemos analizar a continuación dos regiones vecinas de la Sierra central ecuatoriana, Cotopaxi y Tungurahua, muy similares en la caracterización de su espacio social, pero al mismo tiempo diferentes por su distinta ubicación dentro del territorio nacional, por el desarrollo de las fuerzas productivas, su composición social y niveles organizativos de los sectores populares.

## **Reforma Agraria: de la renta de la Sierra al espacio comercial.**

Los procesos subsecuentes a la Reforma Agraria en las dos regiones conllevaron en los últimos 20 años a una redistribución del espacio regional y de sus ámbitos socio económicos y de poder político. Dichos procesos fueron dinamizados por un desarrollo del sistema capitalista y de la modernización del Estado nacional, que vinieron a rediseñar un territorio antes ocupado predominantemente por la estructura de la hacienda. Sin embargo, estos procesos que determinaron una redefinición de ambas regiones se encuentran todavía en el tránsito de una etapa intermedia, ya que por un lado ni las antiguas estructuras han desaparecido completamente, y por otro,

tanto el desarrollo del sistema capitalista como las políticas de integración regional del Estado se han ido realizando con la lentitud de sus limitaciones intrínsecas.

La Reforma Agraria tuvo un triple efecto en los grandes sectores rurales de la provincia del Cotopaxi: en primer lugar liberó grandes zonas y un sin número de comunidades campesinas indígenas, que antes se encontraban cautivas de los territorios de la hacienda, sobre todo en la región occidental de la cordillera; este fenómeno se vió limitado por los otros dos efectos de la misma Reforma Agraria: la creación y desarrollo de la hacienda industrializada y capitalista, localizada en las mejores tierras del valle del Cotopaxi (Lasso, Mulaló, Guaytacama), y el residuo de numerosas propiedades de mediana extensión con una estructura todavía gamonal, enclavadas entre sectores comunales, y parasitarias de ellos en la explotación de la fuerza de trabajo campesino: es el caso en zonas de Salcedo, Angamarca y Chuchilán.

La desaparición de la hacienda supuso una lenta transformación de una economía que se fue trasladando de la renta de la tierra en los sectores rurales a la creación de un capital comercial ubicado preferentemente en los centros urbanos de la provincia, de los cantones, y en menor escala de las parroquias. A esta transformación económica del espacio contribuyeron también los mismos cambios operados en la producción y economía campesinas, cuyo fenómeno más importante fue su creciente articulación al mercado.

El Estado por su parte, tampoco fue ajeno a esta nueva distribución del espacio regional; la ampliación de las redes de comunicación y la ampliación de servicios públicos proporcionaron el soporte tanto del sistema mercantil como del sistema de integración de los sectores rurales a los centros parroquiales, de los cantones y de la provincia.

Aunque análoga a la del Cotopaxi, la situación de la provincia del Tungurahua presenta características particulares. También en esta región la Reforma Agraria "reubicó" a gran parte del campesinado que antes se encontraba sujeto a los límites de las haciendas en comunidades indígenas sobre todo en la zona de la cordillera occidental. En la zona oriental, en cambio, quedaron numerosas haciendas modernizadas y medianas propiedades. Pero mientras en el Cotopaxi, por su mayor extensión territorial, se dió una dispersión del capital comercial, en Tungurahua, por la razón contraria, por el importante crecimiento de la ciudad de Ambato y gracias a la red de comunicaciones radiales convergentes en la capital de la provincia, todo el capital comercial se concentró en Ambato, lo que a su vez contribuyó a un relativo desarrollo del capital industrial y financiero.

Esto mismo explica que, contrariamente a la provincia del Cotopaxi, donde los centros rurales han acrecentado su importancia comercial y su influencia en las periferias de los sectores campesinos indígenas, en Tungurahua, a excepción de Pelileo, que es más bien un centro satélite de Ambato, toda la vida comercial gire en torno a la capital de la provincia.

La otra gran diferencia entre Cotopaxi y Tungurahua es que mientras en la pri-

mera el desarrollo del mercado ha tenido un carácter intraregional siendo su articulación exterior más importante sólo con la ciudad de Quito y con el litoral vía Santo Domingo, Tungurahua, y concretamente Ambato, por su situación en la encrucijada del intercambio y vías de comunicación entre el norte y sur del país; entre el litoral y la región oriental, ha desarrollado un comercio predominantemente interregional, lo que a su vez ha repercutido en la importancia alcanzada por el transporte y la industria automotriz de su capital.

En todo este proceso general, que tiene que ver con el incremento del comercio interno, y con uno de sus factores iniciales, el referido al modo de producción mercantil simple que se ha ido dinamizando entre el sector campesino indígena, han confluído de manera determinante las políticas de desarrollo del Estado, que desempeñan un papel decisivo como prolongación y complemento —y también como sustitución— de los efectos de la Reforma Agraria. Es importante considerar el papel que han jugado las políticas y programas de desarrollo rural para comprender no sólo las transformaciones de la economía campesina y la redefinición mercantil de los espacios regionales, sino también una nueva representación política de dichos espacios.

El mercado de la fuerza de trabajo, cuya ampliación ha sido consecuencia del desarrollo del capitalismo y también resultado de las limitaciones de la misma Reforma Agraria, que sigue expulsando mano de obra campesina hacia los nuevos espacios salariales, ha participado también en el nuevo mapeo de las regiones, fijando la orientación que toman las migraciones intra e inter-regionales, y los lugares de concentración de la fuerza de trabajo. Mientras que en Cotopaxi el movimiento migratorio campesino se orienta de manera permanente y en mayor volumen hacia Quito, por su proximidad, y de forma periódica y a escala más reducida a las regiones del litoral, en Tungurahua la migración interna del campo a la ciudad de Ambato tiende a hacerse cada vez más amplia y permanente. Sólo el desarrollo industrial de Lasso en el Cotopaxi podría constituir en el futuro un mercado de fuerza de trabajo campesino intraregional que la ciudad de Latacunga no está en condiciones de ofrecer en la actualidad.

### **Redefinición política de la región.**

La situación anterior a la Reforma Agraria permitía identificar fácilmente la influencia de las instituciones de tenencia de la tierra sobre las relaciones básicas de poder en la región. Antes de la penetración del capital en el agro y de la tecnificación de la agricultura, el control del poder económico, social y político coincidía con el control de la tierra y de su uso. La estructura hacendaria al mismo tiempo que balcanizaba el territorio productivo, social y económicamente, constituía feudos monopólicos del poder, compartimentalizando la región y controlando de manera fragmentaria la participación política de los sectores campesinos. Al ser sustituida la desaparición de la hacienda por la nueva estructura del capital, cuyas fracciones a la vez que homogeneizaban el territorio de la región creaban nuevos encla-

ves económicos, los mercados, aparecieron en dichos enclaves instancias políticas asociadas tanto al control del capital como a una nueva forma de presencia del Estado, que no era exterior a la dinámica del sistema capitalista.

La dependencia mercantil de los sectores campesinos a los mercados parroquiales, del cantón y de la provincia, supuso también una dependencia política no sólo de los agentes de estas fracciones del capital sino también en lo político y administrativo de los diferentes aparatos del Estado. Los Cabildos de las comunidades, las Tenencias Políticas de las parroquias, los Jefes Políticos del cantón y de la provincia, el MAG y el IERAC, y las otras autoridades superiores con sus atribuciones y competencias en el ámbito rural y en los sectores campesinos se constituyeron en eslabones de una articulación política, por la que se efectuaba un control e influencia sobre los sectores campesinos. El poder y el control del gamonal fue fácilmente recuperado por una nueva clase dominante, representada por la burguesía rural y la burocracia del Estado. Una nueva racionalidad del poder, la del Capital y la del Estado, rediseñaba el espacio político regional: sus enclaves de poder, sus itinerarios y sus perímetros de influencia.

Dentro del esquema de estas transformaciones hay que ubicar en el Cotopaxi la importancia adquirida por los centros parroquiales de Sigchos, Zumbahua, Cusubamba e incluso Guangaje, cuyos mercados semanales han dado también una relevancia ritual y política a dichos centros. Situación similar pero a un nivel superior es la importancia alcanzada por los centros cantonales de Saquisilí, Salcedo y Pujilí, sedes donde se concentra el capital comercial de toda la región. En el caso de Tungurahua, Ambato y Pelileo constituyen el eje económico político más importante de la provincia.

Este proceso, sin embargo, tuvo las mismas limitaciones que la Reforma Agraria, y en aquellos lugares donde la hacienda tradicional logró mantenerse, los sectores campesinos han continuado sometidos a formas de dominación política, que incluso impiden la ingerencia de las instancias estatales o llegan a emplearlas en función de sus intereses. En estos enclaves de sometimiento económico del régimen hacendario la iniciativa política del campesinado, incluso sus posibilidades de participación a los programas estatales de su integración, se encuentran atrapados por la autoridad y poder de los gamonales. Imposibilitados para ser incluso sujetos y destinatarios de un eventual "desarrollo rural", tampoco se encuentran en condiciones de asumir una cierta autonomía política; nominalmente organizados en la forma de comunas, éstas ni por su nivel de integración ni por la representatividad y competencia de sus Cabildos se encuentran en grado de garantizar la más elemental autonomía política.

Esta situación particular la encontramos vigente en la provincia del Cotopaxi en las parroquias de Angamarca, Chuchilán y con rasgos menos acusados en algunas zonas de Toacazo y Cusubamba, donde algunas comunidades, aunque todavía dependientes del influjo de la hacienda, comienzan a enfrentarse y a proyectar alternativas autónomas tanto productivas como políticas; y mientras que en las primeras zonas los gamonales siguen ejerciendo un gran poder sobre las autoridades, éstas

últimas ya ligadas a las instancias más modernas de los aparatos del Estado mantienen relaciones clientelares menos fuertes con los dueños de la tierra.

Mientras que en Cotopaxi son 320 las propiedades entre las 100 has. y 2.500 has. (de ellas 176 propiedades se encuentran entre las 200 y 2.500 has.) en Tungurahua sólo 132 propiedades superan las 100 has. (de las que 56 se encuentran entre las 200 y 2.500 has.).

Por otra parte, en Tungurahua la menor extensión del territorio provincial y una red de comunicaciones más densa ha facilitado tanto la articulación de las zonas campesina incluso más alejadas a los centros urbanos y a las instancias político administrativas del Estado como una presencia más dinámica de éste y del capital en los sectores comunales campesinos.

### **Organización campesina y clientelismo político**

El establecimiento de un nuevo régimen político administrativo en los sectores rurales, incluido el mismo reforzamiento jurídico de la comuna indígena, por la Ley de Comunas en sus diferentes versiones, no supuso siempre ni en muchos lugares la abolición de las antiguas formas de dominio y explotación del campesinado indígena. Los Tenientes Políticos, los comerciantes mestizos, el secretario del registro civil siguieron manteniendo una influencia de carácter gamonal en sus respectivos territorios, ingiriéndose abusivamente en los espacios de las comunidades, interfiriendo sus iniciativas y proyectos, marginalizando a los comuneros de los ámbitos de participación o de integración a la vida socio-política nacional. Es frecuente constatar el papel hegemónico que desempeñan los sectores mestizos de las parroquias sobre las comunidades periféricas. En algunos casos los Tenientes Políticos son antiguos mayordomos de la hacienda; en otros se han convertido en profesionales del cargo al servicio de las políticas de los gobiernos cantonales o provinciales. Por procedimientos ilegales imponen sanciones a los campesinos indígenas, o a través de las "Juntas pro mejoras" arbitrariamente creadas o manipuladas ejercen un control sobre los sectores comuneros. En algunas zonas (parroquias de Isinliví y de Angamarca, por ejemplo) los campesinos indígenas se encuentran tan amedrentados que son incapaces no ya de tomar iniciativas propias sino incluso de establecer una comunicación con el mundo exterior que no se encuentre mediatizada por la autoridad o los intereses del sector mestizo.

Más allá de la organización elemental que constituye la comunidad indígena, y con los diversos tipos de restricción y coacciones que supone el hecho de encontrarse supeditada a las instancias político económicas de la sociedad nacional, y también por la necesidad de replegarse sobre sí misma en la búsqueda de su propia supervivencia y cohesión, los sectores campesinos indígenas disponen de muy escasos espacios de organización intercomunal. Son sus características productivas y las estructuras familiares y de parentesco las que en cierto modo condicionan y limitan las formas asociativas de los grupos andinos al marco más amplio de la co-

munidad, y cuya frontera se trasciende tan sólo para relaciones muy circunstanciales o muy circunscritas a las comunidades vecinas.

Esta peculiaridad de las comunidades serranas los convierte en isótopos sociales, muy compartimentalizados a pesar de cubrir en su yuxtaposición una extensa continuidad dentro de los ámbitos regionales, a cuyo interior, sin embargo, se dan solidaridades intercomunales que se han ido forjando a lo largo de procesos históricos diferentes: una cierta homogeneidad étnica, como en el caso de los Chibuleos y Salasacas en Tungurahua, o por haber participado a un mismo territorio hacendario, o a una misma lucha por la tierra en diferentes zonas.

De manera superpuesta al espacio social de la comuna han aparecido, en algunos casos, formas de cooperativismo (de producción, de consumo o de transporte).

Que el campesinado indígena no adopte espontáneamente niveles organizativos más amplios, y que incluso éstos resulten difíciles de ser logrados por sus condiciones socio productivas actuales, y también por sus actuales delimitaciones políticas, hace que cuando se dan tengan un carácter más bien inducido y presenten fisonomías muy particulares. Más aún, el tipo de relaciones que llegan a establecerse entre sectores campesinos y las grandes federaciones, centrales sindicales y movimientos de alcance regional y aún nacional, adolecen de una estrecha organicidad, suelen ser muy ténues y en ocasiones coyunturales.

En Cotopaxi el trabajo de la FEI hace más de una década aparece más bien relegado al olvido, y no tiene más saldo en la actualidad que una cierta politización de zonas comuneras que protagonizaron sus luchas reivindicativas por la tierra, y que ha conferido a algunos grupos cierta espontaneidad para organizarse en determinadas coyunturas. Algo similar ha ocurrido también en la región del Tungurahua.

En la época actual el fenómeno organizativo más importante se encuentra articulado a las políticas de desarrollo del Estado y a la presencia de programas de las Iglesias, más o menos ligadas también a actividades de desarrollo comunal o zonal, que instrumentalizan sus objetivos pastorales.

Este es el carácter muy preciso que en la provincia del Cotopaxi tienen tres grandes sectores rurales organizados en torno a tres proyectos de desarrollo distintos por el tipo de gestión y también por las condiciones campesinas en las que se realizan. En la parroquia de Cusubamba, y en su Cabildo Mayor representante de 17 comunas, se centra la actividad del DRI—Salcedo. Previa a esta fase se había dado en la zona una actividad organizativa a cargo de un cura católico, que ha podido ser continuada y desarrollada por el actual trabajo del programa de una institución privada (DJC), logrando que el Cabildo Mayor, un representación de todos los cabildos de comunidades de la zona, se convirtiera en el principal interlocutor del Programa DRI. Aunque dentro de este esquema se ha ido consolidando una cierta gestión campesina del programa de desarrollo dentro de la zona, a través de él sus técnicos no dejan de marcar una influencia dentro de los sectores campesinos, y cuen-

tan con las condiciones para mantener un clientelismo político potencialmente recuperable para una participación pro—gubernamental en la perspectiva eleccionaria. Dado el carácter corporativo que tiene la participación política de los sectores indígenas, donde la votación se hace por bloques de adhesiones, la iniciativa o decisiones del Cabildo Mayor desempeñará un papel determinante en toda la zona; lo cual dependerá en gran parte del grado y manera como sean procesadas las reivindicaciones campesinas indígenas y su relación respecto de las ventajas y efectos del DRI. En este sentido queda abierta la posibilidad de que la organización campesina representada en el "Jatún Cabildo" pueda llegar a trascender la autonomía de gestión del proyecto de desarrollo, lo que por el momento ocupa el horizonte de toda su actividad, para abrirse a través de él un espacio de prácticas cualitativamente diferentes en la perspectiva de un proyecto político campesino más autónomo.

La situación en Zumbahua, en torno al proyecto de desarrollo de FODERUMA, presenta una modalidad distinta. En ausencia de una organización campesina constituida como instancia de representación de los sectores comunales e interlocutora del proyecto, han sido más bien los personeros de FODERUMA quienes en su función de intermediarios, han venido negociando y administrando las actividades de desarrollo. A esto se añade la presencia en el centro parroquial de los curas y monjas católicos, éstas encargadas de la salud, que es percibida por los sectores indígenas como vinculada a las inversiones de desarrollo de la zona, produciéndose una relación clientelar recargada de paternalismo religioso.

Al no existir una organización campesina que articule las comunidades de la zona a las propuestas de desarrollo, éstas han tendido a generar más bien una competitividad conflictiva entre ellas. Para obviar este problema y facilitar la ejecución del proyecto sus intermediarios tratan de formar en la figura de un "Jatun Ayllu" que reuna a todas las comunidades de la región en un órgano donde pueda solidificarse un movimiento campesino indígena en base a los problemas e intereses comunes más principales. Por el momento el "Jatun Ayllu" no es más que un lugar social de convocatoria cuyo potencial organizativo es incluso difícil de prever no sólo por la heterogeneidad regional y por el diferente impacto que tengan los programas de desarrollo en las distintas zonas, sino también por la misma metodología política adoptada por la promoción del proyecto. Este último factor afecta de igual manera a la dinámica del Jatun Cabildo de Cusubamba, donde también el proyecto campesino e indígena de los mismos promotores parece limitarse a incrementar el máximo beneficio de éstos en los programas de desarrollo del Estado.

En tal perspectiva el movimiento campesino puede tener dos resultados: su captación económica política por el proyecto de desarrollo estatal mediatizada por la interpretación pastoral de los agentes de la iglesia, o una sublevación pacífica del movimiento, que se independice tanto de las pautas integracionistas contenidas en el programa de desarrollo del Estado como de un pastoreo eclesiástico, en la prosecución de reivindicaciones propias campesinas e indígenas. El problema de la tierra que no pueda resolver el desarrollo puede ser el motor de esta última alternativa.

La diferencia entre el "Jatun Cabildo" de Cusubamba y el "Jatun Ayllu" de

Pujilí—Zumbahua es que mientras en el primero estarían dadas ciertas condiciones para que el campesino indígena de la zona pueda generar a corto plazo un programa propio, por su carácter más nominal que real el "Jatun Ayllu" se encuentra todavía muy distante de constituir una instancia orgánicamente representativa de las comunidades a las que supone convocar, y más lejos aún de llegar a generar un movimiento campesino con un proyecto y programa propios.

Estos pronósticos se inspiran precisamente en la experiencia del Movimiento Indígena de Tungurahua (MIT), que en los últimos años llegó a imprimir un cierto nivel de organicidad a los sectores campesinos de la provincia, principalmente a los situados en la cordillera occidental. Bajo la influencia de la Casa Campesina situada en Ambato y de los agentes de pastoral con una visión indigenista, se ha ido fortaleciendo un movimiento campesino que al alcanzar un cierto grado de politización fue adquiriendo una autonomía propia. Este proceso tuvo un doble resultado, por una parte el movimiento indígena se fue independizando de la orientación tutelar del clero al mismo tiempo que, por otra parte, trató de reforzarse vinculándose a través de su dirigencia más representativa con organizaciones a nivel nacional como ECUARUNARI.

Otro sector del movimiento campesino en la provincia se encuentra conformado por lo que fue la FECAT (Federación Campesina de Tungurahua) disidente de la CEDOC, que logró articular un conjunto de pequeñas organizaciones campesinas, formando un bloque bastante homogéneo que en la actualidad trata de negociar su participación política con partidos políticos, el FRA en concreto, el cual parece abrir sus listas a los antiguos dirigentes de la FECAT, ahora asimilada a la CEDOC de Ambato, pero que mantiene una formal y real autonomía con la nacional. Lo que caracteriza a este sector del movimiento campesino es su perspectiva regional dentro de la cual está disputando un cierto espacio de poder y de participación política.

Los otros sectores campesinos de la provincia se encuentran más bien reducidos a formas organizativas más limitadas o menos fuertes, que no les permiten un proyecto y planteamientos de participación política, y que más bien se encuentran marginados de la escena del poder local, y por ellos susceptibles de fácil manipulación. Tal es el caso de la Asociación de Indígenas Evangélicos (AIE), muy bien trabajados por Visión Mundial, bien organizados también en torno a una ideología particular, pero sin un programa político propio. Análoga fisonomía presenta el grupo Salasaca, con la diferencia de hallarse muy aislado de los otros movimientos campesinos indígenas de la provincia, y también muy dividido a consecuencia de las sucesivas manipulaciones de que fue objeto por la AID, Cuerpo de Paz, la iglesia, y más recientemente por el FRA.

No se puede minusvalorar el trabajo político ejercido desde la prefectura provincial, que a través del "Coordinador de Comunidades" ha obtenido un gran influjo entre los sectores campesinos en base a un intenso programa de servicios y pequeñas obras de infraestructura y otras acciones de desarrollo, diseminado todo ello en la geografía comunal de la provincia. Este programa de captación clientelar, análogo

al realizado también en la provincia del Cotopaxi por la prefectura, no dejará de surtir sus efectos políticos y sus pingües beneficios electorales.

La participación política del campesinado indígena en las dos provincias, Cotopaxi y Tungurahua, ofrecerá tres comportamientos diferentes de acuerdo a las situaciones observadas. En el caso de las "zonas de desarrollo", donde se ejecuta un programa estatal fuerte y eficaz la captación política podrá realizarse con relativa facilidad a través del componente interpelativo (ideológico) implícito o explícito en la administración del mismo proyecto de desarrollo. Donde existe una organización campesina, incluso en situaciones de desarrollo, la participación política de las comunidades, según el grado de autonomía de su propio proyecto, o bien estará sujeta a una negociación o bien tratará de pactar alguna alianza que le garantice cierta cuota de poder o de representación política a nivel regional. Una tercera situación presentan aquellos sectores campesinos, que marginados del desarrollo y sin haber logrado un mínimo grado de organización más allá del dado por la comuna, quedarán sujetos a una captación clientelar por parte de aquellas instancias más tradicionales, del poder (tenientes políticos, gamonales, comerciantes) por parte de las autoridades del gobierno (prefecturas, consejos provinciales o cantonales, alcaldías) que habrán podido tejer una red de adhesiones o clientelas con una política de servicios más o menos intensa. En cualquiera de estas situaciones la participación política de los sectores campesinos indígenas se realizará por un consenso en bloques colectivos y recuperando las fidelidades internas de los diferentes grupos.

Lo que se revela como muy particular de original actualidad en el caso de estas organizaciones y movimientos campesinos, tanto en aquellos que se han formado por una dinámica propia como los que han sido el resultado de una relación con programas de desarrollo estatales, es el ámbito regional sobre el que se proyectan políticamente. De hecho son organizaciones que o ni han tenido ni se han planteado una vinculación a niveles de las Federaciones nacionales, o que incluso se han desligado de ellas, para resituar sus prácticas políticas, sus posibilidades de participación o de representación políticas en un espacio regional, en el que se juegan más inmediata y concretamente sus reivindicaciones particulares. Esta nueva dimensión regional adoptada por el movimiento indígena campesino responde quizás a una fase de su desarrollo, pero aparece determinada de manera más inmediata por esta misma definición de los espacios económicos y socio-políticos generados por el desarrollo del Capital y del Estado.

Cabría pensar que, no ajeno a la redefinición de los espacios regionales resultantes de las transformaciones socio-económicas descritas en un principio, el movimiento campesino parece ir respondiendo con el proyecto de sus formas organizativas a esa nueva delimitación del espacio de sus luchas y reivindicaciones. Dicho espacio presenta diferentes ámbitos particulares: el del mercado, el del desarrollo y el de aquellas instancias del poder político ubicado principalmente en los centros parroquiales (tenencia política, registro civil) y cantonales (consejos y municipios). En el control o participación de ellos parece irse visualizando el proyecto campesino indígena.

---

# LOS CAMPESINOS Y EL CAPITAL COMERCIAL: EL PODER LOCAL EN VINCES Y BABA

RAFAEL GUERRERO

---

El objetivo de este artículo es discutir el problema del poder local en los cantones Vinces y Baba de la provincia de Los Ríos. Consideramos que el estudio del poder local en el agro, revela una cierta configuración del Estado ecuatoriano que, por una parte, pone de manifiesto que dichos poderes constituyen el fundamento real a partir del cual pueden desarrollarse en el país los movimientos campesinos, y por otra parte, muestra también los límites de la democratización del Estado ecuatoriano tal como se ha dado la misma hasta el momento. La reflexión sobre el poder local se vuelve, entonces, particularmente relevante, pues aborda dos problemas centrales: por un lado, la cuestión de los movimientos campesinos en la actualidad, y por otro lado, la democratización del Estado.

El punto de partida obligado para la discusión del poder local en Vinces y Baba, es el proceso de reforma agraria que se realiza en los dos cantones sobretudo entre 1964 y 1976, pues dicha reforma descompuso el sistema de la hacienda tradicional, que constituía el eje vertebrador de las relaciones sociales en ambos cantones. A partir de la reforma agraria, asistimos a un proceso de reestructuración de las relaciones de poder, que redefine la situación de los grandes propietarios agrícolas, el capital comercial y el campesinado.

En términos cuantitativos, el resultado de la reforma agraria en ambos cantones fue la expropiación de 21.500 Has. que pasaron a manos de 2.150 familias campesinas, que controlan el 13 o/o de la superficie agrícola de Vinces y Baba. Pero desde el punto de vista de la constitución del poder político local, interesan dos fenómenos: por un lado, la mercantilización de la producción campesina, y por otro, la incorporación del campesinado a la vida política local, cosa que, como en el resto del país, remata en el reconocimiento del campesino como ciudadano. (1)

---

(1) *En Vinces y Baba la economía campesina está dedicada fundamentalmente a la producción de arroz y maíz y la producción para el autoconsumo es mínima, de manera que se puede afirmar que se trata de un campesinado fuertemente integrado al mercado.*

Es importante destacar estos dos hechos porque están vinculados entre sí: el mutuo reconocimiento de los portadores de mercancías como propietarios libres e iguales, no es sólo la condición del intercambio mercantil (Marx), sino también de la democracia política moderna. Precisamente son estos dos hechos los que han dado pie para que en el país se hable de la modernización del Estado ecuatoriano.

Sin embargo, el análisis del poder local en Vinces y Baba deja ver que la autoridad política sigue fuertemente impregnada de los caracteres propios de la dominación patrimonial: el caciquismo y el clientelismo políticos, impiden la democratización y racionalización de las instituciones políticas locales, incluidos los partidos. Las relaciones políticas no logran despersonalizarse.

En Vinces y Baba el poder político toma una forma híbrida: la autoridad política es constituida por el conjunto de la sociedad local pero sin que logre despersonalizarse. A nuestro juicio, la explicación de este hecho se encuentra en el carácter que revisten las relaciones sociales en los dos cantones, que no consiguen constituirse como relaciones sociales abstractas. Para Marx esta es la condición de surgimiento del estado moderno: "la abstracción del Estado como tal sólo pertenece a los tiempos modernos, puesto que la abstracción de la vida privada únicamente pertenece a ellos" (2).

Precisamente es esta "vida privada abstracta" la que está ausente en Vinces y Baba, pues la producción capitalista simplemente no constituye la forma general de producción de la riqueza. Aunque el campesinado está subordinado a la hacienda moderna a través de la venta ocasional de fuerza de trabajo, la misma no constituye el núcleo estructurador de las relaciones sociales, pues la tecnología que utiliza demanda un número relativamente reducido de trabajadores estables.

Para el campesino, el salario que recibe en la hacienda, se presenta sólo como un ingreso complementario; en realidad, se trata de semiproletarios (0-2Hás), que están subordinados al capital comercial por medio de vínculos de dependencia personal. El poder se estructura ya no en torno a la hacienda sino al capital comercial.

En realidad, los vínculos de dependencia personal son constitutivos de la propia economía campesina, y la subordinación de ésta al capital comercial también posee esta forma. En efecto, el campesinado de la zona utiliza una tecnología tradicional, lo cual se traduce en la importancia relativa que tienen los vínculos de parentesco en la organización de la producción.

Es cierto que la escasez de tierra (0-2 Has. para el semiproletariado; 2-10 Hás. para el campesinado pobre) tiende a descomponer la familia campesina, pero también es verdad que la fuerza de trabajo excedente de esta, es contratada por las mismas cooperativas y por los campesinos medios, sin que ésto dé lugar necesariamente a procesos de acumulación y a la abstracción de las relaciones capitalistas, pues los vínculos de vecindad, parentesco y compadrazgo lo impiden. Las relaciones sociales no ad-

---

(2) C. Marx. *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*, México, Grijalbo, 1968, p. 43.

quieren, entonces, un claro carácter contractual.

Igual cosa ocurre con la relación del campesinado y el capital comercial. La subordinación de aquel a éste, está determinada por la escasez de dinero que debe soportar la familia campesina durante los meses de invierno, hasta que la producción puede ser cosechada y vendida. De allí que, durante estos meses, la familia campesina recurra a los préstamos usurarios del comerciante—prestamista que, a cambio de los mismos, exige la venta de la cosecha a un precio fijado de antemano, de tal manera que no puede hablarse de un intercambio mercantil libre. Se trata de una clara relación de dependencia personal del campesino con respecto al capital comercial y usurario que, además, suele engendrar un conjunto de lealtades personales.

Este sistema de apropiación del trabajo excedente del campesino por el capital comercial, está vigente en ambos cantones, pero ha sido debilitado gracias a la intervención del Estado en la comercialización del arroz y al apoyo crediticio del mismo al campesinado. Además, la afluencia de capitales a la comercialización de la gramínea, ha incrementado la competencia entre comerciantes, debilitando así la sujeción del campesino.

En efecto, desde principios de esta década empezó a desarrollarse un sistema de acuerdo con el cual el campesino ya no recurre al prestamista. La antigua figura del comerciante—prestamista se ha desdoblado, y esto permite que la familia campesina recurra a los comerciantes a través del sistema del "fío", es decir, de un préstamo en especie que debe ser cancelado una vez que la cosecha ha sido vendida, sin que exista necesariamente el compromiso de hacerlo con el comerciante que realiza el préstamo en especie. En este caso, puede decirse que la relación entre el campesino y el comerciante tiende a volverse más libre, pues al no estar comprometida la cosecha de antemano, el campesino puede competir en el mercado.

Sin embargo, esto no permite afirmar que estamos frente a un proceso de abstracción de las relaciones sociales. El número de comerciantes al que la familia campesina puede acudir es siempre limitado, de manera que tiende a repetirse la relación con el mismo comerciante y, además, ante el campesino el préstamo en especie aparece como un favor del comerciante que, por otro lado, el Estado no concede. De allí que si bien ya no existe el compromiso formal de vender la cosecha al comerciante que hace el préstamo, este hecho tiende a reproducirse, pues así la familia campesina asegura su reproducción renovando su lealtad.

Este sistema de lealtades personales, a nuestro juicio constituye la clave para entender la configuración o la forma que toma el poder local en ambos cantones. En primer lugar, el caciquismo y el clientelismo políticos brotan de estas relaciones de dependencia personal, que tienen en el capital comercial su eje vertebrador. De allí que la autoridad política revista un carácter personal, pues se constituye a través de un sistema de lealtades personales. La sociedad crea al Estado a su imagen y semejanza. Como ya señalamos, esto afecta incluso al sistema de partidos políticos, incluidos los llamados partidos "modernos".

En segundo lugar, es necesario tener presente que estos elementos patrimoniales que caracterizan a la autoridad política local, están implicando una representación jerárquica y autoritaria de la sociedad local por parte de los sectores dominantes en la misma, representación de acuerdo con la cual, el "montubio" ocupa el último peldaño de la escala social. Importa señalar que esta conciencia patrimonialista no es un mero reflejo exterior a las relaciones sociales sino, al contrario, un elemento constitutivo de las mismas y de la autoridad política en particular.

Esta observación nos parece relevante, pues significa que el reconocimiento del campesino como ciudadano es un hecho limitado. El real reconocimiento de la ciudadanía y la constitución de una autoridad política democrática está, entonces, en contradicción con los sectores dominantes locales. Aquí se pone de manifiesto el límite del proceso de democratización de la sociedad y del Estado ecuatoriano, límite que puede ser aprehendido a través del estudio del poder local.

Esto plantea un serio problema que ha sido motivo de importantes discusiones en América Latina: el de la legitimidad del Estado. En efecto, dicha representación jerárquica y autoritaria de la sociedad, está en contradicción con la democracia política; significa que no toda la sociedad se reconoce en la autoridad política democráticamente constituida. En el caso concreto de Vinces y Baba, esto significa que el campesinado ha impuesto su ciudadanía y su participación política, pero que para los sectores dominantes y otros vinculados a los mismos a nivel local, el campesino sigue siendo el "montubio", que invade ilegítimamente ciertas esferas; para estos sectores, el campesino sigue siendo fundamentalmente un "analfabeto", pese a cualquier programa de alfabetización. Esto forma parte de la concepción iluminista de la cultura, propia del pensamiento liberal.

Los vínculos de dependencia personal implican una constitución autoritaria de la sociedad y del poder político local, pero como señalamos al empezar, hoy en día no parece posible el desarrollo de movimientos campesinos locales y regionales sino es a partir precisamente de estas relaciones sociales, pues la reproducción de la familia campesina se efectúa a través de las mismas. Esto no significa que la organización campesina deba reproducir la subordinación del campesinado al capital comercial, sino que la misma debe ser desarrollada partiendo de los vínculos de dependencia personal existentes entre las familias campesinas.

En el caso de Vinces y Baba, estos vínculos se dan en la esfera de la producción a través del cambiamano o de la contratación de fuerza de trabajo excedente por parte de las mismas cooperativas y de los campesinos acomodados, sin que esto implique, necesariamente, procesos de acumulación.

Precisamente, una de las causas por las cuales las cooperativas agrícolas —que constituyen la principal forma de organización del campesinado en el litoral— dejan de constituir una forma eficaz de representación, radica en que la cooperativa como tal, ignora el carácter personal de las relaciones sociales entre el campesinado. El socio está concebido en el cooperativismo como un sujeto abstracto, que se ha desprendido ya de los vínculos de parentesco propios de la familia campesina. Es decir, la

cooperativa supone un proceso de atomización del individuo que no se da en el caso del campesinado, lo cual tiene importantes consecuencias en el funcionamiento de la organización.

Además, la cooperativa es una empresa que constituye fundamentalmente un vehículo para que los campesinos acomodados tengan acceso al crédito estatal, de tal manera que el campesinado pobre y el semiproletariado agrícola dejan de reconocerse en la cooperativa desde el momento en que esta ya no responde a las necesidades que plantea su específico proceso de reproducción. Es necesario, entonces, cuestionar la forma cooperativa como modelo de organización del semiproletariado agrícola y del campesinado pobre, no sólo en Vinces y Baba sino en el litoral en general.

La conclusión a la que se llega es que en una sociedad en la cual la presencia del campesinado es significativa, las relaciones sociales difícilmente pueden constituirse como relaciones abstractas, y que incluso la organización campesina debe recurrir a los vínculos de dependencia personal como condición de su propio desarrollo. Esto no implica necesariamente un círculo vicioso, pues si bien la organización debe fundarse en estas relaciones sociales, en el caso concreto de Vinces y Baba, uno de los objetivos fundamentales del movimiento campesino es la lucha contra la dominación del capital comercial a través del desarrollo de sistemas propios de comercialización

En los hechos, esto ha significado también una crítica a la política de comercialización y apoyo crediticio del Estado, política que se caracteriza por un marcado burocratismo que poco tiene que ver con los ritmos y la racionalidad de la economía campesina y que no ha dejado de estar vinculada a los intereses de los grandes propietarios agrícolas de la zona. La lucha de la Unión de Cooperativas de Vinces y Baba, aparece, entonces, como una política que tiende a democratizar y racionalizar las instituciones del Estado.

---

# LA AMAZONIA: REGION IMAGINARIA

Jorge Trujillo

---

## 1.- El peso real de lo imaginario.-

Si la reflexión requiere fundamentarse en la propuesta metodológica esbozada en el ensayo sobre la cuestión regional es indudable provocar respuestas a dos problemas centrales: uno, referido a las condiciones en las cuales la amazonía se destruye o redefine en cuanto espacio regional tradicional en el proceso de integración; y dos, el problema de las condiciones en las cuales se dinamiza este proceso. Las posibles respuestas a los dos problemas planteados se constituyen, sin embargo como un intento de interpretación de un proceso único: la constitución del capitalismo en la región.

De alguna manera, la amazonía en la concepción tradicional, oligárquica aparece como el espacio donde no es factible ninguna forma de ocupación productiva y por ende social. Es el espacio que propone la Novela "Cumandá": el de la naturaleza, profundamente buena en su salvajismo y radicalmente realizada a los ojos del civilizado. Este jamás puede constituir allí su mundo si no es a condición de enfrentarse a sus habitantes primitivos y hostiles y, sobre todo, a una selva cuyo derrotero cíclico de vida exuberante e instintiva sólo era posible bajo el signo cruel y siniestro de la muerte cotidiana.

Filosofía del mundo oligárquico de la servidumbre hacendaria, profundamente derrotada por las fuerzas de la naturaleza y refugiada permanentemente en el corolario americano de un viejo mundo evocado con sentimientos de orgullo y nostalgia. Quizás en ese entonces, en los conflictos de 1911 con el Perú, por los territorios amazónicos se gestó el discurso de la legitimidad de la soberanía Patria en la Región. Y en la conciencia cotidiana quedaron indelebles los recuerdos de aquel simulacro de guerra.

Según lo atestiguan las fotografías de la época: tal vez treinta hombres rodeados de una multitud de ese entonces que incluía pandillas de muchachos alborotados y perros callejeros. Poco se sabe del destino de esa guerra: fue realmente una guerra imaginaria en una región evocada en las imágenes de una perversa naturaleza que posiblemente derrotó a los dos ejércitos. Y es probable que el conflicto no fuera otra

cosa sino un duelo (uno de los tantos) entre caucheros quienes terminaron por invocar la causa de la soberanía Patria.

El discurso de la legitimidad de la soberanía territorial convocó a una historia con sus héroes (para el caso, indios y españoles) a quienes endilgaron proyectos con visión de futuro. Pero, y ésto es lo más importante, suscitó un llamado, constituido casi en el eco de aquel que incitaba "A la Costa". Pues la ausencia de la civilización era constatable como una de las raíces del conflicto.

Si al problema territorial siguió el trámite diplomático, las voces que clamaban la ocupación de la amazonía fueron pronto acalladas por las buenas nuevas del progreso: la Leonard Exploration, compañía petrolera inglesa ensayaba los primeros sondeos en la región en busca de hidrocarburos. Eran las triunfantes fuerzas del capital europeo organizadas por el anuncio de una pesadilla que Rosa Luxemburgo la consignó en sus escritos 1/. Tampoco se conocen los detalles de esta expedición. Pero en esos años previos a la gran crisis de los 30' quizás conmoviera a los espíritus progresistas: epopeya, al fin y al cabo. Tal vez sólo creó esporádicas expectativas de los pesimistas que verían confirmados sus presentimientos, en el profundo silencio que siguió a la culminación de la tarea de los exploradores.

Para los empresarios ingleses las cosas eran más claras: profundos conocedores y manipuladores de la frivolidad y métodos terroristas de los caucheros, supieron arrojar una mirada calculadora hacia la cuenca amazónica, espacio lleno de promesas para la devoción empresarial. Y fue así como se gestó una visión renovada de la región amazónica: la del espacio de las riquezas. Ya no, es cierto, la riqueza fabulosa de los tesoros ocultos en cavernas inconcebibles, resguardadas por seres, humanos o no, encarnación inaudita de la ferocidad o monstruocidad que volvían verosímil el encanto de la imagen. Se trataba de la riqueza de recursos naturales, ensoñación de la gran industria pero, a la vez, muy poco apetecibles para las ambiciones oligárquicas cuyas fantasías especulaban tal vez con una tierra prometida para extender en suelo virgen el estatuto de posesión y renovar las viejas armonías de la servidumbre.

En los años siguientes volvieron a encontrarse las ambiciones. Los agraristas sustentaron la tesis de la necesidad de abrir nuevas fronteras para la agricultura; aunque se resignaron finalmente a la idea de que fueran colonizadas por los migrantes expulsados por el paso de la guerra por la vieja Europa.

Floreció la ambición de los nuevos tesoros: gambusinos buscadores de oro; nuevas empresas; esta vez la compañía Shell. De los trabajadores y aventureros surgieron las primeras versiones del colono: verdadero "pionero" como la exaltaron los misioneros y como exactamente fue para la conciencia de la época. Avanzada de la civilización, aunque en el mundo oligárquico del cual fuera transplantado no

---

1/ *Rosa Luxemburgo.- La acumulación del Capital. Tercera Parte, Caps. XXXVII Y XXVIII. Ed. Grijalbo, México 1967.*

pasaba de ser un cholo: cojo Navarrete, Chulla Romero, o Carlos el de "A la Costa" 2/.

Entonces, el estado tomó cartas en el asunto. Y sentó las bases modernas de la comprensión de la región amazónica. En el mundo oligárquico de la propiedad privada se constituyó la figura de la propiedad pública, estatal, como figura posesoria de aquellas tierras "de nadie". Luego se legitimó esta idea: vieja concepción colonial de las tierras "vacas" (vacantes) que se trastocó por el término "baldías", aunque para evocar la misma imagen reiterada en la percepción cotidiana: la lejana e indómita región tropical no ocupada por la civilización, pero cuya potencial ocupación debía partir de una racionalidad, la única posible, la del Estado.

La "Ley de tierras baldías y colonización" 3/ resume en cierto sentido la trayectoria regional en los episodios antes descritos. Otorga un rostro a la región imaginaria: el múltiple rostro de la esperanza bajo el signo del discurso auspiciador del Estado. Pues, la "res" pública constituída sobre las tierras "baldías" pasaba a ser la tierra propia mediante el reconocimiento al trabajador y su esfuerzo. Un verdadero acto de justicia social que inauguraba sin embargo, la última de las eras imaginarias para los pueblos indígenas de la región: la del despojo. La tal ley marcaba el movimiento perfecto de las premisas de la integración: la liquidación virtual de la no-civilización; la imposición del único estatuto posible, el de la civilización.

Pero la confluencia final de este proceso con el de la conciencia nacional de la región no se dió sino en 1941, en la guerra con el Perú, en la nueva disputa de territorios amazónicos. Guerra perdida; guerra de lecciones. La más importante: la necesidad de ocupar la región; la voluntad de integrarla. Comenzó en las consignas de los papeles oficiales y pasó a formar parte de lo cotidiano. Emisoras, canciones, fechas, escritos, enseñanza de escuelas y colegios, testimonios de una generación, impuestos patrióticos . . . una nueva filosofía se gestó en torno a la cuestión regional: la identidad nacional encontró un eje en la invocación de sus argumentos; casi se diría que el ser ecuatoriano equivalía entonces a sentirse partícipe de la derrota y resentimiento nacionales.

Y esta nueva filosofía encontró su asidero en los procesos que desde ese entonces acá han hecho de la amazonía el espacio de convergencias de múltiples expectativas y ambiciones. Y son estas historias múltiples las que a veces ocultan el verdadero sentido del proceso de integración regional a la dinámica del mercado interno capitalista. Pues, en efecto, el proceso de integración para el caso de la amazonía es el de su ocupación y acaso el de la redefinición de las sociedades indígenas que terminan igualmente involucradas en el proceso de expansión capitalista.

Silenciosa y progresivamente, a lo largo de cuarenta y tantos años que nos separan de la fatídica guerra cobró contornos definidos el horizonte esperanzador de

---

2/ *Personajes centrales de las novelas de Enrique Terán, Jorge Icaza y Luis A. Martínez.*

3/ 1937.

las nuevas tierras, donde era factible volverse próspero propietario. Florecieron las fantasías en las historias individuales surgidas de las miserias del mundo oligárquico. Un hipertrofiado éxodo de las ruinas del agro tradicional que se volcó hacia las ciudades y hacia las tierras tropicales de la amazonía y la costa, reconstituyendo nuevas identidades sobre la fabulación de lo recién conquistado y la nostalgia del terruño y de las historias sin tiempo de los "mayores". El argumento, sin embargo, siempre fue el futuro.

La trayectoria de las historias individuales, el gran éxodo, fue la forma de ocupación de la amazonía. Mejor: la primera modalidad a partir de la cual se organizó la expansión del capitalismo. Pues, inevitablemente e invariablemente las historias individuales terminaron en grandes desencantos: amarga derrota ante la naturaleza, frente al prestamista o comerciante; y de aquí surgieron los trabajadores de las empresas: fácil empatronamiento para campesinos cuya ocupación principal resulta incierta en el juego de mercado que escapa a su comprensión y su control.

El paso de dos generaciones fue suficiente para demostrar la inconsistencia del sistema colonizador. El desgarramiento de la primera y la incierta identidad de la segunda hace que la única convocatoria posible sea la de plantear sus requerimientos a un estado que se ubica siempre más allá de las montañas. La reiterada ausencia de la civilización, en la forma cotidiana y material de escuelas, centros comunales, carreteras, y centros de salud provoca, más allá del desencanto, el abandono del colono. De allí la ausencia de cualquier voluntad posible de la política expresado en la organización.

De allí que las lealtades, lejos de articularse en la miseria se encuentran a disposición de quienes controlan las redes del comercio y han reeditado nuevas fantasías, historias de "caciques" en las que fácilmente se podrían reconocer las minucias de los poderes locales de otras regiones. Las lealtades comprometen a los "clientes", convertidos en seguidores incondicionales de los "caciques", verdaderos signos depoder, infiltradores en los partidos políticos y encaramados en las estructuras autoritarias y financieras de la política administrativa.

Poca o ninguna lealtad vincula al colono, campesino en su cotidianidad, con las organizaciones clasistas constituidas en el ámbito de lo nacional. Es como si el alejamiento imaginario de la región doblegara la voluntad política. O quizás, más radicalmente, es como si los procesos ocurridos en la región no permeabilizaran la percepción imaginaria que de ella tenemos. Y resulta que el colono termina inscrito en la imagen, así como resulta que el eje central de esta historia, el capitalismo, apenas cuenta como una fabulación; acaso la "hojarasca".

Más pesa en lo imaginario la cuestión indígena. Es la dicotomía profunda que separa y aleja a la región del contexto nacional y la ubica en el sentido distorsionado de lo primitivo, de lo sin historia. Y de esta manera el problema fue endosado a la conciencia nacional en el proceso de integración. Pues en el concepto de lo "baldío" se aludía no solamente a lo deshabitado sino también al hecho de que lo "salvaje" jamás podría tener el estatuto, mejor, el derecho a ocupar espacios de territorio

de la nación. Y es que siempre se supo de la existencia de los pueblos indígenas en la amazonía. Sólo que su existencia planteaba, para la mentalidad oligárquica, la apelación al proceso colonial, velado, es cierto, en el discurso misionero de la pacificación.

Si alguna historia podía adjudicarse a estos pueblos en la mentalidad de ese tiempo, era aquella legada por "Cumandá", síntesis del "buen salvaje" de la ilustración, del romanticismo y de la filosofía judeo-cristiana. Es decir, una historia más próxima de la naturaleza que de la civilización; profundamente etnocéntrica y con exageradas dosis de erotismo canibalesco y guerrillista del que dieron testimonio los viajeros del siglo XIX. Pero la verdadera historia de estos pueblos, la exacta dimensión de sus procesos, la complejidad de sus formas sociales y políticas, nunca fueron conocidas. Su desconocimiento hizo que florecieran los relatos cuyo sentido fue el de la recreación de "lo primitivo" como el soporte imaginario del frenesí de la civilización.

Los gambusinos que se internaron en el suroriente reportaron legendarias y alucinadas versiones de sangrientas batallas y cabezas reducidas. Los trabajadores de las compañías petroleras, en cambio, volcaron su fabulación hacia el terror que desataron las incursiones de los "Aucas" 4/. Colonos, empresarios y aventureros desarrollaron entonces la voluntad del colonizador: la voluntad de doblegar al nativo como si fuese un ingrediente adicional de la indómita naturaleza. Se trasplantaron entonces los mismos modelos de la dominación constituídos sobre los pueblos indígenas en la sierra: paternalismo, empatronamiento, compadrazgo, clientelas. Relaciones interétnicas en las cuales el truculento trueque o los engaños o las promesas fáciles del pago al futuro o la hábil explotación de los servicios acabaron por configurar o consumir el desastre que comenzó en el despojo.

Para los pueblos indígenas todo ocurriría como si de pronto todos los posibles habitantes de las montañas (los "Jahuallactas") comenzaran a invadir la selva; también su historia. Fué como si aquella evocación trágica de su tradición oral terminara en una devastadora realidad sin término, anunciada en los episodios ya concluidos de las incursiones sangrientas de los caucheros. La ofensiva, distinta en su componente, tuvo un sólo signo para estos pueblos: el de su despojo y explotación. Quizás fué difícil, distinguir el rostro de los famélicos y empobrecidos colonos que al igual que ellos concurrían al mismo intermediario o a las filas de enganche para el trabajo en las empresas. Fué difícil reconocer que en las impredecibles trayectorias de estos emigrados pudiera suscitarse la misma amarga situación.

Es decir, en la integración regional el proceso hace campesinos y trabajadores de los colonos e indígenas; sin embargo, ni siquiera en los límites regionales se constituye la lealtad o la conciencia de clase. Pués más profundas son las raíces de la identidad que escinde los supuestos de la teoría. Así, a la identidad desgarrada o ambigua del colono se opone, irreductible, la de la historia de los pueblos indígenas.

---

4/ "Huaoranis".

Historia mítica, historia genealógica, historias de los lenguajes de la naturaleza, y acaso también de una tenaz resistencia: todas ellas versiones de una identidad reorganizada en la ofensiva colonizadora del capitalismo.

Y así como la identidad de los pueblos indígenas se expresa en la resistencia al proceso de despojo y explotación, sus lealtades se atienen a las iniciativas de organizar la voluntad de respuesta. Las lealtades étnicas, aún en sus primeros planteamientos son esencialmente cuestionadoras de los poderes locales y aún de los regionales. Y ello por su legítima voluntad de encontrar soluciones a un proceso desintegrador. Es la coherencia de un movimiento que combina la organización local y regional en una contraofensiva contra el despojo, la explotación y los reiterados afanes de destruir o socavar su identidad.

Es seguramente la contradicción que el proceso de integración gestó en la amazonía: el encuentro de los límites extremos de lo imaginario con la realidad. El enfrentamiento del capital con el movimiento organizado de los indígenas que contiene los ingredientes para levantar la resistencia. Y esto aunque ahora el poder de las transnacionales entre en el juego de las contradicciones manipulando las cartas de la política, el discurso amazónico de la necesidad de la civilización, o las fabulaciones castrenses de los enemigos multitudinarios.

La historia esbozada de la región amazónica corrobora, pues, la vigencia absoluta de lo imaginario. Aunque las imágenes del comienzo no sean en realidad aquellas que convergen con lo real en las historias cotidianas que ensayan su derrotero por fuera y en contra del capital.

## 2.- Las raíces de lo imaginario.-

Los procesos antes señalados son algo así como la eclosión de otros que florecieron en otros tiempos, marcados por otros signos. Como aquel de la historia de los caucheros: bajo el signo del horror y la devastación. Un siglo de violencia que transcurrió silencioso por el otro lado de la percepción imaginaria de la región. Podría decirse que ésta resultó inscrita en los amplios límites de la cuenca amazónica donde los barones del caucho instalaron su imperio por sobre los límites de los estados nacionales.

Quizás una historia decisiva o definitiva para los pueblos indígenas que sucumbieron ante la ofensiva. Pues, la violencia liquidó pueblos enteros: el genocidio, la esclavización, la servidumbre, o simplemente el terror transformaron tan profundamente la historia indígena que, en la actualidad es difícil, sino imposible discernir un pasado triunfal en los contornos de un presente incierto. Hubo resistencia; tal vez una guerra total con innumerables rostros, ceñudos en la incertidumbre, desencajados en la angustia, contraídos en el gesto de la violencia.

"Es una historia larga, ya te dije. Si te contara todo, nada me creerías. Porque nunca se puede creer todo" 5/ diría Ino Moxo; la historia larga que dejó huellas en

5/ *Testimonio de Ino Moxo. César Calvo, las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. En *socialismo y participación*, No. 13; Lima, Perú, Marzo 1981. pp 99-108.

los hombres y en la selva. La historia que relatan los brujos y los "mayores", y en su lenguaje, los animales, las plantas y hasta las piedras. Un corte profundo en las historias cotidianas que desató los fantasmas y terrores de los mitos y profesías de la memoria sin tiempo de la selva, de sus habitantes. Ferocidad y violencia de una conquista tardía, febril y obsesiva. Testimonios que quizás jamás llegaremos a escucharlos o a comprenderlos o a crearlos, tal como asegura Ino Moxo.

Nuevamente lo imaginario: el enmudecimiento de la historia hasta el presente. Aunque la hipertrofia de los sucesos haya suscitado una literatura de denuncia; textos inolvidables como "La Vorágine" de Eustasio Rivera, "Canaima" de Rómulo Gallegos, "Siringa" de Juan Bautista Coimbra, testimoniaron los horrores de la inaudita ofensiva de los caucheros y optaron así por las posiciones de un humanismo combativo, subversión para la placidez oligárquica que organizaba los sueños liberales y progresistas de la época.

También los "Lores" ingleses hicieron lo suyo, a su manera: denunciaron las atrocidades de los caucheros con su propio negocio bajo el brazo. Pues, la explotación organizada del caucho en plantaciones de empresarios ingleses en Malasia, con trabajadores asiáticos, exigió la eliminación de la competencia . . . argumentando la inhumanidad de sus métodos y la barbarie de sus sistemas. Historias modernas en su liquidación de cuentas con su prehistoria, el capital comercial.

Con la segunda guerra mundial acabó la historia de un siglo de la guerra devastadora de los caucheros. Aunque pocos saben como fue el comienzo. El imperio del capital comercial organizó su región en los límites inconcebibles de la causa amazónica con su eje de poder, Manaos y los tributarios del amazonas como feudos sustraídos a la soberanía de los estados nacionales.

De aquí el pasado, la región imaginaria y su posible historia se pierden en los espejismos de la fabulación de los conquistadores: hombres de dos narices, o con rabos, incorregibles caníbales, mujeres guerreras y emperadores que opacaban el esplendor del oro de los incas. Fabulación que los pocos misioneros sobrevivientes de las gestas de la religión alimentaron con la racionalidad de la teología: nació así la región de los milagros impredecibles, recuento casual con el bien en la tierra del imperio del mal, del paganismo.

Españoles y misioneros fueron excluidos de la real comprensión de los misterios de la región imaginaria. La historia de los pueblos indígenas se mantuvo en los límites de la mitología a donde convergen los lenguajes múltiples del hombre y la naturaleza, sus múltiples historias sin tiempo, aún ahora impermeables a la modernidad, a su lógica, quien sabe, a su propia razón de ser.

Pues los mitos se mantienen incólumes. Son las "historias ciertas, historias de mañana (porque) la memoria verídica conserva también lo que está por venir. Y hasta lo que nunca llegará, eso también conserva. Imagínate. Nada Más imagínate". 6/

---

6/ *Ibid.*

---

**CAYAMBE:**

## **EL PROBLEMA REGIONAL Y LA PARTICIPACION POLITICA**

**Galo Ramón**

---

### **IMPORTANCIA DEL PROBLEMA REGIONAL PARA EL MOVIMIENTO POPULAR CAYAMBEÑO**

La existencia de regiones y microregiones en el Ecuador es un viejo problema que adquiere actualidad en el debate sobre la Nación y el Estado, temas de enorme importancia para comprender las características de la lucha que asume el movimiento popular.

El debate sobre lo regional constituye una preocupación de la presente etapa, por afectar a la sociedad ecuatoriana en su conjunto, pero su discusión debe ser abordada desde la situación particular de cada región, para, a tiempo desentrañar la constitución interna de la región, buscar la relación entre lo específico y las tendencias generales de la constitución del Estado Nacional y el desarrollo del capital.

Para el movimiento popular cayambeño, la discusión sobre lo regional es vital, constituye el punto fundamental que permitirá aclarar su actual participación política.

Numerosos acontecimientos y problemas demuestran la necesidad de abordar lo regional:

PRIMERO, como resultado de un largo y fructífero trabajo, especialmente con el campesinado, se logró elegir dos de los siete concejales que componen el Municipio de Cayambe, que suponen el 20 o/o del electorado. La captación de estas concejales ha mostrado gran utilidad política por la capacidad de convocatoria que conceden, por la posibilidad de intermediar y presionar por servicios y por el contacto con un sinnúmero de expresiones reivindicativas que buscan solidaridad y generalización. Empero, la actividad en el Municipio ha carecido de una visión de conjunto de problemas, recursos y alternativas de la región.

Al igual que la actividad por captar el Municipio, se han desarrollado una serie de luchas por controlar las Comisarías, las Tenencias Políticas y demás instancias estatales, llegando incluso a sacar en intensas jornadas a autoridades visiblemente corrompidas y nefastas, para luego elegir en asamblea a algunas de estas dignidades, aunque la "democracia participativa" no haya aceptado la iniciativa popular. Sin

embargo, más allá del pronunciamiento popular por captar estas formas institucionales, no existía un programa alternativo para desarrollarlo desde estos sitios, vale decir una visión de lo que se quería desde la Comisaría o la Tenencia Política.

La captación del Municipio, las Comisarías, las Tenencias, etc. demanda un programa regional claro, que va más allá del tradicional planteamiento doctrinario de la acumulación de fuerzas nacionales y se inscribe en lo que significa crear un poder popular regional.

SEGUNDO, un buen número de movilizaciones populares registradas en Cayambe adquirieron un carácter local o microregional, que involucran toda una zona, una Parroquia o incluso movilizan al cantón. Nos referimos a la lucha por la tierra que en el pasado involucraron a toda la zona de Olmedo, Juan Montalvo y recientemente Cangahua; a la lucha por servicios de agua, luz, salud, etc. que suelen adquirir formas locales; a las movilizaciones por la conservación de símbolos regionales como aquel que defendía "la bola de la mitad del mundo que intentó ser trasladada por el Prefecto de Pichincha a Calacal", o incluso aquellas luchas por conservar los límites cantonales actuales que muestran un espíritu regionalista, casi chauvinista que debe ser comprendido y analizado.

Todas estas expresiones políticas reivindican aspectos que van desde confrontaciones de clase, luchas en contra de las políticas estatales por captar excedentes que originariamente son empleados bajo una política centralista y diferencial, hasta novedosas luchas de carácter cultural que reclaman símbolos o traducen un sentimiento de identificación territorial. Ordinariamente, las luchas clasistas y aquellas en contra de las políticas estatales fueron asumidas desde una visión nacional, en la que los conflictos locales tenían importancia en la medida que sustentaban un Programa Nacional y de ello se encargaban los gremios o los partidos, bajo la percepción de que las clases en pugna son nacionales. Esta visión no concedió sencillamente importancia a los conflictos locales en su perspectiva regional, en su capacidad por recambiar la constitución de los poderes locales y no consideró "políticas" esas luchas cívicas o culturales que no tenían un claro estatuto clasista.

Para corregir esta versión y responder adecuadamente a la dinámica de la lucha social, es indispensable tener un análisis de la constitución de las clases y el poder regional.

TERCERO, existen formas locales de lucha, que abarcan un ámbito microregional, que enfrenta a los campesinos con las oligarquías pueblerinas dueñas del capital comercial que establecen una red social de sujeción y dominación a través de formas tradicionales como los "partidos" y relaciones interétnicas de opresión política, cultural e ideológica.

Estas contradicciones han dado lugar a enconados procesos de lucha, como las movilizaciones a Cangahua en contra de los transportistas dueños del capital comercial en las pasadas Huelgas Nacionales, y las cotidianas formas de resistencia que se libran en buses, cantinas, tiendas y chicherías por la liquidación de las formas oligárquicas de dominación, por una integración distinta al Estado Nacional y por una de-

mocratización plena y efectiva. Un apoyo a esta viva expresión del movimiento popular, plantea una comprensión de la constitución del mercado interno, un análisis de todas las formas de dominación oligárquica, del funcionamiento del capital comercial, del problema étnico y sus reivindicaciones en torno a la integración nacional.

CUARTO, el Estado viene realizando algunas propuestas de desarrollo regional, parroquial y hasta intercomunal, como una nueva modalidad del planeamiento. Estas iniciativas estatales ponen en movimiento a sectores sociales de la región, promueven formas organizativas de segundo grado como interlocutoras de estos proyectos. Nuevamente, para el movimiento popular se hace necesaria una comprensión de la región y las alternativas de desarrollo.

En estos acontecimientos y problemas enunciados, se percibe claramente la necesidad de una visión de la región, desde su organicidad interna hasta sus formas de articulación a la dinámica social.

Sostenemos la pertinencia de una acción política contemporánea que actúe en el Cayambe como problema regional y en la articulación de Cayambe a la situación nacional.

## **EL SISTEMA HACENDARIO Y LOS AMBITOS DE PODER**

El proceso de consolidación del Sistema hacendario continuó en la República. El Estado latifundista mantuvo y profundizó todos los mecanismos para obligar a los indígenas a concertarse con la hacienda.

Hasta 1890 podría encontrarse en Cayambe dos tipos de hacienda: las haciendas que funcionaban como obrajes en los que la producción agrícola era subsidiaria de la producción obrajera, el ejemplo más claro fue Guachalá en la que, los diferentes inventarios analizados nos informan de esta estrategia productiva. El otro tipo de hacienda fue la que se dedicó a la producción agropecuaria y muy secundariamente a la actividad obrajera. Esta tipología de haciendas tuvo mucha relación con la variedad de pisos ecológicos que controlaron, especialmente el acceso al valle interandino, que a más de ofrecer ventajas cooperativas en la producción, permite mayor captación de fuerza de trabajo y cercanía al mercado, dando lugar al funcionamiento de obrajes, que hasta 1890 fueron muy productivos, reales ejes de la economía de la región.

La crisis obrajera, que tuvo más bien su explicación en la competencia del floreciente capitalismo europeo y las diferencias tecnológicas en productividad y calidad, que para 1900 es absolutamente clara, unifica las estrategias productivas de todas las haciendas del área por un período breve. Todos los latifundios producen alimentos agrícolas y pecuarios, llegando a proveer a Quito de un 60 o/o de los alimentos que se consumían. La producción agropecuaria hacendaria se vio estimulada por la crisis de la agroexportación en el país, de este período, incentivando la producción de alimentos de la Sierra en la búsqueda de alternativas a la crisis.

Con la unificación de la estrategia productiva, se convierte en importante un aspecto que anteriormente no habría tenido significancia decisiva, es el tipo de propie-

tario; las haciendas privadas y haciendas de la curia.

Las haciendas de la curia Mercedarios, Jesuítas, etc., pasarán en 1908 a manos de la Junta de Beneficencia, como consecuencia de la Revolución liberal. El territorio Cayambe—Tabacundo—Tupigachi se dividirá en dos espacios: las haciendas de la curia, que pasaron luego al Estado captando toda la zona norte de Cayambe, es decir las actuales parroquias de Ayora y Olmedo; y las haciendas privadas que tomaran el resto del Cantón. La hacienda Guachalá en el Sur (Cangahua) y la hacienda Chungalá en el centro (Cayambe y Juan Montalvo) serán los ejes fundamentales de este sector.

Se van constituyéndo claros ámbitos de poder local que funcionan a partir de una hacienda o un grupo de haciendas, un pueblo rural y la Iglesia que se articula a esa modalidad de división del espacio. De esta manera aparecen los siguientes ámbitos de poder local: en el norte, las haciendas estatales que tienen como centros administrativos, ceremoniales e ideológicos a los pueblos de Olmedo y Ayora; en el centro del cantón las haciendas privadas, especialmente la hacienda Chungalá que tienen como centros ceremoniales a los pueblos de Cayambe, Tabacundo y Juan Montalvo; y al Sur la hacienda Guachalá con el pueblo de Cangahua.

El espacio cantonal, aparece dividido en ámbitos de poder articulados por la hacienda, y el pueblo de Cayambe cumple la función de centro ceremonial de todos ellos.

Un ámbito de poder en esta etapa es una microregión articulada por el poder hacendario, en cuya cúspide funciona la trílogía hacendado—cura—teniente político. La hacienda al captar la mayor parte de la tierra disponible, ayudada por las disposiciones estatales, la ideología y acción de la Iglesia, sujetan a las comunidades indígenas internas bajo el mecanismo del concertaje, y a las externas o periféricas bajo la forma de yanapas, partidos, camaricos, diezmos, etc. Los pueblos rurales, se constituirán en centros ceremoniales, ideológicos y comenzarán a jugar el papel de proveedores de artículos producidos en otras regiones por medio de un naciente número de comerciantes. Los pueblos rurales fueron en principio asiento del cura, teniente político, administradores y artesanos muy unidos a la hacienda, para luego irse convirtiendo en controladores de un capital comercial, van adquiriendo tierra y estableciendo una red social de intermediación y sujeción del campesinado indígena.

El período 1900 a 1950, etapa de las haciendas privadas y estatales orientadas a la producción agropecuaria, va a ser de singular importancia para el movimiento popular.

Los conflictos engendrados por el Sistema de hacienda, habían dado lugar a sublevaciones y a formas de resistencia permanentes que cuestionaron la opresión servil y las excesivas imposiciones de extracción de renta.

Esos conflictos en este período comienzan a estallar con inusitada fuerza en los eslabones más débiles del Sistema, esto es, en las haciendas pertenecientes al Estado.

La Junta de Beneficencia había optado por el arrendamiento de sus haciendas a

otros terratenientes de la zona, que las utilizaban como parte de su estrategia productiva. El carácter de "eslabón más débil" del sistema en estas haciendas viene dado por dos hechos: el carácter del propietario, el Estado, que constituye la expresión de la correlación de fuerzas nacionales, que desde la revolución liberal había señalado al Sistema hacentario como el elemento clave de la dominación terrateniente; y por otra parte, el carácter interno de este tipo de haciendas por la relación establecida entre arrendatario y huasipungueros, en la que el arrendatario no asumía la legitimidad, paternalismo e ideología del terrateniente dueño de su latifundio.

A la relativa debilidad del Sistema en estas haciendas se suma un hecho de gran importancia, la fuerza que cobra en el pueblo de Cayambe el Partido Socialista primero y el Comunista luego.

En Cayambe, en ese medio siglo habían surgido sectores artesanos, comerciantes, especialmente aquellos que intermediaron la venta de Paja Toquilla producida por economías campesinas libres del control hacendario y algunos intelectuales de estas capas medias que constituyeron la base social del movimiento socialista, Manuel Rubén Rodríguez será la figura más importante de este movimiento.

La convergencia de los conflictos internos en las haciendas estatales y el auge del movimiento socialista en Cayambe, que captó la crisis de los sectores urbanos, provocó el surgimiento de un poderoso movimiento campesino en la zona, que fuera pionero de las luchas en contra de la renta en trabajo y por la tierra en el campo serrano, cuna de la Federación ecuatoriana de indios.

La huelga de 1930—31, constituye el momento clave del despegue de la lucha, en la que se produce una alianza entre el campesinado indígena y los sectores populares urbanos, que tendría dos efectos importantes: resquebrajar profundamente al Sistema hacendario por lo menos en la zona Olmedo—Ayora, Juan Montalvo y permitir el acceso de Rubén Rodríguez al Municipio Cayambeño, arrancando de las manos terratenientes el absoluto control que hasta el momento habían mantenido de esta instancia de poder regional.

La experiencia de huelga de 1930—31 y los posteriores conflictos que toman cuerpo con la revolución de Mayo de 1944 demostrarán algunas lecciones políticas necesarias de relevarse: en primer lugar, el papel que juega en la consolidación del movimiento campesino la alianza local con los sectores populares urbanos que provienen de distintas capas sociales que no tienen ligazón con la hacienda; en segundo lugar, la consolidación de ese movimiento regional que envuelve a tres parroquias del cantón a través de la captación de organismos seccionales; en tercer lugar, la posición de las autoridades locales, el jefe Político, los curas, que conducen la represión, intentan poner a su favor a los mestizos pueblerinos, reclaman refuerzos del ejército al Gobierno, razones por las cuales el movimiento campesino reclama su destitución; y cuarto, el correcto aprovechamiento de la coyuntura nacional, en la que la presencia de los partidos socialista y Comunista jugarían un papel muy importante para crear las condiciones necesarias para el desarrollo de la lucha.

El conflicto a una primera lectura parece oponer únicamente a los campe-

sinos contra el Estado, ya que de éste son las haciendas. Esta apreciación lleva a M. Prieto a considerar "que las instancias regionales de poder y de organización mediatizan su acción". Esta lectura no parece recoger todos los acontecimientos regionales. No hay que olvidar que connotados terratenientes de la zona eran arrendatarios de las haciendas, que éstos a su vez controlaban las instancias estatales de poder regional, el Municipio, las Comisarías, las Jefaturas y Tenencias Políticas, etc., la curia, que se mueven activamente para ahogar la lucha campesina.

Hasta 1944, no se había logrado el reconocimiento oficial a la organización sindical campesina, cuestión que dificultaba la continuidad de la labor organizativa y política. Después de la Huelga 30-31 y el acceso fugaz a la Municipalidad de Cayambe de 1932, el proceso de lucha entrará en reflujo, matizado de episódicos enfrentamientos, para recuperarse a partir de la "Gloriosa de Mayo".

Con la legalización de la FEI en 1944, la lucha se consolida e institucionaliza (M. Prieto, 1978), logrando aumentos de salarios, rebajar los excesivos tiempos de trabajo, indemnizaciones por despidos y la abolición del trabajo obligatorio de la mujer. A pesar de la clara percepción que a inicios de la organización había en la FEI del doble carácter del indígena, explotado y étnicamente oprimidos, las modalidades de lucha acentuarán su característica eminentemente clasista.

## REGION Y MODERNIZACION CAPITALISTA

La modernización capitalista del Sistema hacendario es un resultado de una convergencia de hechos, en los que la lucha de clases, los peligrosos conflictos regionales, las iniciativas empresariales terratenientes y el apoyo estatal posteriormente, explicaran el proceso.

Unilateral explicación, constituye aquella de atribuir a la "iniciativa terrateniente" o la "tecnocracia estatal" el papel fundamental de los cambios. Si "separamos" artificialmente a determinadas haciendas privadas de la dinámica regional de Cayambe, probablemente llegaríamos a conclusiones como "la iniciativa terrateniente", pero si analizamos el conjunto regional, el papel que juegan las movilizaciones en todo el sector norte de la región que envuelven a las Parroquias de Olmedo, Ayora, Juan Montalvo y Tupigachi, si consideramos el carácter regional que asume el conflicto, por el tipo de constitución del poder, por el hecho de que los terratenientes arrendatarios eran propietarios privados, por los lazos de afinidad que actúan uniendo a los campesinos de la zona, recuperaremos toda la historia del conflicto, para situar adecuadamente las capacidades empresariales y posibilidades de transformación, que sin duda alguna tienen los hacendados, sobre todo aquellos que captaron los productivos valles interandinos.

La región de Cayambe y parte de Pedro Moncayo, muestran dos zonas diferenciadas; el valle interandino que va de los 2.700 m.s.n.m. a los 3.200, que comprende las cuencas de Cayambe, Ayora, parte de Juan Montalvo, Cangahua, Tabacundo y Tupigachi; y el páramo andino que se extiende a partir de los 3.200 hasta 4.000

que es el límite del habitat humano y del pastoreo, comprendiendo los páramos de Pambamarca, Mojanda Cajas, Olmedo y las estribaciones del Cayambe. La modernización agraria se opera fundamentalmente en el valle interandino y tiene como aspectos centrales los siguientes: la entrega de huasipungos recortando la superficie hacendaria a los valles fértiles, la ruptura de la antigua ligazón con los huasipungueros para pasar a formas asalariadas de contratación laboral reduciendo drásticamente el número de trabajadores necesarios, mecanizando los procesos productivos, el cambio de estrategia productiva para centrarse en la producción lechera, de carnes, harinas y cebada cervecera, el surgimiento de la agroindustria a partir de estos mismos productos, el apoyo estatal y los cambios en el carácter regional de las clases, el poder, el mercado y las modalidades de articulación. Pasemos a sintetizar los aspectos más relevantes de cada uno de estos elementos que nos dan cuenta del proceso de modernización.

### **Entrega de Huasipungos:**

El proceso de lucha en contra de la extracción de renta que había caracterizado al período comprendido entre 1926 a 1950, comienza a reivindicar abiertamente la tierra. Los conflictos que en principio se habían centrado en las haciendas estatales de la región, comenzarán a tomar cuerpo en las propias haciendas privadas. En 1953, estalla un sangriento conflicto en Pitaná en las tierras de la hacienda Guachalá con un saldo de muertos y heridos, la presión de la hacienda Chagalá por parte de comuneros de Juan Montalvo crece inusitadamente, etc.

Se vive una coyuntura en la que los hacendados sienten el peligro de perder sus tierras, el estímulo de la naciente agroindustria, la posibilidad de aminorar los riesgos agrícolas y la de bajar costos de producción; en tanto los campesinos huasipungueros van asumiendo rápidamente la reivindicación por la tierra.

En esas condiciones, serán las haciendas privadas las que tomarán la iniciativa en la entrega de tierras, a partir de 1954, año en el cual la hacienda Guachalá entrega huasipungos de 5 has. de tierra de mala calidad a los huasipungueros, ejemplo que con diversos matices seguirán los hacendados que tenían tierras en el valle.

A partir de la Ley de Reforma Agraria de 1964, las primeras haciendas afectadas serán las estatales, que pasan en mejores condiciones a control del IERAC para entregarlas paulatinamente a los campesinos organizados en cooperativas, que como hemos dicho, fueron los pioneros de la lucha en el país.

Las haciendas ubicadas en el Páramo, optarán en principio, hasta 1964, por resolver la crisis de la renta terrateniente reforzando las relaciones con los huasipungueros, aprovechando la debilidad organizativa de las comunidades de altura. A partir de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria y el despegue organizativo de las comunas de estos sectores, se iniciará una lenta y tortuosa entrega de páramos, cuestión que hasta hoy en día se ha prolongado. Consecuentemente, la modernización de las unidades hacendarias de altura fue lento, muy condicionados por la eco-

logía que no permite altas rentabilidades, debiendo orientar su producción a la cebada cervecera, al trigo y el engorde de ganado.

Luego de 30 años de un proceso desigual, lento, lleno de conflictos, la tenencia de la tierra muestra los siguientes estratos:

De las 62.824 has. de tierras de labranza que tiene el cantón, por sus estrategias productivas se configuran los estratos que siguen: el campesinado indígena que posee menos de 3 has., que controla 2.634 has. o sea el 4,19 o/o de la tierra que producen policultivos andinos para la subsistencia, logrando ciertos excedentes y que constituyen el 66,28 o/o de población; el estrato de campesinos que poseen de 3 a 20 has. que por lo general son mestizos y producen cultivos rentables, controlan 6.127 has., o sea el 9,7 o/o de la tierra y constituyen el 30,4 de la población; el estrato de los hacendados productores de leche por excelencia que tienen unidades que van de 20 a 200 has. generalmente ubicadas en el valle que controlan 4.859 has., o sea 17,7 o/o y que constituyen el 1,9 o/o de la población; y finalmente el estrato que posee de 200 a 2.500 has. que producen leche y cultivos para la agroindustria, controlan 49.213 has., o sea el 78,3 o/o de la superficie y que constituyen el 1,3 de la población (Censo de 1974).

### **Las nuevas relaciones sociales.**

El cambio de la estrategia productiva, el proceso de mecanización y la ruptura con huasipungueros y yanaperos, generalizó las relaciones salariales en las haciendas de la región.

A pesar de la generalización de las relaciones salariales se mantienen ciertas formas de aparcería para determinadas actividades, como la ordeña en ciertas haciendas lecheras, y en la producción de cebada—trigo en las haciendas de altura. De 15 haciendas de altura visitadas en Cangahua, 9 de ellas mantenían alguna forma de aparcería. Estas formas habían cambiado ligeramente, antes se cambiaba pastos por fuerza de trabajo, ahora se cambia el tractor, la trilladora, etc. por fuerza de trabajo.

A pesar de estas modalidades nuevas de aparcería, el grueso de la producción hacendaria se lo realiza mediante formas asalariadas de trabajo que dan empleo a una escasísima población rural, en cambio las relaciones establecidas entre mestizos pueblerinos—campesinos y las establecidas al interior del propio campesinado no tienen el carácter exclusivamente salariales.

En la relación entre mestizos pueblerinos dueños de un capital comercial, especulativo y en ocasiones dueños de tierra, con los campesinos indígenas se ha establecido toda una red social en la que los mecanismos de "partido", compadrazgo, préstamos, compras adelantadas y demás formas de sujeción, constituyen los principales mecanismos de producción. Debido a la variedad de mecanismos y a los cambios que se operan de año en año, resulta difícil medir este tipo de relaciones, pero a guisa de ejemplo, en Cangahua, el 70 o/o de pueblerinos, unas 300 familias, pro-

ducen mediante alguna forma de relación precaria. Estas relaciones son tremendamente explotadoras, que en nuestros cálculos extraen de 2 a 6 veces la inversión realizada, absorbiendo renta no sólo de la familia con la que se conviene el trato, sino a todo un núcleo de campesinos que interviene en el proceso productivo.

Las relaciones entre campesinos indígenas tampoco tienen el carácter asalarado propiamente dicho, puesto que, cuando se pagan salarios intervienen una serie de aspectos de afinidad, prestación de servicios, que le dan otro carácter. Las relaciones más generalizadas son las comunitarias, es decir, la redistribución, la reciprocidad y la complementariedad que cuando se realiza entre iguales adquiere un carácter típicamente comunitario, y cuando se realiza entre economías con diferentes recursos puede entrañar formas de explotación, que resultan muy opacas por la afinidad.

## **LAS ESTRATEGIAS PRODUCTIVAS.**

En el paisaje cayambeño se muestran con claridad meridiana 5 estrategias agropecuarias claramente diferenciables: primero, las haciendas lecheras, que son unidades que poseen de 20 a 200 has., ubicadas en los valles, que dedican un 96 o/o de su suelo a la actividad lechera; segundo, las unidades que poseen de 200 a 2.500 has. cuyos territorios toman sectores de valle y de Páramo, por lo que, solo en un 40 o/o dedican su suelo a la producción lechera, y el 60 o/o restante lo dedican a la producción de cebada cervecera y trigo; tercero, las cooperativas campesinas de Olmedo que recibieron las haciendas estatales en el proceso de Reforma Agraria que producen colectivamente leche y de manera familiar producen policuitivos andinos para la autosubsistencia; cuarto, un alto número de unidades que oscilan entre las 5 a 20 has. que generalmente poseen tierras ubicadas por sobre los 3.200 m., son en su mayoría mestizos pueblerinos que dedican sus tierras a determinados cultivos andinos rentables para el mercado urbano como la cebolla, papa, cebada, haba, o para la agroindustria cultivando trigo y cebada cervecera; quinto, el grueso de comunidades andinas, que reconocen a su vez dos estrategias productivas: las que se sitúan de 2.800 a 3.200 m.s.n.m. que sobre la base del maíz articulan su producción de fréjol, chochos, zambos, quinua, etc., su rubro pecuario es escaso, su acceso a la tierra es el más bajo de todos los grupos sociales, pues son unidades menores de 3 has. que deben completar su estrategia de sobrevivencia ofreciendo su fuerza de trabajo en Quito; por otro lado, las comunidades situadas por sobre los 3.200 m.s.n.m. cuya producción gira sobre la papa, combinándola con cebada, haba, chochos, quinua, etc., tienen acceso a páramos de pastoreo, su proceso migratorio es menor, producen para la autosubsistencia, logrando escasos excedentes que son intermediarios por los pueblerinos dueños del capital comercial.

Estas estrategias productivas se fueron configurando a partir de 1950. Hasta este año, solo un 18.1 o/o de las haciendas se dedicaban a la producción lechera, como actividad principal, puesto que, como habíamos señalado, el período 1900—

1950 privilegió la actividad agrícola. Luego de los procesos de entrega de huasipungueros se acelera el cambio de la estrategia productiva, para 1960 tenemos ya un 52.9 o/o de las haciendas dedicadas a la producción lechera, para incorporarse otro 40 o/o a partir de 1970. (Barsky y Cosse, 1981).

El proceso de cambio de estrategias productivas centró su atención en principio en el mejoramiento genético contando con el apoyo de las asociaciones corporativas y las casas comerciales. El salto cualitativo, lo darán con fuerte apoyo estatal que les permitirá incorporar praderas artificiales, merced a la política de incentivos a la importación de maquinaria, los créditos, la investigación de pasturas y su manejo de INIAP. De esta manera se pasa de una productividad promedio de 2 litros por vaca en 1930 a 10 litros en la actualidad.

En 1960 comenzó a surgir la agroindustria, bajo la modalidad de asociaciones de ganaderos que montan plantas procesadoras y a partir de 1975 surgen empresas con participación Estatal y otros accionistas incluyendo al capital multinacional. En efecto en Cayambe está instalada INEDECA de capital multinacional que ocupa el 4to. puesto en la producción nacional, la González, la Durán, la Campiña, de accionistas individuales y ganaderos. Concomitantemente se fueron montando las agroindustrias de las harinas y los fideos, como rubros complementarios de los industriales de la leche, en tanto la cebada cervecera busca su mercado en Quito. Este proceso dio lugar al surgimiento de una clase obrera asentada en Cayambe, que llega a unos 1.000 jefes de familia. En cambio en la producción agropecuaria del campo, absorben poca fuerza de trabajo que en el caso de las unidades mayores a 500 has. emplean un promedio de 35.6 trabajadores, en las unidades lecheras el promedio es bajísimo de apenas 10 trabajadores, hechos que nos informan de un proletario rural escaso.

Las agroindustrias de la leche captan la producción de las unidades mayores de 20 has. y la leche de las cooperativas campesinas de Olmedo a través de intermediarios para evitar reclamaciones directas, a tiempo que desplazan el problema de los precios al valor final del producto en el mercado, lanzando la consigna de construir un frente común entre agroindustriales y ganaderos para exigir al Estado mejores precios.

Las unidades menores de 20 has., en la que se incluye la pequeña producción de algunos campesinos indígenas, no va a la agroindustria, sino al mercado local o a las queserías caseras que se mantienen en la zona, sin poder ser borradas por la agroindustria.

## **CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DEL PODER SUSCITADOS EN LA REGION**

Aquí nos haríamos una pregunta clave: ¿Cayambe es o no una Región?, ¿en qué sentido se relativiza esta concepción?

El cambio fundamental es evidentemente el proceso de modernización de las haciendas, que acaba con la estructura regional de su poder, para convertirse en clases

nacionales. Sus principales intereses ya no se juegan en la Región de Cayambe, sino en Quito. Todo el proceso de mejoramiento genético se desarrolló en las asociaciones ganaderas nacionales; la política de presión sobre el Estado para obtener incentivos a la importación, la experimentación etc. lo desarrollaron como gremio nacional; la asesoría técnica, la introducción de todo un paquete tecnológico extranjero con las multinacionales y Casas Comerciales también lo llevaron a cabo como Corporación. Solamente algunos pequeños rubros de crédito los vehiculizan a través del BNF de Cayambe que en poder real tiene mayores fondos de la Municipalidad. Para los hacendados sus intereses a nivel de la región de Cayambe, parecen reducirse abrumadoramente: la construcción de caminos hacia sus predios utilizando al Municipio, el control del BNF local y cierta relación con otras instancias estatales para resolver determinados problemas que pudieran presentarse.

Estas características de la hacienda moderna lechera, son válidas también para la agroindustria, aunque ésta debe transar con los trabajadores de sus fábricas. Se produce entonces una especie de delegación del poder formal del Municipio, Comisarías, Jefaturas y Tenencias Políticas a sectores medios pueblerinos, muchos de los cuales se cobijan en el Partido de estos terratenientes modernos, la Izquierda Democrática.

Esta burguesía agraria y agroindustrial no es local, sus intereses no tienen relación con la región, no generan ninguna alternativa distinta a la actual dinámica de la acumulación.

Por su parte los hacendados que combinan la lechería con rubros agrícolas en el páramo, que requieren mayor cantidad de fuerza de trabajo, que mantienen algunas formas de aparcería, que demandan del Municipio vías, del BNF algunos créditos, desarrollan cierta actividad regional a nivel de gremio, pero, su actuación fundamental se da a través de sus gremios nacionales. La concentración de las tierras en sus manos, genera permanentemente expectativas campesinas y la respuesta terrateniente que va desde la organización de bandas armadas bajo su propio financiamiento, a la utilización de poderes institucionales locales, para mantener la polarizada estructura de tenencia de la tierra. El mercado de sus productos: cebada cervecera, trigo, forrajes, son las agroindustrias de Quito y Cayambe.

El poder regional, más bien ha tomado la forma de ámbitos de poder que giran alrededor de los comerciantes de los pueblos, especialmente de aquellos que controlan el transporte, disponen de un capital comercial y poseen tierras con cultivos rentables. Estos ámbitos de poder, que funcionan desde los pueblos rurales, sometiendo a las comunidades campesinas a una gruesa periferie de pueblerinos mestizos pobres que participan en el proceso de comercialización de los productos, son estructuralmente menos sólidos que los antiguos ámbitos de poder a cuya cabeza se encuentran los terratenientes.

La escasa solidez del control de los comerciantes se debe a que, los campesinos para su reproducción migran al mercado de trabajo de Quito, transformándose así, "eventualmente" estos campesinos en clase nacional y debido a que un apreciable número de comunidades no produce excedentes comercializables, relativizando así

el control de los comerciantes pueblerinos.

Estos comerciantes, empero, han construido toda una red social de sujeción a las comunidades de altura que generan excedentes comercializables, controlan todas las instancias de poder estatal, que les permite mantener viejos mecanismos de sujeción ideológica y represiva completamente antidemocráticos, en los que se articula la dominación clasista, con la dominación étnica.

El campesinado por su parte, envuelto en esta gama de contradicciones, se plantea contemporáneamente tres reivindicaciones claves: Primero, el acceso a los recursos de tierra y caminos; segundo, la ruptura de las formas de dominación oligárquica y sujeción al capital comercial; y tercero, la lucha por un proceso de integración a la sociedad nacional en la que se respeten la cultura, autonomía y las bases materiales de su reproducción. De esta forma, enfrenta a los terratenientes, al Estado y a las oligarquías pueblerinas.

## LA PARTICIPACION POLITICA

El modelo de desarrollo del capital que se viene implementando en la zona resulta nefasto para los Cayambeños, por las características que éste ha asumido: una modernización reaccionaria de la agricultura y una puntual industrialización que cosecha los recursos regionales para extraer excedentes que no sirven al desarrollo del área.

El carácter reaccionario de la modernización agraria es evidente, no resuelve el problema de la producción de alimentos para la zona urbana porque la estrategia productiva busca mercados selectos, no ofrece ocupación a la extensa fuerza de trabajo que arrojó a la ciudad, por ser un modelo concentrador y excluyente tanto al acceso a la riqueza, como de la participación en el proceso de decisiones a los sectores campesinos.

La agroindustria por su parte, recoge los recursos zonales: leche, trigo, debada, para procesarlos utilizando escasa mano de obra que alcanza un millar de personas, cuyo peso político es muy incipiente, realiza esos productos en el mercado nacional, pero no reinvierte los excedentes acumulados en la zona, puesto que, al tratarse de accionistas con perspectivas nacionales y multinacionales, ubican esos capitales en otros sectores más rentables fuera de la región, dedicando a la zona, los recursos mínimamente indispensables, prefiriendo apoyarse en los créditos estatales destinados a Cayambe, que son usufructuados por estos sectores, sustrayendo capitales potenciales a los agricultores cayambeños.

El campesinado, sería por el momento en la zona, el más opcionado para plantear un cambio total de este Modelo, sin que ello signifique que discutamos el papel dirigente del proletariado en el nivel nacional, sino que, enfatizamos el rol campesino en la región, por la escasa dimensión cuantitativa y cualitativa de la clase obrera.

Un cambio drástico del Modelo, plantea por lo menos tres problemas claves: una redistribución de los recursos de tierra y riego, un control de la comercialización

y procesamiento de los excedentes por los propios campesinos y un cambio de la estructura de poder, liquidando las formas oligárquicas en los ámbitos del poder. Este nuevo modelo podría ser implementado por el campesinado en necesaria alianza con sectores populares, como los obreros, los pobladores, los pequeños artesanos y la periferia del Capital comercial.

Los excedentes campesinos comercializables, son controlados en la actualidad, como ya hemos dicho por una oligarquía pueblerina, que se ha venido consolidando y fue la principal beneficiaria con la ruptura de la hacienda tradicional. Estos sectores, estarían empeñados en disputar el acceso a los recursos a los campesinos y hasta podrían disputarles a las haciendas lecheroagrícolas. Empero, el papel de sojuzgamiento que juegan en la zona en lo económico, político y cultural, dificultaría una alianza con ellos, constituyéndose más bien en elementos que exacerbaban las contradicciones. Los comerciantes son sin embargo frágiles por depender de la producción campesina, ello los vuelve muy susceptibles y reaccionarios frente a cualquier intento organizativo campesino, cuestión que los torna aliados sin beneficio de inventario de los terratenientes.

El Estado frente a los modelos en disputa, parece adoptar dos posibles comportamientos: la actitud más extrema que expresaría un apoyo al modelo vigente sería aquel que sostenga represivamente la actual estructura de la tenencia de la tierra y el riego, que no afecte los circuitos de comercialización actuales y marginalice a los campesinos de servicios e infraestructura. Este parece ser el programa que impulsarían los terratenientes lechero-agricultores, la oligarquía pueblerina a través del Frente de Reconstrucción Nacional.

La otra posibilidad, parece ser una opción centrista que intentaría afectar parcialmente al modelo, sin tocar a los terratenientes, pero sí a la oligarquía pueblerina. De este modo, esta opción sostendría la estructura de tenencia de la tierra y el riego, podría crear nuevos mecanismos de comercialización y procesamiento de la producción campesina, realizaría algunas obras y dotaría de algunos servicios para el campesinado. Es evidente que esta opción centrista, intentaría modernizar los gastados mecanismos de dominación oligárquica, reducir la marginalidad que produce grandes problemas de migración a Quito y buscaría producir alimentos baratos a Quito, apoyando este modelo. De este proyecto participarían la Izquierda Democrática y el Partido Demócrata, contando con el apoyo de los hacendados lecheros y una parte de los comerciantes pueblerinos.

Para el Movimiento Popular, resulta necesario construir su propia expresión política de cambio radical del Modelo y buscar aliados, aprovechar las coyunturas, aislar al máximo a los reaccionarios.

El sistema de alianzas debe contemplar la dinámica regional aún existente y la articulación de la región a la dinámica general. Sus aliados deben constituirse a nivel regional y nacional.

En el nivel regional, los campesinos está dotándose de organizaciones regionales modernas para asumir la lucha por recursos, contra la dominación local, nacional y por

un nuevo tipo de integración. Si se consolida el Programa de cambio del Modelo, estas organizaciones serán las bases para articular al conjunto de organizaciones populares del sector, buscando atraer con beneficios claros a los artesanos y a la periferia del Capital comercial.

Si son las organizaciones populares la base de este cambio del modelo, la expresión política partidaria debe constituir un espacio en el que cristalicen el Programa y las alianzas. La construcción de un Frente de Izquierda, como espacio amplio y democrático, se sustenta prioritariamente en las organizaciones populares y atrae a las organizaciones políticas, para viabilizar el Proyecto, buscando las coyunturas adecuadas para su crecimiento y fortalecimiento.

**taller**

---

---

## CONCLUSIONES DEL TALLER: NACION, REGION Y PARTICIPACION POLITICA

*Participantes: R. Guerrero, J. Echeverría, G. Ramón, L. Verdesoto, G. Fuentealba, Erika Silva, M. Chiriboga, C. Jara, J. Mora, J. Trujillo, J. Sánchez—Parga.*

---

El tema ha sido delimitado respecto a la cuestión regional, la vinculación y especificidad de la estructura regional respecto del movimiento popular. En primer lugar, el hecho de que parte de los sectores populares y particularmente los grupos campesinos se encuentren relacionados con fracciones de capital, y que dada la debilidad de los recursos de estos sectores, se hagan necesarios para la reproducción de las unidades campesinas, determina una forma de relación social y política, y también que estos grupos populares se encuentren vinculados a ámbitos locales y regionales de poder.

Otra delimitación hace referencia a la modernidad de la constitución de las clases sociales. El Ecuador surge a la vida republicana en un espacio fuertemente compartimentalizado, en ámbitos de reproducción de relaciones sociales, que mantienen un conjunto de autonomías entre ellas; aún más, buena parte de la circulación del excedente logrado en estos ámbitos regionales no se relaciona con el mercado interno que les dé cierta lógica, sino muchas veces se relaciona con mercados externos. Obviamente que en la base de esta modalidad de constitución de las clases sociales está la estructura de funcionamiento de la hacienda, que gamonaliza el tipo de relaciones sociales en el campo.

Una tercer delimitación haría más bien referencia a las modalidades del desarrollo capitalista, que se relaciona con el desarrollo desigual, y que constituye ciertas regiones donde se completa el ciclo de reproducción del capital, ciertas regiones de alto desarrollo capitalista (sierra norte, espacios de la costa) que imprimen una dinámica particular a otras regiones, y donde la penetración del capital se da fundamentalmente en el ámbito mercantil.

En conjunto estas consideraciones estarían señalando la existencia de una problemática regional en el país, como ámbitos de reproducción de las relaciones sociales, caracterizadas por modalidades específicas.

Ha habido siempre un problema en el planteamiento de lo regional: el hecho de que implícitamente se está tratando la organización del espacio como efecto de la acumulación y desarrollo del capital, siendo precisamente éste el factor que define lo nacional, entendido como la constitución del capitalismo nacional, de lo político

y de los movimientos sociales que tienen que ver en su lucha nacional. Este doble nivel de lo económico y de lo político está claramente patentizado en las mismas instituciones políticas del Estado.

Sin embargo hay otro nivel regional o local, que no está necesariamente cristalizado en instituciones y que sería objeto de discusión: en qué medida esas formas de participación son peculiares en el sentido de que se desencajen o no aparecen tan claramente dentro del esquema normal de la participación política.

Es preciso reconocer que lo nacional no es necesariamente el ámbito centralizado y homogeneizador de las fracciones económico sociales, y que el desarrollo capitalista no necesariamente genera esa función integradora del estado, sino que en cualquier tipo de desarrollo de sociedad capitalista se dan ámbitos de regionalidad donde las luchas políticas y la articulación de clases tienen un carácter local.

Las concepciones dogmáticas de la izquierda trasladaron las categorías del desarrollo capitalista a Am. Latina tratando de ver clases nacionales en sociedades donde todavía no existían como tales. Incluso en el caso de la Cuenca Baja del Guayas, y a pesar del desarrollo del movimiento campesino y la experiencia política que allí se dió, toda la práctica política se llevó a cabo pensando en clases nacionales; de ahí la importancia que la izquierda le atribuía a las centrales sindicales. Ya antes de 1979 la izquierda empieza a superar esa concepción y empiezan a aparecer sectores que no tienen una expresión política definida, que no están presentes como organizaciones políticas, sino que se han desprendido de las organizaciones, y que empiezan a desarrollar un trabajo teórico y político diferente.

Cuando se plantea qué significa la participación electoral de los movimientos regionales y locales, el problema habría que profundizarlo; no planteado en esos términos porque al hacerlo así se puede caer en una concepción instrumentalista del problema, sino más bien cómo estos movimientos locales y regionales utilizan el proceso político para fortalecerse. Este enfoque requiere tener presente las dificultades y obstáculos de una sociedad constituida de manera fragmentaria y heterogénea, y las limitaciones del mismo proceso de democratización en el Ecuador. Es decir, estos movimientos regionales responden siempre a intereses particulares, que no encuentran un asidero e intereses comunes, a partir de los cuales constituir un proceso político nacional, y de democratización real y homogénea del Estado. El problema se hace complejo en las implicaciones y consecuencias de una estrategia que va a plantear las formas de lucha desde lo regional, y que por su misma constitución no podrá desarrollar nunca una lógica nacional, con todas las limitaciones que ésto presenta al mismo movimiento regional.

Esta tensión entre lo regional y lo nacional en el ámbito de lo político se reflejará también en el Estado, las instituciones públicas y los partidos, privilegiándose en estos niveles la dimensión más bien nacional. Mientras que lo regional no encontraría o encontraría con dificultad espacios de expresión institucional, vinculándose más bien a cierto funcionamiento de la acumulación, a fracciones locales de capital que se reproducen en ámbitos locales, pero que crecientemente entran

en tensión con procesos de acumulación más nacionales. Por ejemplo, el proceso de migración, la venta de fuerza de trabajo, que como tal estaría significando una relación más directa, menos mediatizada por estos sectores políticos.

Cabe además preguntarse cómo el Estado como ámbito de lo nacional cubre lo regional; qué tipo de presencia institucional tiene el Estado en lo regional y lo local. A estos niveles del espacio socio económico y político el Estado no aparecería presente tanto a partir de las instituciones sino más directamente a nivel de los funcionarios, y por lo tanto las relaciones de poder estarían más personalizadas, muchas veces imbricadas a las características de la vinculación entre el proceso reproductivo de los campesinos y las expresiones locales de la acumulación del capital.

Estos campesinos que empiezan a proletarizarse van vinculándose al capital nacional e internacional, y por lo tanto van modificando sus condiciones organizativas y de participación política. Pero este aspecto resulta limitado en la medida en que se reconoce que el espacio de reproducción de estos grupos está todavía vinculado mucho más a lo regional y local. El acceso a recursos, las relaciones interfamiliares, que establecen los ámbitos rituales y culturales con los que se relacionen, marca incluso la especificidad de su vinculación con el proceso de acumulación global. Esto estaría mostrando la necesidad de organizar estos sectores a partir de estas prácticas que los mantienen dentro de sus ámbitos de reproducción concreta: por ejemplo, la comuna frente al sindicato.

Estamos frente a una forma de Estado que no podría ser reducida al paradigma liberal, en el cual se da un mercado interno y cuya dinámica hace superflua la intervención estatal para integrar los ámbitos locales y regionales dentro de la unidad económica y política nacional. Dentro de este mismo paradigma habría que comprender también la función que cumplen los sindicatos y gremios nacionales, en tanto integradores y articuladores de los movimientos y organizaciones regionales dentro de una lógica nacional de las luchas populares. A lo que nos enfrentamos no es a esta forma de Estado, sino a aquella en la que se combinan los elementos de integración vía mercado, elementos que son insuficientes, y elementos de integración vía participación directa del Estado a través de sus aparatos, funcionarios. El Estado desempeñaría así un doble papel: legitimador de las estructuras socio económica y una función constituyente y dinamizadora de dichas estructuras.

Por eso no todo el eje de la lucha política de los sectores populares pasa ni ha de pasar a través de esas formas de institucionalización; es claro que en el momento actual existen muchas otras formas de participación que no están necesariamente canalizadas a través de esos mecanismos tradicionales, que son los sindicatos, los partidos, el parlamento, el ejecutivo, etc. Hay otro eje de integración que se presentaría justamente en ausencia de la capacidad de integración del mercado interno, y que es el que desempeña el Estado interviniendo directamente, y generando en consecuencia nuevas formas de conflictos y de lucha, y también nuevas modalidades de expresión y participación política de los sectores populares.

Estas formas modifican por un lado el nivel cualitativo de la intervención del

Estado, el cual deja de ser un simple garante de las reglas y del funcionamiento del mercado, del intercambio de fuerza de trabajo, etc., y pasa a ser contraparte directa de esos procesos. El Estado se convierte así en el eje de negociación directa con los sectores sociales. Entonces, estamos frente a un Estado que ni es el Estado garantista ni tampoco solamente el Estado intervencionista, sino un Estado que está manejando dos estrategias de integración: una legitimadora de los mecanismos y procesos del sistema, y otra más operativa, más política económica, y que presupone una relación de contraparte con los sectores sociales. Así aparece el Estado como una contraparte más en el conflicto político, y menos —o no solamente— como el garante o árbitro externo del conflicto social.

Esta doble firma de intervención del Estado estaría explicando la desarticulación estructural, en la que se encontrarían los movimientos sociales y populares, los cuales tendrían que enfrentarse a dos formas de lucha o de intervención conflictiva: una clásica o tradicional, a través de los mecanismos institucionales, y otra, nueva, directa, en la cual los elementos de lucha adquieren un aspecto más corporativo respecto del Estado.

Lo local y lo regional, particularmente en aquellas regiones caracterizadas por un más débil desarrollo capitalista, donde el capital interviene fundamentalmente en el ámbito mercantil y no tanto en la producción, es factible una modalidad diferente en la función del Estado, casi de no-intervención como institución, creándose más bien una situación en la cual es en los ámbitos privados de la relación entre sujetos, donde el Estado se incrusta o recoge ese sistema de relaciones, el funcionario público reclutado entre los comerciantes, tinterillos de los pueblos, que no responden a una lógica nacional del Estado, sino que se ancla muy directamente en el tipo de relaciones sociales muy concretas de esa localidad. Aquí lo estatal es más la presencia del funcionario vinculado a las formas del poder local, que respondiendo a una lógica nacional. Esta parecería ser una situación muy corriente en espacios de un bajo desarrollo capitalista, al que obviamente el Estado se acopla.

Estas dos formas de existencia del Estado frente a lo nacional y lo local planteará dos formas de estrategia política al movimiento popular. Cuestión a ser debatida más adelante.

La forma en que se constituye la institucionalidad del Estado, la organización de sus aparatos y el funcionamiento de su burocracia es a través de vínculos de dependencia personales. No se trata de una burocracia racionalizada, sino que reproduce los mismos vínculos de dependencia y clientelismo en el aparato estatal que encontramos en los ámbitos regionales.

Los movimientos locales o regionales que se constituyen a partir de sus propias lógicas, en las cuales los vínculos de dependencia y clientela tienen un papel muy relevante, sin embargo entran en negociación con el Estado. Y aquí se muestra la complejidad del problema en relaciones donde el carácter personal se opone al contractual. Más aún la prevalencia de este tipo de relaciones más personales que contractuales entre el movimiento popular y la institución del estado se justifican todavía por la

debilidad que tienen las instituciones de representación de los movimientos gremiales populares o campesinos.

En el concreto contexto de Jipijapa donde existe una Cámara de Comercio muy fuerte, una Junta de Recursos Hidráulicos también fuerte, y para apoyar la economía regional, el Programa Nacional del Café. ¿Qué es Jipijapa, sino un espacio donde el peso de la economía está en manos de la producción cafetalera llevada por pequeños productores campesinos? Esto se constituye históricamente vinculando a esos campesinos al mercado externo, y en la formación de las clases y donde la clase local dominante, la oligarquía de los comerciantes, absorbe el mayor porcentaje del poder. Aquí se da un poder político regional en manos de un grupo que se reproduce gracias a su presencia en la institucionalidad local. Organismos como el Banco de Fomento, Banco Central, Programa Nacional del Café, que son los más representativos de la economía local, y a los que se articula el aparato del Estado, están controlados directa o indirectamente por la burguesía comercial. Ejemplo característico de esta doble articulación regional—nacional es el Programa Nacional del Café, cuyo director fue hasta hace poco el hijo de uno de los más grandes compradores de café del país y quien controlaba el negocio cafetalero a nivel nacional. El delegado en Jipijapa de este organismo es pariente. También la Junta de Recursos Hidráulicos es manejada por los propios comerciantes locales. No es tanto la delegación personal sino que es la apropiación por un grupo de las instituciones locales o su influencia directa sobre ellas.

Lo regional es componente indispensable de todo lo que fue la matriz oligárquica, esa gamonalización del espacio nacional. No parece, pues, muy aceptable la idea de que el proceso de constitución de lo nacional y la dinámica de un movimiento de integración acarree la liquidación de lo regional, que comenzaría a socabarse en beneficio de la constitución de lo nacional. Si bien lo regional es una visión muy oligárquica y parece tener un peso muy específico, y refleja esa imagen de un Ecuador dividido en tres regiones, la constitución del desarrollo capitalista desigual constituye nuevamente la realidad regional en nuevas condiciones, sobre nuevos ejes, con nuevos factores y mecanismos, que obligarán a redefinir aquella visión y conciencia de tres ecua-dores.

En este sentido no se puede hablar con absoluta propiedad de un poder regional versus el poder nacional dentro del desarrollo capitalista. Lo regional es una instancia en la cual se va organizando dicho desarrollo a nivel nacional; en la cual se puede hablar incluso de sociedades regionales organizadas en torno a ejes regionales. Puede verse también todo este proceso de constitución de lo regional en el caso de la amazonía, una región que por supuesto no es homogénea sino articulada por diferentes ejes y ámbitos.

Desde este punto de vista no se ve una oposición entre lo nacional versus lo regional, aunque lo regional en términos oligárquicos sea cuestionado y muy duramente por la constitución de lo nacional, del desarrollo del capitalismo y de la mo-

dernización del Estado. No sólo ambos niveles tienden a coexistir sino que lo regional tiende a constituirse en una condición de lo nacional.

Esto nos lleva a plantear el problema político. Qué es lo que ocurre con estos poderes regionales?. ¿Qué es lo que ocurre con las clases dominantes regionales?, ¿qué capacidad de legitimidad tienen sobre este conjunto de sectores que se van redefiniendo en este proceso de modernización del país en general?

En alguna medida habría que ver en estas clases regionales un poder de convocatoria importante, que pueda suscitar movimientos regionales, y que sobre las lealtades o las adscripciones a las clases sociales nos está dando una entrada, en la cual se están generando nuevas legitimidades o identidades, y que a su vez generan movimiento en base a la adscripción de un poder en el lugar de nacimiento, en base a la adscripción, a la capacidad de ese espacio, que es más bien un espacio de identidades.

En ese sentido, hay que verlo no como un problema de identidad circunstancial sino que nos permite adscribir al problema de la conciencia en los movimientos sociales.

Desde un punto de vista objetivo tenemos constituido supuestamente un proletariado, pero desde el punto de vista de su conciencia, de sus lealtades, de su identidad, tenemos constituido proletariados regionales que tienen más bien sus lealtades hacia esas clases regionales que a las plataformas nacionales que se han levantado dentro de la izquierda.

Enfrentando el problema de los movimientos sociales regionales, tratamos obviamente de movimientos pluriclasistas, cuya especificidad que está fuertemente cruzada por un lado, por una demanda de desarrollo equilibrado contra un desarrollo centralizador que logra convocar a un conjunto de sujetos locales y regionales; pero que por otro lado, la cruza también una identidad regional, que le da coherencia y le permite comportarse como tal. Este es un primer ámbito de movimientos sociales regionales. Todos estos paros provinciales, cantonales, son un ejemplo de ésto.

Una segunda línea de movimientos sociales, es este conjunto de movimientos que más bien estarían o serían movimientos intra-regionales en torno a la distribución del excedente; por ejemplo, todos estos movimientos de cantonización, en tanto búsqueda de asignación de recursos específicos por parte del Estado, es también una disputa entre grupos locales por la distribución del excedente. Tipo diferenciado del anterior.

Generalmente la izquierda no ha logrado movimientos sociales regionales que constituyan enfrentamientos entre clases subalternas regionales y clases dominantes. Sin embargo esta tercera posibilidad de movimientos social-regionales se observan en países vecinos y también leyendo entre líneas en los mismos movimientos ecuatorianos lo que podría ser un rico filón del quehacer político. Obviamente, queda siempre por establecer la vinculación que este tipo de enfrentamiento podría tener, o qué concreción tendría en lo político, electoral-partidario-regional, y cómo podría darse.

En todo caso cuando hablamos de movimientos sociales regionales es impor-

tante especificar a qué tipo de movimientos nos referimos. Da la impresión de que hay diferentes situaciones regionales, diferentes movimientos sociales, y hay diferentes formas de articulación en los 2 casos.

En el sector Cayambe en los últimos tiempos se han vivido 4 tipos de formas que ha asumido el movimiento popular: Una en la que el enfrentamiento no se da con ningún sector regional sino con los terratenientes que tienen una dinámica más bien nacional y gremial. Hay otro tipo de movimientos de estos sectores populares que se enfrentan con los sectores mercantiles, con aquellos campesinos que han logrado acumular algunos excedentes y se han convertido en una pequeña fracción que tiene un capital comercial y con el que han acumulado un cierto poder; los cuales tampoco plantean una forma de articulación vieja, sino nueva, completamente actual de la dominación. Frente a este tipo de capital comercial se ha dado un segundo tipo de lucha.

Un tercer tipo de luchas más bien enfrenta el movimiento popular con el Estado, y el Estado adopta formas regionales de planeamiento, convocando a sectores regionales también que comienzan a movilizar y a constituir.

Una cuarta forma de lucha que se ha observado allí, es una lucha por la captación de instancias regionales de poder; casi formales (luchas por captar las tenencias políticas, comisarías, municipio, que es sumamente menos importante que el B.N.F. en términos de recursos, etc.)

Veríamos entonces, que en un mismo movimiento y de manera contemporánea, el movimiento popular debe enfrentar concomitantemente a clases regionales, a clases nacionales y a un Estado que adopte determinadas modalidades regionales en determinados momentos y a determinadas políticas de integración nacional más general.

La dificultad entonces para el movimiento popular reside en racionalizar simultáneamente su actividad y poder enfrentar a estas distintas modalidades.

Ahora bien, da la impresión que la posibilidad del desarrollo político en esas condiciones del movimiento popular al enfrentar simultáneamente a estas distintas clases nacionales regionales y modalidades del desarrollo capitalista de la sociedad nacional, requiere o plantea de un espacio básicamente regional; y advierte modalidades de articulación con lo nacional. Y esto precisamente porque los enfrentamientos que podrían permitir la generación de un movimiento popular van nutriéndose a partir precisamente de estas contradicciones locales para poder desarrollar luego o concomitantemente planteamientos de carácter más general. Esta parece ser una de las dinámicas que evidentemente se están desarrollando.

Surge una inquietud a cerca de cómo se ha entendido lo nacional. Cuando se habla de nacional se puede estar partiendo de la premisa de que existe un espacio nacional consolidado, a pesar de que existen diferencias regionales, de que existe un Estado nacional hecho, a pesar de que existen espacios de su propia constitución, pero que de hecho existe.

Es imprescindible la discusión de lo nacional para entender la cuestión regional y desde esa perspectiva se puede entender los movimientos sociales populares de base regional. Porque, evidentemente nos encontramos frente a una redefinición de la cuestión regional, pero en el marco de la constitución de lo nacional; es decir, de un espacio nacional que todavía no está hecho pero que se está redefiniendo también en función de una nueva redefinición de lo regional. Podemos por ejemplo plantear que existen movimientos populares de base regional, local, exclusivamente, que pueden responder a una matriz tradicional inclusive, a pesar de ser populares, precisamente porque existe una articulación interclasista a nivel de las clases dominantes y de las clases subalternas en lo regional; pero pueden existir movimientos regionales de carácter nacional, por ejemplo el caso de movimientos indígenas que se pueden dar en regiones de la amazonía, que a pesar de estar desarrollándose en espacios regionales delimitados, tienen una perspectiva de carácter nacional, en tanto contenido de sus luchas apela a algo más que a su propio espacio regional.

En el problema de la regionalización parece ser que es el Estado y el Capital el que tiene la capacidad de definir las regiones. Esto crea siempre una gran limitación, muchas veces al movimiento campesino. Aparece de manera muy concreta en esos nuevos espacios de regionalización o de ámbitos regionales que son los espacios de desarrollo. Prácticamente con este diseño, sea de lo regional, sea de estos ámbitos más locales, el movimiento campesino popular queda captado incluso en sus luchas, en sus reivindicaciones, en sus maneras de participar a estos ámbitos previamente delimitados por el capital y por el Estado, lo cual muchas veces fragmenta al movimiento, lo limita en fases difíciles de superar, la circunscribe algunas veces a enclaves territoriales que prácticamente no llegan a trascenderlos por la dinámica del mismo movimiento en una región previamente definida, y donde éstos están destinados a limitar sus programas y sus luchas.

Es el capital el que impone un modelo de desarrollo regional y esa es una dirección del proceso; pero a partir de montar la correlación política, regional distinta ¿es posible incidir sobre ese modelo de desarrollo, sea como forma de resistencia, de reforma, de crear un "territorio libre". Pienso en el tipo de alianza que la izquierda está creando en el Carchi. Qué significa esto en términos de los muchos otros casos de alianza? A nivel de bloque dominante hay otro tipo de alianza; en el 80 se dio la más variada gama de alianzas conocida en el país; de todas las fuerzas políticas de centro. La pregunta va más allá; hasta dónde cambiaron los actores sociales regionales al convertirse en actores políticos; evidentemente el proceso de democratización trajo un remozamiento aunque sea en las formas de los actores políticos locales. El hecho de que el centro haya ganado unitariamente las elecciones en el año 80 a nivel local, a través de nuevas formas de centro, nuevos partidos de centro, y se han desfigurado las antiguas representaciones políticas locales, CFP, CID, Velasquismo, etc. Estos partidos políticos que dejaron de existir en ciertos niveles locales, significa varias posibilidades: 1) se rearticuló el viejo poder local a los

nuevos partidos? 2) Hay un nuevo poder local que está expresándose en los nuevos partidos? 3) Hay una mezcla de las 2 cosas. Esto puede llevarnos a pensar como se van dando las tareas que debe afrontar un movimiento popular a nivel local. Es decir, el problema talvez no esté tanto en llegar a la constitución de una correlación política nacional distinta a través de la local. Talvez la tarea sea la fortificación de la sociedad civil local como forma de constituir un espacio de crecimiento de mediano plazo hacia lo nacional. Talvez la tarea es la densificación de la sociedad civil local, y a través de la más variada gama de alianzas posibles.

\* \* \*

Hay 3 asuntos claves del actual modelo que se desarrolla en Cayambe: 1) El problema de los recursos de tierra y riego, sostener ese tipo de tenencia de la tierra y del riego es un elemento clave; 2) El problema de mantener el tipo de agro—industria que se viene desarrollando en la zona, y, 3) Mantener el tipo de comercialización que se viene dando.

Da la impresión que el comportamiento estatal podría asumir 2 posibilidades: 1) que podría ser una posibilidad de centro, aquella que podría mantener casi intocado el problema de la tierra y del riego; podría intervenir parcialmente sobre la comercialización y podría de alguna manera redistribuir recursos sobre el campesinado. Esta, una posible actividad de centro. Una posible actividad muy derechista sería aquella de sostener firmemente el tipo de tenencia actual de la tierra, mantener los actuales circuitos de comercialización y más bien marginalizar un poco a los sectores populares campesinos.

La afectación concreta de ese modelo supondría 3 cosas: a) afectar definitivamente la tenencia de la tierra y el riego; b) afectar los circuitos de comercialización y procesamiento de productos; y, c) la posibilidad de organizar a una alianza entre sectores campesinos, algunos sectores comerciales periféricos y otros sectores populares para plantear estos dos elementos anotados.

Este podría ser un proyecto político que cambie el modelo que se viene desarrollando actualmente. Qué viabilidad política tiene el desarrollo de ese modelo a nivel local? y esto se engarza con el problema de un esfuerzo y una construcción más nacional de toda una línea de trabajo, es decir, la posibilidad local que existe a nivel regional sería la de lograr una alianza entre estos campesinos, la periferia del capital comercial, entre artesanos e incluso la pequeña clase obrera que existe allí, los sectores populares que tienen pequeñas industrias, etc. para desarrollar todo este modelo. Pero mucho de los elementos, como por ejemplo el problema de la tierra, del riego, son problemas que escapan a la dinámica y al control específico que podría alcanzar el movimiento popular, de determinadas instancias regionales. No valdría mucho controlar todas las tenencias políticas, las comisarías, y todo el municipio porque desde esas instancias no se puede hacer reforma agraria; es decir, la condición para determinados cambios regionales profundos está en la imbricación

profunda de la construcción de un movimiento nacional con nuevas características que recogiendo todos estos aspectos crea un programa de esa naturaleza.

Tratando de sacar unas conclusiones generales, me da la impresión de que uno de los elementos claves de lo regional reside en la posibilidad de crear un modelo distinto de desarrollo, como primera cosa.

En ese sentido hay una imbricación. Eso no niega que hayan luchas que no puedan calificárselas específicamente, o que hayan luchas que escapen a lo que podríamos llamar la oposición de un modelo frente a otro modelo de desarrollo y que más bien están y pueden estar expresadas por las formas clásicas que hasta aquí se han venido desarrollando, sin mayor análisis político, sin mayor programa regional. Se puede seguir luchando por la tierra, organizando a sectores populares empobrecidos y un montón de reivindicaciones posibles, y darle a toda esa lucha una especie de coherencia nacional a partir de todas las instituciones nacionales, sean los partidos, etc. Llevar toda una línea de esa naturaleza a consolidar una posición nacional. Da la impresión de que eso es lo que hasta el momento ha venido haciendo la izquierda. La izquierda hasta ahora tiene una estrategia parlamentaria, tanto el FDI como el MPD, donde es este tipo de pensamiento y todos los elementos que se dan en todos los niveles; se trataría entonces de copar estas instituciones y desde allí crear algunas condiciones nacionales. Y yo creería que todavía está moviéndose entonces, en formas organizativas meramente tradicionales que no recogen este conjunto de elementos.

\* \* \*

Pareciera que hay los 2 niveles: el nivel local como una forma de avanzar en la correlación de fuerzas locales y de crear una institucionalidad local, de desarrollar una sociedad civil local, y el nivel nacional como condicionante externo para que el desarrollo local sea efectivo.

Habría que plantearse cuáles son las tareas, cuáles los contenidos de esas formas de lucha del movimiento social regional, para ver sus formas de articulación a la política local y a la política nacional.

Son las organizaciones intermedias y no necesariamente los partidos políticos. Creo que en el Ecuador no existe una memoria política popular localizada por los partidos. La memoria histórica no está en el partido este rato. Está en los cuadros intermedios donde se ha gestado una práctica de clase; son ellos los poseedores de esa memoria política regional. No es un partido político el que tiene que ser portador de este análisis, de esta definición, sino más bien estos agentes intermedios portadores de la memoria política local y nacional.

Lo más importante en estas elecciones y en esta situación política es de que un partido político no asuma el rol de cooptación como nuevo patrón de las organizaciones locales, sino que asuma su autonomía. El partido político tiene que hacer política local, y no la articulación patronal o clientelar con las organizaciones locales. Si se logra que a nivel local las organizaciones populares se conviertan en unos

demandantes de los partidos políticos de reivindicaciones locales, de la vida política local, se habría logrado bastante.

Definir las tareas para fortalecer esas organizaciones de la sociedad civil local, lograr consensos formales o informales para designaciones de tenientes políticos es absolutamente decisivo a nivel local, lograr pequeños programas de vivienda para las ciudades chicas por su efecto difusor como el caso del Puyo. Lograr cierta creación de una instancia local de procesamiento de la bronca política es una idea valiosa, tendiendo a mediano plazo, como la creación de parlamentos regionales.

Hemos visto que al interior del FADI se podría generar una tendencia, un proceso de constitución de ese organismo, de ese frente político que intenta recoger esta diversidad, esta nueva dinámica de lucha, que exprese a las organizaciones populares y no tanto a organizaciones políticas casi de corte urbano y bastante alejadas por incapaces de representar a esos movimientos populares. Qué capacidad tendría el FADI de convertirse en una instancia de representación de esos sectores populares, o permitir la expresión de ellos?

Una gran reivindicación y demanda, incluso el reconocimiento explícito en el FADI de que debe haber una articulación democrática por lo cual, y como tal debe respetarse la creatividad de las organizaciones locales para realizar cualquier tipo de alianzas. Eso sería un adelanto en la composición estructural del FADI, de que no haya un centralismo de lo nacional a lo local uniforme, sino que haya el reconocimiento de la capacidad de las organizaciones locales, de autodefinir sus propios ámbitos de alianza a nivel local.

Pero en el comportamiento del FADI hay una estructura nacional en la que convergen formas organizativas nacionales; formas aparentemente nacionales que tienen esa dinámica de definición del programa, de la política, de la propaganda y de los candidatos; y más bien la expresión y el lugar que se les da a las organizaciones regionales no es sino la de marginalidad y a las que por falta de candidatos, no hay más que darles las municipalidades, las tenencias, pequeñas consejerías, etc.; cuando hay una dinámica real que viene impulsada de una forma tradicional, de pacto político de concepción, de centralidad y verticalidad absoluta. Ahí se ve una contradicción severa entre la posibilidad de permitir la expresión.

Esto es importante descartarlo, toda esta concepción que ahora se discute nunca ha estado presente en el FADI; los partidos que lo forman constituyen en su política una concepción diferente y en ese sentido, si en este momento recurren a estos movimientos locales es porque la debilidad de la estructura partidaria en determinados cantones o parroquias, los obliga a cortejar movimientos que se han constituido independientemente, y hasta sin comprender la lógica que está dentro de esos movimientos. Sin embargo para estos movimientos, estas organizaciones populares locales es una necesidad de intervenir políticamente, por lo menos para algunas, sobre todo para las que han tenido un cierto desarrollo y que necesitan participar políticamente. Allí hay una contradicción y parece difícil que el FADI (y los partidos que lo componen) comprendan esta lógica y se planteen el problema del desarrollo regional. De lo que se trata es de ver cómo estos movimientos pueden

actuar al interior del FADI, impulsando una nueva concepción dentro de él. En ese sentido pueden existir posibilidades en la medida que estas organizaciones tienden a convertirse en algo no tan embrionario como en años atrás.

Hay una concepción de partido que es muy ortodoxa, junto a la concepción de clases nacionales, y en la militancia está dada por la toma de conciencia a nivel de plataformas nacionales. La discusión de lo regional muestra una excisión en la constitución de las clases nacionales, donde objetivamente puede encontrarse el proletariado de distintas regiones, pero su lealtad en la conformación de su conciencia está atravesado por otro tipo de identidad y otro tipo de lealtad. Desde ese punto de vista la misma plataforma partidista es un elemento que impediría un acercamiento correcto a estos sectores locales o regionalmente constituídos.

En algún momento se planteó la posibilidad de crear un partido indígena que fracasó porque aquellos términos en los cuales se constituía el partido indígena eran los mismos en los cuales se constituía el movimiento indígena regional. No valdría la pena duplicar el dispositivo partidario porque está constituido de tal manera el movimiento indígena que tiene todas las características de una militancia. La relación de organicidad que hay con las bases permite dar una visión de militancia política. Es importante ver también la evolución que han tenido estas organizaciones, el voto de ellas ha definido triunfos como los del Rafael Sánchez en el Puyo. En estas elecciones hay que medir el grado de cooptación que ha tenido la dirigencia. La I.D. ha trabajado cooptando todos esos sectores con un trabajo sostenido, de darles una serie de reivindicaciones que para las dirigencias constituyen su trabajo frente al conjunto de organizaciones. Es una manera de cooptar dirigentes, y ese trabajo ha sido muy avanzado. La debilidad de la I.D. es que muchos de sus cuadros son los caciques locales que generan una relación de clientela básicamente. Las pugnas entre caciques ha impedido un florecimiento real de estos partidos.



**FLACSO**  
ECUADOR



REU13315

*1.000 Ejemplares*  
*Impreso en talleres CAAP*  
*Fotomecánica e Impresión: Fernando Bedón*  
*Levantamiento de Texto: Mariana de Baquero*  
*Centro Andino de Acción Popular*  
*Quito-Ecuador*